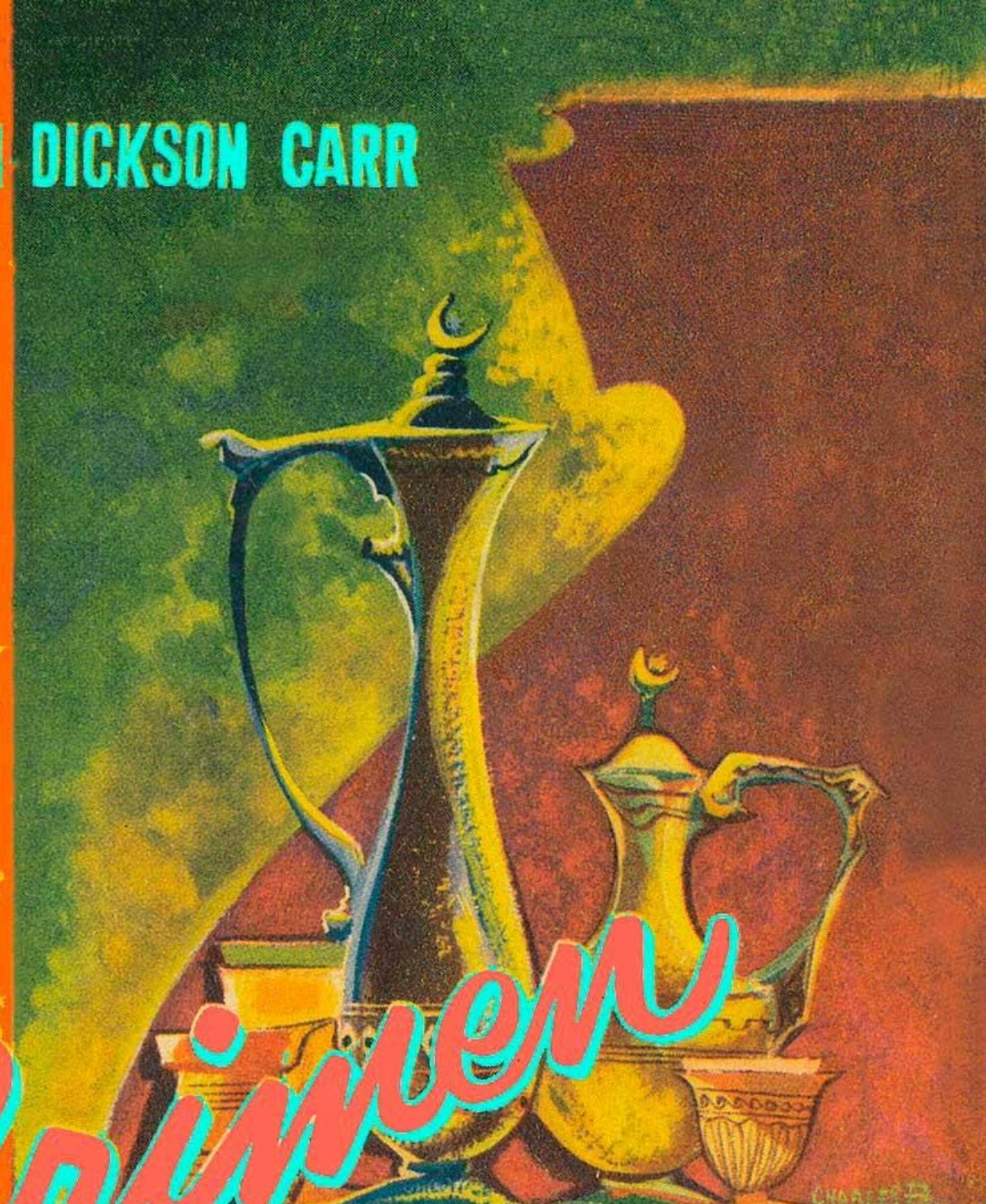


JOHN DICKSON CARR

فصلنامه علمی و ادبی
مجموعه آثار و مقالات
در زمینه تاریخ و فرهنگ
ایران و جهان اسلام
توسط هیئت تحریر
مجموعه آثار و مقالات
در زمینه تاریخ و فرهنگ
ایران و جهان اسلام
توسط هیئت تحریر



el
Crimen
de las mil y una
noches

فصلنامه علمی و ادبی
مجموعه آثار و مقالات
در زمینه تاریخ و فرهنگ
ایران و جهان اسلام
توسط هیئت تحریر



Lectulandia

Tres personas cuentan la historia, una tras otra. Hay cosas tras la puerta de bronce que parecen estar más allá de la comprensión humana. El cuerpo de un desconocido se encuentra en el Museo Wade, con un cuchillo persa en su pecho y un libro de cocina en sus manos. Hay dos pares de bigotes falsos, uno blanco y otro negro. Una lámpara de carbón ha sido arrojada al muro en la Galería de los Bazares. Todos los ingredientes para un cuento árabe se reúnen en lógica secuencia en uno de los problemas más difíciles que se le han presentado al doctor Fell. Todos los personajes están vivos y experimentan una noche de las Mil y Una Noches en Londres.

El lector encontrará en las páginas de este libro romance, terror e intriga. Se recomienda a los lectores que gustan de las alfombras mágicas... y de las explicaciones lógicas de por qué vuelan.

Lectulandia

John Dickson Carr

**El crimen de las mil y una
noches**

Gideon Fell - 7

ePub r1.0

Titivillus 28.07.2019

Título original: *The Arabian Nights Murders*
John Dickson Carr, 1936
Traducción: Paulina Vila Suárez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El crimen de las mil y una noches](#)

[Prólogo](#)

[Parte I: El irlandés de las “mil y una noches”](#)

[Capítulo I. La desaparición del hombre de las barbas postizas](#)

[Capítulo II. La esposa de Harún-al-Raschid](#)

[Capítulo III. El cadáver del Museo](#)

[Capítulo IV. Tiene que haber un cadáver](#)

[Capítulo V. Las llaves de la vitrina](#)

[Capítulo VI. Los inseparables](#)

[Capítulo VII. El policía sin casco](#)

[Capítulo VIII. El féretro de Zobeida está vacío](#)

[Parte II: El inglés de las “mil y una noches”](#)

[Capítulo IX. A las puertas de bronce: cómo el señor Illingworth hace de Alí Baba](#)

[Capítulo X. Se deshace el encantamiento. De cómo el Dr. Illingworth hace de Aladino](#)

[Capítulo XI. El terrible señor Gable, y cómo el Dr. Illingworth hizo de William Wallace](#)

[Capítulo XII. Puesto de observación desde un ascensor; cómo el Dr. Illingworth hace de demonio.](#)

[Capítulo XIII. Once puntos.](#)

[I](#)

[II](#)

[Capítulo XIV. El secreto del libro de cocina](#)

[Capítulo XV. El secreto de Irak](#)

[Capítulo XVI. La primera aparición del actor](#)

[Capítulo XVII. Once puntos, once sospechosos](#)

[Parte III: El escocés de las “mil y una noches”](#)

[Capítulo XVIII. Se arranca el velo de la noche, pero no el del crimen](#)

[Capítulo XIX. La persona que robó la daga](#)

[Capítulo XX. La llave con cabeza de flecha](#)

[Capítulo XXI. Las huellas del espejo](#)

[Capítulo XXII. Por qué Miriam Wade visitó el sótano](#)

[Capítulo XXIII. Un caso para el tribunal](#)

[Capítulo XXIV. Coartada](#)

[Epílogo](#)

[Plano](#)

[Sobre el autor](#)

PRÓLOGO

Cuatro hombres se encontraban sentados alrededor de una mesa en la gran biblioteca del N.º 1 de Adelfi Terrace. Un gran número de cosas curiosas habían estado sobre esa mesa, bajo la gran lámpara de inspección del doctor Fell. Estuvo, por ejemplo, en el transcurso de unos pocos años, aquel pequeño reloj con una figurita de danzarín, cuyos giros dieron la clave del caso de la Granja Weatherly, y también las seis monedas azules que colgaron a Paulton, de Regent Street. Pero esta mesa nunca había visto un conjunto tan incongruente como el que se encontraba sobre ella esa noche. Eran las pruebas del caso que pasaría a ser conocido como *El Crimen de las Mil y una Noches*. Una media docena de objetos componía este heterogéneo conjunto, empezando por un libro de cocina, para terminar con dos pares de barbas postizas.

Excepto el resplandor de la chimenea, que había sido encendida para toda una noche de vigilia, no había otra iluminación en la habitación. Sentado en un sillón, presidiendo esta mesa repleta de cigarros y presencias invisibles, estaba el doctor Fell. El doctor se encontraba en resplandeciente estado de salud, después de una estada de cuatro meses en el sur de Francia. Había tenido que ir a Cannes por el caso del Veneno Giraud, en el que aquellas dos jóvenes inglesas se habían estrangulado por un mal negocio. Después se había dirigido a la Costa Azul, en parte para curar su asma, pero más bien por deseo de tranquilidad.

Ahora su fisonomía se mostraba más colorada que nunca. Sus pequeños ojos parpadeaban detrás de los anteojos que rodeaban una cinta negra, y su vasta presencia parecía llenar la habitación como la presencia de fantasmas de las noches de Navidad. Una mano descansaba en su bastón y la otra sostenía un rico cigarro, con el cual señalaba las pistas acumuladas en la mesa.

—Sí, estoy interesado —admitió con un movimiento de placer—. Estoy dispuesto a escuchar toda la noche a alguien que pueda combinar un libro de cocina con una falsa barba blanca; pero ¿qué tiene que ver, Haddley, con estas otras pruebas? Todas parecen igualmente eficaces. Ese acero curvo parece suficientemente mortal. Pero ¿qué hay de estas fotografías? Esta parece un conjunto de huellas, y esta otra..., bueno, semeja un bazar del este, con una gran mancha negra en la pared justo encima de la puerta. ¿No es así?

—Exactamente. Alguien tiró carbón a la pared —contestó gravemente el superintendente Haddley.

El doctor Fell dejó el cigarro a medio camino hacia su boca e inclinó la cabeza hacia un lado de manera que unos mechones de pelo gris cayeron sobre una de sus orejas.

—¿Tiraron carbón a la pared? —preguntó—. ¿Por qué?

—Sí, señor —interrumpió el inspector Carruthers con tono desesperanzado—. Es muy importante esto, a no ser que la reconstrucción del superintendente esté toda mala. Usted puede notar que tiene goma en un extremo, lo que es más importante aún —dijo señalando la barba postiza.

—¡Quédese tranquilo! —gruñó Sir Herbert Armstrong, ese eminente hombre de negocios, cuyo talento lo había llevado a comisario-ayudante de la Policía Metropolitana—. ¿No ve que lo está enredando todo? Quédense tranquilos ambos y déjenme explicar a mí. Mire, Fell, estamos en una situación muy mala, y como último resorte, le íbamos a pedir que se encargara del asunto. Es algo tan sin pies ni cabeza que nadie más que usted podrá descifrarlo.

—Usted me abruma —dijo el doctor Fell—. Continúe.

En ese momento inspeccionaba a sus tres invitados, sentados alrededor de la mesa. A pesar de que todos los que estaban reunidos en torno a aquella mesa procedían de rincones opuestos de Inglaterra, ninguno era capaz de contar y menos de inventar una historia.

Juan Carruthers era irlandés, inspector divisional en Vine Street, de no más de 35 años, con estudios universitarios y trofeos atléticos, bien educado y con una fuerte aunque a veces extravagante imaginación. Había aprendido a refrenar esta imaginación, y a veces esto le hacía aparecer un poquito presumido. Su único rasgo no irlandés era una inconfortable manera de apreciar el punto de vista de otra persona. Sin saber esto, sólo se podía ver una larga, sombría y humorística cara, con una pipa oscilando en el extremo de la boca y unas cejas juntas sobre sus ojillos irónicos.

Sir Herbert Armstrong, con su calva cabeza y su gran corpulencia, podría haber posado para un retrato del señor Bull, y era incuestionablemente el inglés típico. Leal, sentimental, cínico, genial, violento, testarudo, le disgustaban sus virtudes, pero estaba muy orgulloso de sus defectos. Poseía un temperamento explosivo, pero completamente inofensivo, lo que a su espalda, le había ganado el apodo de Pato Donald. Por último, era siempre un amigo en quien se podría confiar, como lo podía confirmar una de las personas que figuran en el caso de *El Crimen de las Mil y una Noches*.

El tercero del terceto, el superintendente David Haddley, provenía originariamente de Tweed. Era el mejor amigo del doctor Fell y le conocía tanto como cualquier persona, pues nunca se sabía qué terreno se pisaba con él. Cauteloso, frío y lógico exteriormente, podía ser alternadamente brillante y lento, sólido y errático. Su calma tenía fama, y aún se comentaba aquella vez que entró en esa cueva maloliente de ladrones al este de Poplar con un revólver mudo para arrestar a Myers y Bailey, y cómo los sacó de aquella madriguera con los brazos en alto, apuntándoles con un revólver malo y dándoles la espalda tranquilamente a los que quedaban dentro. Pero esta calma no lo privaba de ofenderse rápidamente ante cualquiera insinuación, aunque ésta hubiera sido hecha sin intención. Le gustaba profundamente el escándalo, provenía de buena familia y poseía un gran sentido de dignidad. También tenía una imaginación mucho más poderosa que la de los otros dos, aunque de habérselo dicho lo hubiera negado rotundamente. Finalmente, nunca se había sabido que hubiera abandonado a alguien en una situación difícil sin acudir en su ayuda, amigo o no amigo.

El doctor Fell cavilaba mirando al grupo.

—Escúcheme —dijo Sir Herbert Armstrong, golpeando la mesa—. Este asunto del Museo Wade debe ser examinado a fondo. ¿Está usted seguro de que no ha visto un periódico inglés en cuatro meses y que no sabe nada del asunto? Bueno, mucho mejor; le pondremos en fila verbal todos los hechos, pues aquí tiene las tres personas que se encargaron del asunto hasta que fue brillantemente coronado por el fracaso.

—¡Fracaso! —dijo Haddley—. Yo no diría tanto.

—Bueno, en todo caso, fracaso legal. Es como sigue: Carruthers, aquí presente, recibió el primer influjo de este crimen que parece una locura y que nadie en esta tierra puede explicar. Después se encargó Haddley del asunto, y llegamos a una explicación que aún nos parece sin sentido. Este condenado caso es como una crisálida que se está abriendo hoja por hoja, con una explicación distinta en cada una y una palabra escrita al final. Polvo de carbón —dijo amargamente Armstrong—, polvo de carbón.

El doctor Fell parecía un poco cansado.

—Es un juego tonto —prosiguió Armstrong—, pero vamos a revisar todo de nuevo este embrollo sin sentido. Había que sentarse en la alfombra voladora, gústele a uno o no. Cada uno de nosotros contará su historia por turno. Al final usted nos dirá qué nos sugiere que hagamos. Esto es, si puede deducir algo, lo cual dudo. Bueno, Carruthers, empiece.

Carruthers parecía intranquilo. Buscó las hojas de papel dactilografiadas que se encontraban al lado del codo de Haddley y sus ojos sombríos y humorísticos inspeccionaron el grupo. Entonces apareció una mueca en su boca detrás de la pipa.

—Temo conducir mal el asunto —dijo—. Sin embargo, no me parece haber hecho nada indebido, por lo cual tengo la conciencia tranquila. Les sugiero, como el narrador de historias, que llenen sus vasos y aseguren sus sombreros, que ya empiezo mi relato.

”Mi primera impresión de que algo andaba mal...

PARTE I

EL IRLANDÉS DE LAS “MIL Y UNA
NOCHES”

*Declaración del inspector-detective Juan
Carruthers.*

CAPÍTULO I

La desaparición del hombre de las barbas postizas.

Mi primera impresión de que algo andaba mal provino de Hoskins, sargento uniformado, esto debe recordarse, y aun entonces era difícil ver en aquel caso nada más que unas curiosas manchas en una pared. A pesar de que tenemos casos en que la gente elegante sale a divertirse a Vine Street, nunca hemos visto que ésta use barbas largas y blancas.

Me encontré con Hoskins a las 11.50 en la noche del viernes 15 de junio. Había estado hasta tarde en la estación y aún tenía trabajo por hacer. Había salido a servirme una taza de café y un *sandwich* a la cafetería de Panton Street, para luego volver a la estación. Cuando miré hacia el mercado, deteniéndome un momento a descansar, casi tropecé con Hoskins. Es éste un hombre chapado a la antigua, con unos mostachos napoleónicos, al cual nunca antes había visto tan impaciente.

Respiraba fuerte, y llevándome hacia la obscuridad, susurró:

—Señor, estoy acostumbrado a ver vagos, y los he visto por espacio de veinticinco años, pero nunca a uno como éste, con largas barbas blancas, aunque creo son postizas, y con unos arañazos en el cuello —dijo mostrando su propio cuello—. ¿Conoce usted el Museo Wade, señor? ¿El de la avenida Cleveland?

Como mucha gente, yo había oído hablar del Museo Wade, y siempre había tenido una vaga idea de que algún día debía ir allí, sin llegar nunca a realizarlo. Nuestra división tenía orden estricta de vigilarlo, no sólo por el Museo mismo, sino por una orden del alto Comando de la Fuerza. Supongo que ustedes habrán oído hablar de Geoffrey Wade, así sólo sea como un inmenso balance de Banco, aunque, por lo que he oído hablar, esta definición no le complacería en absoluto al interesado. Dicen que es una persona excéntrica y ruda y un célebre empresario. También me han informado que posee algunas propiedades en St. James, incluidas unas casas de Pall Mall.

Hace alrededor de diez años dotó un pequeño museo, en el cual él mismo actuó de curador. Era un museo asiático oriental, aunque a este respecto, recuerdo un artículo que mencionaba también una exhibición de los primeros coches ingleses, una debilidad de este anciano. El Museo se encuentra en Cleveland Row, cruzando la plaza de St. James al lado este, entre esas tristes

callejuelas y edificios que parecen haber estado deshabitados desde el siglo dieciocho. Aun en el día no se encuentra una vecindad muy agradable, hay mucho eco, y de noche puede dársele el colorido que la imaginación desee.

Por consiguiente, cuando Hoskins mencionó aquel lugar, me interesó, le aconsejé que dejara de acezar y me refiriera lo que había visto.

—Iba caminando por este lugar —dijo—, alrededor de las once, hacia mi próximo puesto de guardia en Pall Mall, pasando por delante del Museo. ¿Conoce usted ese lugar, señor?

Lo he visto unas cuantas veces, y recordaba un edificio de altas puertas de bronce, encima de las cuales hay una inscripción, al parecer en árabe. En este momento ya habíamos abandonado el tono oficial, pues me temo que nunca lo pueda usar por mucho tiempo.

—Al pasar por ahí —dijo Hoskins—, pensé: revisaré las puertas y veré si Barton no ha descuidado nada. Las puertas estaban bien cerradas, así es que, sin pensar en nada especial, iluminé con mi linterna los alrededores, cuando súbitamente veo algo; iluminé nuevamente, y ahí estaba, sentado en lo superior de la pared, un hombre alto, delgado y viejo, con sombrero de copa y frac y unas largas barbas blancas.

En ese momento me detuve a estudiar a Hoskins, no sabiendo si reír o no, y si no hubiera conocido a este hombre, habría pensado que era una adivinanza. Pero Hoskins se encontraba extremadamente serio.

—Sí, señor, se lo aseguro, estaba sentado en la pared. Le dirigí nuevamente la luz, pues estaba muy intrigado; era sorprendente el ver a un hombre de esa edad con ese extraño sombrero en la cabeza. Entonces grité: “¡Aló! ¿Qué está usted haciendo allá arriba?”. Y debo confesarle que me encontraba un poco asustado.

—Es usted un poco sensible, sargento.

—Bueno, señor, puede usted reírse —dijo Hoskins sobriamente—, pero usted no lo vió. Llevaba unos anteojos con armadura gruesa y me miraba como si estuviera loco, con una cara alargada por aquellas inadecuadas y descomunales barbas y con sus desmesuradas piernas colgando de la pared. De pronto se movió. Pensé que se me iba a venir encima, pues se encontraba como agazapado; luego se incorporó y me dijo: “Usted lo asesinó y lo colgarán por ello. Es un impostor. Lo vi en el coche”, diciendo lo cual, se me echó encima tratando de ahorcarme.

Ahora debo hacer una declaración. Hoskins no estaba borracho, pues, podía sentir su aliento; tampoco era capaz de imaginar semejante monstruosidad.

—Probablemente era el Viejo de la Montaña —le dije—. ¿Y... qué pasó entonces?

Hoskins dijo disculpándose, casi como defendiéndose:

—Tuve que pegarle. Estaba como un gato loco, con esa mirada tan extraña. Le pegué debajo de la barba y cayó. Entonces descubrí lo más extraño de todo: sus barbas eran postizas. No me creerá usted, señor, pero es verdad. Estaban pegadas con una especie de goma y en ese momento cayeron al suelo. Después de esto no pude mirarle la cara, pues había destrozado mi linterna al tratar él de pegarme y la calle estaba muy oscura.

A pesar de sí mismo, una mueca apareció en el rostro de Hoskins.

—Bueno —me dijo—, me encontré al lado de algo que podría llamarse un venerable anciano, con barbas postizas, inconsciente en el suelo y a sólo unas cien yardas de Pall Mall. El pensar esto me avergonzó. En ese momento recordé que había quedado de encontrarme, precisamente en esa manzana, con el policía Jameson, por lo que decidí ir a buscarlo para que vigilara al viejecito, mientras yo hablaba por teléfono a la estación. Lo acomodé en una especie de canalón y me encaminé hacia Pall Mall; no habría andado más de una docena de pasos, cuando miré hacia atrás para ver si estaba bien...

—¿Y... estaba bien?

—No, señor, no estaba bien, puesto que no estaba —contestó Hoskins.

—¿No estaba? ¿Quiere decir que se levantó y emprendió la fuga?

—No, señor. Se desvaneció. Esto puedo jurarlo por la Biblia, pues es la plena verdad —dijo Hoskins con dignidad—; usted es un caballero inteligente, señor, y yo sé que me cree. El policía Jameson no me creyó y trató de burlarse de mí, su oficial superior. “¿Desvanecido, eh?”, decía, “¿y dónde está ahora? ¿Se lo llevaron los gitanos, supongo? ¿Un viejo con barbas postizas, y no andaría también con un quitasol verde? Lo mejor que puedes hacer es no contar esa historia en el retén, muchacho”. Pero yo se la cuento, porque es mi deber. ¡Mire, señor! Le voy a explicar. Aquí estaba el fulano, tendido en el medio de la calle, completamente tranquilo, y por cierto, hubiera sentido si alguien se hubiera acercado; también habría podido verlo, pues la oscuridad no era tan densa, y puedo jurar que no alcancé a alejarme más de treinta pasos. Pero no vi ni oí nada. En el transcurso de unos segundos, el hombrecillo había desaparecido. Si esto no es un misterio, no sé lo que es, pues desvaneciéndose es de la única manera que puede haber desaparecido. Y que las cosas sean así es lo que me trae más preocupado.

Le dije a Hoskins que regresara a la estación y bebiera una taza de café. Me habría gustado dedicarme a dilucidar aquel asunto, para encontrarle

alguna significación, pero era imposible hacerlo sin sentirse tan tonto como el sargento Hoskins; y al igual que él, reflexioné sobre lo que podría hacer. Por un lado, Hoskins pudo haber sido víctima de una complicada broma, pero todo el asunto tenía un sabor poco placentero, tanto cómico como extraño. Le hice otras preguntas a Hoskins, pero éste continuó jurando que el hombre de las barbas había desaparecido sin él ver ni oír nada; también estaba positivamente seguro de haber dejado a aquel hombre inconsciente. Sólo quedaba una cosa por hacer, y era irse a tomar un buen café.

Cuando volví, estaba más preocupado aún con lo que este asunto pudiera significar. Me encontré en la puerta de la estación con el sargento Hoskins, ya cambiado de ropa, pues había terminado su turno, mostrando en su rostro una alegría poco disimulada mientras señalaba a P. C. Jameson, de pie tras él.

—Ha sido una gran suerte, señor —me anunció—. Jameson ha tenido también su vuelta en el carrusel.

—¿Quiere decir que el hombre de las barbas ha aparecido nuevamente? —pregunté.

El sargento Jameson saludó. Parecía inquieto.

—No, señor, no es el mismo sujeto. Este era un hombre joven que encontré cerca del Museo, no más de cinco minutos después que se había ido el sargento. Pero cuando traté de detenerlo, éste también quería pelear. Yo pensé que tal vez usted querría conversar con él y se lo traje. Trató de pegarme con el bastón, pero le dije que lo traía solamente para que le contestara una pregunta al jefe. Ahora está en su oficina.

—¿Qué pasó?

—Bueno, señor —dijo Jameson, cambiando un poco el tono—. Iba, durante mi guardia, pasando frente al Museo cuando divisé a ese fulano de pie delante mí y dándome la espalda; parecía agitado y trataba de abrir las puertas de bronce. Era un hombre joven y elegantemente vestido, en traje de etiqueta; parecía un actor. Lo llamé y le pregunté qué estaba haciendo. “Tratando de entrar”, me contestó; “¿no es eso bastante evidente?”. Yo le dije: “¿Supongo que sabe que ése es un Museo, señor?”, y él me contestó que era por eso por lo que quería entrar. “Hay una campanilla por aquí en algún lado”, agregó; “ayúdeme a encontrarla”. Le hice ver que el Museo se encontraba cerrado, pues no había ninguna luz, y que era mejor se fuera para su casa. Entonces se dió vuelta furioso y me dijo: “Aunque le parezca extraño, estoy invitado a una sesión especial, así es que no pienso moverme de aquí, ¿y qué puede hacer usted al respecto?”. Pensé pegarle para ayudarlo, y así se lo dije. Me contestó, y es la primera vez que oigo una cosa semejante fuera del cine: “¡Maldita sea

su imprudencia!”, y se me abalanzó con el bastón en alto, tratando de golpearme. Parece cosa de locos —comentó el sargento sobriamente, rascándose los bigotes—. Que me cuelguen si lo entiendo. ¿Y usted, señor?

—Continúe, Jameson.

—Le sujeté el bastón y le pregunté cortésmente si vendría conmigo a la comisaría, pues el inspector deseaba hacerle unas preguntas. Cambió un poco, se quedó quieto. “¿Preguntas? ¿Sobre qué?”. Le contesté que sobre un desaparecimiento. Parecía extrañado, pero no trató de hacer nada de lo que yo pensaba que haría. Empezó a caminar conmigo, haciéndome una pregunta tras otra. Pero yo no le dije absolutamente nada. Ahora se encuentra en su oficina.

Jameson, como ustedes saben, se había extralimitado en sus funciones, pero todo este asunto era tan raro, que me alegraba lo hubiera hecho así. Me encaminé por el corredor hacia la oficina y abrí la puerta.

Esta noche oirán varias interpretaciones de los caracteres de las gentes con quienes tenemos que tratar en este asunto. Y sólo puedo dar la mía. El hombre sentado en mi silla de visitas, y que se levantó cuando yo entré, un poco vacilante, al parecer, por no saber cómo tratarme, tenía un físico bastante agradable, el que lucía aun más en mi pequeña oficina. En el primer momento habría jurado que lo conocía, pues había algo muy familiar en él. Este sentimiento persistió, hasta que me di cuenta de lo que era. El hombre que se encontraba delante de mí, era el héroe típico de los novelistas. Este héroe había milagrosamente logrado vida gracias a los cuidadosos esfuerzos de su poseedor. (Además parecía muy consciente de su apariencia). Era alto, ancho de hombros, de rasgos fuertes y atractivos, como los que pintan en sus novelas las mujeres escritoras: ojos azules debajo de espesas cejas negras, pelo grueso y corto, y como sello una tez de hermoso color bronceado por el sol. Era el perfecto clisé de un hermoso joven, vestido con el traje de etiqueta más elegante y con un aire varonil de haber luchado con tigres. Imaginándose así, tendrán ustedes perfectamente el original. Lo que lo salvaba de parecer un pisaverde era un genuino encanto en sus modales, como si dentro de él existiera una verdadera y sólida valentía, que trataba de no dejar traslucir. Sus claros ojos me estudiaron detenidamente. Me dió la impresión de estar haciendo ciertos cálculos interiores, después de lo cual me hizo un saludo con el bastón, pues evidentemente había decidido mostrarse amable, y al sonreírme dejó ver una hilera de blancos y fuertes dientes. Su edad me pareció alrededor de los veintiocho años.

—Buenas tardes, inspector —dijo. Su voz, exactamente como pensé sería, se ajustaba perfectamente al clisé. Miró a su alrededor con un aire casual y humorístico—. Debo advertirle —dijo— que he estado anteriormente en cuarteles de policía y en algunas placenteras cárceles, pero nunca sin saber por qué me encontraba allí.

Adopté su misma actitud.

—Bueno, señor, por lo menos aquí tenemos una cárcel decente, para el caso que usted desee ampliar sus experiencias. Siéntese por favor. ¿Fuma?

Se sentó nuevamente en mi silla y aceptó un cigarrillo, quedando en una postura ligeramente inclinada hacia adelante, sus manos encima del bastón, estudiándome con tal intensidad que sus ojos parecían inmóviles, pero súbitamente reapareció su sonrisa y se quedó esperando que yo iniciara el match.

No pude evitar pensar, cuando inicié mi cuestionario, que Mannering se daba cuenta de que mi policía había ido muy lejos al arrestarlo.

—Naturalmente —dijo—, lo acompañé, porque debo reconocer que soy muy aficionado a las aventuras, y Londres es un lugar muy aburrido, inspector. Pero todavía me encuentro en la más completa ignorancia sobre lo que se me acusa de haber hecho, ido o estado. —Titubeó—. Me pareció entender algo de un desaparecimiento.

—Sí, es un pequeño asunto, señor...

—Mannering —dijo—. Gregorio Mannering.

—¿Su dirección, señor Mannering?

—Casa Edwardian, en Bury Street.

—¿Profesión, señor Mannering?

—¡Oh!, digamos un soldado de la fortuna.

A despecho de su tono de amable chanza, advertí en esta última respuesta una nota amarga.

—¿A ver? Examinemos esto, sargento. A lo mejor usted puede darme una solución, puesto que yo definitivamente no puedo dármele. ¡Mire! Esta tarde recibí una invitación personal, para una reunión a efectuarse en el Museo esta noche.

—¿Supongo, entonces, que usted conoce al señor Geoffrey Wade?

—Debo admitir que nunca me lo han presentado, pero me imagino que llegaré a conocerlo, pues pretendo ser su futuro yerno. La señorita Miriam Wade y yo.

—Ya veo.

—¿Qué diablos quiere decir con ese “Ya veo”? —preguntó tranquilo.

Aquella frase tan común había arqueado sus cejas hasta formar una V, lo cual le daba aquella curiosa expresión a su rostro, como el de un hombre medio bizco que trata de mirar a los ojos de su interlocutor. Pronto se recobró y rió.

—Lo siento, inspector. Debo admitir que estoy un poco alterado. Cuando llegué allí y encontré ese maldito lugar a oscuras, sin ninguna señal de vida... En realidad, no comprendo cómo Miriam pudo haber confundido la fecha. Me telefoneó esta tarde. Iba a llevarse a efecto una tranquila y distinguida reunión, incluyendo a Illingworth de Edimburgo, el estudioso asiático; usted debe haber oído hablar de él; en cuanto a mí, como he tenido alguna experiencia en el Oriente, Miriam pensó... —Súbitamente cambió su humor—. ¿Por qué le estoy contando todas estas cosas, y por qué también, todas esas preguntas? En caso de que no lo sepa...

—Sólo una pregunta más, señor Mannering, para aclarar las cosas un poco —dije apaciguador—. ¿Cuál era el objeto de esa reunión en el Museo?

—Me temo que no le pueda contestar. Me parece que se trataba de un nuevo descubrimiento del Museo, algo privado. En cierta manera, creo que íbamos a violar una tumba. ¿Cree usted en fantasmas, inspector?

Nuevamente habíamos entrado en un terreno amistoso, debido a otro de los extraños cambios de humor de aquel hombre.

—Esa es una difícil pregunta, señor Mannering, pero uno de mis sargentos estuvo a punto de creer en fantasmas esta noche; a eso, realmente, se debió el que usted fuese traído hasta aquí. ¿Usan los fantasmas barbas postizas? —Lo miré, repentinamente había quedado atónito—. Este fantasma tan peculiar estaba tendido muy quieto y súbitamente desapareció bajo los ojos mismos del sargento. Lo movieron. Este fantasma también formuló cierta acusación.

Estaba afanándome con este verdadero sinsentido, tratando de ocultarme a mí mismo el hecho de que estaba haciendo un papel muy tonto, preguntándome, al mismo tiempo, por qué Mannering habría bajado la cabeza y deslizado un poco el cuerpo en la silla. Había inclinado la cabeza lentamente, como si estuviese abstraído pensando, pero la silla crujió y al mirarlo de nuevo vi que su cabeza estaba totalmente caída hacia un lado. Su bastón con puño de plata se deslizó en sus dedos, golpeó contra sus rodillas y cayó al suelo. El cigarrillo cayó también. Entonces lo llamé tan fuertemente que oí que alguien corría por el corredor hacia mi oficina.

Cuando lo levanté por los hombros vi que el señor Gregorio Mannering se había desmayado.

CAPÍTULO II

La esposa de Harún-al-Raschid.

Arrastre al no poco pesado Mannering hasta un banco, lo acosté en él y pedí que trajeran agua. El pulso era débil, y por su respiración se podía deducir que aun hombres vigorosos como éste tienen un corazón débil. El sargento Hoskins, que había acudido corriendo, se quedó mirando primero a Mannering, luego al sombrero, bastón y cigarrillos en el suelo. En seguida levantó el cigarrillo como queriendo sacar una explicación de éste.

—¡Qué diablos! —dijo violentamente—. Algo huele mal en este asunto del Museo.

—Yo estoy seguro de que hay algo raro —dije—, y que nosotros estamos metidos en el lío. Sólo Dios sabe qué puede ser. Voy a ir allá a ver si puedo averiguar algo; quédese aquí con este hombre y trate de resucitarlo. Anote lo de la barba. ¿Hay alguna manera de entrar en el Museo a esta hora? Algún sereno o algo así.

—Sí, señor. Está el viejo Pruen. El Museo se abre tres veces a la semana, de siete a diez. El viejo Pruen hace de vigilante durante estas tres horas y después de sereno, pero no le oirá si va por el frente; dé, pues, la vuelta y golpéele por Palm Yard, señor.

Recordé que Palm Yard era un callejón que salía de St. James Street y corría paralelo a Cleveland Row. Hoskins confesó que no se le había ocurrido llamar a Pruen, pues no había relacionado lo sucedido con una tan respetable institución como el Museo Wade. Pero mientras ponía una linterna en mi bolsillo y me encaminaba hacia mi coche iba pensando que el asunto se iba poniendo lo suficientemente serio como para relacionarlo.

Mi sentido común me decía que había sólo un medio por el cual un hombre inconsciente podía desvanecerse en la mitad de una calle, sin que necesariamente tuviese que tratarse de un crimen. A pesar de estas reflexiones, me di cuenta de que estaba considerando la idea de un crimen, aunque tratara de convencerme de que era una locura.

Me encaminé a través del Haymarket, pasando por el desierto de Pall Mall. En todo Londres no hay un lugar tan solitario como éste a esa hora de la noche. Era una noche de luna llena y el reloj de palacio dió las doce y cinco. Hacia el lado de Cleveland Row se veía pesado y obscuro. No fui por el lado

de atrás, como había sugerido Hoskins, sino que estacioné mi coche en la puerta del Museo, me bajé y empecé a investigar el oscuro pavimento con mi linterna; cerca del guardacantón vi lo que Hoskins con su linterna rota no había visto: un hoyo circular en el pavimento, descuidadamente tapado con una cubierta de hierro.

En otras palabras, aquel lunático había sido escamoteado en un hoyo para guardar carbón.

No se rían, señores; ustedes no estuvieron, como yo, en el medio de aquella oscura plaza, con las amenazantes puertas de bronce del Museo al frente. El hombre de las barbas había desaparecido en aquel hoyo como el genio en la botella. Dirigí mi linterna hacia el Museo. Era un edificio pesado, con un frente de ochenta pies, aplastado, con sus dos pisos de piedra bien pulimentada. Las ventanas del primer piso estaban bloqueadas con piedras y las del segundo resguardadas con rejas al estilo francés. Una media docena de espaciosos escalones conducían a la puerta, encima de la cual había una especie de arco que estaba sostenido por dos pilares; unos caracteres arábigos grabados en bronce brillaron bajo mi linterna. Era una casa fantástica, como sacada de Las Mil y una Noches y transplantada en medio de Londres.

Regresé hacia el hoyo que daba a la cueva para el carbón. Encendí mi linterna; no había casi carbón, pues estábamos a fines de verano; miré hacia abajo y me di cuenta de que era poco el trecho hasta el suelo y podría saltar, por lo que me deslicé hacia abajo y, empinado, repuse la tapa en su lugar, para que no cayera adentro algún colérico paseante nocturno.

Abajo había cajas y paquetes; mis pies los tocaron cuando me encontraba colgando, como si los hubieran puesto como plataforma, en la cual debió haberse parado el fulano que escamoteó al hombre de la barba. La puerta de este sótano se encontraba abierta y con la llave puesta en la cerradura. Cuando empecé a andar tropecé con una caja, que con gran ruido fué a dar a la mitad de la pieza. El lugar estaba repleto y se sentía caliente y húmedo. Mi linterna se movió alrededor; había unas paredes blancas y lavadas y el suelo se encontraba atestado de cajas. Hacia el final había un horno apagado. Según pude juzgar, tenía un largo de alrededor de cien pies. En la pared de atrás pude ver tres chatas ventanas. En el lado izquierdo del horno se encontraba la alacena, que aún contenía un montículo de carbón. Dirigí mi luz hacia todas partes, esperando encontrar al hombre de la barba, y también miré en el interior de la alacena. Pero no vi nada. De todas maneras, mi inquietud persistía; estaba seguro de que allí había algo, aunque no fuera el hombre que buscaba. Tanteando el techo para no estrellarme con algo, mi mano topó una

bombilla eléctrica que aún estaba caliente. En ese momento habría jurado haber sentido a alguien caminar. Hacia la derecha había una pequeña escalinata, cuyos escalones se encontraban justamente al frente del agujero por donde yo había entrado. Empecé a subir con mi linterna apagada, pero preparado a enfrentar cualquier cosa. Al final había una puerta de acero contra incendios, pero pintada de modo que pareciera de madera; estaba equipada, además, con válvulas de aire comprimido para el mismo objeto. La perilla dió vuelta fácilmente, y al abrirse la puerta las válvulas hicieron un repentino ruido que me hizo detenerme en la mitad.

Delante de mí aparecía en la penumbra algo que semejaba un gran *hall* con suelo de mármol y en la mitad alguien estaba bailando.

Esta es la exacta verdad, pues podía oír el eco de los pasos de danza. Desde el sitio donde yo me encontraba —la mayor parte del *hall* estaba a mi izquierda— podía ver la balastrada de una escalera de mármol que ascendía al segundo piso. Encima de algo que parecía una caja de forma alargada se encontraba una linterna que daba un aspecto fantasmal al piso de mármol y ponía círculos de luz en la caja en la cual reposaba; alrededor de ella, en las sombras, una figura humana danzaba. Era todo sumamente grotesco, porque aquel hombrecito llevaba uniforme azul y botones dorados de guardián. En ese momento ejecutó una última voltereta, y su entusiasmo terminó con una asmática falta de aliento. De repente habló con un murmullo.

—¡Esposa de Harún-al-Raschid! —dijo—. ¡Oh, oh, oh, espíritu; te invoco, espíritu!

Ahora estoy contando escuetamente lo que vi y oí, pero en ese momento no podía creer. Era algo como aquellos dibujos animados en que súbitamente las cosas inanimadas cobran vida en las sombras. Nadie podía estar más inadecuado en una danza que un guardián de museo. Pero su voz nasal era completamente real. Después de unas reverencias, empezó a arreglar su uniforme y sacó de un bolsillo de atrás una botella aplastada, la descorchó, echó la cabeza hacia atrás y empezó a beber.

En ese momento encendí mi linterna.

El rayo de luz cruzó el *hall* y fué a enfocar su manzana de Adán que subía y bajaba, en un cuello rojo como el de un pavo. Se dió vuelta parpadeando sorprendido, pero de ninguna manera asustado.

—¿Qué es eso? —dijo, y luego, con un tono diferente—: ¿Quién está ahí?

—¡Soy un oficial de policía! Venga acá.

En ese momento me pareció que aquel lugar se hacía más real. El hombre se enderezó y adquirió un aspecto desafiante. Me miró detenidamente, pero

sin asomo de alarma, todavía mostrando algo de su anterior alegría. Tomó su linterna y se encaminó hacia donde yo estaba, moviendo la cabeza y murmurando. Su cara también era rojiza y huesuda, y este color se extendía hasta la punta de su larga nariz, donde unos anteojos se sostenían casi al final de ella, mientras unos ojillos estrechos me observaron con la cabeza colocada casi sobre uno de los hombros.

—¿Así que usted es un policía? ¿Y puedo preguntarle qué es lo que pretende entrando así como un ladrón? Dígame, ¿en qué consiste el juego?

—Ahórrese esas palabras —dijo—. ¿Qué ha pasado aquí esta noche?

—¿Aquí? —preguntó, en un tono como si yo hubiera cambiado el tema de la conversación—. ¡Aquí nada! A no ser que las momias de la pared se hayan salido de sus cajas, pero yo no las he visto.

—Su nombre es Pruen, ¿no es cierto? Bueno, ¿quiere tener en su contra un cargo de rapto? Y si no, explíqueme qué le pasó al hombre alto, con los anteojos de moldura ancha y falsa barba —en este punto mi voz se alteró—, que estaba aquí hace una hora. ¿Qué ha hecho con él?

Hizo un ruido de incredulidad. Su aspecto desafiante pareció decrecer.

—¡Usted está loco, viejo chiflado! —dijo Pruen tranquilamente—. Mire, ¿no será que ha estado viendo dibujos animados del perro y el pato? ¿No será eso? Un hombre alto, ¿con qué? Mire, viejo chiflado, váyase a su casa y duerma como un buen...

Puse una mano en su hombro. El hecho de que yo mismo me preguntaba si no estaría chiflado me hizo desear torcer su ajado cuello.

—Muy bien, lo cambiaremos por un cargo de asesinato entonces; de cualquier modo, usted irá a la estación de policía conmigo.

Se estremeció y su voz sonó aguda:

—¡Por favor, un momento! No ha habido ofensa.

—¿Qué pasó aquí esta noche?

—¡Nada! No ha habido nadie aquí desde que cerré a las diez.

Lo peor era que esto sonaba a verdad.

—Iba a tener lugar una reunión o algo por el estilo a las once, ¿no es así?

Pareció que en ese momento se hacía la luz en su cerebro:

—¡Oh, eso! ¡Eso! ¿Por qué no lo dijo antes? —Se puso agresivo—. ¡Sí! Iba a haber una reunión, pero no hubo. Se canceló. (Bueno, fulano, ya me he disculpado. ¿No hay ofensa?). Se iban a descubrir unas cosas, y el doctor Illingworth iba a estar presente para verlas: tan importantes eran. En el último momento se canceló la reunión porque el señor Wade, y me refiero al viejo

señor Wade, no al joven, iba a salir de la ciudad. Así que esta tarde avisaron que no se iba a efectuar. Eso es todo. Nadie ha estado aquí esta noche.

—A lo mejor. De todas maneras, encienda las luces y echemos una mirada alrededor.

—Con placer —canturreó Pruen. Me miró de hombre a hombre—. Dígame, ¿qué cree que pasó aquí esta noche? ¿Alguien presentó alguna queja? —Como yo titubease, siguió—: Nadie ha formulado queja, ¿eh? Bueno, dígame: ¿le pagan a usted por entrar sorpresivamente y como ladrón?

—¿Y a usted le pagan por danzar alrededor de una caja en la mitad de la noche? ¿Qué hay en esa caja?

—No hay nada en esa caja —declaró—. Yo sé que usted sospecha que por lo menos hay un hombre muerto en ella, pero no hay ni siquiera una mujer muerta. Ese es el chiste: no hay nada ahí dentro.

Antes que yo pudiera sacar algo concreto de lo que estaba diciendo el hombrecito, se internó en la obscuridad balanceando su linterna; hacia el otro lado de la escalera se sintieron una serie de chasquidos, y una suave línea de luz apareció alrededor de la cornisa en el techo. Las ampolletas se encontraban ocultas y daban al *hall* una suave claridad de luz de luna.

No porque se encendieran las luces pareció aquel lugar menos embrujado. Era un *hall* muy espacioso y alto, con todo el suelo de mármol, y en el medio dos hileras de pilares con un espacio de 10 pies entre ellos, que se extendían hasta la puerta de entrada. Se respiraba aquella atmósfera que hay en todos los edificios públicos. Al fondo y en línea directa con los pilares se encontraba una escalera también de mármol, que ascendía en un solo brazo hacia dos galerías abiertas, que evidentemente formaban el segundo piso. Todo el techo era de tejas barnizadas de verde y blanco; los colores —según averigüé después entre muchas otras cosas curiosas— eran los de las cúpulas de la mezquita de Bagdad. En las paredes laterales había cuatro arcos, dos a cada lado, y encima de ellos, en un grueso letrero, se podía leer: *Galería Persa*, *Galería Egipcia*, *Galería de Bazares*, *Galería de los Ocho Paraísos*. Al frente de las grandes puertas de bronce de la entrada había dos puertas más; una, la puerta por donde yo había entrado, estaba al lado izquierdo de la escalera, esto es, enfrentando el *hall*, para una persona que entrara por la puerta principal, y otra exactamente igual al lado derecho. Una tercera, que se encontraba al final del *hall* a mano derecha, tenía un letrero que decía: *Guardián Privado*, y se encontraba al lado de la *Galería de los Ocho Paraísos*.

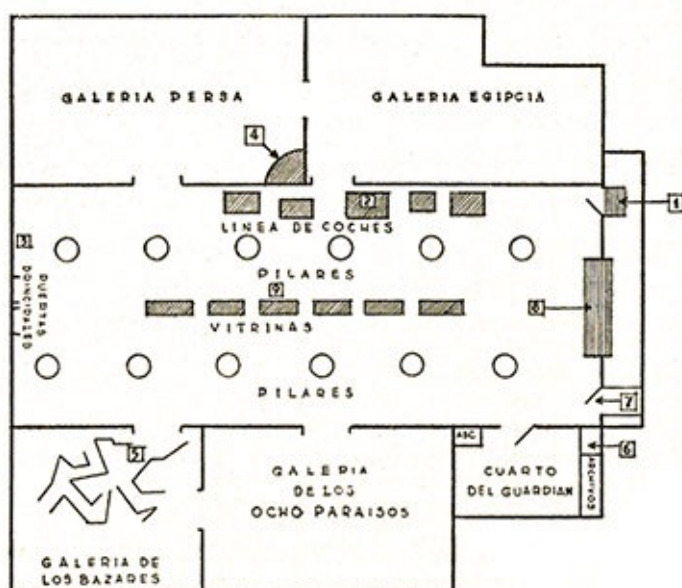
Pero lo que atrajo mi atención en ese momento fueron las piezas que se exhibían. La pared del lado derecho, mirando siempre desde la entrada principal, estaba adornada con grandes alfombras, las cuales ejercían una atracción que hacía volver la vista hacia ellas continuamente. No sé realmente cómo describirlas. No era solamente su riqueza o su intrincada trama o las raras imágenes que su contemplación extraía del subconsciente. Aun más, eran casi comunes, con capas de flores extendidas en el suelo; su atracción consistía en la cualidad lánguida y viviente de las mismas. Ello aumentaba la atmósfera de lugar encantado de todo aquello. En la mitad del *hall* había una hilera de cajas con tapa de cristal conteniendo diversas armas, de modo que los ojos pasaban directamente de las alfombras a los cuchillos.

Era un alivio el mirar hacia la pared de la izquierda a través de la línea de pilares. Allí se exhibían unas piezas tal vez incongruentes, pero algo parecía decir que no lo eran: los carruajes antiguos. Había cinco de ellos, que aparecían estrechos y feos a la claridad de la luna. El que se encontraba al frente mío y más cercano era bajo y pomposamente pintado, de apariencia pesada y abierto como coche de paseo, con una placa que decía:

Construido por Guillian Boonen, cochero de la reina Isabel, el primero en introducir estos carruajes en Inglaterra, "circa", 1564. Los adornos de cuero indican nobleza real, pero su armazón no está aún sostenida por correajes...

Miré hacia el próximo. Este era del siglo diecisiete, un coche con vidrios al estilo francés, con las armas de los Borbones en verde y rojo. Más allá había un coche de correo de la época de Dickenson, cuya puerta ostentaba el siguiente letrero: *El Telégrafo de Ipswich*. Al final y en el medio se encontraba un coche gigantesco pintado de negro y adornado con cuero también negro, con sólo unas ventanitas pequeñas como agujeros y plantado en unos arcos de ruedas tan altos que quedaban bien a cinco pies del suelo.

PLANO DEL PRIMER PISO DEL MUSEO WADE



[plano ampliado]<<

Me paseaba entre todo esto hacia arriba y abajo, cuando me sorprendió una risa sarcástica.

—¿Todo revisado y correcto? —inquirió Pruen. Echó su capa hacia atrás y con las manos en las caderas continuó—: ¿Nadie raptado? ¿No ha encontrado ningún muerto? Bueno, así que no hay ninguna pista.

Se calló intrigado, pues en ese momento yo me había encaminado hacia las puertas de bronce y descubierto huellas de algo. Comenzando desde estas puertas, había una serie de manchas negras en un espacio de 12 pies de largo. Encendí mi linterna. Eran huellas de pisadas, no muy bien delineadas, pero sus ángulos y formas mostraban la huella de que alguien había hecho un recorrido de más o menos dos yardas antes que las huellas se desvanecieran. La marca de los tacones era muy notoria, como así también las líneas de un zapato puntiagudo; las marcas eran de polvo de carbón.

—Dios guardián —gritó Pruen.

Y sentí que se acercaba corriendo.

—¿Quién —dije— hizo estas marcas?

—¿Qué marcas?

—Mírelas. ¿No dijo usted que no había estado nadie aquí esta noche?

—¡Bah! —dijo Pruen—. ¿Y eso es todo? Yo dije que no había habido nadie aquí después de las diez, hora en que cerré. Eso es todo. Antes estuvieron docenas de personas. No se sonría. Somos muy populares.

—¿Dónde se encuentra usted cuando está vigilando? Quiero decir: ¿dónde se para o sienta?

Me señaló una silla a la izquierda de las puertas de bronce, desde donde se dominaba casi todo el *hall*, la parte derecha con su línea de coches y más de la mitad de la puerta por la cual yo había entrado.

—Se sienta aquí. ¿No vió usted a nadie que pueda haber hecho estas marcas?

—No, no vi a nadie.

—¿Y supongo que tendrá una explicación para el hecho de que alguien que entró desde la calle tenía las suelas manchadas con polvo de carbón?

Algo aleteó detrás de sus delgados anteojos, como si estuviera nervioso pero decidido. Su labio inferior sobresalía un poco.

—No, solamente le pregunto si eso tiene algo que ver conmigo. Eso es asunto suyo. Huellas de pisadas. —Su voz subió de tono—. A lo mejor el cadáver que está buscando llegó aquí caminando, ¿no es cierto? Y a lo mejor tomé un cuchillo y lo maté y lo escondí en alguno de aquellos coches o quizás en las tiendas de la *Galería de Bazares* o en la de los *Ocho Paraísos*, o arriba en la *Galería Árabe*. ¡Vaya a mirar!

Algo se atascó en mi garganta y caminé rápidamente hacia la hilera de coches, dejando atrás a Pruen, que murmuraba y gesticulaba. Era el coche grande el que súbitamente había llamado mi atención, aquel enorme coche negro con sus secretas ventanas y sus pulidos pasamanos. Una placa que colgaba de la puerta decía:

*Coche de viaje inglés de principios del siglo diecinueve,
construido para viales por el continente. Fué diseñado para
asegurar completa independencia.*

La voz de Pruen me siguió:

—¡Diablos! Tenga cuidado al tocarlo, viejo entrometido. Hay un hombre muerto adentro. Un gran cadáver sangrante justamente en...

Su voz de repente adquirió el sonido de un susurro.

Me subí a la pisadera y abrí la puerta. Algo saltó de adentro casi en mi cara, pareció surgir como el mono de una caja de sorpresa. Pasó al lado de mi hombro, sus zapatos quedaron enganchados en el coche, se deslizó hacia un lado y cayó al suelo con un golpe ahogado.

Era el cuerpo de un hombre bastante alto el que ahora se encontraba de espaldas en el suelo, los brazos y piernas esparcidos como si fuera un muñeco; a su lado cayó un libro de cubiertas café. El hombre tenía tanta vida como un muñeco. Usaba un largo gabán negro, y al abrir un lado de éste pude ver el mango blanco de un puñal que emergía de una suave camisa, pero no

fue eso lo que atrajo mi atención, como tampoco el sombrero de copa que se había aplastado en su cabeza. Como para adornar esta pesadilla, el hombre asesinado usaba también una barba como arrancada, ya que casi colgaba de su cara. Pero esta barba postiza era negra.

CAPÍTULO III

El cadáver del Museo.

Cabe admitir, señores, que hay ocasiones en que el cerebro humano parece que no puede hilvanar pensamientos coherentes, en que sólo puede anotar y absorber todo detalle visual que aparezca delante de los ojos. Tal vez suene muy metafísico o, como decía el copero, tan malditamente simple, que no tenga sentido. Ustedes no pueden comprender, pues no estuvieron delante de aquella cosa grotesca con barba postiza, 25 minutos pasada la medianoche, en el *hall* del Museo Wade, como yo.

Anoté la hora mientras examinaba cada detalle. La víctima parecía tener entre 35 y 40 años, aunque había sido arreglada para aparecer más vieja. Inclusive a la barba postiza le habían pintado cuidadosamente unas motas grises. Su cara, a pesar de una ligera redondez, era la de un hombre apuesto. Sus facciones tenían un aire satírico que se conservaba aún en la muerte. Su sombrero de copa, decrepito pero cuidadosamente cepillado, estaba encajado en su pelo negro. Los ojos eran castaños y espantosamente abiertos; la nariz, de puente alto, y la tez, ligeramente morena. Debajo de las barbas postizas tenía un bigote verdaderamente negro. La boca estaba abierta. Según pude juzgar, había muerto hacía no más de dos horas y no menos de una.

El gabán era viejo como el sombrero y pelado en las mangas, pero muy bien conservado. Poniéndome los guantes, lo abrí nuevamente, y vi alrededor del cuello del gabán una larga cinta negra que terminaba en un par de anteojos. Llevaba ropa de etiqueta y le faltaba un botón en la chaqueta; su ropa era la adecuada para su tamaño, a excepción del cuello, que parecía muy grande para él. El mango del puñal aparecía un poquitín más arriba del corazón, pero daba la impresión de haber muerto instantáneamente. En ese momento atrajo mi atención el libro que había caído de una de sus manos; estaba forrado en cuero café y aparecía abierto y de boca en el suelo, con las páginas dobladas, pareciendo sugerir aun más terribles secretos.

Lo levanté y abrí; era un libro de cocina. La locura de este hombre no podía haber ido más lejos. El título era: *Manual de recetas de cocina de la señora Elridge* y la primera receta trataba de cómo preparar un cordero asado.

Dejé el libro reverentemente en su sitio y subí al carruaje de nuevo para examinar su interior, el cual se encontraba limpio y cepillado. Tenía adornos

de cuero negro y el piso de madera bien limpio no mostraba ninguna huella de su anterior ocupante. Seguramente que lo habían arreglado cuidadosamente, de rodillas, con la cara contra la puerta, de manera que no fuera posible verlo desde el exterior. Pero había unas casi invisibles gotas de sangre en el suelo, y nada más.

Luego empezó mi preocupación. Lo primero que tenía que tratar de aclarar en este caos era la identidad del muerto. Empecé a sacar conclusiones: 1.º, el hombre muerto no podía ser el mismo que había atacado al sargento Hoskins, por varias razones; si bien es cierto que éste también era delgado y alto y que en la noche se puede confundir un gabán con un traje de etiqueta, es imposible confundir un par de bigotes blancos con unos negros, como asimismo un par de anteojos colgando de una cinta con anteojos de molduras gruesas. Hoskins no podía haber estado tan errado en los dos puntos más importantes de su declaración, con la sola salvedad de que alguien, por alguna razón, hubiera hecho un cambio completo. Me bajé y examiné las suelas de los zapatos del hombre asesinado; tenían una ligera huella de polvo de carbón. Pero decidí que aquellos momentos no eran los más propicios para pararme a pensar ni aun sobre lo que constantemente volvía a mi memoria: las palabras que dijo al sargento Hoskins el loco de la barba blanca:

“—Usted lo asesinó y lo colgarán por ello. Es un impostor. Yo lo vi dentro del coche”.

Por el momento debía alejar de mi mente estas palabras. Me di vuelta hacia Pruen.

—Estaba usted en lo cierto —dije—. Había un cadáver en el interior.

Me quedó mirando un momento y empezó a retroceder con la botella de *gin* apretada contra el pecho y limpiándose la boca con la otra mano; por un instante creí que iba a empezar a lloriquear. Pero cuando habló lo hizo muy bajo.

—Yo no lo sabía —dijo—, que Dios me ayude. Yo no lo sabía.

Su voz sonaba trémula y él mismo temblaba entero.

—¿Todavía insiste que estaba solo aquí esta noche? —dije—. Si es así, creo que después de todo tendrá que responder de un cargo de asesinato.

Una pausa.

—No lo puedo remediar, señor. Es la verdad..., es decir..., sí, estaba solo.

—Venga, acérquese. ¿Conocía a este hombre?

Lo miró y torció la cara violentamente.

—Nunca lo había visto antes. Parece un...

—Observe el mango de ese puñal. ¿Lo ha visto antes?

Pruen lo observó rápidamente y se volvió a mirarme con la apariencia de un perro golpeado.

—Sí, le voy a decir toda la verdad. He visto ese puñal muchas veces, porque estaba allí, por eso es que lo he visto tanto. ¡Mire, venga, le voy a mostrar dónde estaba! —gritó, y empezó a tirar de mi brazo como si yo dudara de lo que estaba diciendo—. Estaba en esa caja. Es lo que llaman un *khanjar*..., una daga persa. ¿Las conocía usted? ¡Ah! Podría apostar que no. Es curvo y es usado...

Su voz había tomado el sonsonete de alguien que ha dicho lo mismo muchas veces, y cuando se dió cuenta de ello empezó a tartamudear y parpadear.

—Así es que usted sabía que lo habían sacado de ahí.

Otra pausa.

—¿Yo? No; quiero decir que lo sé ahora.

—Hablabamos sobre este asunto después que haga algunas llamadas telefónicas. ¿Hay algún teléfono aquí? Muy bien, a propósito, ¿siempre sigue afirmando que el señor Geoffrey Wade está fuera de la ciudad?

Se irguió violentamente y me informé que mientras el señor Wade estaba ausente, el Museo quedaba a cargo de un señor Ronald Holmes. El señor Holmes vivía muy cerca de allí, en un piso en el Pall Mall, y Pruen me sugirió agriamente que me pusiera en contacto con él, después de lo cual se alejó murmurando en dirección a la puerta con el rótulo de guardián; pero cuando movió el botón de la luz dió un pequeño salto, y yo hubiera jurado que lo que vió allí dentro era tan nuevo para él como para mí.

A pesar de que no era cuestión de otro cadáver, se notaba que en aquel lugar había ocurrido un hecho violento. Era un cuarto grande y confortable, lujosamente alfombrado, a la manera del Kurdistán. Había dos escritorios; el primero, en la mitad de la pieza, era de caoba, y el otro, en una esquina, parecía un escritorio de trabajo, con una serie de casilleros al lado. Las sillas eran de cuero rojo, y de las paredes, como cinceladas a la usanza morisca, colgaban fotografías que parecían extranjeras. Encima del escritorio de caoba se encontraba una caja abierta, a cuyo lado había un cenicero cubierto de colillas de cigarros.

De lo primero que tomé nota fué de la distribución del cuarto. En la pared izquierda, casi al final, había una pequeña puerta que daba entrada a un baño, y una ventana en la pared del fondo del baño encima del lavatorio, la cual se encontraba abierta. Miré a mi alrededor. En una alfombra al lado del escritorio de caoba se encontraban esparcidos los fragmentos de un espejo

portátil, y una alfombra de aspecto ordinario se hallaba toda arrugada. Pero eso no era todo.

Hacia la derecha de la puerta por donde yo había entrado se veía una especie de ascensor hidráulico construido en la pared. Las puertas dobles del ascensor, cada una con unas ventanitas de vidrio, estaban ligeramente abiertas, y una de ellas estaba hecha trizas. Evidentemente, esto había sido hecho desde el interior. El suelo se encontraba sembrado de vidrios y también había sobre él un letrero que decía: *Fuera de Servicio*. Las puertas del ascensor tenían una cerradura de banda de acero que podía ser cerrada tanto por dentro como por fuera. Parecía que alguien había sido encerrado en aquel ascensor y había procedido a liberarse por su cuenta.

Empujé las puertas y las abrí. En lo alto de la pared, a través de unos agujeros de ventiladores que daban hacia el *hall*, se filtraba una luz. El interior estaba vacío, a excepción de una caja de madera dada vuelta.

—Le repito que no sé nada de esto —dijo Pruen desesperadamente—. No he estado aquí adentro esta noche... Ese ascensor ha estado fuera de uso desde hace una semana; parecía que nadie era capaz de arreglarlo, y Dios sabe que yo tampoco.

”El caballero viejo quiso darle un corte definitivo al asunto porque aseguraba que alguien lo había descompuesto deliberadamente, lo que no es verdad, pero alguien debía haberlo hecho, porque él no lo sabía manejar y van dos veces que casi se decapita, pero cuando vea lo que han hecho... ¡Oh, oh!”.

—¿El caballero viejo? Usted se refiere al señor Wade. Dígame, de paso, ¿qué aspecto tiene?

Se quedó mirándome.

—Sí; ¿aspecto? Un hombre bien parecido el señor Wade, aunque sea un poco bajo. Un gran hombre de teatro, empresario. Con unos hermosos mostachos blancos. Es muy importante. Pasó dos años en Persia excavando las tumbas de los califas con un permiso muy amplio y sello del gobierno, además...

Se detuvo y me quedó mirando interrogativo.

—¿Para qué quiere saber todo esto? ¿Por qué no llama por teléfono? Ahí está el aparato, justo debajo de su nariz. ¿Por qué no lo usa?

La idea vaga que me perseguía, de que hubiera sido el propio señor Wade que con barbas postizas anduviera rondando en su Museo, pareció eliminada con la descripción de Pruen: “un poco bajo”. Llamé a Vine Street y le

expliqué a Hoskins lo que había pasado, ordenándole que mandara un fotógrafo, un experto en huellas digitales y un cirujano de policía.

Después de un intervalo de atónico silencio se sintió la voz triunfante de Hoskins anunciando un nuevo descubrimiento.

—Ese fulano Mannering, señor...

—Tráigalo con usted. No lo ha dejado irse, ¿no es cierto?

—No, señor. Esté seguro de que lo llevaré conmigo —susurró Hoskins—. Y más aún, tengo una prueba muy concluyente. Una nota que cayó de uno de sus bolsillos prueba que se trata de un crimen premeditado. Usted verá. Crimen y conspiración.

Para que se enterara Pruen, yo repetí en voz alta: “Una nota que prueba que se trata de un crimen premeditado”, y colgué el receptor con gesto decidido.

—Esto parece arreglar el asunto —le dije—. No tiene que hacer ninguna declaración, a menos que lo desee así. Ya tenemos la historia. Por lo visto, fué algo tramado de antemano y usted lo llevó a efecto.

—¡No! ¿Quién dijo eso? ¿Quién dijo eso?

—¿Por qué negarlo? Una nota explicatoria fué hallada en el bolsillo de la chaqueta de Gregorio Mannering.

Inmediatamente cambió de tono; el solo nombre de Mannering parecía ponerlo fuera de sí.

—Mannering —tartamudeó—. Mannering. Él debía ser la última persona, la última persona...

Levanté mi mano para hacerlo callar mientras oíamos en el silencio unos pasos. La ventana del baño estaba completamente abierta y los pasos parecían venir de afuera y de ese lado. Le advertí a Pruen que si hacía cualquier clase de ruido, no le iban a gustar las consecuencias. Entré al baño y, subiéndome encima del lavatorio, me dispuse a observar por la ventana.

Detrás del Museo había un trecho con pasto que llegaba hasta una alta puerta de hierro que se abría al callejón llamado Palmer Yard. Alguien estaba sacando la llave de la puerta y entrando. La luna estaba aún alta, por lo que pude distinguir la figura de una mujer. Cerró la puerta detrás de ella y se encaminó rápidamente hacia el Museo. Vió mi cabeza destacada en la ventana y agitó la mano saludando, pues evidentemente esperaba encontrar a alguien allí.

—Quédese aquí —ordené a Pruen— sin hacer ningún ruido. ¿Cómo se va a la parte de atrás de este lugar?

No parecía en absoluto ansioso de hacer ruido y me explicó que saliera al *hall* y después pasara por la puerta que se encontraba a la derecha de la escalera, que daba a un pequeño pasaje existente por donde él vivía y después a la puerta del fondo.

Me dirigí al *hall* y, siguiendo sus instrucciones, crucé un pasadizo oscuro justamente en el momento que la mujer abría la puerta del fondo. Pude ver su silueta recortada contra la luz de la luna, mientras ella buscaba el interruptor de la luz eléctrica. Entonces se encendió la luz.

Delante de mí, señores, se encontraba una mujer. He visto muchas mujeres más hermosas, tal vez en el aspecto clásico, pero nunca una que estuviera rodeada de tal hálito de atracción. Uno parecía sentir su presencia. Por un momento pareció desconcertada por el cambio brusco de la absoluta obscuridad a la luz y sus ojos parpadearon para adaptarse. Llevaba un tapado negro encima de sus hombros y debajo de él un traje de noche color escarlata, de un escote muy bajo. No era alta, ni tampoco se puede decir que pequeña, y daba la impresión de poseer formas redondeadas. No soy más explícito y les hago este *sketch* en tono bastante caballeresco, ya que después la he tratado más. Su pesado pelo negro parecía reflejar la luz de su alrededor; sus ojos eran grandes y también negros, muy luminosos debajo de unas pestañas larguísimas. La boca era rosada y el cuello pequeño. Sus ojos estaban en ese momento entrecerrados y evidentemente estaba nerviosa; la intensa vitalidad de esta muchacha le daba, a pesar de todo, una expresión de jovialidad, de ruidosa intensidad, que la hacía aparecer tan vívida como el vestido escarlata en aquel oscuro pasaje. La bombilla eléctrica se movió, por encima de su cabeza, dejándola tan pronto en las sombras como colocándola a la luz.

Miró hacia el interior del pasaje, escrutándome.

—¡Oye, Ronald! —comenzó excitadamente—. Vi tu luz ahí dentro y no pensé nunca que estarías aquí; creí que te habrías ido a tu departamento. Yo iba precisamente para allá. ¿Es que pasa al...? —Se calló bruscamente—. ¿Quién es? ¿Quién está ahí? ¿Qué quiere usted?

—Señora —repuse—, quiero averiguar qué diablos pasa en esta casa de locos. ¿Quién es usted?

—Yo soy Miriam Wade. ¿Quién es usted?

Mi respuesta la hizo acercarse un poco para observarme. En sus ojos había miedo y perplejidad.

—Un oficial de policía —murmuró—. ¿Qué está usted haciendo aquí? ¿Qué ha ocurrido?

—Un asesinato.

En el primer momento pareció no entender; podría haber agregado cualquier otra cosa y no me habría oído. Cuando logró comprender, empezó a reírse en un tono que gradualmente llegó a lo histérico.

—Está usted bromeando...

—No.

—¿Quiere decir que alguien ha muerto? ¿Quién ha muerto? ¿Seguramente que no...?

—Eso es lo que quiero saber, señorita Wade. ¿Quiere usted entrar y ver si usted lo puede identificar?

Me miraba como tratando de leer algo en mi rostro, algo que yo no había dicho, con perturbadora intensidad.

—Por supuesto que iré —dijo finalmente con un esfuerzo—. Todavía pienso que no puede ser, pero voy a ir. Yo nunca he visto..., quiero decir, ¿será muy terrible?

La guie hacia el interior del *hall*. Antes que se lo mostrara, ella había visto el cuerpo en el suelo con la cabeza hacia nosotros. De una sola cosa estoy seguro, y es que no era esto lo que ella esperaba encontrar. Tratando de controlarse, se encaminó rectamente y lo miró a la cara. Súbitamente se agachó como si fuera a arrodillarse, pero se detuvo. Su hermoso rostro brillaba bajo la luz de la luna y se mostraba inexpresiva como las misteriosas ventanas de aquel coche de donde había caído el muerto. Algo cambió en su interior, como un llanto ardiente pero oculto, y aun me pareció por un momento que sus ojos se habían llenado de lágrimas. Pero esta impresión duró sólo un momento.

Se enderezó y dijo en voz muy baja:

—No, no lo conozco. ¿Tengo que mirar otra vez?

¿Qué había de lógico en aquel asunto? Creo que fué la vaga apariencia de *gigolo*, la ironía cáustica de sus ropas viejas y cepilladas lo que me hizo decirle:

—No mienta. Hará las cosas más difíciles para mí si miente.

Algo parecido a una sonrisa apareció en su cara. Sus manos alisaban nerviosamente su vestido.

—Encuentro encantadora su confesión —dijo—, pero no estoy mintiendo. Lo que pasó es que le encontré un parecido con alguien; eso es todo. ¡Por Dios!, dígame, ¿qué pasó? ¿Cómo entró él aquí? Ese cuchillo —su cara se sonrojó cuando lo vió— es el que una vez Sam...

—¿El que una vez Sam...?

Pareció no oírme, y se volvió hacia la caja alrededor de la cual había danzado Pruen, pero poco después me di cuenta de que me había escuchado perfectamente. Se volvió con un ademán de coquetería que no cambiaba la impasibilidad de su rostro y el agitado levantarse de su pecho.

—Le advierto que no debe importarle lo que le digo. ¿Cómo quiere que hable algo coherente, si me ha arrastrado a mirar un cadáver sin previo aviso? Honestamente le aseguro que no quise decir nada. Sam..., Sam Baxter es un amigo mío que admiraba mucho esa daga. Se encontraba en una de esas cajas. Sam quería comprársela a mi padre, para colgarla en la pared de su cuarto; decía que tenía aire siniestro... y hermoso.

—Tranquilícese, señorita Wade. Alejémonos de aquí. —La tomé de un brazo y me dirigí con ella hacia la escalera—. ¿Por qué vino al Museo esta noche?

—No venía al Museo; Ronald Holmes, el asistente de mi padre, daba una pequeña fiesta en su departamento e iba hacia allá, y siempre que vengo por estos lados dejo mi coche estacionado en el callejón Palmer, para evitar el dejarlo afuera en la calle y que algún policía empiece a entrometerse. Bueno, de todas maneras, siempre lo dejo ahí, y entonces vi la luz y pensé que algo había retenido a Ronald.

A cada palabra que decía caminaba un paso más, alejándose de donde estaba el cadáver, y yo la seguía como un cazador. Ahora se encontraba detrás de los pilares, cerca de la pared del lado derecho del *hall*. Extendió una mano hacia atrás para apoyarse, tocó una alfombra persa que colgaba de la pared y sus delgadas y nerviosas manos recorrieron la suave superficie como si esto le proporcionara el aplomo que necesitaba.

—Iba usted a una fiesta al departamento del señor Ronald —repetí—. ¿Y no iba su novio también?

Hubo una pausa. Tuve que agregar:

—¿Entiendo que usted está comprometida con el señor Gregorio Mannering?

—Bueno, es algo no oficial —exclamó rápidamente, como si no tuviera mayor importancia. Sus ojos de nuevo miraban en dirección al muerto y mostraban una fijeza atónita—. Greg, ¿qué tiene que ver Greg con todo esto? Él no ha visto eso, ¿no es cierto?

—Yo creo que lo ha visto... Mire, señorita Wade, no estoy tratando de atemorizarla para extraer tremendos secretos.

A continuación le conté exactamente lo que había ocurrido allí esa noche. No fué muy sabio lo que hice. Mientras me escuchaba parecía buscar algo en

sus recuerdos y hasta una vez hubiera jurado que la oí murmurar: “la ventana del sótano”. Hice especial hincapié en las barbas postizas y en el hecho de que su prometido se hubiera desmayado.

—¿Puede usted entender esto? —le dije.

No pareció interesada en esto último.

—Un policía —murmuró—, un policía vió a un hombre... ¿Con qué postizos? Una barba. Es algo terriblemente gracioso. Vió a un hombre que lo acusó de ser un asesino. —Luego, por alguna razón, su voz tomó un tono más impersonal que el anterior y sus pensamientos parecieron volver a mi pregunta—. Se desmayó... ¡Oh, eso no puede usted entenderlo! Greg se desmayó porque... Si usted lo conociera, se daría cuenta de ello. Greg sirvió en la Guardia Civil española; después, también en la Legión Extranjera, donde fué destacado como espía entre los árabes y pasó muy bien. Pero tenía que tomar tabletas de digitalina, pues su corazón era débil, le venían esas fatigas, como cada vez que tiene una impresión fuerte o un exceso de trabajo. Usted dice que tuvo un altercado con el policía, ¿no es cierto? Eso tiene que haber sido. La semana pasada quiso acarrear al segundo piso un baúl porque Ronald Holmes le apostó que nadie podría hacerlo solo; se lo echó sobre las espaldas y lo subió casi hasta el final, donde resbaló en un escalón y lo dejó caer. Lo malo fué que estaba lleno con porcelana y mi padre se puso furioso.

—¿Cómo no entendió lo de la reunión? Estaba aquí golpeando las puertas, e insistía en que estaba convidado a una especie de reunión en el Museo.

Ella me miró en los ojos, diciendo:

—No debe haber recibido mi mensaje, eso es todo. Llamé a su departamento, temprano esta mañana, y él no estaba, pero me dijeron que regresaría pronto y prometieron transmitirle mi recado. Le dejé dicho que la reunión se había cancelado y que fuera al departamento de Ronald, en Pall Mall.

—¿Quién iba a estar presente en esa reunión?

—Mi padre, pues yo quería que conociese a Greg, y Ronald y el doctor Illingworth, el predicador escocés, que es un moralista terrible y está muy interesado en “Las Mil y una Noches”.

—¿“Las Mil y una Noches”?

—Sí; usted sabe, Alí Babá, Aladino y toda esa gente. Pero con una salvedad, y esto me pone furiosa. Según dice mi padre, no está interesado en ellas como cuentos; lo que es más, ni siquiera sabe que son cuentos, y está tratando de encontrar su origen histórico o algo por el estilo. Recuerdo que una vez traté de leer un artículo suyo sobre “Las Mil y una Noches” en el

“Diario Asiático” sobre ese cuento de los hombres convertidos en peces blancos, azules, amarillos o rojos, color que dependía de si eran musulmanes, judíos, cristianos o magos, y el doctor Illingworth interpretó esto, según ese artículo, diciendo que estos colores eran los de los turbantes que usaron los judíos, cristianos y musulmanes, obedeciendo una orden de un Mohamed de Egipto en el año 1301. No sé qué pretendía, pero sí sé que era terriblemente aburridor.

Mientras conversaba trataba de asumir un aire de tranquilidad, esforzándose en divertirme.

—¿Y qué era lo que iban a examinar —pregunté— la noche que su padre tuvo que ausentarse?

—¿Examinar?

—¿Entiendo que no iba a ser sólo una reunión social? La verdad es que el señor Mannering habló de violar una tumba y me preguntó si yo creía en fantasmas.

Alguien golpeó en ese momento las puertas de bronce, y esto la hizo saltar; vi asomar el miedo en sus ojos mientras el eco de los golpes se sucedía en el Museo; pero estoy seguro de que fué mi última pregunta y no los golpes lo que la hizo atemorizarse.

CAPÍTULO IV

Tiene que haber un cadáver.

Me apresuré a abrir, y entró Hoskins con los bigotes erizados, como esperando hallar un cadáver en la antesala; con él venían el doctor Marsden, cirujano de policía; Crosby, el tomador de huellas digitales; Rogers, el fotógrafo, y dos alguaciles. Les advertí que pusieran especial atención en las huellas de polvo de carbón y que Rogers las fotografiara, y di las instrucciones de costumbre: el guarda Martín debía permanecer en la puerta y el guarda Collins debía buscar más pistas. Rogers y Crosby se pusieron inmediatamente a trabajar alrededor del muerto, puesto que yo no podía registrar los bolsillos de éste hasta que no hubiera terminado esa rutina.

Hoskins me condujo a un lado.

—He traído a su gracia..., quiero decir el señor Mannering. Está ahí fuera en el coche —me dijo en un tono confidencial—. ¿Quiere que ordene a Jameson que lo traiga?

—Un momento. ¿Qué fué lo que dijo cuando volvió en sí?

El sargento pareció intrigado.

—Me contó algo sobre su débil corazón y me mostró un frasquito con tabletas; y en cuanto a estar asustado, no, señor, nada de asustado. Cuando le hablé de la barba blanca y lo que había tratado de hacerme...

—¿Le dijo eso?

—Tuve que hacerlo, señor, porque me preguntó por qué lo habían detenido, pero cuando se lo dije, ¿cree usted que se alteró? No, señor; se echó a reír durante un buen rato. —Hoskins estaba amostazado. Parecía que esta narración le había sacado un gran peso de encima—. Después, cuando usted telefoneó por lo del asesinato, estaba interesado y un poco excitado, nada más. En el camino hacia acá estuvo tratando de tomar parte en la conversación y contándonos una historia de un *thug* asesinado en Irak o en no sé qué otra parte, y declaraba que ayudaría en todo a la policía; aunque entre nos le voy a decir que lo creo un maldito mentiroso, y ahora sí que lo tenemos bien en las cuerdas con esa nota... ¿Le digo a Jameson que lo traiga?

—Primero tenemos que arreglar otro asunto. Venga a decirme si el hombre asesinado es el mismo que lo atacó.

Mientras Hoskins se encaminó hacia el lugar donde yacía el cadáver, alcancé a divisar a Miriam Wade, que continuaba afirmada contra la tapicería donde yo la había dejado. Cuando le expliqué, fué evidente que consideró esto un signo muy siniestro. Después observó el cadáver.

—No, señor —aseguró después de una ligera inspección—. Ese no es el mismo hombre.

—¿Está usted seguro de eso?

—Absolutamente seguro, señor. Este fulano es de cara más bien redonda y una nariz que podríamos llamar judía. El viejo que saltó de la pared...

—Primero que todo, ¿está usted seguro de que era viejo?

—No, señor, no podría jurarlo, y ahora que usted lo menciona, he estado pensando en eso mismo. Pero de una cosa estoy completamente seguro: es que tenía la cara larga, como de caballo, y una nariz aplastada. Créame que no es el mismo. —Después de esta declaración adoptó una postura reglamentaria y dijo—: ¿Órdenes, señor? No estoy de servicio, pero ya que estoy metido en este asunto...

Pensé que esto ya era definitivo: que había habido dos personas llevando barbas postizas en aquel lugar; lo que no podía decidir era si esto empeoraba o mejoraba el asunto. Seguramente que lo empeoraba, pues traía a la mente fantásticas visiones de un club de hombres con barbas postizas reuniéndose en el Museo Oriental a la luz de la luna. Pero esto tampoco ayudaba en nada.

—Déjeme ver esa nota —dije.

Hoskins la sacó con sumo cuidado. Era un pedazo de papel ordinario de carta muy bien doblado en dos y con un extremo muy sucio. Lo desdoblé. Prosaicamente escrita a máquina y con un “Miércoles” escrito en un extremo superior, leí la nota más extraordinaria que había visto en mi vida.

Querido G.:

Tiene que haber un cadáver, un verdadero cadáver. No importa la forma de muerte, pero tiene que haber un cadáver. Yo arreglaré el crimen... Ese khanjar de empuñadura de marfil servirá, o la estrangulación, si eso es preferible.

—Aquí seguían un par de palabras borradas con x y s y terminaba la nota.

Trataba de adaptar mi mente a esto, cuando el sargento Hoskins, pareciendo adivinar mis pensamientos, dijo:

—Una especie de tarjeta de invitación, ¿no, señor? Asesinato. ¡Uf!... Encontrémonos en Lyons para tomar el té... Con esa soltura, ¿eh?

—No sé, Hoskins —dije—, hay algo extraño en esto. ¿Leyó usted alguna vez algo que se pareciese menos a un crimen que clama castigo del cielo?

Hoskins reflexionó.

—Bueno, señor, yo no sé exactamente cómo clama un crimen al cielo. Pero me parece que esto es algo que debiera tomarse con menos frialdad. A mí me suena suficientemente mal.

—¿Dónde encontró esto?

—Se cayó del bolsillo del abrigo del señor Mannering cuando le movía los brazos para despertarlo. No le dije nada a él, pues pensé que debía dejarle este trabajo a usted; pero me quedé cavilando en lo que sería un *khanjar* de acero.

“Tiene que haber un cadáver, un verdadero cadáver”. Esta línea era terrible. Con Hoskins pisándome los talones me encaminé hacia la hilera de vitrinas en el medio del *hall*, y busqué la caja de donde habían sacado la daga. Era muy fácil de hallar. En la tercera vitrina, viniendo de la puerta con un letrero que decía Persa Moderno, había una caja forrada en cuero azul oscuro que reproducía la forma de la curvatura de una daga de unos diez centímetros de largo. La vitrina estaba cerrada y no mostraba signo alguno de haber sido forzada. Ante ella cavilé, como a menudo me había sucedido en los museos, cómo se abrirían aquellas cajas. Me coloqué mis guantes y empecé a revisarla cuidadosamente, hasta que en un lado de la madera descubrí una pequeña cerradura con llave, mas la llave no se encontraba puesta. Por lo tanto la deducción lógica era que alguien que poseía una llave había sacado la daga, lo que hacía recaer las sospechas directamente sobre Wade y sus asociados. “Tiene que haber un cadáver, un verdadero cadáver”. Así es que el crimen en este asunto sólo era un ítem en un fantástico programa.

Por supuesto que la primera persona en quien recaía este cargo era en el viejo Pruen. Ahí estaba la dificultad, en que no se podía pensar en eso, y si yo hubiera estado de jurado tampoco habría creído que Pruen tenía algo que ver con el asesinato.

—Bueno, empecemos a trabajar —dije a Hoskins—. Quiero que usted se haga cargo de su amigo Pruen, que está ahora en la sala del guardián. Lléveselo a otra parte, pues necesitaré esa sala para los demás testigos, y trate de sacarle qué pasó aquí esta noche. Pregúntele sobre la daga, cuándo supo que no estaba en la vitrina, y trate de averiguar cualquier cosa. ¿Ve esa caja ahí en el medio? Averigüe por qué Pruen danzaba a su alrededor y qué significa aquello de esposa de Harún-al-Raschid.

Hoskins quiso saber —y por lo demás era muy razonable— quién era Harún-al-Raschid y qué tenía todo esto que ver con su esposa. Todo lo que yo pude en ese momento recordar fué que Harún-al-Raschid había sido un califa del Bagdad del siglo octavo, la famosa figura de “Las Mil y una Noches”, y que le gustaba salir a buscar aventuras disfrazado. Alguien me había dicho una vez que Harún-al-Raschid, traducido, quería decir Aarón el Ortodoxo.

Es de suponer que tendría una esposa, pues ya había oído hablar de ella. Mannering había hablado de un nuevo descubrimiento del Museo que se mantenía en secreto, y se podía decir, por una cierta manera de hablar, que iban a violar una tumba. Era muy posible que Geoffrey Wade (a quien Pruen había descrito como un ex cavador de los palacios del califa) hubiera descubierto o creyera haber descubierto el féretro de la esposa de Harún-al-Raschid. Pero a todo esto había que añadirle la declaración de Pruen, que aquella caja estaba vacía, y tratar de juntar todo con un cadáver que llevaba barbas postizas y un libro de recetas de cocina en la mano.

Mencioné a Hoskins la posibilidad de que aquella caja pudiera ser un féretro. Este me quedó mirando y, bajando la voz, me preguntó:

—¿Quiere decir, señor, que puede ser una de esas momias? Esas que en las películas se levantan y caminan.

Le expliqué que los califas habían sido musulmanes y que enterraban a sus muertos igual que todo el mundo.

—Bueno, señor, ¿qué quiere que haga? ¿Desenterrarla, si ésa es la palabra?

—Sí, haga eso, si es que Pruen no habla. Hay una pequeña hacha en la pieza del guardia. Si no consigue sacar nada en limpio de Pruen, ábrala, pero con mucho cuidado. Lo que necesitamos es a alguien que entienda este lugar.

—Bueno, señor, aunque el viejo señor Wade esté ausente, debe haber alguien a cargo de esto. ¿No lo podría llamar por teléfono?

Ronald Holmes. Pero tenía una idea mejor que llamarlo por teléfono. Según lo que había dicho Miriam Wade, Holmes estaba en ese momento dando una fiesta, en la cual estarían seguramente aquellos conectados con el Museo, y su departamento se encontraba a sólo cuatro minutos de allí. Si llegaba allá sorpresivamente antes de que tuvieran noticias de lo ocurrido, podría obtener buenos resultados.

—Hágase cargo de todo esto, Hoskins —dije—; yo no me ausentaré por mucho rato y cuando vuelva traeré a Holmes conmigo. Si es que llego con muchos testigos, este lugar es lo suficientemente grande como para tenerlos a todos en cuartos separados. Por el momento pondremos a la muchacha en la

pieza del guardia, a cargo de Martín. No queremos que se comunique con nadie; manténgala apartada de Mannering. Eso, por el momento.

—¿Dónde ésta la señorita? —preguntó Hoskins.

Ambos nos dimos vuelta. La hilera de alfombras que colgaban de la pared aparecían desiertas. Tuve súbitamente la sensación de estar sentado al volante de un auto y que hubiera perdido el control. Ahí estaba el guardián Martín plantado sólidamente delante de las puertas de bronce. Corrí a través del *hall* hacia la pieza del guardián. La puerta estaba cerrada, pero pude distinguir una voz en el interior. ¿Con quién hablaba? ¿Con Pruen? No podía oír lo que decía a través de la gruesa puerta de acero; empujé rápidamente la puerta y distinguí claramente la voz que hablaba.

Pero lo que oí no aclaró nada del asunto; muy por el contrario, pareció hacerlo más raro y menos razonable que antes. Miriam Wade estaba sentada delante del escritorio de caoba hablando por teléfono. Las palabras que oí fueron las siguientes: “Whitehall 0066. Quiero hablar con Harriet Kirkton”. Lo más curioso era que había puesto un pañuelo en el receptor para disfrazar la voz y además hablaba con tono de contralto profundo, que contrastaba con el que ella tenía.

Cuando me vió, colgó el receptor y se paró con la cara roja.

—¡Usted! —gritó—. ¡Usted, condenado intruso! ¡Intruso, intruso!...

—Tranquila, tranquila —fué lo único que se me ocurrió decirle a esta pequeña fierecilla que parecía una Mesalina en un momento de arrebató; sólo las palabras que dijo no calzaban con su figura—. ¿Estaba haciendo un llamado? ¿Por qué no continúa?

—Nada le importa a usted si no lo hago.

—En estas circunstancias me veo en el deber de preguntarle a quién está llamando.

—Usted lo oyó, ¿no es cierto? A Harriet. Es una de mis mejores amigas; se vino en el barco conmigo. Ella...

—Sí, pero dígame, ¿siempre disfraza la voz cuando llama a sus mejores amigas? Porque supongo que no será ésta la ocasión que usted escoja para hacer bromas.

Pensé que iba a lanzarme el cenicero de bronce a la cabeza, pero se sobrepuso y sólo se limitó a apretar una mano contra otra, contestando que si no creía, podía verificar llamando al mismo número.

—Whitehall 0066. ¿De quién es ese número? Si usted no me lo dice, puedo averiguarlo en la central.

Era el departamento de Ronald Holmes. Cuando intenté llamar, dijo:

—¿No se atreverá? Aunque no me crea, es la verdad. Dígame, ¿por qué me tiene encerrada aquí? ¿Cree que es muy agradable para mí? ¿Con eso ahí fuera y todo lo que ha pasado? ¿Por qué no me deja ir o llamar a alguien? ¿Por qué no me deja llamar a mi hermano?

—¿Dónde está su hermano?

—En el piso de Ronald.

El hecho de querer hablar con su hermano era tan obvio, que no le pregunté nada. Respecto al número, me había dicho la verdad, pues en la guía correspondía el 0066 a Ronald Holmes, Prince Regent Court, Pall Mall. Una vez que dejé la guía me di cuenta por primera vez de que Pruen no se encontraba en la habitación, pero ella, adivinando mi pensamiento, se anticipó a mi pregunta.

—Está en el baño —explicó—. Le pedí que fuera para allá mientras yo hacía mi llamado.

Con gesto terco pero embarazado apareció Pruen en la puerta. Su actitud con la muchacha, a juzgar por una mirada que le dirigió, era cercana a la adoración.

Le hice una seña al policía Martín, que se encontraba en la puerta.

—Hágase cargo, Martín, quédese aquí y cuide de la señorita Wade hasta que yo vuelva. Que nadie use el teléfono, ¿entendido? —Cuando me di vuelta hacia la muchacha, ésta estaba sentada en el sillón de cuero rojo con un gesto agrio en su hermosa cara—. Bueno, quédese tranquila unos minutos, por favor; nos pondremos en comunicación con su hermano y se le traerá acá. Volveré en seguida.

Cuando salí la oí murmurar en una forma que mis parientes de Belfast habrían considerado altamente indecorosa. Una vez en el *hall* me detuve un momento alrededor de los coches, donde parecía existir una gran actividad. Rogers había terminado de fotografiar el cuerpo, Crosby estaba aún trabajando en las huellas digitales y el doctor Marsden efectuaba un examen completo. Habían sacado la daga de la herida, ya la habían limpiado, y Crosby la tenía cuidadosamente en un pañuelo. Era de acero curvo, con punta muy afilada, de un largo de 10 centímetros.

—Demasiadas huellas, señor —declaró Crosby, apuntando a la daga—, confundidas unas encima de otras, como si la hubieran tomado y dejado numerosas veces. Las ampliaré para ver si saco algo en limpio. Dentro del carruaje hay algunas más claras... Aquí hay algo más. Parece que el nombre del fulano era Raymond Penderel; tenía dos tarjetas de visita en un bolsillo de la chaqueta, y el mismo nombre en el sombrero.

Me entregó las dos tarjetas manchadas con sangre. En ellas se encontraba escrito el nombre de Raymond Penderel en un tipo de letra de imprenta muy común. Me volví hacia el doctor Marsden.

—No hay mucho que decir —murmuró—. Esa daga hizo un buen trabajo, derecho al corazón, muerte instantánea. La hora de la muerte podría ser... ¿A qué hora me dijo que lo había encontrado? ¿12,25? Bueno, ahora es la una y cuarto. Podría decir que murió entre las diez y media y las once y media. Mire, Carruthers, le voy a dar un dato. ¿Se fija en la forma de la daga? Tendría que haber sido una persona con estudios médicos para haber golpeado tan bien, o una maldita casualidad.

Me arrodillé para revisar los bolsillos del hombre. Había un paquete de cigarrillos, siete peniques en monedas y un recorte de diario, que correspondía a lo que se llama notas sociales; era de la parte superior del diario y se podía ver la fecha casi entera —mayo-11—, alrededor de un mes atrás, y decía lo siguiente:

Ha regresado a Inglaterra, a causa del riguroso clima de Irak, la señorita Miriam Wade. Joven bella e inconvencional, terror de los administradores de hoteles. Antes de partir, hace once meses, se rumoreaba que estaba comprometida con Sam Baxter, hijo de Lord Abbsley, quien fué una vez artista de variedades y ahora una estrella ascendente en la legación británica en El Cairo (ver esta columna del 9-5-31). Para la próxima semana se espera al padre, Geoffrey Wade, el cual cree haber encontrado rastros del palacio del califa de Bagdad.

Doblé la nota cuidadosamente y la puse en mi libreta junto con la que se le había encontrado a Mannering. La primera no establecía claramente quién había sido el artista, si Lord Abbsley o su hijo, pero eso no me preocupó, pues podría averiguarse más adelante. No encontré nada más que pudiera aclararme quién era, qué hacía y de dónde venía Raymond Penderel. El traje olía a alcanfor, como si hubiera estado guardado largo tiempo, y tenía una etiqueta: *Gaudien, sastre inglés, Boulevard Malesherbes, París*. Eso era todo.

Di instrucciones a Rogers y Crosby de buscar alguna pista en aquel desordenado cuarto del guardián, y luego salí para dirigirme al piso de Ronald Holmes. En el coche de policía estacionado en la puerta se encontraba Mannering discutiendo violentamente con el policía Jameson; pasé

apresuradamente, pues no quería ser visto ni verme envuelto en aquel embrollo, dirigiéndome hacia Pall Mall.

La ciudad parecía completamente desierta y sólo se escuchaba el distante sonido de una trompeta, que en medio de ese silencio resonaba como si estuviera muy próxima. Pall Mall Place es un pequeño barrio al cual se llega atravesando un túnel de grandes arcadas. Encontré el túnel y llegué a un bloque de estrechos edificios. Sobre el pórtico de uno de ellos se leía en luces de neón: Prince Regent Court; se entraba en un pequeño vestíbulo, al final del cual se veía un ascensor automático. No había ningún portero a la vista. En la central de teléfono, un adormilado joven se preparaba a abandonar sus quehaceres. No deseaba que se me anunciara.

—¿Continúa la fiesta en el piso del señor Holmes? —pregunté.

—Sí, señor —replicó el botones, desganado, al mismo tiempo que tomaba el cordón para conectar con el teléfono del señor Holmes—. ¿Su nombre, señor?

—¡Espere! No me anuncie. Subiré, golpearé a la puerta y diré que soy un oficial de policía. Es el departamento D, ¿no es cierto?

Le tendí un chelín, que surtió su efecto, pues se inclinó respetuosamente.

—Es el departamento E, señor —decía mientras yo penetraba en el ascensor.

Con aire indiferente le pregunté:

—¿Desde qué hora están allá arriba?

—Creo que toda la tarde; por lo menos desde la hora en que llegué, las nueve.

Cuando el ascensor se detuvo en el piso, los pude escuchar. Llegué a un oscuro corredor, pintado de verde, cuya anchura apenas permitía darse vuelta. De una puerta al final del pasillo se escuchaban los apagados pero vibrantes sonidos de una armónica, acompañados de voces que cantaban con fervor religioso; solamente se escuchaban las voces que cantaban:

*Pertenecemos al ejército de Pred Karno,
a su cuerpo de infantería;
no podemos luchar, no podemos marchar,
sólo somos lo que Dios desea
y cuándo llegaremos...*

Golpeé tan fuertemente, que los de adentro pensaron que venían a protestar por el ruido. El canto se detuvo tan de súbito que pareció que lo hubiesen ahogado. Se oyeron distintamente pasos y cerrar de puertas. Se abrió

la puerta y apareció en el umbral un hombre delgado que llevaba un vaso en la mano.

—Busco —empecé— al señor Ronald Holmes.

—Soy su hombre —replicó—. ¿Qué desea?

Estaba de pie a un lado de la puerta. La luz de la habitación caía sobre el piso del pasillo.

Usaba anteojos de gruesas molduras.

CAPÍTULO V

Las llaves de la vitrina.

Le seguí dentro de la habitación. Esta era un cuarto pequeño y ordenado y no parecía, precisamente, haber sido el escenario de un concierto. Mas desde una puerta cerrada se escuchaban risas y unas notas de armónica. La única luz de la habitación provenía de una gran lámpara amarilla que reflejaba su propia imagen en la pulida superficie de la mesa e iluminaba un lado del rostro de mi huésped.

Sus cejas estaban alzadas un tanto, denotando curiosidad, pero nada más. Era de estatura mediana y bien proporcionado. Su cabello rubio y rizado enmarcaba su alargada cabeza; unos ojos azules y de mirada suave me observaban desde detrás de los anteojos. El rostro era alargado y de expresión casi tímida; usaba una bata de casa, cuello duro y corbata negra. Su edad se aproximaba a los 30 años, pero cuando se volvió hacia la luz pude ver las arrugas de su frente, húmeda por el calor; aunque no estaba borracho, se veía que había bebido bastante.

Carraspeando, contempló el vaso que sostenía entre sus largos dedos y luego alzó la vista. Su voz, aunque cortés, tenía una inflexión que oscilaba entre la atención y la firmeza.

—Bien —dijo—, ¿qué sucede? ¿Lo conozco yo? Me parece conocerlo.

Tras la puerta se escuchó una voz de mujer. Empezó con una nota baja, que se fue elevando paulatinamente hasta terminar en tono agudo.

—¿Eres tú, Rinkey? —llamó—. Rinkey, pequeño asno, contesta: ¿eres tú? Se escuchó un taconeo femenino que daba énfasis a la pregunta.

—Quédense tranquilos ahí dentro —dijo Holmes—. No, no es Rinkey. —Luego se volvió a mí, calmadamente—. Sí, como le decía, su cara me es muy conocida, pero...

—No, no creo que nos hayamos visto antes. Soy el inspector Carruthers, de la policía. He venido a preguntarle qué ha sucedido en el Museo Wade esta noche.

Holmes permaneció silencioso un largo momento, mientras su cabeza se destacaba contra la luz.

—Excúseme un momento —dijo brevemente.

Fué un movimiento tan rápido, que antes que pudiera decir nada, ya había dejado el vaso encima de la mesa, y dirigiéndose suavemente hacia la puerta, la abrió y penetró en la habitación de donde provenían las voces. Al mirar hacia el interior tuve una rápida visión de una pieza llena de humo y una mujer de largas piernas recostada en un diván. Les habló rápidamente no más de doce palabras, pero no pude distinguir lo que les decía, y volvió de nuevo hacia donde yo estaba, cerrando la puerta detrás de él.

—Hacen tanto ruido —explicó— que no nos podemos entender. Bueno, inspector, me parece que no le he entendido bien. ¿Dice que ha venido a interrogarme? ¿Sobre qué? ¿Qué ha pasado? ¿Espero que no se trate de un robo?

—No, nada ha sido robado...

—Entonces, ¿se refería usted a un incendio?

—No.

Sacó un pañuelo de su bolsillo y secó cuidadosamente su cara; sus suaves ojos parecían observarme por encima y a través del pañuelo; luego me sonrió.

—Me ha quitado un gran peso de encima —dijo—, pero todavía no entiendo. ¿Puedo ofrecerle un *whisky* con soda, inspector?

—Gracias, creo que lo necesito —dije.

Conversando, se acercó a un mueblecito, sacó otro vaso y vació tres dedos de *whisky* en cada uno de ellos.

—Parece que aún no nos entendemos —dijo—. Según lo que yo tengo entendido, nada ha pasado esta noche en el Museo, a no ser que el señor Wade haya regresado inesperadamente. ¡Vamos, inspector! No sea tan misterioso y dígame lo que lo ha traído aquí.

—Un crimen —dije.

Estaba en ese momento vaciando la soda en el vaso, y cuando me oyó, ésta cayó fuera, pero rehaciéndose inmediatamente, sacó un pañuelo y comenzó a secar el líquido derramado. Parecía completamente tranquilo cuando de nuevo se dió vuelta hacia donde yo estaba; lo único que delataba su excitación era una pequeña vena que sobresalía en su frente.

—Ridículo —murmuró—, eso es imposible. ¿Está usted bromeando o trata de...? ¿Qué es esto? ¿A quién asesinaron? ¿Qué significa todo este asunto?

—A un hombre llamado Raymond Penderel se le encontró esta noche con una daga clavada en el pecho; la daga es de propiedad del Museo y fué sacada de una de las vitrinas. Encontré el cadáver en ese enorme coche negro de viaje que está en el *hall*.

Al oír esto, Holmes aspiró profundamente; sus ojos me miraban tan suaves como antes, pero francamente intrigados. Fué en ese momento que descubrí en la pared a mi lado una fotografía. Representaba a un hombre en un escenario campestre, y lo curioso era que este hombre llevaba una extraña barba blanca. Parecía como que hacia donde uno miraba en este extraño asunto, se encontraba con barbas. En mí éstas ya habían llegado a tornarse una pesadilla obsesiva.

—Penderel —repitió Holmes con genuina perplejidad—. Raymond Penderel. Este nombre no me dice absolutamente nada. ¿Qué diablos ha pasado? ¿Qué estaba haciendo ese hombre ahí dentro? ¿Quién lo mató? ¿O es ésta una pregunta que usted no puede contestar?

—No puedo contestar ni ésta ni ninguna de sus otras preguntas, señor Holmes. Pero creo que usted puede ayudarnos respecto a aquella daga con la que ese hombre fué asesinado... —Al mencionar la daga apareció en los ojos de Holmes una mirada de inquietud—. Es un acero curvo, con mango de marfil, y según Pruen es un *khanjar* ...

—¡Pruen! —exclamó Holmes, con el tono de quien ha olvidado algo—. Bueno, ¿y qué tiene que hacer Pruen en todo esto? ¿Qué le dijo?

—Negó que hubiese estado alguien en el Museo esta noche, excepción hecha de él; por lo tanto el asunto se presenta bastante mal para él. —Me quedé un momento en silencio para que Holmes se compenetrara totalmente de esta última frase—. Y ahora, volviendo a la daga, haga el favor de decirme: ¿quién tiene las llaves de esas vitrinas del *hall*?

—Yo las tengo; pero si fué robada...

—¿Nadie más tiene llave?

—El señor Wade, por supuesto, pero...

—Esa daga no fué robada; alguien la sacó, alguien que tenía una llave para abrir aquella vitrina.

Casi mecánicamente Holmes tomó los vasos del aparador. Hice un gesto rehusándolo, ya que no puede un policía beber con un hombre a quien le ha hecho un cargo semejante como el que yo le había hecho a Holmes; pero, contrariamente a lo que yo esperaba, su voz sonó muy tranquila.

—No sea cándido, tiene que haber un duplicado de esa llave; yo sólo puedo decirle que no lo hice y que nunca había oído antes el nombre de Raymond Penderel. Mis amigos y yo hemos estado aquí toda la tarde.

—Ya que usted lo menciona, dígame, ¿quiénes están aquí con usted?

—Jerry Wade, el hijo del señor Wade; un amigo nuestro llamado Baxter y la señorita Kirkton. No creo que usted conozca a ninguno de ellos. Estamos

esperando a la señorita Wade y a un amigo de ella llamado Mannering.

—¿No hay nadie más?

—No, ahora no. Había otras personas, pero ya se han ido. Espere un momento, déjeme llamar a Jerry Wade.

Miré hacia aquella puerta cerrada. Todo parecía sospechosamente tranquilo, y había estado así desde que Holmes hiciera su rápida incursión dentro de la pieza. En una ocasión la voz de la mujer había tratado de entonar una canción, pero inmediatamente se dejaron oír voces haciéndola callar.

—Excúseme un instante —dije a Holmes, y dirigiéndome a la puerta de la otra habitación, golpeé brevemente y abrí.

Después de un segundo de estupefacto silencio, pareció que había entrado en una jaula de loros. Era un cuarto casi tan pequeño como el anterior, igualmente iluminado y parecía azulado con el humo. Sentada en un diván, justamente frente de la puerta, una mujer rubia, de pelo rizado y de largas piernas, canturreaba, al parecer muy contenta, afirmada en el brazo del diván y sosteniendo un vaso de cóctel en la mano. Tenía una de aquellas caras llenas de espiritualidad, como las mujeres de la época prerrafaelista, de un cutis de suave rosa y blanco, y unos ojos azules y rasgados.

De pie detrás de una mesa repleta de botellas se encontraba un joven macizo, de cabello color rojo agresivo, vestido con un traje de etiqueta correctísimo; un cigarro colgaba de un extremo de su boca y parpadeaba para evitar el humo, mientras observaba un vaso de cóctel que tenía en la mano. Cuando hice mi entrada se dió vuelta un poco para mirarme, tratando de adoptar una expresión de singular dignidad, lo cual resultaba sumamente gracioso, dado que alguien había prendido alrededor de su pecho una cinta roja de esas que vienen en las cajas de chocolate, por lo que se veía un poco atemorizado.

Una tercera persona estaba sentada en un sillón bajo, afinando una armónica; aunque este hombre no parecía haber pasado los veinte años, tenía una de esas caras arrugadas más por los gestos que por los años. Creo que, además de la cara de nuestro amigo Fell, es el rostro que expresa más sentido del humor de los que he conocido. Parecía excitado y gesticulante, aunque ni siquiera moviera una mano. Era bajo y llevaba un viejo abrigo de *tweed*, cabello negro cortado a la moda alemana, y en el momento que entré dió media vuelta en su silla y me tendió la mano afablemente.

Después del primer instante de atónito silencio empezó nuevamente a funcionar la jaula de loros. Harriet Kirkton echó la cabeza hacia atrás con un

aire de inspirada complacencia y empezó a tararear una canción; decía la hermosa niña:

*¿Quién es el que golpea a mi puerta?
¿Quién es el que golpea a mi puerta?
¿Quién es el que golpea a mi puerta?*

El joven del cabello rojizo se irguió y comenzó a hablar en un tono de barítono armonizado con unos *whiskies*.

—Considero una intromisión el entrar aquí de esa manera...

El muchacho con rostro de viejo levantó con aire entristecido una mano y empezó a declamar:

“—Nunca podrá decir que yo lo hice. No dejes que su sangre caiga sobre mí”, decía Eugene Aram, mientras se paseaba con las manos esposadas. “Oh Samuel, oh Samuel, ¿por qué no podemos encontrar una coartada?”.

Terminó su poesía e inmediatamente se llevó la armónica a la boca, tocando una extraña melodía como epílogo, después de lo cual, poniéndose de pie y en un tono muy natural, dijo:

—Buenas noches, muchacho; siéntese y tome un trago. ¿Qué hay de nuevo en el asunto de las barbas postizas que trae tan preocupado a Scotland Yard?

En medio de este barullo se oyó la voz de Holmes.

—En el nombre de Cristo, quédense callados.

Sus palabras cayeron como agua arrojada a un fuego; el grupo quedó silencioso instantáneamente; hasta el muchacho arrugado dejó a un lado su armónica y me quedó mirando, mientras decía:

—¡Oh, oh!... ¿Qué te pasa, Ron? Parece como si estuvieras a punto de explotar.

—Les presento mis disculpas —dije— por haber entrado aquí de esta manera. ¿Conoce alguien a un hombre llamado Raymond Penderel?

Me pareció que el muchacho pelirrojo oía ese nombre por primera vez y el hombrecito con cara de viejo iba a decir algo; pero considerándolo mejor, decidió no abrir su boca. En cuanto a Harriet Kirkton, estoy seguro de que había oído antes aquel nombre. Por su cara pasó como una sombra de tristeza, y aunque su posición no cambió, pude notar que sus manos apretaron fuertemente el vaso que sostenía, hasta que sus uñas se pusieron blanquizas.

—¿Nadie lo conoce? —volví a preguntar.

Nadie contestó. Su silencio era tan decidido y compacto, que me dió la impresión de que estaban quemando sus puentes de retirada. Nuevamente se

oyó la voz de Holmes.

—El inspector Carruthers me dice que este hombre Penderel ha sido asesinado. ¡No me interrumpen! Lo encontraron esta noche en el Museo con una daga clavada en el pecho. Por favor, inspector, corríjame si digo algo que no sea así. Una daga que ha sido sacada de una de las vitrinas. —Se hizo un minuto de silencio y luego continuó—: Le he explicado que hemos estado toda la noche en este departamento, al menos desde las nueve. Pero me parece que él piensa...

—¡Asesinado! —repitió el pelirrojo, pasándose la mano por la cara, en un gesto curioso, como si quisiera borrar algo por medio de él. Sus facciones eran disipadas, pero parecían pertenecer a una persona de buenos sentimientos; sus ojos color sepia, aunque un poco vidriosos, parecieron aclararse—. ¡Asesinado! ¡Buen Dios, esto es horrible! ¿Dice usted que esto ha sucedido dentro del Museo? ¿Cuándo, a qué hora lo mataron?

Holmes tomó la palabra nuevamente.

—Debo advertirles que el inspector piensa que somos todos un grupo siniestro. ¡Oh!, pero permítame presentarle a la señorita Kirkton, inspector Carruthers; el señor Baxter —me dijo señalándome al pelirrojo— y el señor Wade hijo. —El hombrecito de la cara vieja se inclinó en una irónica reverencia. Holmes prosiguió—: Por lo tanto, les sugiero que hablen con cordura cuando les interrogue, o nos veremos todos en un lío muy feo, aunque me parece que todos tenemos lo que se podría llamar una buena coartada.

—Por supuesto que la tenemos —dijo Harriet riéndose—. Me parece que es él quien debe explicarnos qué tiene que ver con nosotros todo este asunto.

El joven Wade agitó las manos pidiendo silencio, mientras brillaban sus pequeños ojillos de gnomo.

—He decidido emplear mi poderoso cerebro —empezó diciendo en un elaborado discurso— en este *puzzle*, el cual aparece absolutamente sin sentido. —Su mirada se trasladó de Baxter hacia donde yo estaba—. Bueno, podemos empezar. ¿La primera pregunta es...?

—Óyeme, Gaffer —interrumpió Baxter—. Le he hecho una pregunta al inspector que aún no me ha contestado. ¿A qué hora fué asesinado ese hombre?

—Lo asesinaron —dije lentamente— entre las diez y once y media.

—¿Quiere decir en la noche? —preguntó Baxter con una nota de esperanza en la voz.

—Precisamente, en la noche.

Se produjo una pausa y Baxter se sentó. En cuanto a mí, tenía gran prisa por interrogarlos antes de que prosiguiera la conversación y se pudieran poner de acuerdo. El joven Jerry Wade, a quien llamaban Gaffer, pareció presentir esto y se mostró aun más preocupado que el propio Holmes. Una idea le rondaba la mente mientras producía algunos acordes en su armónica.

—Inspector —empezó abruptamente—, ¿quién es este hombre Penderel y cómo es?

—No sabemos quién pueda ser; no llevaba ningún papel de identificación, a excepción de unas tarjetas de visita; en resumen, nada más que eso y un recorte de diario que hablaba de la señorita Miriam Wade ...

—¡Diablos! —murmuró la señorita Kirkton.

Baxter me quedó mirando fijamente.

—Eso nos traerá grandes complicaciones, ¿no es cierto? —preguntó en un tono sumamente diplomático, que contrastaba de un modo grotesco con la cinta roja prendida alrededor de su pecho—. Perdón, inspector, continúe.

—Se trata de un hombre de unos seis pies de altura, de cara redonda, nariz de tabique alto, moreno y de cabello negro, con bigotes, y ahora ¿le es familiar esta descripción a alguno de ustedes?

Era evidente, al menos para los tres hombres presentes, que el asesinado les era completamente desconocido. La luz que había brillado en los ojos de Wade se apagó; sin embargo, mi frase siguiente pareció dar resultado:

—Y la última vez que lo vi llevaba un par de barbas negras postizas.

Wade se incorporó bruscamente.

—¿Dijo usted barbas negras?

—Sí —asentí—, usted esperaba que fuesen negras, ¿no es cierto?

Pero Wade se repuso inmediatamente.

—Mi querido inspector —dijo—, le afirmo solemnemente que mi pensamiento se encontraba muy distante de las barbas, pero usted puso tal énfasis al nombrarlas, y sobre todo en el hecho de que eran negras, que yo presentí que todos íbamos a ir a galeras sólo por este hecho. —Este pequeño gnomo parecía tener más imaginación que todos los demás juntos y pensé que podía tornarse un consumado mentiroso si se lo proponía—. Un cadáver con barbas postizas. ¿Nada más?

—Por el momento —sugerí— nos atendremos a una pequeña charla sobre barbas. —Presentí que había llegado el momento de atacar—. Este caso es como una pesadilla, y puede ser que conversando adquiriera algunos contornos de sentido común... Por ejemplo, usted, señor Holmes, tiene una fotografía en

el otro cuarto de un hombre en traje de época y unas barbas blancas; una especie de fotografía de actor *amateur*. ¿Quién es él?

Holmes iba a contestarme, pero titubeó y su mirada se paseó a través de la habitación. Fué Jerry Wade el que replicó.

—¡Oh, eso! —dijo de una manera distraída—. Ese soy yo.

CAPÍTULO VI

Los inseparables.

—Usted ha acertado —continuó Wade—. Esa es una fotografía mía caracterizado para mi famoso papel de rey Lear. Supongo que no le sorprenderá después de examinar mis ajadas facciones. La gente me dice que cada día parezco más joven. Pero hay algo que debe ponerse en claro; ¿lo que usted realmente busca son unas barbas?

—Usted lo ha dicho. Les propongo que seamos sinceros; les diré qué he descubierto y ustedes me ayudarán en lo que puedan. —Observé al grupo al mencionar las barbas negras; las facciones de Harriet Kirkton se tornaron tan inexpresivas como las de sus compañeros; aun Holmes perdió su aire de cortés desafío, demostrando un gran interés—. Toda esta historia es tan sin pies ni cabeza, que alguien tiene que tener una explicación, aunque sea una inocente. La daré. Un poco después de las once, un sargento de policía de Vine Street que pasaba por el Museo Wade encontró sentado en una de las paredes a un hombre alto, en traje de etiqueta, con anteojos de moldura ancha y con unas barbas blancas pegadas a sus mejillas. Cuando vió al policía, comenzó a gritar: “Usted lo mató y lo colgarán por ello, mi buen impostor, yo lo vi en el coche”. Diciendo esto, se abalanzó encima del sargento, tratando de estrangularlo. Este tuvo que golpearlo para que se quedara tranquilo. Luego, cuando el policía se alejaba para buscar a alguien que lo ayudara, el individuo, al parecer inconsciente, desapareció en medio de aquella calle vacía.

Al llegar a este punto sentí una atmósfera de tensión en el grupo y Harriet Kirkton comenzó a reír sin control, tapándose la boca con las manos, mientras sus azules ojos rasgados me contemplaban fijamente.

—Nunca oí decir que había duendes en esa parte de St. James —observó el joven Wade pensativamente—, pero puede ser que esté equivocado. Continúe.

—Unos minutos después, un hombre con aire importante golpeaba las puertas del Museo, haciendo tal ruido, que hubo de ser llevado a la estación de policía. Dió su nombre: Gregorio Mannering, añadiendo que era el novio de la señorita Miriam Wade. —Al decir esto observé rápidamente al grupo. En la cara de Baxter apareció una mueca de desagrado; Holmes hizo un gesto

de afirmación con la cabeza y el joven Wade permaneció silencioso—. Explicó también haber estado invitado por Geoffrey Wade a una recepción especial que se iba a celebrar esta noche en el Museo, a la cual concurriría también cierto doctor Illingworth, de Edimburgo.

—Esa es la razón —observó Holmes— por la cual Mannering no apareció aquí esta noche. Así es que ahora se encuentra en la estación de policía, ¿eh? —continuó diciendo, mientras su mirada se dirigía al techo para ocultar una suave alegría que apareció en sus ojos—. Mire, inspector, la explicación de por qué no había nadie allí es muy sencilla: se le dejó un mensaje al señor Mannering en su departamento.

—Sí, ya lo sé. Ese punto ya ha sido aclarado.

—Entiendo que el señor Wade tuvo que ausentarse inesperadamente —interrumpió Baxter—. ¿Cómo supo eso? —preguntó asombrado—. ¿Se lo dijo Mannering?

—Espere un momento; quiero que el señor Holmes me confirme si estoy en lo cierto.

—Sí, casi en su totalidad, a excepción de un detalle: el hecho de que no fué un viaje totalmente inesperado. El señor Wade tuvo algunas dificultades con las autoridades del Irak por unas excavaciones que se llevan a cabo en la antigua Bagdad, por lo cual su estada se prolongó más de dos años. Durante este tiempo hizo descubrimientos muy importantes, descubrimientos que me enviaba por barco. Cuando regresó a Inglaterra, debía venir inmediatamente tras él su último descubrimiento, el que por lo tanto llegaría aquí a principios de esta semana; se trata de una especie de inscripción grabada al parecer en un trozo de ladrillo. Pero me imagino que lo estoy distrayendo.

—No, no me está distrayendo; continúe.

Holmes me miró con curiosidad. Luego prosiguió hablando. Noté una chispa de fanatismo en sus ojos de suave mirada mientras hablaba de los ladrillos persas.

—Bueno, como iba diciendo, el descubrimiento, cuidadosamente embalado, debía haber llegado a Inglaterra el martes; luego tuvimos noticias de que el barco estaba atrasado y no llegaría hasta el sábado, pero hoy día se nos comunicó que arribaría en la tarde; por lo tanto, el señor Wade, que debía trasladarse a Southampton para vigilar su desembarco y traerlo a Londres, decidió que la reunión acordada para esta noche podía posponerse para el sábado o domingo.

—Comprendo. Ahora le ruego darme unos datos personales. ¿Cuándo regresó a Inglaterra el señor Wade?

—Hace unas tres semanas; me parece que debe haber sido el 20 de mayo.

—La señorita Wade, según tengo entendido, llegó una semana antes, alrededor del 11, ¿no es así?

Baxter interrumpió nuevamente, mientras se levantaba y vaciaba una buena porción de *whisky* en su vaso.

—No entiendo qué es lo que usted pretende, ni me gusta su manera de proceder. Por lo demás, ¿qué tiene que ver Miriam en todo este asunto? ¿Qué puede tener que ver Miriam con un mendigo con barbas postizas, de quien ninguno ha oído hablar?

Todos me miraron esperando una respuesta, mas yo eludí el asunto.

—No se trata tanto de la señorita Wade como del señor Mannering. Este, según creo, se encuentra comprometido con la señorita Wade, pero sucede que no conoce ni a su padre ni a su hermano. ¿Pueden ustedes darme una explicación de este caso tan curioso?

Los ojillos de Gaffer Wade me observaban atentamente detrás de su armónica; luego habló en un tono por demás irónico.

—¡Ah! ¡Ah! Conque deducciones, ¿eh? El rudo padre y el casquivano hermano tratan de romper un tierno romance mantenido en secreto; pero debo advertirle que su base es errónea, pues ha tomado por sangre mezclada el plasma seroso del viejo Jeff Wade. ¡Caramba! Inspector, creo que estará más en el verdadero camino poniendo el zapato en el otro pie. —Movi6 la cabeza en un gesto de desaprobación—. La verdadera explicación es que mi padre se sentía más bien complacido con este noviazgo, pues alguien le habló de Mannering como un miembro de la nobleza, descendiente artístico de aquellos hombres que fueron a las Cruzadas, y en cuanto a mi apreciación de él sólo puedo decirle que no puedo entender a esos individuos que asesinaban trescientos sarracenos como si fueran bellotas, y Dios es testigo que no me importa si está de novio con mi hermana o con la estatua de la Libertad.

Baxter hizo un movimiento de protesta.

—Tómalo con calma, Sam —dijo Wade tranquilamente—. Yo estoy de tu parte, pero hay que dejar a la muchacha que haga su voluntad. Para terminar, debo decirle, inspector, que el hecho de que mi padre y Mannering no se hayan conocido es puramente accidental.

—¡Quédate tranquilo, pequeño gnomo! —gritó súbitamente Harriet Kirkton. Al oír esto Wade enroj6. Pude notar que la muchacha lo había herido profundamente; sobrevino un inc6modo silencio—. Perd6name, Gaffer —continu6 ella—, no quise herirte; sólo pensé que estabas hablando demasiado. —En seguida continu6 dirigiéndose a mí—: Miriam conoci6 a

Mannering en el barco, cuando volvíamos a Inglaterra; luego se separaron, pues Miriam fué enviada a visitar a una tía suya en Norfolk, visita que duró dos semanas.

—¿Fué enviada? —pregunté un poco intrigado.

—Bueno, a veces a uno lo mandan a visitar a las tías —explicó Jerry Wade—. Admito que es algo que encaja muy poco en un cuento de detectives, pero es así, no lo podemos cambiar.

—Un momento, señor... ¿Qué quiso decir usted con eso de que “fué enviada”, señorita Kirkton?

—No quise decir nada más de lo que dije. Me parece una frase muy natural. Su padre pensó que, antes de regresar, podía muy bien pasar unas semanas con su tía, y la tía en cuestión la estaba esperando en el muelle, así es que no había manera de eludirla; por lo tanto, fuimos las dos. —La expresión de sublime inocencia de su rostro era algo que hubiera deseado pintar el propio Burne-Jones—. Pero me he alejado del tema, pues usted deseaba saber algo de Greg Mannering, ¿no es así? Bueno, fue a visitarla a Norfolk, y también fue a su casa aquí en Londres, cuando Miriam regresó, con tan mala suerte, que al acarrear un baúl conteniendo una porcelana, se le resbaló y se hizo pedazos toda la loza. —Me pareció que se regocijaba con aquel recuerdo—. Fue terrible, pues era una porcelana que el señor Wade estimaba mucho, por lo que ambas pensamos que era mejor que no volviera hasta que al viejo caballero se le hubiera pasado el enojo. Luego de esto, ella le telefoneó un día. —La muchacha se detuvo pareciendo recordar algo, pero esta vez había temor en su expresión—. ¿Dónde está Miriam? —preguntó. Como no le contestara inmediatamente, continuó, apuntándome con el dedo—: ¿Dónde está Miriam? Escúchenme, muchachos. ¿Se acuerdan que Ronald dijo que una mujer me había llamado por teléfono con una voz disfrazada y había cortado súbitamente? ¿Quién era? ¿Qué le había pasado a Miriam? ¿Qué significan todas estas preguntas sobre ella?

Los miré uno por uno y sonreí, diciendo:

—Parece como si siempre ustedes quisieran llevar la conversación hacia la señorita Miriam, cuando es Mannering quien está probablemente más relacionado con los sucesos ocurridos esta noche. Existen razones de más para ello.

Se produjo un silencio que presentí de mal augurio, pues había en él más incredulidad que culpabilidad.

Holmes se puso de pie y caminó hacia donde yo estaba, dirigiéndome la palabra como para hacerse cargo de la situación.

—¿Razones? —preguntó—. ¿Cuáles son esas razones?

—Antes de contestar su pregunta, debo a mi vez hacerle una. ¿Qué hay de esa sesión privada que se iba a llevar a efecto esta noche? ¿Es cierto que iban a abrir el sarcófago de la esposa de Harún-al-Raschid?

—¡Oh mi Dios! —exclamó Baxter, pero Holmes lo hizo callar.

—No, no es verdad. No sé de dónde puede haber sacado esa idea. ¿De Mannering?

—En parte, Mannering habló algo de “violiar una tumba”.

—¡No te excites, Gaffer! —prosiguió Holmes—. Realmente no me explico por qué Mannering le dijo una cosa semejante. Es interesante saber lo que le hace relacionar a usted todo esto con la tumba de la esposa de Harún-al-Raschid.

—Lo que yo quiero saber es si es efectivo. Piénselo bien, Holmes.

Cuando me contestó, había un gesto de escepticismo pintado en su rostro.

—Le invito a que usted mismo llegue a una conclusión a ese respecto. Dígame, ¿conoce usted algo sobre Bagdad?

—No.

—Bueno, la tumba de la esposa favorita de Harún-al-Raschid, Zobeida, que me imagino es a la que usted se refiere, se encuentra en tierra sagrada, en la Ciudad Vieja, donde también se encuentra la tumba del *sheik* Maaruf. Es uno de los monumentos más venerados de Bagdad. Fué construida hace alrededor de mil años y celosamente restaurada por los sucesivos gobernantes. Debo advertirle que nadie ha visto nunca ese sarcófago; después de esta explicación, le pregunto: ¿puede ser posible que alguien se robe esas tumbas? No, no, no... —Movié su cabeza en gesto de incompreensión—. Para ponerle un ejemplo, haga cuenta que alguien pretenda robarse la tumba de Nelson, de San Pablo o la tumba de cualquier personaje público famoso, y esto sería pálido con lo que sería pretender robar la tumba de Zobeida. En Egipto ya no se trataría de nacionalidad, sino de religiosidad, y para ellos la religión es algo completamente vivo. Por lo expuesto puede usted considerar lo absolutamente imposible que es llevar a cabo semejante empresa. —Se detuvo para mirar a los demás y continuó—: Lo que más me intriga es la manera cómo Mannering concibió semejante idea.

—Por mi parte —dijo Baxter—, me habría gustado que fuera verdad, pues habría sido más interesante que aquella...

—¿Aquella qué? —pregunté—. ¿Qué era lo que ustedes iban a examinar esta noche?

Holmes miró a su alrededor y contestó:

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de Antoine Galland, inspector?

—No.

—Es muy posible que no haya oído su nombre, pero todo el mundo ha leído alguna vez su obra. Fue el hombre que tradujo “Las Mil y una Noches” del árabe al francés, entre los años 1704 y 1712. Pues bien, el señor Wade está personalmente interesado en esta traducción, me refiero a los originales, pues él piensa que fué directamente traducida de la versión persa “Hézar Afsáne” o “Las Mil Historias”. Se le presentó la oportunidad de comprar uno de los primeros manuscritos originales, el cual tiene las notas e intercalaciones de su traductor.

—Espere un momento —interrumpí—. ¿Quiere usted decir que se reunían sólo para revisar unos manuscritos?

Lamento tener que admitir que la explicación de Holmes no me había gustado sólo por ser demasiado sencilla y no encajar en esta fantástica cadena de sucesos.

—Por supuesto —contestó Holmes—, y ésa es la razón por la cual iba a estar presente el doctor Illingworth.

—¿Y eso es todo?

En aquel momento Jerry Wade, que había permanecido callado observando los acontecimientos con gran atención, se inclinó en su silla y dijo:

—Yo simpatizo plenamente con usted, inspector, y comprendo su punto de vista: que luego de haber estado toda la noche entre asesinos, gnomos y fantasmas de “Las Mil y una Noches”, llegue alguien a romper este encantamiento con una explicación tan absurda y real como la que ha dado Holmes. En realidad, es como remecer a un niño ensimismado en la historia de “La Isla del Tesoro”.

—Por favor, Gaffer —interrumpió Holmes—, no te olvides que se ha cometido un crimen, un crimen de verdad.

—Bueno, siento mucho que se haya cometido un crimen, pero opino que ello no es óbice para que el inspector Carruthers nos mire a todos como presuntos asesinos, sólo porque no estamos melancólicos por la muerte de alguien de quien nunca habíamos oído hablar anteriormente. La única conclusión que puedo sacar de este asunto es que parece un cuento arrancado de “Las Mil y una Noches” y se podrían extraer algunos datos para la próxima historia de detectives de Rinkey Buttler, aunque debo admitir que en este terreno mis conocimientos de los asiáticos no me permiten distinguir un musulmán persa de un hindú, y sólo tengo una idea vaga de que sus gentes

usan unas curiosas vestimentas, hablan de Alá y matan a otros extraños personajes por robar reliquias sagradas.

—Un momento, señor Wade. ¿Quiere decir eso que usted no está asociado con su padre en el asunto del Museo? —pregunté.

—Así es —contestó Holmes, sonriendo—. La única ocupación de Gaffer consiste en leer libro tras libro, lo cual le da esa actitud que un psicólogo podría llamar un método de defensa propia; su mayor aspiración consiste en imaginarse que el mundo se da vuelta al revés, un mundo en el cual los vicarios trepan a la cúpula de su campanario y que el Lord Mayor de Londres diga que no cuando la procesión real pida su consentimiento para pasar a través del Temple Bar. Sin resultado alguno, he tratado de explicarle que las cosas no adquieren un interés especial por el solo hecho de darlas vuelta de cabeza, y que tiene que comprender que el mundo no es como él quiere que sea.

Yo agregué:

—En estos momentos casi estoy de acuerdo con el señor Wade.

Luego de una pausa, Harriet Kirkton se dió vuelta hacia donde yo estaba, hablándome con un tono más bien airado.

—¿Podría usted decir de una vez todo el asunto?

—Lo único que puedo asegurarle —contesté— es que ustedes están mintiendo, y, además, el que un guardián de museo se encuentre a las 12 de la noche solo en él danzando alrededor de una caja e invocando el espíritu de la esposa de Harún-al-Raschid, o el hecho de encontrar un cadáver con un libro de recetas de cocina en la mano, me parece tan arrevesado como el de un vicario trepando a la cúpula de un campanario. ¿Está usted segura, señorita Harriet, de que no tiene nada más que decirme?

—No.

Me pareció evidente que, de mi breve exposición de hechos, el que más la había afectado era el del libro de cocina. Holmes se dió vuelta hacia Jerry Wade, hablándole en un tono de ira reprimida.

—Si no me equivoco —murmuró—, esto se parece mucho a tus mismas maquinaciones, y llego a dudar de si realmente no tienes algo que ver en ello...

—Calma, Ron —dijo Baxter inesperadamente en un cortante tono de autoridad—. Óyeme, Gaffer; lo que quiso decir es: ¿realmente no sabes nada de este asunto?

—Créanme o no, no sé nada de eso —dijo Wade simplemente, aunque pareció un poco inquieto—. Un libro de cocina no es tan pintoresco como

para que lo asocien con mi estilo. Quédense callados un momento y déjenme pensar; a lo mejor el hombre es maestro de cocina o algo por el estilo...

—Aunque lo hubiera sido —gruñó Baxter—, encuentro muy poco verosímil que hubiera andado dando vueltas con un libro de recetas de una señora en la mano. La única explicación que encuentro es que hubiera en él mensajes en clave, algo así como: bistec con cebollas: “Desaparecer inmediatamente; se ha descubierto todo”. Es un método peligroso, pero evidentemente de buen resultado.

Holmes se puso de pie calmadamente y preguntó:

—¿Están todos embriagados o es que no pueden meterse en la cabeza que éste es un asunto serio?

—Estamos todos terriblemente asustados —declaró Jerry Wade, y luego, dirigiéndose a mí, continuó—: Bueno, inspector, estamos esperando el próximo conejo que sacará de su sombrero. Me parece que quedamos en lo del vicario trepando a la cúpula de su campanario.

Se interrumpió súbitamente, mirando hacia la puerta. El resto de los que componían el grupo seguían la dirección de su mirada. Yo me encontraba en un rincón de la habitación, de manera que el recién llegado no podía verme, y en el primer momento sólo divisé un casco.

Era un policía alto, con bandas blancas de servicio en un brazo. Parecía muy apurado y se dirigió al grupo en general, diciendo:

—¿Tiene alguien tres dólares sesenta centavos para pagar un taxi? ¡Qué noche! Me parece que nos hemos metido en un buen lío, así es que dejen de runrunear y pásenme esos tres dólares y tanto.

CAPÍTULO VII

El policía sin casco.

Todavía sin verme, el policía se sacó el casco ceremoniosamente y, poniéndolo en el suelo, lo pateó como pudiera haberlo hecho con una pelota de futbol; el casco fué a dar contra la pared del fondo y rebotó cayendo muy cerca de donde yo me encontraba.

Harriet Kirkton se incorporó del sillón y le gritó:

—Vete de aquí, grandísimo tonto. ¿No sabes que se ha cometido un verdadero crimen?

Sólo en ese instante el recién llegado se enteró de mi presencia en la habitación y apareció en las comisuras de su boca y en sus claros ojos grises una sombra de temor y desaliento. Era un muchachón alto y robusto, de cara ovalada, en ese momento bañada en sudor. Parecía bastante perezoso y un tanto peligroso, pues su sola presencia me daba la primera explicación de aquel enrevesado asunto.

—¿Qué pasa? —empezó a preguntar, cambiando el tono—. ¿Qué pasa?...

—Me parece que su comportamiento —dije— ha sido sumamente impropio. Yo pertenezco a Vine Street. Haga el favor de decirme cuál es su división.

Se quedó un minuto silencioso y completamente atónito.

—Bueno, usted verá...

—Lo que yo veo es que no existe un número Z. X. 105. ¿Quién es usted y de dónde sacó ese uniforme?

—Déme alguien un cigarrillo —pidió—. ¿Qué es lo que ocurre, inspector? No se trata más que de una broma, un baile de disfraces, eso es todo. Mi nombre es Buttler, Ricardo Buttler. Soy, en cierto modo, un ciudadano respetable. —Trató de sonreír—. Explíqueme lo que pasa; supongo que no será un crimen ir a una fiesta de disfraces.

—¿Una fiesta de disfraces? ¿Dónde?

—¡Por el amor de Dios, Rinkey! —tartamudeó Harriet Kirkton, sentándose en el sillón en una agónica excitación—. El inspector nos ha estado hablando de un crimen que se ha cometido esta noche en el Museo. Le hemos dicho que no sabemos nada del asunto y que no hemos estado ni siquiera cerca, pero él parece pensar...

—¡Oh! —dijo Buttler, mientras se ensimismaba contemplando mi hombro.

—¿Dónde se iba a llevar a efecto la fiesta de fantasía? —pregunté.

—Éramos sólo unos cuantos amigos —titubeó, y su cara se ensombreció—. Óiganme, ¿cuál es la maldita idea que se les ha metido en la cabeza de mirarme todos como si hubiera asesinado a alguien?

—Le explicaré inmediatamente, señor, si viene conmigo al Museo Wade por unos minutos.

—¡Oh! —tartamudeó Buttler—. ¿Y qué pasa si no quiero ir?

—No puede obligarte —interpuso Holmes fríamente—. Llamaré inmediatamente al abogado del señor Wade y...

—Bueno, señores, si se ponen en ese plano, sólo puedo decirles que aunque el señor Buttler parece un poquito pesado, habrá que cargarlo, y en cuanto al abogado del señor Wade, me parece que correrá ese riesgo. —Luego, dirigiéndome a Holmes y a Jerry Wade, les dije—: Me gustaría que ustedes dos vinieran también con nosotros. —Parece que mis palabras los habían afectado, y la jaula de loros comenzó a funcionar nuevamente—. Muchachos —les dije—, óiganme y traten de raciocinar. Acepto que si ustedes se deciden a no ir no puedo acarrearlos a todos, pero me parece que es perfectamente lógico que una natural curiosidad los lleve a ver qué ha ocurrido en el Museo esta noche, y si no lo hacen, tanto el viejo Wade como las autoridades los van a tratar mal.

De esta manera logré impresionarlos, sobre todo con la mención, por demás afortunada, del viejo Wade. Holmes asintió gravemente con la cabeza, mientras Jerry Wade tocaba en su armónica “Porque él es un buen muchacho”, y Buttler murmuró:

—Está usted en lo cierto, muchacho. No me doy cuenta de qué significa todo este asunto, pero iré con usted, con la sola condición de que alguien me preste el dinero para pagar el taxi, pues el chófer se encuentra aún esperando abajo, y como el portero no está de servicio, no había nadie que me proporcionara el importe del viaje.

—¡Rinkey! —gritó la muchacha—. ¿No te das cuenta de que bajaré a interrogar al chófer? ¿No ves que es ésa la razón por la cual quiere llevarnos a todos al piso bajo?

—Eso no me preocupa —respondió Rinkey—. Tal vez sea lo mejor, a ver si de esa manera se le olvida que no le he pagado. A propósito, pásame alguien un billete antes de que me lleven...

—Iremos todos —declaró Baxter, como si se tratara de una fiesta— y presentaremos un frente unido.

Me esforcé dificultosamente en detenerlos, pues no quería que fueran ni Baxter ni la muchacha.

Al llegar al piso bajo vimos al chófer en el *hall*, y parecía un hombre que no correría ningún riesgo con su dinero. Tenía un aspecto cadavérico, espalda encorvada y nariz colorada. Mientras Wade le pagaba, lo interrogué.

—¿Dónde recogió usted a este muchacho?

—De manera que no es un policía —dijo con el aire de quien ha verificado una suposición—, y usted sí que lo es. Ahora ya entiendo. Lo recogí en Kensington High Street, frente al hotel Orkney.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Alrededor de unos veinte minutos.

—¿Salía del hotel?

—No; lo encontré afuera en la vereda, caminando. ¿Qué sucede, señor?

Miré a Buttler y sólo pude distinguir un aire de inocencia en su suave rostro.

—No —dijo—, no estaba en el hotel. Óigame, conductor, señor Robert Peel, aquí presente; él no cree que me encontraba en un baile de fantasía. Explíquele usted, ¿quiere?

La voz del chófer se dejó oír en un tono muy deferente.

—Sí, había un baile de fantasía unas dos o tres casas más allá —me dijo—, donde los Pennington. Sólo que él se venía un poco temprano. Era un baile de basquetbolistas o algo así.

Esta coartada daba al suelo con la teoría que me había forjado, pero de alguna manera persistía en mí el sentimiento de que era la correcta. Aunque interrogué un momento más al chófer, no saqué nada nuevo. Luego emprendimos la marcha con Wade y Holmes, unos pocos pasos atrás, de manera que pudiera interrogar a Buttler.

Podría asegurar que Pall Mall había visto pocas procesiones tan curiosas; yo presentía que los tres se encontraban bajo una tensión nerviosa, pero la demostraban de un modo completamente opuesto al normal, y podría asegurar que era la primera vez que se iban a enfrentar con un crimen verdadero, donde la sangre no sería tinta roja. Jerry Wade llevaba su armónica y nos hizo oír una versión de “Los animales caminan de dos en dos”. Súbitamente me di cuenta de que íbamos todos marcando el paso como soldados. Holmes, aunque siempre correctísimo, reía ruidosamente con los comentarios del otro,

risa que sonaba grotesca en aquella calle a la luz de la luna que se ponía en el horizonte y que terminaría en la contemplación de la muerte.

—¿Se divierten? —les pregunté, tratando de hacerlos callar—. Bueno, creo que podemos hablar. Continúe —dije, dirigiéndome a Buttler—. Supongo que dirá que estaba invitado al baile de los basquetbolistas.

—Así es, y encontré una hermosa rubia basquetbolista... —Al ver mi expresión se interrumpió, una sombra de decisión pasó por su rostro y se preparó para el duelo, aunque fuera desesperado—. Escuche, inspector. Usted se ha portado bastante bien con nosotros; por lo tanto le voy a decir la verdad. Fui al baile de fantasía, y he aquí que súbitamente encuentro una hermosa rubia que me dió una cita para mañana; pero debo decirle que sólo fui allí como una excusa.

—¿Excusa?

—Sí; le voy a explicar. Yo escribí historias de aventuras para un magazine llamado “Pulpa de América”, y a veces cuento con la ayuda de Wade. El Museo me brinda un material inagotable para estas historias; por lo tanto se me ocurrió que podría llegar hasta allí para ver lo que se llevaban entre manos, y que la mejor manera de introducirse sería ir vestido de policía.

Aparecía muy inspirado con sus propias ideas, y cuando se dió vuelta a mirarme había algo conscientemente hipnótico en su mirada, algo que, a pesar de su sonrisa suave, me impresionó en aquella calle bajo la luz de la luna.

—¿Todo esto tiende a probar que no estuvo en el Museo esta noche?

—No, no estuve.

—¿Puede probar dónde estuvo?

—Me parece que va a ser un poquito difícil; usted comprende que en un baile de este tipo toda la gente está enmascarada, y la única manera sería encontrar aquella rubia; pero si llegamos a ese terreno, me parece que usted tampoco podrá probar que estuve en el Museo, ¿no es así? Por lo demás, no sé por qué debo explicar todo esto. ¿Qué es lo que ha ocurrido? Sam Baxter murmuró algo sobre un hombre asesinado con una daga, de lo cual yo no sé nada. ¿Puede usted probar que estaba en el Museo?

—Posiblemente. A usted lo vieron, ¿sabe?

—¿Me vieron? —repitió—. ¡Esa es una sucia mentira! ¿Quién dijo que me había visto? ¿Quién me vió?

—Un hombre con unas barbas blancas postizas y al cual encontraron sentado en la pared de atrás del museo. Ahora, escúcheme. Este hombre, al ver a un sargento de mi división que usa el mismo uniforme que usted lleva y que se le parece un poco, a excepción de que él tiene bigotes, le dijo: “Usted

lo mató y lo colgarán por ello, mi buen impostor. Lo vi en el coche”. Ese hombre no se refería al sargento; lo confundió con alguien... ¿Quién puede ser ese alguien?

Buttler caminaba lentamente, y mirando hacia adelante, dijo algo muy curioso:

—¿Se ha dicho algo a los demás sobre esto?

—No.

—¿Y dónde está ese testigo de las barbas postizas?

—Desapareció.

—¿Sabe usted quién es?

—No todavía.

Buttler pareció regocijado.

—Excelente, inspector, tiene usted una prueba irrefutable, pero delgada como un papel; me parece que no resultará. No puede acusar a nadie con una prueba como ésa, un testigo que puede presentar con barbas postizas, arriba de una pared, que increpa a un sargento con unas extrañas palabras sin sentido. ¿Y es eso lo único que tiene para acusar de asesinato a una persona vestida con traje de fantasía, que iba a un baile y que puede probarlo, y más aún, de asesinar a un hombre que nunca ha conocido y en un lugar en que no puede haber estado? Un testigo fantasma para enfrentarlo con Pruen, que lleva veinte años de servicios en la familia Wade y diez años en el Museo. ¿Qué dice Pruen? ¿También él dice que estuve en el Museo esta noche?

—Espere un momento...

Buttler me miraba compasivamente, moviendo la cabeza.

—Honestamente, muchacho, le digo que no va a resultar. Privadamente quizás usted puede pensar que estuve allí, aunque no sea así; pero no es eso lo que estamos discutiendo. Sólo quiero preguntarle si se atrevería a presentar a un magistrado una prueba como ésa. Mi buen hombre —continuó en una creciente elocuencia—, considere bien el asunto. Usted me acusa de que yo maté a este desconocido y escondí el cadáver en el coche del *hall*...

—¿He dicho eso? Me parece que está usted equivocado y nada se ha hablado del coche del *hall*. ¿Cómo sabía usted eso?

—Bueno, supongo que se lo habré oído a Sam o a Gaffer. Lo que yo le pregunto es si usted me va a acusar con una evidencia de esa naturaleza.

—Cuando todo el asunto parece sin sentido, la evidencia tiene que ser también sin sentido. Hemos llegado.

Las grandes puertas de bronce del Museo no estaban cerradas del todo. Una débil rendija de luz se filtraba reflejándose en el pavimento. Las ventanas

del piso alto se encontraban iluminadas. Todo el local era foco de una intensa actividad. El coche de policía en el cual había llegado P. C. Jameson con Mannering se encontraba vacío, y pensé que sería terrible si, violando mis instrucciones, habían dejado a éste conversar con Miriam Wade. Antes de entrar tuve que evadir los reporteros y fotógrafos de los alrededores, prometiéndoles una historia luego que averiguáramos la identidad del muerto. Buttler pasó inadvertido, creyéndosele un verdadero policía, pero Wade y Holmes tuvieron que soportar varios fogonazos de los fotógrafos, permaneciendo el primero nervioso pero complaciente y el segundo indignado.

Hoskins y P. C. Collins me esperaban detrás de las puertas. El sargento se quedó mirando a Buttler, el cual le brindó un marcial saludo, pero me pareció que había llegado el fin de su jocosidad. Aquel lugar semejaba más embrujado que en mi primera visita, con sus numerosos ecos y aquella claridad de luna más irreal que la auténtica, donde parecían aguardar la línea de coches y el muerto aún de espaldas en el suelo, con el decorado de hermosos tapices. En la cara de Jerry Wade apareció un gesto duro y Holmes se sacó el sombrero. Mientras daba instrucciones para que los llevaran a ver el cadáver y luego los encerraran a todos juntos en un cuarto, se reunieron en un grupo compacto y cuchicheaban. Ordené también que se quedara con ellos P. C. Collins, a manera de control de la conversación, para que no se pusiera demasiado interesante. Llevé a Hoskins a un lado.

—¿Dónde está Mannering?

Hoskins titubeó.

—Bueno, señor, yo pensé...

—¿Quiere decir que lo puso en el mismo cuarto con la señorita Wade?

La expresión del sargento cambió.

—Señor, pensé que no hacía daño alguno, y la muchacha comenzó a gritar. Supuse que no importaría mayormente, a no ser que el muchacho sea un asesino y entonces el daño era sólo para ella. Por lo demás, Martín ha estado allí casi todo el tiempo. En cuanto a mí, señor, he estado tratando de sonsacarle a Pruett, como usted me ordenó.

—Bueno, ¿y pudo sonsacarle algo?

—No, señor, me temo que no. Lo único que se le puede sacar es “nunca lo he visto” o “nunca he oído hablar de él”, y aun cuando se le pregunta su propio nombre, lo único que dice es que el señor Wade se encargará de quitarme las cintas de mi brazo. Pero hemos encontrado algunas cosas...

—¿Cuáles?

Hoskins empezó a enumerar, contando con los dedos:

—Primero, abrí esa caja, como usted me ordenó, y encontré una especie de ataúd muy antiguo adentro, al que parecía le habían puesto cera en las cerraduras. No quise seguir abriéndolo, pues pensé que le gustaría hacerlo a usted mismo.

Traté de dilucidar si este descubrimiento era una posible ayuda o si sólo nos iba a resultar otra cosa incomprensible como todo el resto. Por un momento había esperado que no hubiera nada dentro de aquella caja, pero la explicación de Holmes sonaba bastante absurda y parecía imposible creer que Pruen había estado bailando alrededor de una caja vacía.

—¿Nada más? —pregunté.

—Sí, señor —afirmó Hoskins—. Polvo de carbón otra vez. Venga conmigo.

Como ya he explicado anteriormente, hacia la derecha había dos arcos abiertos que servían de entrada a las salas que ostentaban los siguientes letreros: *Galería de los ocho Paraísos* y *Galería de Bazares*. La primera se encontraba más hacia el final de la galería y la segunda no muy lejos de las puertas de bronce. Hacia ésta me llevó Hoskins. En el interior había una luz que daba la impresión de no estar ya en Londres y encontrarse en el Oriente, o, con una explicación más prosaica, como haber penetrado en una sala de figuras de cera sin ellas.

En aquella inmensa sala se había realizado una perfecta reconstrucción de un bazar oriental. Daba la impresión de callejuelas angostas, entrecruzadas, y de tiendas, entre las cuales pude distinguir una de armas, otra de cuentas y chucherías y una tercera de artículos de cobre y útiles caseros. En esta última había una de aquéllas pipas llamadas bookahs, que daba la impresión de que aquel que la estaba fumando acabara de entrar en el interior de la tienda. Todo esto en una iluminación tan bien estudiada, que uno podía ver los tonos claros y oscuros a través de las ramas de los árboles. Las paredes eran de ladrillo quemado color rojizo apagado. En aquella semiluz, contra este fondo y las entradas de las tiendas como cavernas veladas por misteriosas cortinas, parecía como si el ruido de las gentes pobladoras hubiera cesado sólo en el momento de entrar allí. Era tan maravilloso el efecto que producía, que automáticamente miré por sobre mi hombro hacia la hilera de coches, como si buscara a alguien.

—Extraño lugar, ¿no es cierto? —observó Hoskins rascándose la barba—. Si tenían que matar a alguien, estoy seguro de que habrían elegido este lugar

para hacerlo. Bueno, señor. Collins registró todo el lugar y todo estaba en su sitio, excepto eso...

Me señaló hacia lo alto de la pared, donde ésta sobresalía imitando una tienda de objetos de cobre. Allí había una gran mancha negra en forma de estrella. Ese era polvo de carbón. En el toldo de la tienda se podían ver numerosas partículas de carbón, y cerca de la pipa, una lámpara de carbón hecha trizas en el suelo. Hoskins me preguntó:

—¿Ve eso, señor? Me parece que alguien que se encontraba más o menos donde estamos ahora tomó la lámpara y luego, ¡bang!, la lanzó contra la pared; ahora cabría preguntarse por qué tendría alguien interés en tirar carbón a la pared. ¿Qué intentaría? No hay nada arriba y nadie podría trepar por encima de la tienda sin que ésta se viniera inmediatamente al suelo. Supongo que no sería un juego de tirarse carbón. Me temo que ninguna de estas explicaciones parece muy razonable, pero Collins lo descubrió y pensé que debía mostrárselo. Aquí mismo tiene que haber estado el hombre —repitió Hoskins, a quien le parecía que repitiéndolas se le aclararían las ideas—, y, ¡bang!, allí va el carbón contra la pared.

—Sí, hasta ahí puedo comprenderlo. ¿Se le preguntó a Pruen si sabía algo de esto?

—Pruen no sabe nada de los asuntos en que pueda intervenir el carbón. Así me dijo, no sabe nada sobre ningún carbón.

Reflexioné en voz alta.

—Mire, sargento, Dios sabe que tiene que haber una explicación razonable de todo este asunto. Por el momento pienso que no hay ninguna para esto del carbón, pues, como dice usted muy bien, nadie puede haber trepado hasta allí sin que se hubieran venido al suelo las tiendas. ¿No encontró nada más?

—Cómo no, señor —declaró el sargento con una mueca de placer en el rostro—. ¡Venga por aquí!

Salimos nuevamente al *hall*. Alrededor del cuerpo del muerto se había formado un grupo compuesto de Wade, Buttler y Collins, quien había empezado a apartarlos. Holmes parecía enfermo; Wade, estudiadamente cínico, y Buttler, totalmente inexpresivo.

—No lo he visto nunca antes —gritó Jerry Wade a través del *hall*, de tal manera que su voz despertó extraños ecos; luego prosiguió en un tono de forzada alegría—: ¿Qué más quiere de nosotros ahora? Me parece que hemos obedecido sus órdenes y, además, Ron desea ir al cuarto del guardia para ver si todo está en orden allí; esto, si usted no tiene alguna objeción.

A pesar de sus protestas, los hice llevar hacia la sala llamada *Galería Persa*, bajo la vigilancia de Collins. Holmes, exaltado, hablaba nuevamente de llamar un abogado. Mi temor era que la voz de Jerry Wade trajera fuera de la habitación a Miriam y Mannering; pero, evidentemente, P. C. Martín ejercía allí pleno control. Luego Hoskins me llevó hacia la vitrina de la cual habían sacado la daga.

—Mire, señor. ¿Se acuerda que ordenó a Rogers revisar esta caja y sacar huellas digitales? La puertecita estaba con llave, pero Collins sabe algo de chapas, de manera que, cuando Rogers sugirió que podía haber más huellas dentro de la vitrina, procedió a abrirla con un alfiler. Cuando la abrió, vi lo que no podía ver desde afuera, porque estaba oscuro y además el terciopelo del fondo no favorecía la visual. Al abrir, ahí estaba cuidadosamente arreglado, como si lo fueran a exhibir, esto que le voy a mostrar ahora.

Escondió las manos detrás de la espalda, como jugando a las adivinanzas, y al extenderlas hacia mí vi en su palma un bigote negro.

CAPÍTULO VIII

El féretro de Zobeida está vacío.

De manera, reflexioné, que podíamos añadir otra prueba a nuestro muestrario. Alguien había sacado la daga de la vitrina, sustituyéndola por aquellos bigotes.

—¿Tiene alguna idea al respecto, sargento?

—No, señor, excepto una deducción que he podido hacer —tartamudeó el sargento—. Ese bigote no pertenecía al muerto —dijo apuntando hacia el cuerpo—. Primero, porque él tiene uno verdadero, y segundo, porque aunque no lo tuviera, este mostacho no es para él. Las barbas de Penderel están pintadas grises para hacerle parecer más viejo. Este es negro obscurísimo, y además es de aquellos que los muchachos compran por seis peniques cuando juegan a los bandidos.

—De manera que tenemos una tercera persona en el asunto usando los mostachos.

—Parece ser así, señor. Un verdadero rompecabezas con gente que tira carbón a las paredes —gruñó el sargento, para el cual parecía ser ésta la parte más importante y misteriosa de todo aquello— y que sustituye bigotes falsos por dagas. Bueno, ¿qué debemos hacer ahora?

Averigüé si se habían llevado a cabo los trámites para llevar el cuerpo a la morgue hasta que fuera identificado. Tenía que haber algo en las ropas del hombre que permitiera identificarlo. Por lo tanto, ordené dejar las ropas, como también los anteojos y las barbas postizas. Sabía que la clasificación de las huellas digitales estaría lista para la mañana siguiente. Me quedaba muy poco tiempo para hacer mi informe, ya que Scotland Yard entregaría este caso en otras manos. Cavilando de esta manera, añadí los bigotes a mi colección de pruebas y saqué nuevamente el sobre arrugado y sucio, en el cual estaba el mensaje encontrado en el bolsillo de Gregorio Mannering, y lo leí nuevamente:

Querido G.:

Tiene que haber un cadáver, un verdadero cadáver. No importa la forma de la muerte, pero tiene que haber un

cadáver. Yo arreglaré el crimen. Ese khanjar de empuñadura de marfil servirá, o la estrangulación, si eso es preferible.

Decidí que era tiempo de enfrentarse a Mannering con esto, ya que estaría lo suficientemente nervioso como para poder trabajar con él. La llave de todo el asunto podría ser Mannering en el papel del villano. Aunque ésta era la explicación más convincente, personalmente no me sentía inclinado a creerla. Si alguien me hubiera preguntado por qué, no habría podido responderle, pero dentro de mí algo se rebelaba a aceptarla. Nuevamente traté de deducir algo de aquella nota.

Estaba escrita en un papel ordinario y con una cinta negra también muy común y una escritura corriente, sin ninguna particularidad visible al ojo humano, a excepción de una pequeña mancha en la cola de la coma, escrita por alguien acostumbrado a escribir a máquina, pues se notaba seguridad y limpieza; más aún, esa nota había sido hecha por alguien a quien le eran muy familiares las cosas del Museo, pues la palabra *khanjar* no presentaba ninguna vacilación. Observando la mancha de los bordes, deduje que era de carbón. Ese maldito carbón se estaba volviendo tan insistente como las barbas postizas; de todas maneras, decidí esperar el análisis de laboratorio. Pensé en lo que pasaría si no resultaba ser carbón, al igual que las manchas de la pared y las de pisadas cerca de la escalera. En ese momento se me ocurrió algo que no me expliqué cómo no se me había ocurrido antes, pues era bastante evidente: que aquella nota podía *no* haber sido enviada a Gregorio Mannering.

No fué enviada a Gregorio Mannering por la simple razón de que no la habían terminado. La última frase se hallaba interrumpida. Al llegar a esta conclusión, observé que ni siquiera había sido doblada como para meterla en un sobre. Estaba simplemente doblada en dos, como si el que la hubiera escrito hubiera súbitamente tenido que interrumpirla, y al no tener un canasto para papeles, había hecho lo primero que se le había ocurrido: guardarla en el bolsillo. Pudiera ser también que simplemente no le había gustado su redacción o que hubiera decidido no escribirla y se había interrumpido, y por lo tanto Mannering nunca había recibido aquella nota. Pero quedaba algo: ¿la había escrito él? Se la habían encontrado encima, pero no era probable que él la hubiera escrito.

Primeramente, porque estaba en un bolsillo del cual se podía caer muy fácilmente: en el bolsillo del abrigo; y en segundo lugar, una persona no se sienta generalmente a escribir a máquina con el abrigo puesto. Y menos todavía con un abrigo de etiqueta. Suponiendo que esto tan poco usual

hubiera ocurrido, no habría explicación posible para la mancha de carbón; por lo que llegué a la conclusión de que Mannering no había recibido ni escrito aquella nota. Parecía más bien que la hubiese recogido en alguna parte y rápidamente la hubiese metido en el bolsillo. La nota estaba fechada “miércoles”, lo cual podía significar que la había encontrado en el período de dos días, suponiendo que se refiriese al miércoles recién pasado. Si no, podía haber sido cualquier miércoles del año, y a pesar de aquellas manchas de carbón que me tenían hipnotizado, podía también haber sido encontrada tanto en cualquier lugar del ancho Londres como en las cercanías del Museo.

A pesar de todas estas deducciones, la figura de Mannering como villano del drama empezaba a deshacerse y derretirse como una figura de cera. Repentinamente me descubrí irrazonablemente enojado por no haber interrogado a Mannering antes del descubrimiento de la nota. Antes de que sucediera algo que enfriara aun más mi entusiasmo, me dirigí rápidamente al cuarto de guardia.

Había allí cuatro personas que miraron de diferentes maneras al abrirse la puerta. En una esquina se arrebujaba Pruen con un portafolio en sus huesosas rodillas, dando vueltas con desagrado las cartas en un juego de solitario. Inmediatamente a sus espaldas se inclinaba el policía Martín, como alguien atento para ayudar al jugador. Detrás del gran escritorio de caoba, en actitud alerta, las manos asidas a los brazos de la silla y mirando hacia la puerta con la expresión de alguien que acaba de sobreponerse a una crisis de llanto, se encontraba Miriam Wade. Presentí que yo no era el causante de aquellas lágrimas.

¿Quién era entonces? ¿Mannering? Parecía haber ocurrido algún choque emocional, del cual había vestigios en el aire, pues percibí sus ondas cuando Mannering se dió vuelta hacia donde yo estaba. Había permanecido de pie, dándole en parte la espalda a Miriam, con los brazos cruzados, mirando hacia la pared con una expresión de ladrón byroniano. Rodeado ahora de un escenario más apropiado a su exótica apariencia, me pareció más interesante que en mi oficina. Sonriendo levemente, se dió vuelta.

—¡Ah!, el inspector —dijo con sonrisa satánica—. Estábamos empezando a pensar que había desertado y se había marchado a casa.

Pruen interrumpió su juego y habló con una carta en el aire a mitad de camino. Su voz era delgada y cascada.

—Gracias a Dios que ha vuelto —cacareó—. No es que sea gran cosa, pero al menos es un ser humano. Quizás usted pueda hacer callar al *sheik*. Ha estado molestando a la señorita Miriam...

—¡Pruen! —gritó ella, callándose el viejo instantáneamente. Entonces volvió un sonrojado y adorable rostro hacia Mannering, con lágrimas aun en sus ojos y expresión contrita. Hay algunas personas con suerte—. Verdaderamente, Gregorio, no quise decirte lo que dije. Estaba terriblemente alterada con todo este asunto y esto de estar encerrada aquí... —Me miró venenosamente—. Debo haber estado medio loca...

—Olvídalo, querida —dijo Mannering—. Ambos estábamos alterados. —Se golpeó la mano—. Yo me las arreglaré con el inspector.

—Señorita Wade —le dije—, su hermano se encuentra aquí, en el otro cuarto, con el señor Holmes y el señor Buttler. Si usted quiere, puede ir allá. Ellos no saben que usted se halla aquí. Pruen, usted también puede irse.

Ella salió de la habitación con una celeridad que pareció herir a Mannering, quien permaneció de pie enlazando y desenlazando las manos y luego se sentó detrás del escritorio. Mientras la muchacha y Pruen salían, hablé con Hoskins en la puerta.

—Déjelos hablar, pero escuche —le dije.

Entonces, despachando también a Martín, me di vuelta hacia Mannering, con mi libreta de notas en la mano. Este parecía hundido en la silla en una tan poco estudiada actitud, tan lleno de amargura, que la pequeña desviación de sus ojos crecía hasta llegar a ser una deformidad. La tensión que existía en la atmósfera del cuarto se había apaciguado al entrar yo. Las manos empuñadas y moviéndose inquieto, comenzó a hablar abruptamente, como alguien que se desahoga de algo contenido por largo tiempo.

—¿Qué es lo que me pasa? —preguntó.

—¿Qué le pasa?

—Sí, usted sabe a lo que me refiero. Soy un ser humano. No es que me importe lo que los cerdos puedan opinar de mi comportamiento y mi vida, pero esta válvula débil aquí en mi pecho no me deja hacer ninguna de las cosas que solía hacer sin pensarlas dos veces. Ahora, apenas trato de ejecutar cualquier cosa, ¡crack!, y ya usted sabe lo que sucede, y me arrastra a hacer tales papelones, que llego a odiarme. Dijo todo esto violentamente, en voz baja, con las mandíbulas apretadas con tal violencia, que su rostro se puso rojo. ¡Mi Dios! Si hay algo que odio es hacer papelones...

Sin quererlo, me encontré simpatizando con aquel hombre.

—¿No cree usted —le dije— que si no piensa mucho en ello lo olvide?

—¡Que no piense, que no piense! Pídale a un hombre que penetre en un cuarto sin mirar hacia las paredes, que vaya a un teatro y no mire hacia el escenario. Uno está siempre pendiente de lo que ve. Al menos yo lo estoy...

Y hasta hace poco me gustaba estarlo —me declaró con arrogancia inconsciente— y no hacía papelones; pero súbitamente algo sucedió, y ahora sólo puedo hablar y hablar... Y le aseguro que he tenido verdaderas experiencias, pero nunca me había gustado hablar de ellas, y ahora parece que algo me obligará a hacerlo, y todo suena hueco, diciéndome a mí mismo que nuevamente me encuentro haciendo papelones. ¿Entiende lo que quiero decirle? Por lo tanto, me veo obligado a insultar a la gente. Y antes los habría insultado espontáneamente, pues tengo de ellos una baja opinión —declaró esto con tranquila serenidad—, pero ahora lo hago deliberadamente, y especialmente me sucede con este grupo de Miriam...

—¿Los conoce?

—Conozco sólo a Holmes y a la muchacha Kirkton. No tengo tampoco ningún deseo de conocer a los otros, pues no me interesan particularmente. —También hizo esta declaración con voz fría—. Recuerdo que Miriam tenía una fotografía de ese muchacho Sam Baxter, una de aquellas grandes fotografías coloreadas; ella gusta de estas cosas infantiles; yo le hice un paralelo, detalle por detalle, con una roja manzana de la península malaya.

—Muy científico, no cabe duda.

Pareció considerarlo.

—Bueno —dijo—, realmente exageré un poco los hechos. Pero me conduje exactamente como correspondía a la declaración de Miriam: que Baxter sólo después de ocho meses en la Legación del Cairo podía hablar el árabe como un nativo. —Su sonrisa fué reemplazada nuevamente por aquella mueca de amargura—. ¿Por qué no quiero conocerlos? Podría enfrentarlos en cualquier parte y noquear a cualquiera de ellos, pero sucedió que después de acarrear aquel baúl me desmayé como una colegiala... —Se levantó de un salto de su silla—. No hay otra salida. Tengo que pelear solo. Estoy contándole esto, en parte para aliviarme y en parte para explicar mi tonto comportamiento de anoche en su oficina. No sé qué me sucedió, a no ser que se debiese a la pelea con su policía; simplemente me desmayé; ¿pero por qué cuando usted mencionaba el hecho de un hombre con bigotes blancos que asaltó a su policía? ¿Por qué? No lo sé. Pero no sé nada de lo que sucedió anoche en este lugar, y, ciertamente, nunca antes he visto al muerto.

Sintiéndose aliviado con esta aclaración, aspiró una larga bocanada, y pensé que ahora trataría de ajustarse a su papel nuevamente, volviendo a ser aquel “soldado de fortuna”. De nuevo presentí un cambio en la atmósfera. Por el gesto y expresión que asumió, me pareció evidente que iba a hacer una

observación como: “¡Desechemos esos vapores! ¡Ricardo ha vuelto a ser el mismo nuevamente!”. Me vi en la obligación de adelantarme.

—Si usted no sabe nada al respecto —dije—, ¿dónde encontró esta nota?

La coloqué encima del escritorio. Frunció el ceño y quedó contemplándola (parecía como si discutiera algo consigo mismo), pero no se mostró en absoluto alarmado. Luego de contemplarla por unos segundos, levantó la vista hacia mí.

—Así es que la encontró en la estación de Policía —declaró suavemente—. Pensé que debía haberla perdido allí. Si quiere saber la verdad, le diré que la encontré en el piso de Holmes.

Me miró a los ojos fijamente, sin pestañear.

—Esta noche, antes de venir al Museo...

—Me pareció haberle oído decir que no sabía nada sobre el cancelamiento de la reunión. Si fue al piso de Holmes, ¿a qué hora lo hizo?

—Alrededor de veinte para las once.

—¿Y allí los demás no le dijeron que se había cancelado?

—No, no lo hicieron; usted verá; no había nadie allí.

Para tener tiempo de deducir las nuevas posibilidades de este descubrimiento, di una vuelta alrededor del escritorio, leí la nota nuevamente y, dejándola en el escritorio, le dije:

—¡Bueno! Veamos qué pasó.

—Como ya le dije, había quedado de estar esta noche a las once en el Museo. Miriam y su hermano tenían una comida y se irían al Museo desde allí. Por lo tanto yo no iba de pareja suya, y por lo mismo pensé que podría ir con otra persona, para no aparecer como un extraño. —Apretó los dientes—. Holmes era el único a quien conocía, por tanto me presenté en Prince Regent Court siendo veinte para las once. El muchacho telefonista me informó que había una fiesta arriba y no quería dejarme subir, pero lo puse en su lugar, subiendo yo luego... —Titubeó—. Nadie respondió a mis golpes, y tampoco se oía ruido alguno. La puerta se hallaba sin pestillo, por lo tanto entré. El piso estaba vacío y no pude comprender esto, dada la declaración del telefonista. En una pequeña salita de atrás había una chimenea recién encendida; esa nota se encontraba abierta, al borde del fogón. No precisamente abierta, sino como se encuentra ahora, aunque arrugada. Yo... —Había apretado las mejillas y su rostro se había coloreado, pero habló como un sonámbulo—. La recogí, la leí y la guardé en mi bolsillo.

—¿Por qué?

—Existe una razón, pero no se la diré. —Parecía al borde de una conmoción, sus cejas en V y bajo ellas sus azules ojos tenían la fijeza de un ciego. Su voz se había enronquecido—. Existe una razón que no tiene nada que ver con su asunto.

—¿Tiene alguna objeción a que los demás sepan todo esto?

—No, absolutamente ninguna.

Me dirigí hacia la puerta, la abrí y hablé con Martín alla afuera.

—Traiga a todos los demás para acá. Pero antes de eso, ¿usted conoce esa caja con el féretro en su interior, que el sargento abrió? Bueno, tráiganla antes.

Mientras Mannering permanecía de pie, silencioso y con los ojos fijos en las puertas abiertas del ascensor, hice lo que debí haber hecho largo tiempo atrás. Me dirigí hacia una esquina del ornamentado cuarto donde había un escritorio para máquina de escribir con aquellas cortinas que se suben. La máquina que encontré allí era Remington 12, modelo corriente y con una cinta roja y negra. En una esquina de papel de encima del escritorio escribí unas pocas líneas. Había la misma mancha en la cola de la coma.

Era una extraña coincidencia, que debía ser examinada por expertos; la nota hallada en el piso de Holmes había sido escrita en aquella máquina.

Dejé el papel en la máquina para observar sus efectos. Mientras tanto, Martín y Collins, levantando polvo, acarreaban la caja. La tapa había sido sacada y en un lecho de polvo rosado se destacaba la curvilínea forma del féretro, de alrededor de seis pies de largo. Los bordes estaban completamente corroídos, pero quitando el polvo de la tapa pude ver caracteres árabes encima. A lo largo de los bordes de la tapa se veían modernos sellos de cera roja.

En el momento que la puerta se abría nuevamente, Collins me pasaba un hacha y un cincel. Miriam fue la primera en entrar y sus miradas se dirigieron a Mannering. Detrás de ella venían Jerry Wade, Holmes, Pruen y Buttler con su casco de policía aún balanceándose en un ángulo. Pero éste era el único detalle jocoso, pues todos miraban atentamente a Mannering con tal concentración, que no parecieron notar la caja, hasta que Jerry casi cae encima de ella.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó, y su sencilla y quejumbrosa voz pareció romper la tensión. Pero de algún modo aquel marchito pequeño gnomo me pareció la figura más humana del cuarto—. Muchas veces me he golpeado las canillas contra extrañas cosas en esta habitación, pero, en el nombre del cielo, ¿qué es esto?

—Es lo que vamos a averiguar —dije—; puede como no puede ser el féretro de la esposa de Harún-al-Raschid. A propósito...

Pero fué Miriam la que hizo las presentaciones entre Mannering, Buttler y Wade, sonriendo entre ellos como si esperase que así se arreglaría todo. A pesar de que Mannering había parecido lo suficientemente gentil en mi oficina, no les extendió la mano.

—Oh, sí, por supuesto —dijo—, pero no me parece haberle oído decir a Miriam que el señor Buttler era un policía.

Hice una seña a Collins y Martín, quienes empezaron a trabajar con el cincel y el hacha. Sólo tenían que cortar los sellos de cera y levantar la tapa. El ruido del cincel pareció despertar a Holmes, que antes miraba abstraídamente la habitación, desde la pared hasta la máquina, una y otra vez.

—No encuentro la explicación de esto —dijo un poco tembloroso, indicando la caja—. ¿Por qué tienen que sacar eso? No es nada nuevo, ha permanecido por años entre las piezas que se exhiben en la *Galería Árabe*, no es nada más que una caja de plata árabe. No hay nada allí dentro. ¿Qué idea ha entrado en su cerebro, inspector? Por otro lado, me gustaría saber quién ha estado usando mi máquina de escribir.

—¡Listo, señor! —dijo el policía Collins—. ¿Levantamos la tapa? Tiene goznes por el otro lado.

—Levántenla y prepárense —dije.

El grupo permaneció silencioso, aunque los vi intercambiar miradas de desconcierto, como si no supieran qué actitud tomar. Durante un par de segundos, mientras los dos policías forcejeaban con la tapa, no se oyó más ruido que el producido por ellos. Mi mente estaba llena de negros pensamientos, como si lo que fuésemos a encontrar en aquella caja no fuera polvo persa u otro cadáver, sino sólo un par de barbas postizas. Súbitamente se abrió la tapa y el chirrido que produjo se mezcló con una carcajada de Pruen.

No había nada en aquella caja. Estaba revestida en su interior con acero, pero no había nada en ella, ni siquiera polvo o aire de Londres. Absolutamente nada.

—Muy bien, muchachos —dije, y la tapa cayó nuevamente.

—Le dije que no había nada —surgió la voz de Pruen con regocijado tono—. Pero él dijo que allí estaba la esposa de Harún-al-Raschid. Yo dije que nada.

Cuando miré a Holmes, me encontré con una pálida sonrisa.

—Esto parece arreglar el asunto, ¿no? ¡He aquí a Zobeida! Pero yo le puedo asegurar que nunca podrá encontrarla en el interior de una caja de plata árabe. ¿Está ahora dispuesto a creerme?

—No necesariamente en todo —declaré sacando la nota de mi bolsillo y desdoblándola pausadamente—. ¿Escribió usted esto? Dice:

Querido G.: Tiene que haber un cadáver, un verdadero cadáver. No importa la forma de muerte, pero tiene que haber un cadáver. Yo arreglaré el crimen; ese khanjar de empuñadura de marfil servirá, o la estrangulación, si eso es preferible.

—¡Mírela! ¿La escribió usted?

—Ciertamente que no —declaró Holmes, poniendo los ojos en blanco detrás de los vidrios de los anteojos—. ¿De qué diablos está hablando? No trate de intimidarme, mi amigo. ¡Qué idea ridícula! ...

—Fue escrita en su máquina; ¿niega eso?

—Mi querido señor, yo no niego ni afirmo nada. Nunca la vi antes.

Holmes dió un paso atrás. La expresión de su tranquilo y agradable rostro permanecía fija, como también la mirada de los apacibles ojos azules.

—¡Espere un momento, inspector! —interrumpió Jerry, dando un pequeño salto—. Que me cuelguen si...

—Tú calla, Gaffer —interrumpió Holmes, con ansiosa prontitud, pero fríamente—, déjame a mí manejar esto. Usted dice que fué encontrada en mi piso. ¿Encontrada por quién?

—Por el señor Mannering. Y hay algo más. ¿Usted declara que usted y todos los demás se encontraban en su piso desde las nueve de la noche?

—Ciertamente.

—Pero el señor Mannering fue allí veinte para las once y no encontró a nadie. A nadie absolutamente.

De entre aquel aturdido grupo que ahora presentaban un frente unido en más de un sentido se destacó Richard Buttler. Había asegurado su casco en la parte de atrás de su cabeza y abotonado la traba, lo cual hacía un efecto grotesco en aquel rostro redondo de dormidos ojos grises que ahora parecían achicarse. Con las manos en los bolsillos, caminó despacio hacia Mannering.

—¡Cochino espía! —le dijo muy calmadamente.

Mannering levantó la vista hacia él.

—Lo elijo a usted para esto —dijo— porque es el más grande.

Como ya dije, Buttler tenía las manos dentro de los bolsillos, pero aun con ellas afuera, dudo que hubiese tenido tiempo de ponerse en guardia. Mannering debe haber sido más rápido que el ataque de una culebra de cascabel, pues nadie vió lo que ocurrió. Collins me explicó después que el recorrido que debió hacer su puño fue sólo de unos doce centímetros. Pero en aquel momento no nos dimos cuenta de nada, sino que algo pareció explotar en el interior de Mannering como una bomba. Alcancé a divisar su rostro por sobre el hombro de Buttler, y era el de un loco; luego sólo oí un ruido seco de huesos. Entonces Buttler, sin emitir sonido alguno, como si lo hiciera por su propia voluntad, cayó de rodillas, yaciendo luego doblado sobre la alfombra.

En el silencio que siguió sólo escuché la pesada y silbante respiración de Mannering; nadie se movió.

—Eso era lo único que debía hacer —admitió Jerry Wade—, ¿pero prueba eso que sea menos asno?

Por un momento pensé que Mannering se le iba a ir encima y me dispuse a romperle un brazo si lo intentaba. Pero Mannering, respirando fuerte y muy blanco detrás de su tostado cutis, recogió su sombrero y bastón de encima del escritorio.

—Siento ponerle a uno de sus testigos fuera de uso, inspector —anunció con tono normal—, pero me parece que estará bien dentro de cinco minutos. ¿Hay algo más que desee de mí?

—¡Gracias! —dije—, pero me parece que esto es bastante para una noche. ¡Muy bien! Puede irse ahora.

Lo cual, caballeros (concluyó el detective-inspector Carruthers), casi termina con mi conexión oficial con este asunto. El resultado de mis apuntes lo oirán verificado por hombres mucho mejores que yo; a mí se me dieron instrucciones de darles amplios detalles sobre el comienzo del crimen, junto con mi propia descripción y mis impresiones sobre los caracteres del drama. Algunos de ellos pueden ser prejuiciados y podrán ser corregidos por los que me siguieron. Mi actuación acaba aquí, pues, aunque los interrogué hasta las cuatro de la mañana, mantuvieron un frente unido.

Ninguna teoría mía tiene cabida aquí, porque a las diez de la mañana del siguiente día el caso se había trastocado completamente. Al dar esta vuelta en redondo, quedó explicado todo lo que anteriormente parecía sin sentido y que me había intrigado; pero, desafortunadamente, fué substituido por algo inexplicable.

Esa noche no fui a mi casa de Brixton, sino que dormí cuatro horas en la estación y luego empecé a trabajar en mi informe. La ordenación me tomó algún tiempo, y estaba justamente completándola, cuando recibí un llamado telefónico ordenándome presentarme en la oficina del asistente-comisario en Scotland Yard. Cuando llegué a dicha oficina, un poco antes de las diez, encontré a Sir Herbert paseándose de arriba abajo en el cuarto, alternando su paseo con unas escudriñadoras ojeadas a una carta. Esta carta puso la gorra a este despampanante asunto. Aquí tengo una copia de ella. Está fechada el sábado 15 de junio, Orkney Hotel, Kensington, a la 1 A. M., y dirigida personalmente a Sir Herbert. La escritura nos presenta a una persona en un estado de mortal excitación. Dice:

Sir:

Con profundo disgusto no exento de aprehensión y también un hondo sentimiento de vergüenza escribo estas líneas. Pero he examinado mi corazón, y sé que mi deber me compele a ello. En el transcurso de veinte años de humilde (mas espero no infructuoso) desempeño de pastor de la Iglesia Presbiteriana de John Knox de Edimburgo, me he visto arrastrado a algunas situaciones que podríamos llamar dolorosas o comprometedoras. (Usted recordará mi diferencia de opinión con el "Moderator" en las columnas del "Protestant Churchman" relativa a si el plato de la limosna debía ser pasado de derecha a izquierda en lugar de izquierda a derecha; controversia que, me temo, tomó a veces términos acrimoniosos). No creo que haya ningún daño en el juego de naipes, como tampoco en la sana relajación del baile, y observaciones particulares me convencen de que se sobreestima la depravación de las gentes de afuera. Aun si alguna vez hubiese estado dispuesto a adoptar miras provincianas, me lo habrían impedido mis extensos viajes al Oriente, que me han puesto en contacto con hombres y costumbres extranjeros, y con ello (para explicar así) han ampliado mi mente.

Le escribo esto para demostrarle que no carezco de experiencias prácticas, pero nunca, ni en mis peores pesadillas, pude imaginarme que un ministro de la Iglesia de Escocia podría, de su propia voluntad, pegar a su rostro un par de barbas postizas y abandonar un edificio utilizando como

medio de evasión una ventana de baño para descender por una cañería; que treparía por una pared y asaltaría alevosamente a un policía, y con lo cual espero no haber hecho daño, para finalizar mi salida de escena por un agujero de carbonera. Estas hazañas no necesito añadir que no fueron hechas a manera de esparcimiento; tampoco puedo alegar que fuera bajo el efecto del alcohol, drogas o cualquier otro específico hipnótico.

Pero esto es todo, y me temo que nunca podré hacer más esfuerzos para hablar. Permítame ser breve. Vi cometerse un crimen, y sin detenerme a pesar las consecuencias que tendrá para mí cuando estos detalles se hagan públicos, siento que “debo hablar”. Si me permite presentarle mis respetos esta mañana, puntualmente a las 11.30, se hará usted acreedor de mi más profundo agradecimiento y mi más profunda humillación.

*Suyo sinceramente,
WILLIAM AUGUSTUS ILLINGWORTH*

PARTE II

EL INGLÉS DE LAS “MIL Y UNA
NOCHES”

*Declaración del asistente-comisario Sir Herbert
Armstrong.*

CAPÍTULO IX

A las puertas de bronce: cómo el señor Illingworth hace de Ali Baba.

Bien, muchachos, cuando mi secretario colocó aquella nota encima de mi escritorio a las nueve de la mañana del sábado, estaba terriblemente intrigado. Pero lo que más me molestaba era la manera como aquel hombre eludía el punto principal. Si hay algo que me guste, es una persona que vaya al grano directamente. No hay nada en el mundo en que se deba perder el tiempo, a excepción tal vez de una buena cena con el coñac apropiado, y no se dejen convencer de que esto no es bueno para el peso. ¿Qué hay de malo en el peso si la carne es sólida? Mírenme a mí. Duro como hierro. ¿Qué diablos estaba diciendo? Déjense de distraerme. ¡Ah, sí! Ahora, en cuanto a usted, Carruthers, su defecto consiste en tener demasiados instintos caballerescos, y eso no lo conducirá a ninguna parte. Yo no los tengo. Es por esto que puedo organizar un departamento de policía o una lechería, y todos saben que tienen que andar derechos, pues si no danzaré sobre sus tumbas. Derecho al grano. Tratarlos duro. Así soy yo.

Como les decía, a las nueve de la mañana del sábado mi secretario entro en mi oficina silbando en mi oído. Es un hábito que he estado tratando de quitarle durante cinco años; aun más, pienso que ha sido él quien me puso el infernal apodo de Pato Donald. Depositó solemnemente la carta en mi escritorio. La leí.

—¿Quién es Illingworth? —le dije.

Arrugó la frente, se rascó la cabeza y finalmente dijo:

—Diría que es un escocés, señor.

—Sé perfectamente que es un escocés, pero lo que le estaba preguntando es: ¿quién es? ¿Sabe algo sobre él? ¿Dónde está él “Quién es Quién”? Además, ¿qué significa esto de las barbas postizas? No tiene sentido. Los clérigos no usan barbas postizas.

—Bueno, señor, parece que éste sí —apuntó—. Tal vez es parte de un ritual escocés. De todas maneras, ¿qué piensa hacer al respecto? Estimé que sería mejor que le leyera el informe de esta mañana. Un hombre aún no

identificado fue asesinado anoche en el Museo Wade. El superintendente Haddley piensa que puede tener alguna relación con ello.

Me dió los primeros detalles, y en el primer momento estaba tan confundido que no osé contradecirlo. He conocido a Jeff Wade desde mucho antes que hiciera su fortuna. Nacimos en la misma aldea, en Somerset. Siempre fué muy aficionado a las ruinas. Prefería quedarse en una de aquellas ruinas a ir a una cantina. Pero no era en absoluto tan fogoso y estudioso como aparenta ser ahora. Era sí un hombre muy tozudo y siempre conseguía lo que quería, aunque le demandase gran trabajo. Así era Jeff Wade. Aun entonces se dejaba aquellos mostachos como sables, sobresaliendo a los lados del rostro. Era un muchacho de baja estatura. Luego se fue al Norte, donde hizo millones fabricando pantalones o algo por el estilo. Lo más particular de Jeff Wade es que odiaba a los extranjeros, especialmente a los de tez oscura. Supongo que la única explicación de su afición a las ruinas persas o egipcias sea que considere muy aceptables a estos extranjeros mientras estén muertos. Los ingleses casi todos sentimos lo mismo, con la única diferencia de que no llegamos a ese extremo.

Pero Popkins, mi secretario, dijo:

—Olvide eso, señor, y vamos derecho al grano. ¿Cuáles son sus órdenes?

Después de llamarle la atención sobre su comportamiento, hice venir a Carruthers para que me diera su informe. Cuando lo hube oído, un punto de mucha importancia se me mostró en toda su evidencia (como les demostraré en unos segundos más). Me encontraba terriblemente preocupado. Malditamente preocupado. Lo que quería era oír la versión del señor Illingworth de esta noche de pesadilla, que sólo me parecía real por concernir a Jeff Wade. Por lo tanto dejé a un lado todo otro asunto y, encendiendo un cigarro, me senté a esperar a Illingworth. Exactamente cuando el “Gran Ben” daba las diez y media, dos policías lo entraron en mi oficina como a un criminal, y tenía una expresión de terror como si lo llevaran a ahorcar.

No sé qué estaba esperando, pero su simplicidad me intrigó y al mismo tiempo me volvió loco. Era alto, delgado y huesudo, como un muchacho crecido. Al verme se enderezó, adoptando un aire de dignidad real. Su cara era larga y curtida y tenía la costumbre de esconder la barba en el cuello cuando empezaba a hablar, para así oírse mejor. También tenía el hábito de mirar al suelo mientras hablaba, levantando rápidamente la cabeza, como para no perder el hilo. De su bolsillo extrajo un par de anteojos de lectura de marco grueso, y mientras se los ponía sus manos temblaban, lo que hizo aparecer su nariz más larga que nunca. Llevaba un traje oscuro y ajado, un sombrero

debajo de su brazo y su cabello gris mal cepillado. Pero estoy seguro de que era sólo lo que aparentaba ser: Muy estirado, bien educado, fogoso y obstinado. Permaneció de pie tan derecho como un granadero de la guardia.

—¿Sir Herbert Armstrong? —dijo súbitamente con voz seca que me hizo dar un respingo.

—Siéntese —dije— y tranquilícese.

Se precipitó en la silla como un muerto, haciéndome saltar nuevamente.

—Por Dios, no haga eso —dije—. Tranquilícese y luego iremos al grano.

Colocó cuidadosamente su sombrero en el suelo, escondió la barba, abrió la boca y comenzó a hablar atropelladamente. No puedo recordar de memoria sus curiosas expresiones, por lo que me veré obligado a ayudarme con las notas del taquígrafo.

—Noto, Sir Herbert, que ha recibido mi comunicación —dijo—. Espero que me haya perdonado por mi desordenado estado mental al escribirla, lo cual debe haber causado cierta incompreensión de mi medio de comunicarme con usted a través de una carta. Pero... aun... yo... no veo señales de que puedan aparecer adminículos o piernas de acero, lo cual, debo confesar, me causa un gran alivio.

—No —dije—. Soy asistente-comisario y no un herrero. ¡Tome un cigarro!

Lo tomó delicadamente por un extremo y continuó:

—Para reasumir el hilo de mi discurso, no me retracto ni deseo retractarme de ninguna de mis declaraciones sobre anoche. Lo que quiero es persuadirlo de que el crimen tenga alguna referencia a..., en una palabra, que yo lo haya cometido. Aunque siempre he practicado el hábito de escribir y pensar, me temo que en mi desordenado estado mental de anoche, erróneamente le haya dado la impresión... ¡Oh! Le pido disculpas.

Mientras estaba hablando había sacado una caja de fósforos del bolsillo, y trabajó afanosamente por coger uno, lo que consiguió, pero éste explotó súbitamente, yendo a dar contra mi cara una lluvia de partículas. Por último consiguió encender uno, el cual acercó a mi cigarro, pero sus manos temblaban de tal manera que lo dejó caer encima de mi camisa y mi chaqueta. Fue entonces cuando dijo:

—¡Oh!, le pido humildemente perdón.

No se explicaba cómo había ocurrido una cosa semejante, en lo cual me mostré completamente de acuerdo, y las palabras que se me escaparon mientras sacudía mi chaqueta no eran precisamente aquellas que se pueden decir delante de un clérigo, siendo tal mi enojo que estuve a punto de hacerlo

sacar fuera de mi oficina, pero reaccionando me contenté con obsequiarlo con una fría mirada.

—Señor Illingworth —dije adoptando su manera de hablar—, debo informarle que no soy precisamente un cohete al cual usted deba encender, y no procederé a encender su cigarro hasta estar seguro de que pueda manejar uno, y reglamentos o no reglamentos, lo haré tomarse un trago, pues lo necesita tremendamente.

—Gracias —respondió—, aunque soy uno de aquellos que consideran a la temperancia el máspreciado don, a pesar de esto, acortando, quiero decir sí.

Vertí en su vaso una porción abundante, la que se tomó de un trago, sin pestañear y sin que su cara cambiara de expresión.

—Muy refrescante —dijo gravemente, dejando caer el vaso en el canasto de los papeles—. Me fortificaré para poder comunicarle lo que debo decirle. En seguida, Sir Herbert, debo agradecerle el recibirme en las circunstancias habituales; por lo que la situación se torna más liviana para mí, pues preveo con agitación que cuando se sepan los hechos que voy a relatarle, no producirán precisamente un efecto suavizante entre mis superiores de la Iglesia Presbiteriana John Knox. Pero le comunico que no omitiré ningún detalle, por más doloroso que sea éste para mi persona, porque en el tren en el cual vine desde Edimburgo distraje el tiempo de mis deberes para leer un libro policial titulado “La Daga Condenatoria”, que bondadosamente me facilitó un comerciante que viajaba en mi mismo compartimiento. Mis deberes pastorales, como también mis investigaciones de las pasadas civilizaciones, me han dejado poco tiempo para leer lo concerniente al mundo de nuestro alrededor, pero debo admitir que fué una revelación que hizo profunda impresión en mí y me sentí aterrado con la villanía del personaje central, cuya identidad no se había revelado aún en el pasaje que pude leer. Sir Herbert, debo decirle que allí aprendí que nada debe dejarse de lado en una declaración, aunque sea el detalle más absurdo, y por lo tanto tendré esto presente en mi mente al contarle los hechos que he presenciado, tratando de presentarlos con todo el tecnicismo legal que aconseja en su libro.

Debo advertirles que me encontraba al borde de un ataque apoplético, pero aquel anciano parecía tan ensimismado en su historia representando el papel de mártir, que me limité a hacerle una seña al dactilógrafo.

—Mi nombre —prosiguió— es William Augustus Illingworth, ministro de la Iglesia Presbiteriana de John Knox de Edimburgo, y lo era mi padre antes de serlo yo; conduzco las almas de esos fieles con la ayuda de la señora Illingworth y de mi hijo Ian, el cual ya estudia para poder sucederme algún

día en mi cargo. En la tarde del jueves 13 de junio (anteayer), llegué a Londres tomando un taxi desde la estación de King's Cross al hotel Orkney en Kensington High Street. Las razones que tuve para venir a Londres eran en parte asistir a una reunión de la Escuela de Presbiterianos Unidos de Albert Hall, pero mi ansiosa anticipación de este viaje se debió a otra, y me temo sea mi más egoísta razón.

”Por un tiempo considerable me he interesado en seguir la evolución de esos importantes documentos históricos, lamentablemente popularizados, y por lo tanto privados de su verdadero sentido, conocidos como “Las Mil y Una Noches”. Un cierto estudioso de esta materia, llamado Geoffrey Wade, ha encontrado recientemente un manuscrito de las primeras traducciones...”.

—Espere un momento —dije—. Deje que anoten esa parte de la declaración y esperemos que desde aquí vaya directo al blanco. Usted fue invitado al Museo Wade anoche para examinar un manuscrito de un hombre llamado Antoine Galland. ¿Está eso correcto?

No pareció en absoluto sorprendido y se me ocurrió que había pensado que yo debía haber deducido todo aquello, murmurando tres palabras extrañas que querían significar “sí”.

Luego preguntó:

—¿Conoce usted a Jeff Wade? Quiero decir si lo conoce personalmente.

Por lo que explicó parece que sólo habían cambiado una extensa correspondencia, llena de cumplidos, para decidir por último juntarse en la primera oportunidad que se les presentara. El encuentro en el Museo había sido arreglado por carta antes de que Illingworth abandonara Edimburgo.

—Y —prosiguió Illingworth, mostrando más animación en su cara de madera, al acercarse a la parte sabrosa de la historia— fue con considerable desengaño que recibí, ayer precisamente en la tarde, una comunicación telefónica del señor Ronald Holmes, el asistente y socio del señor Wade, diciéndome que la reunión se había postergado y me expresaba sus más sinceras excusas, pero el señor Wade había debido ausentarse de Londres, dejando la reunión para una fecha más propicia. Declaré que esta noticia me había desengañado, pero no me había tomado totalmente de sorpresa, pues había tenido informaciones de amigos muy de fiar que el señor Wade era un hombre fuerte y decidido, pero de mente caprichosa; que era lo que algunos, inclusive, pudieran llamar un excéntrico. Me han contado el caso de cuando el señor Wade leía un original en la Sociedad Asiática de Gran Bretaña y alguien lo interrumpió, designó a su interruptor con el desesperante apodo de

“pepinillo”, dirigiéndose luego al presidente Sir Humphrey Ballinger-Gore diciéndole que tenía cara de ciruela.

”Por lo que repito, tampoco me sorprendió el enterarme a las cinco de la tarde de que había cambiado sus planes por segunda vez. De regreso a mi hotel después de una estimulante estadía en el Museo de Kensington (al que no encuentro un lugar frívolo como se podría creer) me entregaron un telegrama escrito en Southampton muy poco antes y es éste”.

Depositó en mi escritorio un telegrama que decía lo siguiente:

He descubierto puedo volver temprano. No necesitamos por lo tanto cancelar la reunión. Encuéntreme en el Museo 10.30 esta noche. GEOFFREY WADE.

—Por los hechos subsiguientes he podido deducir que el examen de este documento puede ser de gran ayuda, pues así sucedió en el caso de “La Daga Condenatoria”. He guardado cuidadosamente el papel para que pueda ser examinado, ya que a mi comprensión podía haber escapado la presencia o ausencia de algo significativo.

”Pero permítame proseguir. Aunque me encontraba algo inquieto con el segundo cambio de planes del señor Wade, y un poco resentido por su poco caballeroso modo de considerar mi tiempo, a pesar de esto, digo, me encontraba dispuesto a ir allí; por lo tanto me vestí con cuidado y salí llevando conmigo un volumen, que raras veces se aparta de mi persona, un raro ejemplar árabe y primera edición de las originales “Mil y Una Noches” publicado, como usted puede presumir, en Calcuta en 1814; lo llevaba con el propósito de mostrárselo al señor Wade, porque se lo tenía prometido desde hacía algún tiempo”.

Así diciendo, sacó cuidadosamente de su bolsillo un libro forrado en cuero y lo depositó encima de mi escritorio al lado del telegrama, como otra coincidencia.

—Continúo —dijo—. Escasamente veinte minutos pasadas las diez, subí a un taxi en la puerta de mi hotel y me dirigí hacia el Museo Wade, al cual llegué exactamente a las 10.35, o sea, 25 minutos para las once. De esto tengo plena seguridad, pues mientras sacaba el dinero para pagar el taxi, la cadena del reloj se enredó entre mis dedos y éste cayó al suelo, por lo que dejó instantáneamente de caminar y no he logrado ponerlo en marcha de nuevo.

Esta vez sacó el mencionado reloj y lo depositó al lado del telegrama y el libro; parecía como si hubiéramos empezado un juego de prendas.

—Por un momento —continuó el viejo pastor—, debo confesar, no pude resistir la tentación de examinar los portales del edificio y me perdí en la contemplación de las magníficas puertas de bronce, las cuales son reproducción fiel de las puertas que nos han dicho adornan la entrada de “Hasht Bihisht”, traducido “Ocho Paraísos”, del Shah Abbas el Grande. Debo haber permanecido en mi contemplación un rato, pues me detuve examinando la inscripción irania que hay allí, hasta que me sacaron rudamente de mi abstracción las observaciones de unas gentes que pasaban, quienes parecían creer que venía de un bar llamado “El Perro y el Pato” y no me encontraba en condiciones de poder hallar la cerradura.

”Oí estas expresiones en un digno silencio, y luego que hubieron pasado toqué el timbre, como me habían dicho que lo hiciera. Se abrieron las puertas, y por la luz del interior pude deducir que la persona que había abierto era un viejo y fiel servidor de quien me había hablado el señor Wade, el cual hace las veces de guardián durante el día y de sereno por la noche. Su nombre según creo es Pruen”.

—¡Oh!, —exclamé—. De manera que se encontraba allí.

El viejo pareció no oírme y se me quedó mirando con tal fijeza, que me sentí inquieto.

—Los acontecimientos que siguieron —dijo— son los que se podrían llamar primeros y más reveladores de los extraordinarios sucesos que se desarrollaron detrás de aquellas maravillosas puertas. El primero, el hecho de que Pruen comenzó a reír apenas me divisó.

—¿Qué hizo? —pregunté.

—Se rió —declaró Illingworth moviendo la cabeza gravemente— en mi cara. Luego de examinarme atentamente por espacio de unos segundos, emitió un ruido que sólo puedo explicar, como explosión de placer, el cual pareció distender hacia adelante sus facciones; hablando luego un argot, que no trataré de reproducir, dijo:

”—¡Aló! ¿Quién es usted?

”No estoy acostumbrado a esta clase de recepciones y menos a un comportamiento incomprensible, por lo que repliqué en un deliberado y acerbo tono:

”—Soy el doctor William Augustus Illingworth, y creo que el señor Wade me está esperando. ¿Tendría usted la bondad de conducirme hasta él?

”Para mi completo asombro, mis palabras no parecieron serenarlo, sino, muy al contrario, su regocijo creció a un extremo alarmante. Parecía salirle

por todos los poros y hacía contorsiones doblando el cuerpo sucesivamente, las manos puestas en el estómago, todo esto con muy poco ruido.

”—¿De manera que es usted, no? —me espetó después de secarse los ojos de una serie de lagrimeos—. No veo la razón por la cual usted no ha podido triunfar en los tablados, por Dios que no la veo. (Este término de “tablados”, según he averiguado más tarde, corresponde a los artistas de *music-hall*, como cantantes, bicicletistas, acróbatas o algo de esa especie, pero me pareció perfectamente inadecuado aplicado a un ministro del Evangelio). Usted es el personaje más convincente que creo haber visto nunca —añadió el incomprensible anciano—, y seguramente que será de gran ayuda para el crimen.

”Y diciendo esto, Sir Herbert, en medio de una de aquellas contorsiones, alargó su índice y me punzó las costillas”.

CAPÍTULO X

Se deshace el encantamiento. De cómo el Dr. Illingworth hace de Aladino.

Por un rato llegué a pensar que aquel hombre estaba borracho, a pesar de que nada permitía suponerlo, a no ser su extraordinario comportamiento. Me quedé un momento de pie en medio del *hall*, esperando ver al señor Wade salir a recibirme, al mismo tiempo que me sentía enormemente impresionado por las proporciones de los pilares que me rodeaban suavemente iluminados por una luz fantasmal que provenía de las cornisas del techo, lo que impartía a todo el lugar una claridad lunar, muy apropiada para el ambiente de recogimiento de un museo. Daba también un extraño color al rostro de aquel hombrecillo, vestido con uniforme azul y que continuaba haciendo cabriolas a mi lado.

”—¿Quiere entrar a ver al jefe? Está ya bastante atrasado, ¿no es cierto?, viejecito.

”Debo señalar, Sir Herbert, que me esfuero para ser preciso —observó Illingworth—, pero estoy seguro de que lo perdonarán y aun le pagarán por adelantado si usted lo pide, con la sola condición que eso resulte...

”Debo advertirle, señor —continuó—, que no había nada de extraordinario en lo que se refiere a mi sombrero de copa o a mi abrigo (los cuales, muy al contrario, eran más bien de una hechura bastante severa), por lo que saqué en conclusión que el hombre debía estar loco o equivocado. Cuando mi informante añadió: “Cuarto de guardia, siga derecho doblando a la izquierda, la primera puerta, él está allí”, entonces me vi obligado a decirle:

”—Por alguna razón, usted parece dudar de que yo sea el doctor Illingworth, y para probarle lo contrario, aquí tiene mi tarjeta. Como otra prueba, le ruego examinar esta edición, una de las primeras de “Las Mil y Una Noches”, la cual traigo para la inspección del señor Wade. Si se trata realmente de una equivocación, estoy dispuesto a perdonarlo; y si es sólo una impertinencia de su parte, puede estar seguro que le expondré el hecho al señor Wade.

”Observé a través de mi discurso que su actitud parecía dubitativa, cambiando también su expresión, y su boca se abrió, aunque no llegó a

formular nada audible. De todas maneras, decidí que podría encontrar aquel cuarto de guardia sin precisar ayuda, por lo que continué mi camino con toda la dignidad que pude asumir, hasta que me hizo detenerme una visión aun más singular.

”Aunque supongo que estará usted familiarizado con el interior del Museo Wade, me atreveré a trazarle un pequeño plano verbal: en la pared del lado derecho de una persona que va entrando, se encuentra un gran arco de unos veinte pies de largo, con un letrero que dice: *Galería de Bazares*. Esta sala no tiene ninguna importancia desde el punto de vista histórico o arqueológico, aunque admito que puede ser entretenido, pues consiste en una detallada reconstitución de un bazar del Oriente, con sus calles repletas de mercaderías. La reproducción, debo admitir, es de una tolerable veracidad, la que se ha conseguido por medio de luces, una teatral realidad, lo cual produce una escena de abigarradas sombras en una fantástica calle. Al mirar hacia adentro sentí la impresión de estar contemplando una calle de Ispahan en el crepúsculo, impresión que se acrecentó al ver una figura de hombre de pie allí dentro.

”En la mitad de la calle, bajo un enrejado de las sombras, mirando hacia donde yo me encontraba, pude distinguir la silueta de un noble persa vestido con un traje nativo.

”Debo advertirle, señor, que estaba en completa posesión de mis sentidos y puedo asegurar, bajo solemne juramento, que le cuento la verdad. Por supuesto que me sentí profundamente interesado en su vestimenta. Llevaba el acostumbrado sombrero de cuero de oveja, su túnica de seda azul bordada, muy larga, y una camisa blanca de gran calidad. Los *zir-jamah* o pantalones eran de algodón blanco, pero la señal de alto rango más notoria era el cinturón de cuero negro, que en lugar de tener un broche de bronce, como habría sido, de pertenecer a un plebeyo, tenía el broche adornado de rubíes cortados, ornamento de los nobles. De la cara, que se encontraba en sombras, sólo pude distinguir una tez morena, en cuyo contraste sólo se destacaba el blanco de los ojos. Una figura con tal decorado de fondo me hizo pensar que se trataba de una figura de cera, lo cual daría a todo esto un aire de verosimilitud, pero no fue así, pues, ante mi asombro, el hombre cerraba y abría los ojos.

”Me parece que era un hombre que podría catalogarse en el tipo del pensador, y creo poder atribuir los pensamientos que venían a mi mente en aquel momento tan sólo a un resultado de las circunstancias. Crecía en mí el irracional sentimiento de que por un cambio en el cosmos me encontraba alternando con todos los personajes de “Las Mil y Una Noches”, a lo cual

sólo me pude sobreponer gracias a mi fuerte sentido común y a mis principios religiosos. Este sentido común me dió una explicación: ¿Sería posible que el señor Wade, con todas las amistades que debía haber hecho en Irán, hubiera también conocido a un noble y lo hubiera invitado a la reunión de esa noche para presentarnos? Ciertamente no, pero de todas maneras decidí dirigirle la palabra con gran formalidad, y para este propósito elegí el árabe depurado en lugar del moderno persa bastardo (debo aclarar que esta palabra no contiene ningún significado insidioso), pues el árabe lo ha corrompido terriblemente.

”Por lo tanto, levanté mi mano en señal de salutación:

”*Masa el-khair* —dije— *es salâmu ’alaikoom es-salâm. Inshâ allâh tekoon fee ghâyit as sabhab*”.

A lo cual él replicó gravemente:

”—*Wa alaikoom es-salâm. Ana h’khair elhamd lillâh.*

”Su voz de tonalidades graves contestó con extrema dignidad, aunque aparecía un poco sorprendido de que le hubiera dirigido la palabra en aquel lenguaje. Otra cosa interesante es que su árabe no era de acento persa, sino egipcio.

”Por ejemplo, cuando continuó: “*El ka’ât kwyeseen*”. ¡Oh!, perdóneme, Sir Herbert; ¿me habló algo? Con la excitación que me producen estos recuerdos, me temo no haberle entendido. ¿Me habló algo?”.

Había escuchado tanto rato el parloteo de este señor Illingworth, que ustedes pueden apostar que había hablado.

—¡*Whoa!* —exclamé—, lo cual vendría a ser una magnífica interpretación de una persona en lo alto de una mezquita. Déjese de llamar a los fieles a oración y explíqueme qué quiere decir todo eso en inglés.

Créanme o no, pareció sorprendido.

—Excúseme, por supuesto. Era sólo la forma acostumbrada de saludar, la cual no puede ser descuidada. Después de inclinarme, dije: “La paz sea con vos. Espero que os encontréis bien”. A lo cual él contestó, también de un modo muy formal: “Y con vos también sea la paz. Yo me encuentro muy bien, gracias”. ¿Continúo? Gracias.

”Iba a seguir mi cuestionario, pero él me interrumpió intempestiva pero cortésmente, indicándome con el dedo la puerta de guardia a la cual me había dirigido primeramente. Continué mi camino, pensando, ahora con más razón, que todo el asunto era muy misterioso. Dije que había continuado mi camino, pero lo hice no sin antes añadir unas cuantas y graciosas observaciones por sobre mi hombro, para concluir preguntándole en inglés si se dignaría dirigirme la palabra en este idioma; en ese momento iba ya llegando a la

mitad del *hall*, cuando me salió al encuentro el próximo suceso de aquella noche de aventuras: una joven bellísima, con traje de noche color coral.

”Me pareció, Sir Herbert, que al mencionar yo esta mujer, ha tenido usted un sobresalto. Trataré de explicar este hecho lo más claramente posible, ya que parece tener la mayor importancia. Al frente de la entrada principal del *hall* se encuentra una gran escalera de mármol. Hay una puertecita a cada lado de esta escalera en la pared del fondo. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda. Fué la de la izquierda la que se abrió, apareciendo la joven de la vestimenta roja, una muchacha de pelo oscuro, a la cual podría describir como una persona poseedora de gran encanto. Todos los que me habían recibido aquella noche, unos en mayor y otros en menor grado, habían demostrado sorpresa; pero esta joven parecía tan abstraída que me prestó escasa atención; se dió vuelta y subió corriendo las escaleras, desapareciendo de mi vista en las galerías de arriba. Debo señalar, también, que de algún punto del piso de arriba provino un ruido similar al que produce el martillar clavos en la madera.

”Pero no tuve tiempo de cavilar sobre esto. A unos pasos de donde yo me encontraba se abrió una puerta a mi derecha marcada con el nombre “Guardián”, y debo reconocer que con un suspiro de alivio vi a mi invitante.

”Aunque nunca he visto una fotografía del señor Wade, los que lo conocían personalmente me han hecho descripciones en las cuales hay dos puntos básicos: su corta estatura y sus largos y blancos mostachos. Por lo tanto estaba preparado para la corta estatura y para los mostachos, pero no para sus impresionantes barbas blancas que descendían hasta su pecho dándole un aspecto venerable. Sus barbas blancas y cabellos del mismo color enmarcaban un rostro marchitado por el tiempo, pero con unos ojos oscuros excesivamente despejados que me observaron de pies a cabeza. Me recordó la figura del rey Lear, pintada por Sir Henry Irving, hace muchos años, pues indudablemente su pose, mientras me enfrentaba, era majestuosa; pero al mismo tiempo hizo algo que me dejó completamente estupefacto: este caballero de porte tan distinguido extrajo del bolsillo de su chaqueta una armónica. Sí, Sir Herbert, una armónica, y con un aire meditativo procedió a tocar un ejercicio, el cual creo se llama “corriendo la escala”.

”Al mencionar la armónica, nuevamente percibí un sobresalto suyo, Sir Herbert, y a menos que esté equivocado, murmuró la palabra “Jerry”. Lo que esto pueda significar creo poder adivinarlo, pues, por lo que he sabido, Scotland Yard posee una lista de los más avezados criminales con sus peculiaridades, para tener referencias en caso de un crimen. Es probable, por

lo tanto, que usted pueda señalar inmediatamente la identidad de este criminal debido a su traicionera debilidad por tocar la armónica, como el Dr. Chianti en el caso de “La Daga Condenatoria”, que tocaba el trombón. Esto se me ocurrió después, pero desgraciadamente no en aquel momento, en que no podía imaginar que había penetrado en un antro de criminales desesperados, sino que, muy por el contrario, como había sido informado de las ligeras excentricidades del señor Wade, presumí que esta *penchant* por la armónica era una de las relajaciones que se permiten los hombres de estudio, exactamente como mi amigo el Dr. MacTavish, de la Universidad, un gran caballero y un hombre de estudio, que posee la deplorable costumbre de concurrir a las representaciones cinematográficas y reír inapropiadamente cuando a alguien le plantan una torta en la cara. Por lo expuesto no demostré mayor sorpresa, ni aun cuando mi invitante me dirigió la palabra en un tono de cierta violencia.

”—Llega atrasado —dijo, apuntándome con la armónica—. ¿Por qué pierde el tiempo por ahí charlando? Tenemos mucho trabajo que hacer. ¡Maldición! Usted ha llegado tarde y sólo tenemos media hora. Entre. Apúrese.

”Sus modales habían llegado a un grado de gran excitación, lo cual me pareció innecesario y de muy mala educación. Se precipitó dentro de la habitación con una sorprendente agilidad dados sus años.

”—Estoy terriblemente apenado, señor Wade —le dije con alguna cortesía—, si es que mi ligera impuntualidad le ha causado algún trastorno. Debo confesar que había esperado que nuestra primera reunión se realizara en términos de espíritu más amistoso.

”Con la misma agilidad, y murmurando, cruzó la habitación, sentándose detrás de un gran escritorio, encima del cual pude distinguir un pequeño libro y un cenicero lleno de colillas de cigarrillos; en un extremo humeaba uno todavía no terminado. Después de recogerlo e insertarlo en su boca con inminente peligro para sus largos bigotes, empezó a hojear el libro.

”—Sí, sí —dijo—, realmente no fué mi intención el ser rudo, pero este negocio debe desenvolverse suavemente.

”Debo advertirle, Sir Herbert, que ni aun entonces la ominosa palabra “negocio” penetró en mi conciencia; súbitamente mi invitante se quedó mirándome fija y terriblemente, exclamando en árabe las siguientes palabras: “*¡Yâ onbâshee irga ’ente d-deurtena ’l wa kool li’l — yoozhâhbee hiknadâr el imddiyah yegee benâ bi’lghâr!*”. Lo cual, a no ser que mis oídos me

engañaran completamente, quería decir: “¡Galope de vuelta, caporal, y dígale al capitán en jefe de las tropas que venga al trote!”.

”Me quedé mirándolo.

”—Mi querido señor —dije—, me parece que está usted bajo una gran equivocación. Yo no soy un militar y nunca he ...

”—Página equivocada —exclamó abruptamente este extraordinario hombre. Y se dió vuelta aplastando furiosamente su cigarrillo—. Estas malditas gramáticas —excúseme, Sir Herbert, pero me veo obligado a ser preciso—, estas malditas gramáticas no sirven para nada. “¡Desmonten y abran el fuego! ¡Monten y fórmense, cubran el flanco izquierdo del escuadrón N.º 2!”. ¡Eso tampoco sirve! Muy alentador y excitante, por supuesto, pero muy difícil de introducir en una conversación de salón. ¡Ah, esto sí!

”Después de murmurar unos segundos palabras ininteligibles y de fijar en mí nuevamente una mirada penetrante, preguntó en árabe:

”—Dígame, amigo, ¿conoce usted la tienda de Hassan el herrero, cerca de la estación de policía, la que fue robada anoche?

”Contesté en inglés. Por un momento creí ver un rayo de luz en todo aquello.

”—¿Le han robado, señor Wade? —pregunté—. ¿Por eso es que se encuentra en este estado de agitación? Si es así, entiendo todo perfectamente. ¿La tienda de Hassan? ¿En qué ciudad?

”—No importa qué ciudad —declaró mi invitante—. Lo principal es si entendió lo que dije. Excelente. De todas maneras, ya Sam lo había examinado allá fuera. Sam Baxter, el que habló con usted a la entrada, personificará a un persa, y se supone que sea un as en hablar árabe; por lo tanto, y por mi parte, está también aprobado.

”He realizado un constante esfuerzo, Sir Herbert, tratando de memorizar las extraordinarias palabras del veterano estudiante, las cuales hacían en mí la misma impresión que hubiera hecho un venerable patriarca del Antiguo Testamento dispuesto a bailar jig.

”Pero todo lo anterior pareció pálido ante las siguientes palabras de mi invitante, el cual se levantó y, apuntando hacia mí, gritó:

”—Todo está bien, excepto una cosa. ¿Dónde están sus barbas?

”—¿Barbas? —repetí, incrédulo.

”—Por supuesto, tiene que llevar barbas —gritó airado—. ¿Quién oyó hablar jamás de un sabio arqueólogo asiático sin barbas? Hay uno en el Museo Inglés con unas barbas que le llegan hasta las rodillas, y puedo

asegurarle con una mano en el corazón, mi querido Laughton, que nunca vi un barbón semejante fuera del Zoológico.

”—Pero yo no poseo barbas.

”—Ya sé —agregó pacientemente—. De eso es lo que me quejo, pero debe tenerlas. Tome —agregó con aire inspirado—, tome las mías.

”En unos momentos más habría de terminar por completo mi ceguera y descubriría lo que pasaba en aquel demoníaco lugar; pero aun, por lo tanto, fué con verdadero terror que vi a mi invitante comenzar a hurgarse la región del mentón; cruzó el cuarto y abrió la puerta de algo que pareció un pequeño baño, y con la asistencia de un espejo que había arriba del lavatorio, desprendió cuidadosamente sus barbas (las cuales se encontraban adheridas por una especie de goma) de sus mejillas y mentón.

”—Quédese quieto ahí donde está y se las pegaré. Es muy fácil humedecer este unguento otra vez. Son las mejores barbas para un disfraz y podrían engañar al propio Sherlock Holmes... Es el caso que yo me he resistido a usarlas. Como usted sabe, voy a representar el papel del viejo Jeff en el asunto de esta noche, pues, naturalmente, me le parezco mucho. Rinkey Butler, que es muy exagerado, quería que las llevara para que la víctima no sospechara que soy más joven de lo que debo parecer. Por lo demás, creo poseer una careta natural; ¿no lo cree usted? Tome usted las barbas y yo me quedaré con los bigotes, pues bigotes sí que no necesitaré. Pienso que es un hombre experimentado, y no necesito recomendarle que debe mantener el rostro calmo y sin sonreírse cuando el asesino vaya a asestar el golpe. Venga para acá, pues deseo ponerle las barbas antes que bajen los otros. Están arriba preparando el ataúd.

”Permanecí sentado, paralizado, helado de horror, y admito esto sin asomo de vergüenza. Por primera vez tomaba contacto con tales procedimientos, como me daba cuenta ahora, aunque ya debía haberme dado cuenta largo tiempo atrás, ya que existe una situación muy similar en “La Daga Condenatoria”, y doy gracias a la Providencia de que este libro policial haya llegado a mis manos. Aunque no estaba seguro de comprender los detalles específicos de la conspiración, de una cosa estuve seguro: el Museo se encontraba en las manos de una banda de temerarios, quienes habían aprovechado la ausencia del señor Wade para que el jefe tomara su lugar haciéndose pasar por él (una estratagema favorita del terrible Dr. Chianti). No sólo iban a hacer un robo en el Museo, sino que algún extraño iba a ser asesinado, tal vez por razones de la banda misma, por traición, o por llevar con él especies de valor, como diamantes o rubíes. Por un instante me sentí

enfermo al pensar que podía ser yo mismo la posible víctima por poseer el valioso ejemplar de Calcuta 1814, que aun apretaba contra mi pecho.

”¿Qué debía, por lo tanto, hacer? Me encontraba en una situación de extremo peligro. ¿Debía proceder a fugarme de estos cortadores de cuellos y dar la alarma a Scotland Yard? Pero usted mismo puede darse cuenta de que eso hubiera sido imposible. Noté mi pulso acelerado, y una salvaje valentía, fruto de mi sangre irlandesa, despertó y corrió dentro de mí en la hora de peligro. ¿Permitiría mansamente que robaran al señor Wade y asesinaran a un inofensivo extraño? ¡No, en nombre del Cielo, no! —rugió el Dr. Illingworth, levantándose súbitamente de la silla. Estaba tan excitado que ni siquiera pidió disculpas, pero pareció darse cuenta de su ademán impropio y bajó la voz—. Sólo podía esperar, mirar y pretender que era el sabio, y sobre todo podía sonsacar al jefe, hasta obtener los detalles completos de aquel plan, exactamente como hizo un hombre de Scotland Yard en “La Daga Condenatoria”, poniendo al mismo tiempo en trabajo todas mis facultades para ver modo de frustrarlo.

”Aunque he ido un poco lejos describiendo mi estado mental, debo decirle que todo esto fue sólo cuestión de segundos, pues ya el jefe venía hacia donde yo estaba con su parloteo demoníaco (su afeitado mentón, debajo de aquellos bigotes larguísimos, le daba un aspecto aun más cruel), proponiéndose pegar aquellas barbas en mi cara. Aunque todas las fibras de mi ser temblaban a ese contacto, me obligué a permanecer rígido. Ese monstruo, que me advertía de no sonreír cuando se estuviera cometiendo el asesinato, ese monstruo me estaba tocando. Pero me contuve de tal manera, que llegué al extremo de celebrar, ante el espejo que puso encima del escritorio, mi nueva apariencia; luego, bajando la voz para no mostrar mi nerviosismo, le dije, en un entrecortado susurro:

”—¿A quién vamos a mandar al otro lado, jefe?” —Palabras que para su eterna vergüenza murmuró el pastor presbiteriano de la Iglesia de John Knox de Edimburgo.

CAPÍTULO XI

El terrible señor Gable, y cómo el Dr. Illingworth hizo de William Wallace.

Al llegar a este punto del relato más sin sentido que he escuchado en mi vida, me vi en la obligación de dar de beber otro trago al Dr. Illingworth. Y por San Jorge que lo admiraba, pareciéndome que aun el taquígrafo estaba sofocando un impulso de aplaudirlo. Jerry Wade y su banda habían estado tratando de jugarle una mala pasada a alguien, un juego tonto; pero Illingworth no sabía eso y pensó que había ido a parar a la Liga de Estranguladores. De manera que resultó ser el más fogoso clérigo que abandonara jamás el púlpito, y saliendo a relucir en él todos los instintos y valentía de los viejos jefes irlandeses, había defendido el “¿Cuál es el nombre?”. Luego de un minuto de pasarse la mano por la mejilla, como si las barbas aún estuvieran allí, y de aclararse la garganta, prosiguió:

—Cuando dije estas palabras, me pareció observar una expresión de curiosidad en el rostro del jefe, como si notara un cambio en mi comportamiento, pero yo mismo tuve un sobresalto al echar una ojeada en el espejo frente a mí. Aparecía terriblemente barbudo, aspecto que, de haber sido visto por la congregación de John Knox, estoy convencido, habría aterrorizado a todos sus miembros.

”—Es usted el personaje más extraño que he conocido —observó, mirándome de una manera intrigada—. ¡Ahora mire! Sólo tenemos unos pocos minutos, pues pronto estarán los otros aquí abajo con el ataúd y sólo entonces veremos las instrucciones finales. Bueno, de paso, dígame, ¿cuál es su verdadero nombre?

”—Wallace Beery —repuse escogiendo uno de los alias.

”—Percibí que él había deseado, como se dice en los libros, que hablara claro, y mi contestación lo puso fuera de sí.

”—Sí, por supuesto —dijo—, y yo soy Clark Gable. Dígame una cosa: ¿generalmente la Agencia Teatral manda gente como usted con un sentido del humor tan pervertido? No sé qué hacer con usted. Posee un rostro de guardián de iglesia, y por su aspecto, realmente debiera ser el Dr. Illingworth.

”El efecto de este nombre, como usted puede suponerlo, fué completamente desmoralizante, pero después de la primera emoción, logré rehacerme, hasta que pude preguntar firmemente:

”—¿Qué quiere usted decir?

”—Digo que su aspecto es tal como si realmente fuera el Dr. Illingworth, el hombre que debe usted representar en el asunto de esta noche —replicó el señor Gable, al mismo tiempo que pareció asaltarlo una terrible sospecha—. No me diga que Rinkey Buttler o Ronald Holmes, quienes lo vieron esta tarde, no le dijeron lo que tenía que hacer.

”Usted podrá imaginar mi estado de ánimo al ver la audacia de mezclar mi nombre en este endiablado asunto; además parecía que me encontraba destinado a representarme yo mismo. Pero este mismo conocimiento me dió la necesaria frialdad para poder continuar representando mi papel.

”—Estoy al tanto de los detalles de mi papel, jefe —le informé—. (En el libro policial describen a los asesinos usando frecuentemente este término, por lo que pensé que así le daría más verosimilitud a mi discurso). Pero enumeremos, en aras de la claridad, los sucesivos hechos, ¿quiere, jefe? Por ejemplo: ¿quién es la víctima?

”El señor Gable inclinó la cabeza como para refrescarse.

”—Muy bien, está bien recomendado —observó con un tono negligente—, y supongo que saben lo que hacen. De todas maneras, dijeron que era medio persa y sabía todo lo referente a monumentos antiguos, manuscritos y todo lo demás. Todo esto es de suma importancia, pues tendrá que ser el fuerte de la conversación. ¡Ahora escuche! La víctima de este negocio es un hombre llamado Gregorio Mannering, de quien vamos a probar si tiene el coraje que él pregona.

”—¿Es él un miembro de la banda?

”—Estoy dispuesto a apostar que no lo será mucho tiempo más —contestó el señor Gable con expresión felina—. Personalmente no tengo nada contra él, pero Ronald Holmes, Sam Baxter y Rinkey Buttler sí. Dijo que Rinkey parecía una manzana, y lo que dijo de los demás no permitiría que lo repitiéramos ni aun entre nosotros. Ninguno de nosotros le conoce, a excepción de Ron. Es por esto que cada uno puede desempeñar su papel lo mismo que yo, sin correr peligro. Vamos a ver si el atrevido coraje (que dice que lo mantuvo sereno al robar el rubí de la diosa Kali perseguido por una turba de furiosos sacerdotes) se mostrará cuando Sam, en su papel de príncipe Némesis, se incline sobre él con el puñal *khanjar*, dispuesto a cortarle el cuello.

”Por lo tanto, había dos motivos: odio y pillaje.

”—Y, por supuesto —dije—, ¿conseguirán el rubí?

”Rompió a reír.

”—¡Oh!, sin duda —declaró nuevamente con aquella expresión felina en el rostro—. Sin duda encontraremos el rubí escondido en el forro de su sombrero..., pero no hemos usado el asunto del rubí como una excusa para traerlo hasta aquí, pues podría haber sospechado.

”—Ya veo —dije, entreviendo la principal causa de esto—. Por supuesto.

”—Se le ha dicho que el viejo Jeff (ése soy yo) ha robado secretamente del Mausoleo de Irán el ataúd de Zobeida, la esposa favorita de Harún-al-Raschid...

—Pero, mi querido señor Gable —interrumpí—, es bastante obvio, jefe, que...

—Espere un momento. Miriam no quería meterlo en esto (Miriam es mi hermana), porque está de novia con él, pero Sam la provocó hasta tal extremo, que accedió a permitirlo para ver cómo lo soportaba. (Si no hubiera leído, Sir Herbert, “La Daga Condenatoria”, tal perfidia en una mujer hubiera estado fuera de mi comprensión, pero la hermosa Wonna Sen hizo, precisamente, algo muy similar en el cuarto de tortura del Dr. Chianti). Aquí está el plan —prosiguió el inflexible Dr. Gable—. Él va a venir para acá a las once o un poco después, ya estamos casi en la hora, y sabe que debe estar también un tal Dr. Illingworth, que viene a ver al viejo. Ese es usted. Esto lo han dicho los periódicos y no había nada sospechoso. Ron Holmes hará su papel como mi asociado, lo que también estará perfecto. Miriam y Harriet Kirkton serán ellas mismas. Sam Baxter hará el papel de Abú ’Obaid de Táif, príncipe de la casa de Mihrán. Su traje lo sacamos de la *Galería Persa*. Y Rinkey Buttler será el policía que aparecerá a su debido tiempo. El ataúd de Zobeida será una caja de plata árabe; no importa la discrepancia. Por supuesto que la plata se la sacaron hace mucho tiempo.

”—Por supuesto —dije sardónicamente, pero con una furia creciente.

”—En esta historia es imprescindible el ataúd, pero lo que realmente iban a examinar el viejo y ese chiflado de Illingworth era un manuscrito; pero eso Mannering no lo sabe. Y a propósito de ese ataúd, es su discurso el que de alguna manera alterará los sagrados huesos sepultados ahí dentro —dijo el señor Gable con una expresión de reptil en sus ojos, lo que me convenció de que estaba tratando con un loco—. Primero se le someterá a las noventa y cuatro torturas. Es un plan que Rinkey llevará cuidadosamente a término y en

el cual cada uno de nosotros tiene asignado un papel. ¿Cree poder desarrollar el suyo?

—Por supuesto, haré todo lo que tengo pensado.

—Muy bien. ¿Quién abrirá el ataúd? Yo vacilo. Usted también. La atmósfera está cuidadosamente estudiada. El osado señor Mannering ofrece hacerlo él. Música y luces suaves —gritó el maniático moviéndose rápidamente alrededor del escritorio—. Ruido de cincel y martillo. ¡El ataúd! Se va a abrir la tapa. De pronto llega el momento en que usted tiene que demostrar todas sus condiciones de actor; cambia, se precipita en medio del grupo y saca una pistola de su bolsillo. Esta pistola.

—De su propio bolsillo extrajo una pistola automática negra, de apariencia siniestra, la cual depositó en mis manos y prosiguió:

—Súbitamente, revelando su verdadera personalidad, usted grita: “¡Retírense! ¡Retírense, infieles profanadores! ¡Por el alma de la madre muerta!”. Usted tiene sangre persa, ¿no es cierto? “¡Por las sagradas linternas de todo el Irán y el gran viento del desierto! Juro que quien se atreva a tocar...”, etcétera. Usted sabe su diálogo. “¡Ven, oh príncipe!”. Aquí entra Sam Baxter y dice: “Que el impío burlador tenga su merecido”.

—Aquel hombre debió transmitirme algo de su violencia, porque experimenté una extraña sensación. Mi corazón latía apresuradamente, lo cual es muy poco beneficioso para un hombre de mi edad, al mismo tiempo que presentí que llegado el momento tendría ventaja sobre ese frío asesino, pues había cometido (al igual que el Dr. Chianti) su primer desliz al darme aquella pistola.

—Cuando entre el policía —continuó él diciendo—, el cual, por supuesto, será uno de los nuestros, usted disparará. Todo esto sucederá en un cuarto del interior y no podrá ser oído desde fuera. De manera que...

—Aquí se interrumpió unos segundos mientras miraba por encima de mi hombro, y ahora, nuevamente, Sir Herbert, debo dar gracias a la Providencia que pareció guiarme desde un principio. Como le dije antes, encima de la mesa había quedado un espejo, gracias al cual podría ver la puerta detrás de mí. Al interrumpir mi anfitrión su discurso y quedarse mirando en aquella dirección, de inmediato dirigí mi vista hacia el espejo. La puerta se abrió lentamente un espacio de más o menos 5 centímetros, y por dicha abertura atisbo la cara de un muchacho, que trataba evidentemente, por medio de silenciosos gestos, de llamar la atención del Dr. Gable. El semblante del muchacho no traslucía sino sentimientos; tenía el cabello claro y unos anteojos de molduras blancas, similares a los míos.

”Parecía intrigado o perplejo por algo. Yo contemplaba toda la escena, mientras se desarrollaba una pantomima a mis espaldas. Extendió su índice señalándome, al mismo tiempo que levantaba los hombros y abría los ojos desmesuradamente en un signo de interrogación.

”Estaba descubierto. ¿Por qué medios, me preguntaba, se me había descubierto? No pude averiguarlo, pero lo cierto era que ya sabían que no era uno de los suyos. Mi cerebro trabajó rápidamente. El señor Gable había dicho que sus otros confederados se encontraban arriba preparando el ataúd, pero ya debían haber descendido al saber la noticia.

”Calmadamente dirigí mi mirada alrededor del cuarto. Los medios de entrada o de fuga eran tres: uno, la puerta que daba al *hall*, afuera de la cual se encontrarían apostados los pistoleros del Dr. Gable. El segundo podría ser la puerta de un ascensor a mi lado, pero se encontraba fuertemente cerrada y con un letrero que decía “Fuera de servicio”. Y por último existía aquella pequeña ventana encima del lavatorio en el cuarto de baño, que en el peor de los casos serviría para la fuga.

”Pero ¿podría efectuar una fuga tan poco honrosa, y sobre todo (si puedo decirlo así), por un medio tan poco decoroso como es una ventana de un cuarto de baño? ¡Ciertamente no! Como una inspiración llegaron a mi mente esos nobles y alentadores versos que usted debe recordar:

*Adelante, muchachos,
wha hae wi’.
¡Bien venidos en el lecho sangriento
o en la victoria!*

”Por lo tanto obré como lo habría hecho el autor de aquellos versos. Recuerdo haber colocado cuidadosamente la primera edición de *Calcuta* en mi bolsillo, poniéndome de pie y ajustando cuidadosamente el sombrero en mi cabeza. Decidí que lo más importante era no permitir la entrada de los pistoleros del Dr. Gable en aquel cuarto, pues ya serían muchos y no podría luchar contra ellos. En cambio, si los dejaba afuera, tendría al jefe en mi poder.

”Entonces, Sir Herbert, actué rápidamente. Con un movimiento de mi brazo barrí de encima del escritorio el espejo, así, ¡bang!, no porque pensara que pudiera tener algún resultado práctico, sino porque sentí que mi estado emocional necesitaba un inmediato desahogo; de dos saltos me encontré al lado de la puerta y, cerrando ésta en las narices del muchacho de los anteojos,

le eché llave rápidamente, y dándome vuelta luego, con una fría sonrisa, hacia el Dr. Gable, con mi pistola le apunté al corazón.

”—¡Vamos, vamos! —dijo el Dr. Gable—, ¿qué significa esto?

”Las palabras fluyeron de mi boca con extraordinaria facilidad.

”—Esto significa que el juego ha sido cancelado. Soy el inspector-detective Wallace Beery, de Scotland Yard, y lo arresto por intento de asesinato contra la persona de Gregorio Mannering. ¡Levante las manos!

”La mente humana es incomprensible, pues en aquel momento, en medio de tan gran peligro, con aquellos bigotes postizos y el sombrero encasquetado en la cabeza, me sorprendí tratando de imaginar, con estremecimiento de orgullo, lo que habrían pensado los miembros de la Liga de Ayuda Social de Damas si hubieran visto a su pastor en aquel momento. Mi orgullo se transformó en franco sentimiento de triunfo al observar una expresión de miedo esparcirse en el rostro del Dr. Gable, mientras sus ojos se agrandaban contemplándome.

”—¡Mire, veterano! ¿Está usted fuera de sus cabales? —dijo.

”—Tales subterfugios no lo ayudarán en absoluto, Dr. Gable —dije firmemente—. Cuando esté definitivamente instalado en una celda, tendrá tiempo de reflexionar sobre el providencial designio que frustró sus planes. ¡Si inicia cualquier movimiento, no vacilaré en vaciarle los sesos!

”—¡Está usted completamente loco! —gritó el Dr. Gable, agitando su puño en el aire—. Ese revólver tiene sólo balas de fogueo, ¡pedazo de asno!

”—Una estratagema muy usada, mi amigo —le informé despectivamente—. Muy vieja. Manténgase alejado de ese teléfono. El único que lo usará seré yo, para llamar a Scotland Yard, pues yo soy el detec...

”—Sí, ya sé quién es —declaró el Dr. Gable con una malevolencia imposible de describir—. Usted es un lunático escapado de quién sabe dónde y que ha venido a parar aquí quién sabe cómo, y aunque fuera la Paramount Studios completa, no permitiría que estropeara esta jocosa pasada que le haremos a Mannering.

”Aunque debí haber estado preparado para el movimiento siguiente, ya que una incidencia similar ocurre en el libro policial, debo confesar que no lo estaba. Si no recuerdo mal, me encontraba de pie en una de aquellas pequeñas alfombras que ocasionalmente se colocan encima de tapices valiosos, cuando el Dr. Gable, con una rapidez satánica, se inclinó tirando de ella fuertemente.

”Tengo sólo un vago recuerdo de mis talones volando por los aires y luego un ruido sordo dentro de mi cabeza, que debe haberse golpeado contra el escritorio situado detrás de mí; un obscurecimiento del cuarto, persistiendo

una vaga conciencia de encontrarme de espaldas en el suelo, imposibilitado de moverme.

”Hube de permanecer en esta posición humillante, ya que mi débil carne no obedecía a los mandatos de mi cerebro, pero dándome cuenta perfecta de lo que pasaba a mi alrededor. Por lo tanto vi al Dr. Gable levantar los brazos al cielo musitando las siguientes palabras: “¿Qué voy a hacer con este maniático?”. Mi lucidez mental era tan clara, que aun pude seguir el curso de sus pensamientos: primero dirigió una mirada alrededor del cuarto, deteniéndose en la puerta del ascensor, el cual tenía una barra para cerrarlo por fuera. ¿Qué mejor prisión temporaria que aquel ascensor fuera de uso que se podía cerrar por fuera? Mientras trataba vanamente de articular alguna palabra, me sentí arrastrado sobre el trasero, dejándome sólo un momento para abrir las puertas, después de lo cual me empujó al interior; cuando las puertas se hubieron cerrado me di claramente cuenta de mi vergonzosa posición. Me sentía enfermo y mareado, pero reuní todas mis fuerzas para tratar de ponerme de pie, y el dolor que sentí en mi tobillo al apretármelo contra una caja de madera ayudó a aclarar mis ideas.

”En cada una de las puertas había unas ventanas de vidrio grueso, y apretando mi cara contra ellos pude obtener una buena vista de la habitación. Resolví que si llegaba el momento de una resolución desesperada, de algún modo quebraría aquellos gruesos vidrios, pero por el momento debía atesorar mis energías hasta que me sintiera un poco mejor y dedicarme sólo a vigilar. El primer movimiento del Dr. Gable después de encerrarme fué precipitarse a abrir la puerta del *hall*, por la cual entró el muchacho del cabello claro, con el que entabló una animada conversación durante la cual ambos señalaban el ascensor, haciendo al mismo tiempo gestos para mí incomprensibles. Infortunadamente, las paredes del ascensor eran gruesas y me impedían oírles. Sólo me restaba permanecer impotente en aquella jaula, como un animal de zoológico. Lo único que pude deducir es que el hombre de los anteojos trataba de convencer al Dr. Gable de ir a conversar con alguien que se encontraba afuera en el *hall*. Cuando ambos se encaminaron hacia la puerta, tuve una inspiración súbita.

”En la pared de atrás del ascensor, es decir, la que corría paralela con el *hall*, había observado una abertura por la cual entraba una viva luz. La examiné y descubrí que se trataba de una especie de ventilador. Si sólo pudiera alcanzar hasta esa altura, podría obtener una amplia vista del *hall* y de lo que allá ocurriera, como asimismo podría oírles. Aunque soy un hombre de considerable estatura, mis ojos no alcanzaban al ventilador, pero con la ayuda

de aquella caja de madera pude lograr mi objetivo. En un suspiro me encontré arriba de aquella caja, desde la cual, girando mi cuello, tenía una visión casi completa del *hall*.

Al llegar a este punto, y por primera vez, el Dr. Illingworth se detuvo para tomar aliento, mientras su rostro adquiría un color extraño.

—Y desde este puesto de observación, Sir Herbert, vi cometerse el asesinato.

CAPÍTULO XII

Puesto de observación desde un ascensor; cómo el Dr. Illingworth hace de demonio.

“Por fin, por fin, pensé, hemos llegado al grano, al punto crucial de este infernal negocio”. Por consiguiente, no me decidí a decirle al veterano que abreviara, ya que él, de todas maneras, poseía la destreza de pasarlo por alto. Tal vez presintió que la atmósfera a su alrededor había cambiado y esto, seguramente, lo intrigó.

Ya no se trataba de un juego de muchachos, sino que de un crimen, y el hecho de que el Dr. Illingworth hubiese esperado todo el tiempo que fuera un crimen, le había ayudado a memorizar los acontecimientos como si hubieran sido captados por una máquina filmadora.

Proseguía sentado delante de mi escritorio, conservando aún el puro que yo le había dado, ya apagado, pero él sin darse cuenta continuaba fumándolo. Parecía cansado y preocupado, pero continuó su relato.

—Me imagino que usted deseará que sea más preciso a estas alturas; por lo tanto me esforzaré en serlo.

”Los primeros objetos que pude discernir desde mi puesto de observación fueron la línea de pilares de mármol, más o menos a diez pasos de donde yo me encontraba. Después había un espacio vacío, otra hilera de pilares y la línea de coches. Inmediatamente a mi derecha estaban la escalera y la pared de fondo del *hall*. Al mirar a la izquierda y apretando mis mejillas contra la abertura podía ver casi una parte de las puertas de bronce, cerca de las cuales se había reunido un grupo de personas que hablaban en secreto. Se encontraban Pruen el guardián, la muchacha de vestimenta roja y otra muchacha delgada y de pelo claro, que no había visto antes. Una de éstas debía ser aquella Miriam que había traicionado a su novio, y la otra, seguramente, la que el Dr. Gable había mencionado como Harriet. Y, finalmente, estaba el villano que debía representar al príncipe de la casa de Mihrán, aún vestido con sus ropajes robados y gesticulando furiosamente. Aun sus susurros despertaban ecos en aquel lugar fantásticamente iluminado con una claridad de luna blanca y celeste.

”Se abrió la puerta de la pieza de guardia y por allí salieron el Dr. Gable y el muchacho del cabello hermoso, y por primera vez pude oír lo que conversaban.

”—Pero no puede ser el verdadero Dr. Illingworth —protestaba el Dr. Gable en voz baja—. Te digo que no, Ron; ese hombre es un loco. Me dijo que era el inspector Wallace Beery, de Scotland Yard, y me lanzó unos versos de “lechos de sangre” y unos gritos de *wba whi whu* (debo señalar como un paréntesis, refiriéndome a las complejidades de la mente humana, que no recordaba haber declamado en voz alta los versos de Robert Burns).

”—Estamos en un lío —aseguró el otro muchacho, que ya había identificado como el traidor Holmes—. Anda a conversar con Pruen. Ha estado todo el tiempo de guardia en la puerta, y me dijo que había algo muy curioso en la manera de comportarse de ese hombre, y por último, y no más de diez minutos después que él arribó, llegó el verdadero actor mandado por la agencia.

”El Dr. Gable pareció confundido.

”—¿Y por qué Pruen no nos advirtió? —preguntó—. ¿Dónde está ahora ese actor? No ha venido a hablar conmigo. ¿Dónde está?

”—No lo sé. Nadie parece saberlo —replicó Holmes—. Pruen no se atrevió a abandonar las puertas, temiendo llegara Mannering inesperadamente, y el actor sólo llegó hace más o menos cinco minutos. Además, Pruen no se dió perfecta cuenta hasta que no lo vió, y cuando bajé me lo dijo y vine corriendo a avisarte Óyeme, Jerry, ¿qué estamos haciendo aquí? En el nombre de Dios, volvamos a ese cuarto, saquemos a Illingworth del ascensor y pidámosle disculpas para calmarlo. ¡Ojalá no hubiéramos empezado este embrollo! Sí el viejo se entera de algo, perderé mi empleo y a Sam lo despedirán de la legación, pues tú sabes cómo es el viejo Abbsley. En cuanto a ti, te echarán de la casa, y para qué pensar lo que le sucederá a Miriam. Tenemos de algún modo que hacer que no se sepa nada.

”Verdaderamente, era un discurso extraordinario para oírlo de la boca de uno de los miembros de aquella banda. ¿Sería tal vez este muchacho menos malvado que el resto de sus compañeros? ¿O habría algún error? Alejé de mi mente estas cavilaciones, pues el persa llamado Baxter se había separado del grupo cerca de las puertas de bronce y se encaminaba apresuradamente hacia el parque que se encontraba bajo mi ventilador. Haciendo un recorrido, por lo demás obligado, pasó cerca de una serie de vitrinas que ostentan armas y luego cerca de la hilera de coches al otro extremo del *hall*. Al pasar cerca de un coche negro y cerrado, que no me es familiar, pareció observar algo en el

suelo; inclinándose luego (y como había un pilar por medio), desapareció de mi vista por espacio de unos segundos, reapareciendo luego con un objeto pequeño y oscuro en la palma de la mano, el cual, a pesar de mi espléndida vista, no pude precisar a causa de la distancia. Todo esto sucedía mientras los dos confederados proseguían conversando.

”El Dr. Gable se refería a mi persona en un tono que me hizo olvidar los dolorosos martilleos en mi cabeza y mi humillado espíritu.

”—Supongo que tendremos que cancelar el asunto —decía el Dr. Gable—. Son las once, y nos encontramos completamente desorganizados, tenemos encerrado un loco en el ascensor y el actor mandado por la Agencia, parece haber llegado y... ¡Oh Dios!

”En este momento llegó Baxter vestido con su túnica azul bordada. Su rostro estaba, seguramente, obscurecido por métodos “artificiales” (lo cual deduje por su tendencia de pasarse la mano por el maquillaje a la usanza del gato casero), y por el desarreglo que denotaban sus cabellos supuse que debajo del cuero de oveja debía haber llevado una peluca negra. Su discurso, todo el tiempo en un modo quejoso, poseía una interminable redundancia de “yo digo” y “maldito sea”.

”Una ola de duda pasó sobre mí, pues, añadido al intrínseco horror de la situación, la conversación sanguinaria de aquella gente había asumido el tono de una charla de colegiales.

”—No, no lo cancelaremos —regañó Baxter—. ¿Quién dijo que lo cancelaremos? No nos echaremos para atrás ahora. —Cuando el Dr. Gable trató de explicar la situación, lo interrumpió—. Tú hablas como las mujeres allá arriba. Dejemos que ese moscardón, no importa quién sea, permanezca en el ascensor, todo lo cual le dará más sabor a la historia. Además, podemos soltarlo en un momento preciso y acogotarlo delante de Mannering para darle más colorido a la escena... Lo que yo quiero saber es: ¿dónde está el actor que empleamos? Pruen dice que entró aquí, y no se puede haber desvanecido. La única explicación es que haya vuelto a salir. Por lo demás, ¿qué cosas raras están ocurriendo aquí? ¡Miren esto!

”Extendió la palma de la mano, en la cual se encontraba el pequeño objeto que había recogido, el cual pude ver, empinándome precariamente en mi caja, que era un segmento de cabello o lana negra cortado en la forma de bigote postizo.

”—He estado registrando todo el lugar buscando esto —dijo—, pues Rinkey juraba que yo tenía que poseerlo, porque tiene la chifladura de que la gente se cubra de pelo, y por último lo encuentro en el suelo. Fuera de eso,

¿dónde está mi daga? Tampoco la puedo encontrar. ¿Cómo diablos quieren que haga mi papel si no tengo la daga? Ron, tú eres el dirigente de todo esto. ¿Dónde está mi daga?

”—No tengo la menor idea de dónde está tu daga —declaró Holmes, hablando con las mandíbulas apretadas, como lo hace mi amigo el Dr. Murdoch cuando da sesiones de ventriloquia en los festivales de la parroquia—. Yo abrí la vitrina para sacarla y la puse a los pies de la escalera para que la tomaras tú. ¿Podría entrar en tu cabeza la idea de que hay cosas más importantes que encontrar tu daga? Por el momento... ¡Sam!

Con un juramento, Baxter se dió vuelta, dirigiéndose rápidamente hacia la entrada, y los otros dos lo siguieron hablando con rapidez, esforzándome a mi vez para seguirlos con la mirada, de tal manera que la caja en la cual me encontraba en puntillas se volcó, evitándome una caída el hecho de agarrarme a una saliente del ventilador para luego dejarme deslizar al suelo. Otra vez debo reconocer la mano de la Providencia, pues mientras trataba febrilmente de volver a ponerla en su lugar, mis dedos toparon una sustancia fría, la cual resultó ser el acero de un hacha que se encontraba en el suelo del ascensor. Si no hubiera sido por mis nervios, habría gritado de gozo. Armado con esta hacha, como un guerrero indio de Miami, podría desafiar a mis enemigos y contestarles en el mismo lenguaje de aquel desafiante semínola:

¡Resplandezcan las valientes legiones! ¡Nunca doblaré mi rodilla!

Y nunca volverá a descender el brazo que ahora es libre.

Lo gritaré con el trueno cuando la tempestad amaine.

Y allí donde caiga, deberán temer el resplandor de su estallido.

”No, no, Sir Herbert, no necesita urgirme para que prosiga mi relato. Introducir estas líneas ha sido sólo una devoción, pues, no me gusta acordarme de lo que vi cuando trepé nuevamente en aquella caja, seguramente debido al clima de horror, pero debo atenerme estrictamente a mi relato.

”Me instalé nuevamente a mirar hacia el *hall*. Enfrente de mí, en un ligero ángulo a mi izquierda, se encontraba aquel inmenso carruaje negro del cual le hablé. Todos los miembros del grupo que había visto antes se encontraban reunidos también frente a mí, pero hacia mi derecha, cerca de aquella pieza con el nombre de *Galería Persa*, y no podían ver lo que yo vi, porque se

encontraban al comienzo de la hilera de coches y seguían cuchicheando, lo cual levantaba extraños ecos, pero no les presté atención, pues en ese momento se abría lentamente la puerta del carruaje negro.

”La puerta del carruaje se abría en el mismo sentido en que me encontraba bajo aquella espectral claridad; el coche parecía lo bastante grande para que un hombre pudiera estar de pie en su interior, y realmente había un hombre que en ese momento se agachaba a observar una masa informe a sus pies, al mismo tiempo que con su mano derecha abría más la puerta para tener más luz. Este hombre vestía uniforme de policía. Mi primera idea fué que realmente había llegado un policía, hasta que recordé el relato de mi supuesto invitante sobre un miembro de su banda disfrazado de policía. Sujetando la puerta con el pie e inclinado, empezó a izar el bulto con gran fuerza. Entonces pude distinguir que aquel bulto era un hombre con la cabeza caída y el rostro vuelto hacia donde yo estaba. El falso policía lo tiraba de los hombros tratando de subirlo al coche, hasta que por último lo cogió fuertemente, consiguiendo subirlo. Fué entonces cuando pude ver claramente su rostro.

”Era el rostro de un muerto, Sir Herbert, y miraba fijamente hacia donde yo estaba, con unos ojos desmesuradamente abiertos; el rostro de un hombre barbudo y con la boca abierta. Al abrirse un poco el oscuro abrigo, divisé en su pecho una protuberancia que parecía acero. Y me di cuenta de todo.

”En ese instante se oyó la voz de la muchacha del pelo claro, que venía hacia el fondo del *hall* llamando y dirigióse hacia el falso policía con el apelativo de “querido”, pero no pudo haber visto la odiosa escena. El efecto de este apelativo resonando tan cerca del cadáver fué aterrador, y luego le preguntó qué hacía saltando dentro de los coches en un momento como ése.

”El hombre actuó rápidamente, y gracias a esto pude convencerme de que era culpable, pues, con una mano aún empujando el cadáver dentro del carruaje, descendió de éste, cerrando luego la puerta en el rostro del muerto. Confieso que me sobresalta aún el sonido de aquella puerta cerrándose y aún más aquella voz contestando:

”—No ha pasado nada, sólo que dejé mi cachiporra en uno de estos coches, eso es todo. Lo único que ocurre es que debemos irnos de aquí, e irnos rápidamente. La función parece haberse echado a perder, por lo tanto no veo por qué permanecer aquí. Vamos a llevarlas a ustedes dos a alguna parte y luego Jerry, Sam, Ron y yo tendremos una pequeña conferencia.

”Baxter apareció entre aquellos dos.

”—¿Qué quieres decir con eso de irnos? —preguntó—. ¿No ha pasado nada malo? ¿No es así?

”—¡No, no...! —gritó el otro, y en ese momento se dió vuelta mirando derechamente a través del *hall* hacia donde yo me encontraba.

”Aunque los agujeros perforados del ventilador estaban muy juntos, era, por supuesto, imposible que hubiese podido distinguir mis facciones, pero la vaga silueta de una cabeza fue suficiente. No olvidaré tan pronto aquella figura de casco azul, de pie, inmóvil en el blanco mármol, con una pequeña sombra a sus pies y aquellos fantasmales pilares que le rodeaban. Aunque los ojos se encontraban en la sombra a causa del casco, parecían dar vueltas y brillar.

”—¿Quién está en aquel ascensor? —preguntó.

”—Ese es el cautivo de Jerry —declaró la muchacha del cabello claro—. ¿Por qué?

”—Quiero tener una conversación con él —dijo el policía.

”Antes que hubiese siquiera empezado a hablar, se apoderó de mí una especie de locura, de la cual no me arrepiento. Bajándome de aquella caja, dirigí el hacha hacia el vidrio del ascensor. El primer golpe lo rompió, el segundo y el tercero casi lo arrancaron de su marco, lo que me permitió pasar la mano a través de la abertura y buscar a tientas el cerrojo. Mientras realizaba esta operación escuché la voz del agónico Holmes, aparentemente atraído por el ruido, que gritaba:

”—¡Se está escapando!

”Inmediatamente después se escuchó la gruesa voz del policía:

—¡Debemos detenerlo! Ustedes no saben el porqué, y mejor que no lo pregunten, pero habrá serias dificultades si se escapa y va a la policía.

”Estas últimas palabras hicieron redoblar mis esfuerzos, mientras un sentimiento de salvaje triunfo me embargó al verme libre. Arrojando mi hacha a un lado, me apresuré a echarle llave a la puerta del vestíbulo, pues ya les escuchaba acercarse presurosos. Lo logré antes de que llegaran, recostándome luego contra ella por unos segundos para recobrar me, completamente resuelto. Luego me encaminé con firmes pasos hacia el baño, encontrando que me era fácil trepar a aquella ventana poniendo un pie en el lavatorio, a pesar de que la porcelana ofrecía un apoyo un poco precario. Logré llevar a cabo esta empresa, después de lo cual me senté en el quicio de la ventana y la empujé hacia afuera. El descenso se presentaba aun más fácil, pues a la izquierda de la ventana había una especie de cañería de desagüe de un material similar a la terracota, y aún si esto no hubiese sido tan fácil, un hombre cualquiera se hubiera sentido estimulado de todas maneras a realizar la huida, ya que las voces se acercaban.

”Aunque las puertas se encontraban aún cerradas, sus voces llegaban a mí a través del ventilador del ascensor.

”—No puede salir de allí —decía el Dr. Gable.

”—Les digo que sí —gritaba el falso policía—. Puede escapar por la ventana del baño. No discutan y vayan por detrás para sorprenderlo o de otra manera el diablo intervendrá en este asunto. Mientras tanto yo guardaré la entrada.

”No necesité nada más para decidirme a descender, encontrándome luego de pie y jadeante en medio del patio trasero, rodeado de altas paredes. Una bendita claridad lunar me mostró una puerta de hierro en la pared del fondo; corrí hacia ella, examinando con manos ansiosas este medio de escape.

”La puerta estaba cerrada.

”Oí un ruido, pudiendo distinguir contra la sombría silueta del museo un sendero de luz que producía una puerta al abrirse. Mi oasis se había tornado en candente y cruel arena, y sólo un pensamiento permaneció en mi mente: el evadir de algún modo a mis perseguidores. Empecé a caminar por el lado de aquella pared. Súbitamente mis manos tropezaron con un espigón de acero, más bien dicho, una serie de espigones ascendentes, formando una especie de escala.

”No recuerdo haber trepado aquella escala, sino sólo un sentimiento de que la libertad estaba detrás de aquella pared y el encontrarme de pronto sentado encima de ella, sin aliento, con una luz que hería mis ojos. Cuando me habitué, discerní allí abajo la figura del policía a quien creía mi enemigo, y sus palabras volvieron a resonar en mis oídos con un tono de triunfo: “Yo guardaré la entrada”.

”Está estudiado que no hay furia mayor que la que produce una derrota constante, y ahora puedo asegurarlo, pues en aquel momento sentí que algo estallaba dentro de mí. Eramos uno contra uno, por lo que debía encararlo o morir. Consecuentemente, me lancé sobre él, quedando inconsciente casi de inmediato, pero con un amargo sentimiento de haberme equivocado de hombre. Este sentimiento tenía dos fases: el haber asaltado alevosamente a un verdadero policía y la conciencia de ser un ministro de la Iglesia.

Al llegar a este punto, el Dr. Illingworth colocó la cabeza entre sus manos, permaneciendo silencioso.

—¿Pero qué sucedió entonces, doctor? Ese no es el fin, ¿no es así?

—Es el fin en lo que se refiere a mis recuerdos en plena posesión de mis facultades mentales; lo demás es confuso, sombras, luces, nada...

—Pero usted en su carta menciona un hoyo de carbonera.

—Un hoyo de carbonera —musitó, como si le hubiera enterrado un alfiler—: ¡Dios misericordioso! ¡Un hoyo de carbonera! Personalmente pienso que mi declaración sobre el interludio desde un poco pasado las once hasta las doce y media no aclara nada el hecho de que estos criminales, y nada me convence de que no lo sean, me tuvieron a su disposición y no me asesinaron, lo que es algo para mí incomprensible. Primero no recuerdo nada de aquel hoyo de carbonera.

”Mi primera impresión de realidad fué la de encontrarme sentado en un vehículo en marcha, con un dolor de cabeza fuera de toda descripción y unas luces aleteando delante de mis ojos; pude darme cuenta de que me encontraba en el interior de un taxímetro. Un olor espirituoso emanaba de mis ropas, mientras una oscura figura a mi lado acercaba una botella a mis labios.

”Pregunté desmayadamente dónde nos encontrábamos.

”—En el Puente Hammersmith —contestó una voz que me pareció muy distante—. Hemos estado dando vueltas por espacio de una hora para darle tiempo a que se recupere. ¡Gracias a Dios, se encuentra mejor! No se preocupe de nada, pues el conductor piensa que está usted borracho.

”Me incorporé en el asiento a pesar del agudo dolor y, cruzando los brazos, pues había reconocido aquella voz, dije:

”—Si tiene otra muerte que llevar a cabo, proceda, pues ya no puedo hacer nada.

”Era el falso policía.

”—Nadie ha pretendido asesinarlo, Dr. Illingworth —contestó el hombre llamado Buttler muy cerca de mi oído, lo cual acrecentó mi dolor—. Sé su nombre, porque encontramos tarjetas de visita en su chaqueta cuando lo empujaron dentro de la carbonera. Dr. Illingworth, ¿me oye? Le debemos una explicación y se la daremos de rodillas si es necesario. Ha sido una terrible equivocación, eso es todo. Es por esto que vine con usted, para explicarle, y persuadí a los otros de que me dejaran venir a mí solo. Ellos todavía ignoran lo que sabemos usted y yo del cadáver.

”Continuó hablando volublemente, pero yo dejé de oírle, ya que las náuseas se acrecentaron y tuve que acudir violentamente a la ventana, después de lo cual, y aunque continuaba en una especie de nebulosa, capté de nuevo lo que hablaba.

”—Había alcanzado a abrir sólo unos milímetros las puertas de bronce, cuando lo vi saltar encima del policía y pensé que no había medio de rescatarlo sin alarmar al cangrejo; pero he aquí que lo coloca súbitamente encima de donde yo sabía estaba el hoyo de la carbonera, y mientras el policía

iba a buscar ayuda, me deslicé hacia allá, y con la ayuda de Sam lo empujamos hacia dentro, sin que nos viera, porque usted había roto su linterna.

”Continuó su discurso por un tiempo que me pareció interminable; sólo recuerdo que en un momento reuní el coraje suficiente para llamarle asesino. Me juró que no tenía nada que ver con aquel terrible asunto, pero sus argumentos eran muy difíciles de seguir y lo más importante consistía principalmente en una súplica para lograr de mí que suprimiera los nombres de sus confederados, especialmente los de las mujeres, e inclusive llegó a hacerme la siguiente proposición:

”—¡Mire! —expuso—, le diré lo que se puede hacer. Todo lo que ha ocurrido ha sido por mi causa y debido al desagrado que siento por ese cerdo de Mannering y por lo que ha hablado de mis amigos. Por lo tanto, si usted me da su palabra como sacerdote y caballero de no decir nada sobre los muchachos y su estada en el Museo esta noche, yo le juro por mi honor que me presentaré mañana en Scotland Yard y confesaré que asesiné a ese fulano del coche. Hay muchas razones por las cuales no debe figurar el nombre de ninguno de ellos.

”Cuando le contesté que no prometería nada semejante, su rostro pareció tornarse blanco bajo el resplandor de los faroles de la calle.

”—Entonces tendré que arreglarlo de otro modo —dijo—. Saldré a dar un paseo para poder pensar.

”Usted comprenderá, Sir Herbert, cuán desconcertado me encontraba con el comportamiento de aquel hombre. Cuando llegamos a mi hotel, el Orkney, de Kensington High Street, extrajo dinero de uno de sus bolsillos para pagar una astronómica tarifa de taxímetro, escoltándome luego al interior del hotel, aun representando el papel de oficial de policía, y para disculpar mi mal aspecto le contó al portero una fantástica historia sobre un *meeting* y una pelea callejera. En ese momento no me hallaba en un estado de ánimo como para contradecirlo, pero luego, en la quietud de mi cuarto y meditando sobre esta asombrosa noche, tuve la certidumbre de que debía tomar mi pluma y escribir, para establecer la verdad. Ya he llegado al fin, revelándole todos los acontecimientos y mi comportamiento; por lo tanto, sólo espero su fallo.

Hizo un ademán en el aire y, sobándose el mentón, permaneció en silencio.

CAPÍTULO XIII

Once puntos.

Era ya pasada la hora de almuerzo cuando logré desembarazarme de Illingworth. Mi único deseo era permanecer sentado y en silencio para poder pensar. Por supuesto que antes de marcharse tuve que representar en su honor el papel del hombre duro y asegurarle que procedería con aquella banda con todo rigor. Asegurarle que no sería molestado, dándole gracias por la importante información, que sería muy valiosa, mientras dentro de mí se afianzaba la idea de que realmente muy poco se había aclarado y por otro lado se había obscurecido muchísimo más. Por lo tanto, cuando Illingworth se marchó con paso majestuoso, no sin antes trastocar el retrato de mi esposa, me quedé paseando furiosamente dentro de mi oficina, golpeando los muebles, para terminar apretando un timbre.

Inmediatamente entró Popkins, mi *aide de camp*, del cual hablé antes, quien posee un oído de elefante.

—Siéntese, idiota —le dije—. ¿Qué es lo que hemos sacado en limpio, fuera de unas notas taquigráficas sumamente intrincadas?

Realizó sus habituales gestos de arrugar la frente y rascarse la parte posterior de la cabeza, y luego dijo:

—Tenemos, señor, un caballero bastante original, especialmente conformado para actor de películas de terror, de los cuales habría sido uno de los mejores. A cada momento esperaba que tomara una actitud apropiada para anunciar que era el Mickey Mouse de la *Sûreté*. Por lo demás, supongo que es un buen hombre, aunque lo parece demasiado para ser verdad.

—Sí, creo que es un hombre honrado —dije—. Por supuesto que lo haremos investigar. Ahora que recuerdo, en el informe Carruthers dice que ordenó al experto en huellas digitales tomara las del ascensor, y si Illingworth estuvo allí dentro, ahora que pienso en eso, debí haberle dicho a Illingworth que nos dejará sus huellas digitales y ver si son las mismas del ascensor. ¡Maldita sea! Debí haber ...

—Ya tengo eso arreglado, señor —contestó Popkins con aspecto de policía eficiente, capaz de volverlo a uno loco—. Será detenido al bajar las escaleras. En unos momentos más tendremos aquí sus impresiones digitales para compararlas.

—Muy bien, muy bien —dije—. Bueno, ha llegado el momento de que usted dé una de sus tan celebradas demostraciones de inteligencia y exponga lo que ha podido sacar en limpio de esta historia.

—En líneas generales —dijo—, es fácil de explicar: el joven Wade, Buttler, Holmes, Baxter, Pruen y las dos muchachas idearon este juego, para ver si asustaban a Mannering con todas sus fanfarronerías. Tenían que hacerlo astutamente, dado que Mannering había estado realmente en el Oriente, por lo que sabía algo de árabe y no habría creído una escena burda. El personaje llave debía ser el Dr. Illingworth, quien haría el fuerte de la conversación; por lo tanto, la cuestión era cuál de ellos debía encarnar este personaje, descubriendo que ninguno podía hacerlo, pues no llenaban los requisitos, y Holmes, el único que los poseía, estaba excluido, ya que Mannering lo conocía y lo habría descubierto. ¿No ve cómo se va aclarando? En cuanto al joven Wade, poseía la locuacidad necesaria, pero debía encarnar a Jeff Wade, a quien se parecía mucho, y era el único que podía ser lo bastante convincente en este papel, ya que Mannering no había conocido personalmente al viejo, pero podía haber visto fotografías suyas. Baxter sabía árabe, pero no poseía los conocimientos necesarios ni tampoco la elocuencia, y Buttler poseía la elocuencia, pero no el conocimiento del árabe.

”Por consiguiente, se encontraron en un atolladero, hasta que se les ocurrió la idea de llamar a una agencia teatral y preguntar si podrían ofrecerle a alguien que llenara todos los requisitos para representar este papel: conocimiento del lenguaje, monumentos...

—Es un pedido bastante infernal —dije—. De todas maneras, sabemos el nombre de la agencia (Brainerd, ¿no es así?) y podemos llamar.

—Ya lo he hecho —dijo Popkins con aire suficiente, sacando una libreta de apuntes— y aquí tengo todas las informaciones sobre Penderel. —Se detuvo mirándome fijamente—. Sucedió que poseían el hombre preciso para aquel papel.

—Sucedió... —dije en un tono insinuante—. Así es que fue de esa manera como se unieron las olas del destino para cumplir una sentencia. Popkins, no me gusta esto.

—A mí sí, pues opino que nos lleva directamente a la clave de la trama. Excúseme —dijo—, lo lleva a usted. La agencia Brainerd es especialista en suministrar actores para representaciones teatrales en recepciones privadas. Desde una orquesta de baile, si es que su hija da una fiesta de estreno, hasta un coro de muchachas para la de un joven soltero; desde una soprano hasta una *troupe* completa. Basta con telefonar y estarán a su disposición. —Abrió

su cuaderno de apuntes—. Raymond Penderel. Edad, 32 años. Nacido en Irak, hijo de padre inglés y madre persa; por lo tanto, súbdito británico. Sin una gran educación, pero con mucho talento natural. Llegó a Inglaterra hace sólo cuatro meses proveniente de Bagdad.

—¡Oh!

—Sí, señor. Hablé con un muchacho de la agencia, por espacio de diez minutos, y éste me proporcionó una información sumamente valiosa. Penderel le había contado que él (me refiero a Penderel), era hijo de un noble inglés, un mayor (la depravación de los mayores es muy curiosa y conocida), y que había sido enviado a una escuela inglesa cuando Gran Bretaña tomó bajo mandato, en 1919, ese territorio; sirvió luego de guía para los turistas. Cuando cumplió 21 años, fué a París, cantando allí en los *music-hall* o haciendo de actor. También fué bailarín y pareja pagada. Parece haberse metido en un lío bajo la acusación, según él falsa, de una mujer a la cual había tratado de extorsionar.

—Dios mío, Popkins, me estaba temiendo eso.

Mi fiel ayudante me quedó mirando, al parecer tratando de adivinar lo que pasaba por mi mente, pero decidió abandonar la idea y prosiguió:

—Luego vino a Londres, y hace alrededor de cuatro años regresó a su tierra natal. Eso es todo, pudiendo añadir sólo que desde su regreso no había tenido ninguna entrada monetaria, pues no pudo obtener una oportunidad de demostrar sus condiciones de actor. Pero anoche, cuando el grupo Wade telefoneó a la agencia, naturalmente ésta pensó en Penderel...

—¿Cuál de ellos telefoneó?

—Buttler. Ofreció veinte guineas por una pequeña caracterización. Era casi mediodía cuando llamaron. Les contestaron que tenían al hombre indicado y que se encontrarán con él en el bar Piccadilly a las dos de la tarde para formalizar los detalles. Por lo tanto no es de sorprenderse que cuando Carruthers dió el nombre del muerto ninguno del grupo pareció conocerle. Nunca supieron su nombre, al menos la mayoría de ellos...

—¡Escúcheme un segundo, so piojo! —grité—. ¿Qué trata usted de insinuar de la hija de Jeff Wade?

—Calma, calma —dijo Popkins—. No estoy necesariamente insinuando algo, señor. Sólo estoy delineando el probable curso de los acontecimientos, que podría ser el siguiente:

”Se arregló con Penderel que representaría el papel, y ya con esto tenemos la explicación de muchas cosas. Sus barbas postizas teñidas de gris. Buttler y Jerry Wade parecen haber insistido mucho en el hecho de las barbas. Sus

anteojos con la cinta negra son también un toque muy ingenuo, como diría nuestro amigo el Dr. Fell. Su sombrero de copa, sus ropas de los tiempos de gigoló, aún con la etiqueta de París, encontrada, como usted puede recordar, por Carruthers. Bueno, todo encaja perfectamente con esos locos muchachos, no tan locos, al menos uno de ellos. No, señor, no se altere.

”Finalmente, y si Illingworth oyó bien, Penderel debe haber llegado al Museo alrededor de diez minutos después del propio Illingworth. Entre esa hora y las once, alguien lo asesinó. Ahora, supongo que no tengo necesidad de destacar que, aunque es posible, es absolutamente improbable que un extraño se haya mezclado en este asunto. Tenemos delante de nuestros ojos, quiero decir delante de sus ojos, todos los personajes, así es que...

Tuve que admitir que Popkins se encontraba en lo cierto. Rumié esto durante unos segundos, dirigiéndome hacia la ventana, y le pregunté luego si tenía algo que añadir. Tenía, pues continuó:

—Tenemos con la historia del Dr. Illingworth la explicación de todos los misterios que anoche le parecieron indescifrables a Carruthers. Al menos, de casi todos. Ahora podemos hilvanar la madeja, pero un existen algunos puntos que no tienen explicación. Unos pueden ser de importancia y otros no. Usted tendrá que acosar a los muchachos acerca del asunto del carbón, como también sobre la notable fidelidad de Pruen, quien puede ser su testigo más eficaz, pues fué el único que pudo ver todo cuanto sucedió, ya que permaneció todo el tiempo delante de las puertas, con una clara visión del *hall*. Algunos de estos puntos pueden aclararse al primer intento y otros pueden presentar mayores dificultades.

”Cuando el grupo se retiró apresuradamente del Museo, apagaron las luces, pero hicieron antes un pacto: que pasara lo que pasare, nunca admitirían que habían estado en el Museo esa noche. Era de Illingworth del cual temían, pues no querían que llegara a contarle a Jeff Wade, que habían estado jugando en su adorado Museo y habían encerrado a Illingworth en un ascensor, ya que, con dos excepciones, el resto no sabía nada del asesinato. Esas dos excepciones son Buttler y el asesino, a no ser que éste fuera Buttler. Pero en cuanto a los demás, lo dudo mucho.

A Popkins le gustaba el sonido de su voz.

—¿Cree que soy tonto? —dije—. Por supuesto que no sabían nada de ello. De otra manera, Pruen no habría estado tan engallado cuando llegó Carruthers. No habría estado danzando alegremente en la obscuridad, si hubiera sabido que había un cuerpo aún tibio encerrado en aquel carruaje.

Hable razonablemente. Pruen es muy devoto de aquella muchacha y de toda la banda, pero...

—Como usted muy bien dice —continuó Popkins, tieso como un mayordomo—, ahora que el crimen se ha descubierto, esos muchachos tendrán que hablar. Por lo tanto, le sugiero concentre su interrogatorio en los siguientes puntos, algunos de los cuales, como ya le dije, pueden ser aclarados fácilmente. He hecho una lista de ellos, y consiste en todo lo que no queda explicado con la versión del doctor Illingworth. Poseo un duplicado de esta lista para usted —la cual me alargó a través del escritorio—, y con su permiso le pasaré revista. Está dividida en dos secciones, I y II; primero los puntos que podríamos llamar prácticos y luego los filosóficos. Y la lista es la siguiente:

I

1. ¿Qué explicación podrían tener las huellas de carbón, inmediatamente al lado de las puertas de bronce, esas indistintas marcas que encontró Carruthers en el suelo?

Comentario: Se presume, ya que se encontró carbón en la suela de los zapatos del muerto, que dichas huellas fueron hechas por él. Por lo tanto, ¿dónde había estado antes de entrar al Museo, para dejar esas huellas en el piso de mármol?

2. ¿Qué hay de la nota a máquina? “Querido G.: Tiene que haber un cadáver, un verdadero cadáver”, etc., la cual fue encontrada en el bolsillo de Gregorio Mannering.

Comentario: Esta nota, escrita en la máquina de Holmes, y según Mannering encontrada en el piso de éste (Holmes), no encaja muy bien en la versión del Dr. Illingworth.

3. ¿Qué hay de la gran lámpara de carbón, la cual fué arrojada contra la pared de la *Galería de Bazares*, sin ninguna razón aparente, según la versión de Carruthers?

Comentario: Este hecho no aparece en la versión del Dr. Illingworth, o de nadie más, y aparenta no encajar en la historia. Las personas más indicadas para ser interrogadas a este respecto son Pruen, pues éste tuvo todo el tiempo una visión total, y Baxter, quien se encontraba en dicha *Galería* alrededor de las 10.35, cuando el Dr. Illingworth llegó al Museo.

4. ¿Cuáles fueron las aventuras del bigote negro postizo?

Comentario: Este bigote estaba destinado a ser usado por Baxter, y de acuerdo con Holmes, fué depositado junto con la daga en un peldaño de la

escalera del *hall*, temprano en la tarde. Juntamente con la daga, semeja desaparecer, hasta que más tarde es hallado en el suelo por Baxter. Luego perdemos otra vez su rastro, hasta que nuevamente se le encuentra, y esta vez por Carruthers, en el interior de la vitrina donde se guardaba el estuche vacío de la daga. ¿Qué quiere decir todo esto? Interrogar a Pruen, quien estuvo de servicio allí.

5. ¿Por qué, y después que todo el grupo abandonó el Museo pasadas las once, por qué Miriam Wade retornó?

Comentario: Poco después que Carruthers descubre el cadáver, aparece Miriam Wade, quien entra por la puerta de la pared de atrás, y poseía una llave para dicha puerta. Confunde a Carruthers con Ronald Holmes y dice: “Vi tu luz ahí dentro, y no pensé que estarías aquí, pues creí que habías ido con los otros a tu departamento. Yo iba precisamente para allá. ¿Ha pasado algo?”. ¿Dónde había estado ella en este tiempo? ¿Por qué volvió?

6. ¿Por qué cuando regresó y fué informada por Carruthers del asesinato, trató de llamar por teléfono a Harriet Kirkton al piso de Holmes con una voz disfrazada?

Comentario: Si sólo deseaba avisarles y ponerlos en guardia sobre el crimen, ¿por qué no preguntar por cualquiera de ellos y espetárselo? Parece existir una razón para ello.

7. (Y por último). ¿Qué hay del libro de cocina?

Comentario: Innecesario.

—Esta lista, pienso, aclara algunos puntos —declaró Popkins modestamente—. Por supuesto que mi intención ha sido sólo el tratar de atar coherentemente todos los detalles, omitiendo las preguntas más sencillas, como ser: dónde se encontraba cada uno entre las 10.45, cuando Penderel entra al Museo, y las 11.00, cuando Buttler encuentra el cuerpo en el coche. Usted comprenderá que este documento trata sólo de aclarar lo que aparece más misterioso, pero me atrevo a sugerir que cuando obtenga las consiguientes respuestas, tendrá al asesino.

—Es usted muy astuto —dije—, pero, por supuesto, todo eso era evidente y no había necesidad de recurrir a ese fantástico birlibirloque de documento suyo. —Popkins es del tipo de muchacho que gusta de adornar todo—. ¡Ah, ah! —le dije—, me parece que se ha adelantado mucho, pues todavía no hemos interrogado a nadie.

Luego empezó un discurso acerca de mi calidad de miembro de la policía, por lo tanto imparcial, y que no debía ir con ninguna idea preconcebida, el cual le corté abruptamente; diciéndole que si tenía algo más que sugerir, que

prosiguiera (como si yo, yo de toda la gente, pudiera tener algún prejuicio). Bueno, la segunda parte de su documento era como sigue, y me hizo cavilar y aún me hace.

II

8. ¿Qué hay del telegrama que recibió el Dr. Illingworth de Geoffrey Wade a las cinco de la tarde de ese mismo día?

Comentario: Este telegrama, despachado desde Southampton, invitando a Illingworth al Museo esa noche a las 10.30 y que decía que J. Wade podría regresar a tiempo, y aparentemente no lo hizo, ¿dónde estaba y qué quería decir?

9. ¿Por qué razón llegó tan tarde Raymond Penderel al Museo?

Comentario: Este es un punto muy importante, aunque no tan obvio como los otros. Mannering, la víctima de aquel juego, había sido invitado a las 11.00 y por lo tanto es fácil presumir que se le había dicho a Penderel que llegara mucho antes, para poder así realizar un ensayo de la obra en el terreno mismo. Esto es sólo una cuestión de sentido común, pero Penderel no llegó hasta las 10,45, o sea, sólo 15 minutos antes de la hora en que debía comenzar la representación. De esto tenemos, además, la prueba, pues cuando llega Illingworth, Pruen y Jerry Wade lo confunden con Penderel, y ambos lo critican por llegar demasiado tarde.

10. ¿Ha cursado alguien del grupo cursos de medicina o tenido conocimientos especiales de cirugía?

Comentario: Net el testimonio del Dr. Marsden, el cirujano de la división, el cual dice que la penetración al corazón de aquella daga curva es el resultado de una singular coincidencia o de estudios médicos.

11. (Y final). ¿Qué hacía Miriam Wade en el sótano cuando el Dr. Illingworth llega al Museo?

Este punto se lo acorté bruscamente antes que llegara a su elaborado comentario. De once puntos, tres concernían directamente a Miriam, y esto me volvía loco. Debo decirles que conozco a esa muchacha, y si ustedes quieren la plena verdad, que la defenderé como un padre.

Aunque yo sé que nadie más haría nada por Jeff, pues éste acostumbraba hablar mal de la gente a sus espaldas, a mí no me importó, porque entiendo su curiosa mentalidad. En cuanto a lo que concierne a la muchacha, puede que ésta haya llegado a transformarse en una pequeña meretriz. En eso precisamente pensaba cuando Carruthers nos dió su descripción; además,

siempre me pareció que tenía esas inclinaciones, mas nunca estaría mezclada en un asunto como éste.

—Están todos mezclados en ello —declaró Popkins—. Además, yo no he dicho nada sobre su ahijada, ya que me limité a preguntar: “¿Qué era lo que estaba haciendo en el sótano?”, y la mencioné sólo porque parece haber un eterno perfume de polvo de carbón alrededor de este asunto, por lo que se me ocurrió ser de importancia.

—Sí, ¿pero de qué sótano se trata y qué tiene que ver con ella ese maldito sótano? ¿Hay alguna evidencia que diga que ella estuvo en el sótano?

—¿Cree usted en la historia del Dr. Illingworth?

—Supongo que sí. ¿Qué pasa con ella?

—Muy bien. El Dr. Illingworth declara, lo he anotado en mi libreta y podrá encontrarlo también en la declaración tomada por el taquígrafo, declara que cuando se encaminaba hacia la pieza del cuidador, se abrió una puerta situada a la izquierda de la escalera y por ella apareció una muchacha con vestido rojo. Ahora observe el informe de Carruthers, el que nos muestra que dicha puerta conduce al sótano y sólo hacia el sótano; por lo tanto, ella se encontraba ahí. Q. E. D. (*quod erat demonstrandum*). Yo no digo nada de la muchacha, ni siquiera afirmo que ese hecho sea importante, sino sólo que ella se encontraba allí. Pero ahora el punto esencial consiste en saber: ¿cuáles serán sus órdenes?

Sentí casi repulsión por la cara de ese hombre.

—Pondremos a Haddley oficialmente a cargo de todo —dije—, y al joven Batts, para que lo ayude, pero yo continuaré preocupándome de ello hasta que todo el asunto tenga algún sentido. Llame a Jeff Wade por teléfono y no deje que le den ninguna excusa. ¡Ya! ¡Inmediatamente!

Mientras tanto me senté a meditar un momento. A pesar de lo que había dicho Popkins, estaba seguro de que Miriam había conocido anteriormente a este hombre llamado Penderel. Esta seguridad provenía, además de otras pequeñas sugerencias, de una pista cuya importancia había escapado a la larga nariz de Popkins, aunque se encontraba entre sus notas. ¿Por qué, cuando ella supo lo del crimen, luego que vió el cadáver de Penderel, llamó a Harriet Kirkton con una voz desfigurada?

Debo admitir que no conocía a esta muchacha Kirkton y que hacía tres o cuatro años que no veía a Miriam, desde que estaba floreciendo y mostraba su agrado ante algo cerrando los ojos y exhalando unos pequeños grititos.

De sus cualidades, sólo puedo atestiguar un gran coraje y dominio sobre sí misma, los cuales había mostrado ya. La muchacha Kirkton era seguramente

su mejor amiga, y habían estado juntas recorriendo el vasto mundo durante 18 meses, regresando juntas en el barco. Seguramente sabía tanto como Miriam de qué se trataba. Penderel llegó a Inglaterra proveniente de Bagdad, hace cuatro meses, y Miriam llegó a Inglaterra, también proveniente de Bagdad, sólo hace un mes. Por orden de Jeff desembarca en Norfolk, donde la esperaba su tía en el muelle, para encargarse de su vigilancia hasta la llegada del propio Jeff. Esto no sucede sino bajo muy buenas razones, especialmente si lo es después que una persona ha estado ausente de su hogar y amigos durante casi dos años. Finalmente, se encuentra un recorte de periódico referente a Miriam en el bolsillo de Penderel, y Carruthers afirma que la única persona del grupo que decididamente pareció reconocer el nombre de Raymond Penderel fue Harriet Kirkton, al igual que Miriam pareció reconocer su cara cuando lo vio. Todo esto es improbable; tampoco son pruebas para un juicio; son sólo pedazos de evidencia, pero que nos llevan a la pista importante.

Considero que no sé mucho acerca de las mujeres, pues sólo me he casado una vez, pero de dos cosas estoy seguro: que nunca he encontrado una mujer a la cual le guste el sombrero de copa, como nunca tampoco a una que se resista a dar una alarma, a no ser que existan poderosas razones personales en contra de ello. Miriam, en cuanto pudo, se apoderó del teléfono, y lo natural habría sido, si hubiera estado asustada con el hecho de un asesinato y no de este asesinato en particular, llamar al piso de Holmes, donde sabía se encontraban todos reunidos, y decirle a la persona que saliera al teléfono: “Prepárense e inventen una coartada, han encontrado un hombre muerto aquí”. Pero no fué ése su primer pensamiento. No; su primer pensamiento fué hablar privadamente, prevenir privadamente, decirle a esa muchacha algo que los otros no sabían. Si hubiera hablado primero con otro, significaba una demora que no podía arriesgar, dado que Carruthers podía encontrarla telefoneando. Lo que ella quería decir no era: “Hay un hombre muerto aquí”, sino: “Penderel está muerto, por lo tanto no digas nada de lo que sabes”. Esto parecía de vital importancia para ella, a lo cual se debe el disfraz de la voz, la que llegaría a su tono habitual cuando Harriet tomase el auricular.

A pesar de las molestias que me habían ocasionado las intrusidades de Popkins, me habían servido para hacer relucir y brillar algo de importancia. Miriam tiene algo que decir a Harriet, antes de contarles a los otros respecto al crimen, algo que había descubierto recientemente: la identidad del muerto, y si esto era de tal importancia, significa que ella o la Kirkton, o ambas, habían tenido tratos con él.

¿No creen ustedes que esa llamada es un hecho favorable? Yo sí. Pues el descubrimiento de esa identidad había tomado en su cabeza tal lugar, que había arrancado de allí la idea del asesinato. Esta es probablemente la actuación de una mujer culpable de lo que llaman “indiscreción”; pero no precisamente de una mujer culpable de asesinato.

Todo aquello poseía aún un aire inquietante, el que no amainó cuando me avisaron que Jeff Wade estaba al teléfono. Tomé el receptor y dije: “Hola, Jeff”, y él gruñó: “Hola, Bert”. Su voz no sonó jactanciosa y agresiva, sino, por el contrario, llegó a mí temblorosa y apagada, como si hubiera puesto el fono a unos dos pasos de distancia de su boca. Además, descubrí otra señal: al decirle “Seguramente sabes por qué te llamo”, no hizo lo que usualmente uno hace cuando el interlocutor empieza con una pregunta impertinente, y es contestarle: “Un lindo día, ¿no es cierto?”, y pretender no haber oído nada, hasta que usted le dice: “Mira, maldito bribón, despierta y contéstame”, y entonces dice: “¡Ah! Eso está mejor”, y desde ese momento se puede entrar en materia.

Por lo tanto sufrí un gran *shock* cuando lo oí murmurar:

—Ah, estaba pensando que llamarías. —Luego hubo una larga pausa, tanto que pensé se había cortado la comunicación—. Es un sucio negocio, Bert. ¿Estás muy ocupado?

—Siempre estoy ocupado.

—Bueno, estaba pensando si podrías venir por aquí alrededor de las dos... Estoy en el Museo. La dueña de casa donde vivía Penderel se ha puesto en contacto conmigo y dice tener una información importante. Todo está muy mal, Bert. Muy mal.

Y por primera vez me pareció su voz la de un hombre viejo.

CAPÍTULO XIV

El secreto del libro de cocina.

Pasadas las dos, llegué al Museo. Me parecía que el almuerzo no me había caído bien y que los zapatos me quedaban un poco apretados. Mientras tanto las únicas noticias recientes eran que las huellas digitales de Illingworth concordaban perfectamente con aquellas halladas en el ascensor que había estado algún tiempo fuera de servicio; por lo tanto fueron las únicas que se encontraron. Conclusión: que esa parte de la historia del viejecito era cierta. Por mi parte había puesto a Haddley oficialmente a cargo del asunto, dándole todos los informes. En cuanto al tiempo, junio o no junio, el día había estado lluvioso como en octubre.

Las puertas del Museo estaban cerradas, y encontré una aglomeración de paraguas rondando alrededor del edificio. Tuve la satisfacción de empujar a unos cuantos antes de poder hablar con el policía de guardia. Warburton, el guardián de día de Jeff, me abrió las puertas; es tan digno como un sargento mayor, quizás para compensar lo poco de Pruen.

Aunque he estado dentro del Museo sólo unas dos veces, me pareció reconocerlo muy bien, gracias a las descripciones de Carruthers e Illingworth. Todo aquel lugar me era familiar con aquel curioso efecto de luz lunar, y aun la reflexión del techo de tejas verdes y blancas en los vidrios de las vitrinas, lo cual sólo tiene la explicación anteriormente dicha, pues no recuerdo haberlo conocido en sueños. Me informaron que Jeff se encontraba en el cuarto del guardián. Solo me dirigí hacia allí.

Estaba este cuarto sumamente oscuro. Jeff no había encendido las luces, y la única claridad era la que penetraba por la ventana abierta del baño contiguo, donde se sentía golpear la lluvia. A pesar de todo esto me di cuenta de que me encontraba en una hermosa habitación. Jeff se encontraba sentado detrás de un escritorio de caoba y miraba hacia la ventana sin hacer ningún movimiento, fumando un cigarrillo, el cual parecía no haber sacado de su boca desde largo rato, pues tenía una gran parte ya de ceniza. La luz grisácea hacía aparecer unas cavidades en sus sienes y una curiosa expresión de vacío en sus ojos. No se dió vuelta al entrar yo, sino que me indicó una silla. A pesar de todo su dinero, Jeff sólo se vestía con trajes baratos, no porque fuera avaro, sino porque nunca le habían gustado las ropas finas.

Me senté, y nos quedamos escuchando, por un minuto o dos, el ruido de la lluvia.

—Hemos recorrido un largo trecho, Bert —dijo.

Recuerdo haber asentido con la cabeza, diciendo:

—Al igual que en nuestros tiempos en Somerset —aunque hacía muchos años que no usaba aquella palabra.

—He estado sentado pensando —musitó Jeff, en tono argumentativo—. La cerveza solía costar cinco peniques el cuarto con nuez moscada, y esto bastaba para hacerlo a uno sentirse reconfortado. Pero ahora aquí estás con tu título de asistente-comisario de Policía y todo lo demás... y tú no eres ningún policía, Bert.

—Y tú tampoco eras hombre de negocios, si es que vamos a hablar de eso —agregué—; pero, de todas maneras, has llegado a millonario.

Jeff asintió, considerando el asunto.

Se dió vuelta un poco y esto hizo caer la ceniza de su cigarrillo. Se pasó ambas manos por las sienes, al mismo tiempo que parpadeaba como si no pudiera ver bien, con esa extraña expresión que adquiere la gente que acostumbra usar anteojos cuando no los tiene puestos.

—Supongo sabrás, o a lo mejor no sabes —le dije—, todo lo que sucedió aquí anoche. Esta mañana llegó a mi oficina un hombre llamado William Augustus Illingworth contándome toda una historia.

—Sí, lo sé todo —gruñó Jeff, maldiciendo entre dientes—. Miriam y Jerry me lo contaron todo esta mañana. Supongo que decidieron que tenían que hacerlo. Piensan que se han metido en un tremendo lío, pensamiento que les confirmé ampliamente.

—Y es el caso que están todos en el lío, Jeff. La encuesta se llevará a efecto pasado mañana y el forense los tratará duro cuando se entere de ese juego tan tonto.

—De manera que va a ser así, ¿eh? ¿El forense los tratará duro, eh? ¿Quién es este forense? ¿Cuál es su nombre?

—No te preocupes de eso ahora. Trata sólo de meter en tu cabeza que alguien del grupo mató a ese hombre llamado Penderel.

—¡Oh, oh! Sí —contestó Jeff—. ¿Y supongo que bajo tales circunstancias no se podrá callar nada?

—¿Qué circunstancias?

Nuevamente pasó sus manos por las sienes hacia arriba, pero no me contestó.

—¡Mira, Jeff! ¿Tiene esto algo que ver con Miriam?

—Sí.

—Bueno, ¿conocía ella a Penderel?

—Sí... En unos pocos minutos más vendrá alguien aquí a hablar conmigo, la dueña de la casa donde Penderel vivía, algo así como su sostenedora. Aquí tengo su nombre y dirección: Señora Anna Reilly, Casa de Huéspedes “La Corona y el Dragón”, Lant Street, Borough. Vamos a ver qué sucede... Además, les he dicho a todos los otros, Miriam, Jerry; Holmes, el muy estúpido; Baxter; la muchacha Kirkton, su amigo Buttler y a Pruen (malditos sean mis botones, Bert, pero nunca pensé que Pruen tendría también su parte en el asunto), que vengan para acá a hablar contigo. Tú los tratarás más suave. Tú sabes que habría dado media corona por ver a Illingworth usando esos bigotes con la seguridad de que le habría...

—Eso está mejor. Ahora hablemos del asunto de Illingworth y la parte que te cabe a ti en ello.

—¿Mi parte en ello?

—Mira, viejo asno, ¿no te das cuenta de que fuiste tú el que trajo a Illingworth al medio de este lío? Y fue precisamente eso lo que ocasionó todo el enredo. Si alguien tiene culpa, ese alguien eres tú. Ayer le mandaste un telegrama desde Southampton, ¿no es así?

—¡Oh, oh! ¡Por San Jorge! —exclamó Jeff súbitamente, moviendo al mismo tiempo piernas y brazos exactamente como un muñeco de cuerda—. Creo que fué así.

—Sabes perfectamente bien que fué así. Bueno, le mandaste un telegrama, luego que Holmes le había telefoneado al hotel que no ibas a poder cumplir la cita, y en el telegrama le dices que esté en el Museo a las 10,30. Y ahora, dime: ¿dónde estuviste en lugar de cumplir el compromiso? ¿Regresaste a la ciudad después de todo?

Jeff reflexionó.

—¡Oh, oh! Sí, regresé a la ciudad —replicó simplemente—. Estuve comprando un restaurante.

Si ustedes le conocieran como yo, sabrían que este *non sequitur* es perfectamente natural, pero el tener que vivir con un hombre así por un tiempo largo, llevaría a cualquiera al manicomio. De dos maneras diferentes, Jeff e Illingworth pertenecían al mismo tipo. Si fueran ambos dueños del Museo, la mitad de las piezas estarían quebradas, y la otra mitad, simplemente, no estarían. Este fué siempre el problema de los muchachos, pues nunca supieron cuándo iban a encontrar sonrisas y cuándo clavos.

—Muy bien —dije—. ¿De manera que estabas comprando un restaurante? ¿Y qué vas a hacer con un restaurante? ¿Fué esta compra un impulso súbito o sólo querías jugarle una broma a Illingworth?

Me miró derechamente.

—Bert —dijo—, hay una explicación de cada locura mía, y de otra manera no estaríamos aquí sentados, y pienso ahora que el comprar ese restaurante tuvo bastante sentido, aunque esto no se me ocurrió en aquel momento... Algunas veces tengo ideas curiosas. Venía en el tren de regreso de Southampton y conocí a un hombre llamado Shattu de Zagros, cerca de Shiraz, quien venía con un amigo griego llamado Aguinopopolos.

—¿Dueños de restaurantes?

—Sí, habían abierto un local en el Sobo, con comida asiática. Pero se encontraban muy apurados, pues decían que nadie apreciaba lo verdaderamente artístico. Como yo soy aficionado a esta suerte de cosas, pues he estado comiendo de esa comida durante largos años (si tú probaras alguna vez un vino Shiraz o el oporto que hacen los judíos y armenios en Ispahán; claro que tú, burgués, no lo has probado nunca), bueno, decidí patrocinar aquel lugar... Decidí, digo, comprar aquel local o poner lo necesario para que pudiera salir a flote. Cuando se los dije se pusieron delirantes, y Shattu pensó que debíamos celebrarlo. Me llevó al restaurante y dijo que con sus propias manos prepararía la comida, que cocinaría un banquete. Yo tenía tal hambre, Bert...

—¿Me estás tratando de decir que te olvidaste de Illingworth?

—¡Oh, oh! —respondió Jeff resoplando—. Llegamos a Waterloo cerca de las nueve y trepamos a un taxímetro. Venían cantando viejas canciones en el camino, lo cual le prestaba un plácido encanto; pero puedes apostar que no ha habido un grupo más exuberante —declaró Jeff palmeando el escritorio con placer—. Llegamos al restaurante y, discutiendo una cosa y otra, nuevos planes, tales como... Querían poner al lugar el nombre de Restaurante Greco-Persa, pero yo les aseguré que ésa no era manera de hacer negocios. “Pongan un gran letrero luminoso, el más grande que puedan comprar, que diga: ‘Shattu de Soho’, y colóquenlo a la entrada. Busquen unas vitrinas con serpientes y colóquenlas en el interior”. —Se detuvo un momento y se sonó con su pañuelo—. Bueno, con una y otra cosa, no llegué a mi casa hasta las dos de la mañana.

—Por lo tanto, te puedes consolar, pues gran parte de la culpa la tienes tú.

Se levantó y empezó a pasearse alrededor del cuarto. Su expresión era curiosa y como dibujada en el rostro, mientras la lluvia seguía repicando.

—Podría haber tenido muy buenos ratos con ese restaurante —dijo abruptamente.

—¿Qué quieres decir con “podría haber tenido”?

—Oh, nada. Sólo que volveré a Oriente cuando pueda finiquitar este asunto, y si Miriam... —Juntó las manos haciendo crujir las coyunturas y luego me miró—. ¿Tienes algo que preguntarme, Bert? ¿Algo importante?

—Quizás. Por ejemplo, ¿qué sabes respecto de ese muchacho Mannering que parece estar comprometido con Miriam?

Se dió vuelta en redondo.

—¿Qué diablos te ha dado con Miriam? No sé nada de Mannering; quiero decir, que nunca me lo han presentado. Parece ser un muchacho decente. Te pregunté si tenías algo de importancia...

Por debajo del escritorio saqué la infernal lista de Popkins, echándole una rápida ojeada.

—Aquí hay algo —dije—. Entre la gente que hubo aquí anoche, ¿hay alguno que haya cursado estudios médicos?

Esto lo tomó de sorpresa. Jeff odia todo lo que no puede entender, y esto lo indispuso. Permaneció de pie, parpadeando y moviendo los bigotes, como una persona con tic nervioso.

—¿Qué? —preguntó—. ¿En qué consiste el juego? ¿Estudios médicos? No, que yo sepa. Miriam nunca hizo nada, aparte de ser expulsada de numerosos colegios. Jerry empezó a estudiar ingeniería eléctrica, pues yo le aseguré que era mejor que hiciera algo. Holmes es sólo dedicado a los libros, libros y diplomacia; ha sido maestro de escuela, pero nunca estudiante de medicina. Baxter era un bueno para nada con mucho dinero, hasta que Abbsley le apretó las clavijas. Dick Buttler se dedica a escribir aventuras idiotas, de las cuales no sabe nada. ¡Espera un momento! —Se detuvo—. Me parece que tienen un amigo, Gilbert Randall, que es estudiante de medicina en alguna parte, pero yo no sé mucho de él.

—¿Qué sabes acerca de la muchacha Kirkton?

—No mucho. Es la rapaza del mayor Kirkton. No es mala —gruñó Jeff, guiñando y golpeándose las aletas de la nariz—. Pero me parece que tiene el diablo en el cuerpo, y tengo metido entre ceja y ceja que bebe. Es la única que tiene el valor de enfrentarme, y por eso me gusta. En la actualidad, está alojando en nuestra casa. Ahora parece estar muy aficionada a Buttler, y él tampoco se siente inclinado a huir de ella.

Se sintió un golpe en la puerta, y Jeff se levantó de un salto con una especie de grito.

—Una señora Reilly está aquí —anunció Warburton, el guardián de día—. Dijo que tenía una cita.

—Tráigala —contestó Jeff, con voz curiosa. Me miró—. Siéntate derecho, Bert, y ayúdame si hay necesidad, aunque creo que no. Sólo te prevengo que no usaré guantes de seda.

Encendió las luces del medio, lo cual me hizo parpadear, sentándose luego detrás del escritorio, ligeramente inclinado hacia atrás y las manos en las rodillas. Daba la impresión de un viejo fantasma, con la sola excepción de su rostro, que parecía arder. Súbitamente, con un aroma de flores, entró la señora Reilly.

Nunca antes había visto una piel tan grande alrededor del cuello de una mujer. Era de color negro, con numerosas colas, las cuales parecían anudarse al cuello como las gorgueras del tiempo de Isabel. De buena presencia, aunque un, poco rolliza, cercana a los cuarenta años, su piel parecía la de un boxeador. Usaba un traje sastre amarillo bronceado, medias color carne, unos tacones altos, muy aptos para danzar en la punta de los pies. Llevaba un anillo con tres diamantes en la mano izquierda, el que me pareció un poco estropeado, y tal vez eran los diamantes los que le daban ese mismo aire a toda su persona. Medianamente morena, y pintada como para una representación circense, lanzaba rayos magnéticos a toda la habitación por medio de sonrisas. Lo que daba el magnetismo a los rayos, era quizás el oro de sus dientes. Si no hubiera sido por esto, me habría parecido una hermosa mujer, pues me gustan las del tipo de Juno. Pero luego oímos su voz, tan cultivada, que hacía daño.

—Señor Wade —dijo—, lo he llamado en referencia con lo ocurrido al pobre querido Raymod.

Habiendo fumigado el cuarto a rayos magnéticos y luego de estar segura de causar gran impresión, adoptó un aire de tristeza; incluso, llegó a sacar un pañuelo del fondo de su cartera para secar una lágrima en un rincón de un ojo. Mientras tanto, noté que me examinaba atentamente.

—¡Siéntese! —dijo Jeff en tono apagado—. Pésimo día, ¿no? ¿Quién es ese pobre querido Raymond?

—Pero seguramente usted comprende... ¡Oh! Dicho sea de paso —se interrumpió, dirigiendo sus rayos hacia donde yo estaba—. Supongo que éste será su abogado.

—Bueno, sucede que como va el asunto, así es. ¿Pero cómo lo adivinó? ¿Qué le hizo pensar que habría un abogado?

Rió musicalmente. Se sentó con la misma gracia de un paracaídas tocando tierra.

—Ahora estamos muy bien y confortables —exhaló la señora Reilly sacándose los guantes (si hay alguna palabra que odie, y desearía pegarle a la persona que la emplea, es “confortable”)—. Creo que nos entenderemos perfectamente, ¿no es cierto? ¡Pero qué aposento más encantador!

—Aposento encantador —remedó Jeff—. ¿Quién es usted y qué es lo que desea?

Esto no le gustó nada, pero sus rayos se intensificaron.

—¡Qué desagradable! —dijo—. Pero yo pensé... Soy la señora Reilly, por supuesto. Mi difunto marido era el dueño de la posada “La Corona y el Dragón”, y yo heredé su negocio.

—¡Qué bien! Parece un buen negocio. Usted se ve próspera.

—Las apariencias casi siempre engañan, señor Wade. Aun la suya puede engañar en un sentido o en otro. Como iba diciendo, recibí la administración de “La Corona y el Dragón” y creo ser la *única* persona en Londres que conoció a Raymond Penderel, el pobre muchacho que fué misteriosamente asesinado en este Museo anoche, el cual estuvo residiendo en mi casa como huésped con pago alrededor de tres meses, más o menos...

—¿Y le pagó?

—Pasaba unos percances terribles el pobre muchacho —continuó en voz más baja—. Acostumbraba contarme todas sus penurias. ¡Tan distinguido que era Raymond! Tan hermoso también. —La mujer se sonrió, podría jurar que se sonrió—. Precisamente anoche, justo antes de venir para acá, le estuve ayudando a arreglarse su *make-up* para el papel que iba a representar. Y sepa usted que pienso que en estos momentos la policía posee algo de mi propiedad, pues él me pidió prestado un libro de recetas de cocina.

Era evidente que no había tratado de producir ninguna impresión, pero la produjo.

—¿Le pidió prestado un libro de cocina? —pregunté—. ¿Para qué?

—¿Pero no sabían eso? —inquirió la señora Reilly, moviendo la cabeza y levantando las manos de su falda, al mismo tiempo que reía gozosa—. Pero qué raro. Supuse que lo sabrían... Es el caso que Raymond tenía que representar el papel de profesor “erodito”, creo, y que cuando conversó ayer con el caballero que le dió las instrucciones, un tal señor Buttler, éste le dijo que el profesor no andaba nunca sin un libro en las manos o en el bolsillo, un libro que trataba de Calcuta. Por lo tanto, Raymond me dijo: “Mire, *acushla*, yo creo en el realismo. Ya que no tenemos el dinero necesario para comprar

un libro, como ése, pero como tampoco tendré que abrirlo, busquemos alguno suyo que pueda semejársele”. Buscamos, y lo único que pudimos encontrar fué un libro de cocina que me había regalado mi querida suegra cuando me casé...

—¡Eso era!

No me molesté por el hecho de no haberlo visto así antes, aunque era algo tan simple, ya que el libro había sido elegido sólo por su empaste, y pensándolo bien, esto mismo fué lo que hizo creer a Carruthers que su contenido era sumamente misterioso. Era un libro de burla y nos había burlado a todos.

Ahora podía borrar otro punto de la lista de Popkins. Miré a Jeff, quien levantaba y bajaba los dedos manteniendo las manos unidas.

—Hay que mirar las cosas simplemente a veces —dijo—, y a ustedes se les olvida a menudo hacerlo. Tendrán que dejar un tiempo de hurgar los desvanes y mirar las cosas con ojos nuevos y frescos. Bueno, ¿y ahora qué? ¿Por qué malgasta mi tiempo, señora? ¿Por qué no va a la policía? Yo no estoy en absoluto interesado en libros de cocina. ¿Por qué vino aquí?

Los ojos de la señora Reilly habían asumido una brillantez placentera.

—Mi querido señor Wade, por supuesto que no. Usted me preguntó hace un momento, cuando dije que Raymond era un huésped a pago, si me pagaba, y ésa es precisamente la cuestión. No me pagaba y me debe... Es terrible ser tan mercenaria, pero una necesita vivir. Me debe aproximadamente tres meses de arriendo y pensión.

—¡No diga! ¿Y ahora quiere que yo le pague?

La mujer inclinó la cabeza, mientras estudiaba detenidamente la punta de un zapato.

—Bueno, yo pensé que al menos usted estaría interesado en reclamar sus pertenencias, dada la cercana relación de familia.

—¿Cercana relación de familia?

—Sí. El..., él se casó con su hija, ¿no es así?

Jeff había permanecido mirando hacia la ventana, pero al oír esas palabras se dió vuelta con una expresión de rabia tan diabólica pintada en su rostro, que me convenció de que al menos esto no era cierto. Luego la enfrentó con unos ojos desmesuradamente abiertos e inocentes. La mujer parecía respirar pesadamente.

—En verdad, señora, no sé de dónde ha sacado usted esa patraña, y para aclarar cualquiera duda al respecto le diré que mi hija no es casada, y en ningún caso se hubiera casado con ese Penderel, quienquiera que fuese.

La señora Reilly se levantó exhalando un pequeño grito, su respiración se tornó más rápida y sus ojos brillaron.

—Pero esto es horrible, tremendamente horrible. Yo estaba segura y de otra manera nunca lo habría mencionado, porque ella... tuvo un hijo de él.

CAPÍTULO XV

El secreto de Irak.

Jeff no estaba prevenido para este golpe. La mujer lo había demorado y había finteado hasta estar segura de asestarle el sacudón más fuerte que he visto dar a un hombre. Permaneció rígido, sin mover un músculo, a excepción de su cara, que se tornó roja. No había estado nunca acostumbrado a controlarse hasta ese momento, pero se dominó perfectamente y, entrecerrando los ojos, dijo:

—La he subestimado, señora. Muy bien, usted lo ha pedido y lo tendrá.

La señora Reilly se inclinó hacia adelante.

—Detenga su locuacidad —murmuró con voz opaca—. Es completamente cierto y usted lo sabe, como también que es un rapaz de tez oscura.

Era una golpeadora feroz, pero inmediatamente después de esta frase volvió a su primera táctica de sonrisas y rayos magnéticos con brillanteces de oro.

—Pero quizás debería explicarme. El muchacho, pues es hombrecito, nació hace más o menos unos seis meses, el 9 de febrero para ser más exacta, en una maternidad muy privada de El Cairo. Usted lo sabía, ya que la mandó allí porque su salud era de cuidado y no podía arriesgarse a provocar un aborto. Fué muy considerado de su parte.

”El pobre Raymond quería casarse, y fué tremendo romper su corazón de esa manera, ¿no es cierto? Cuando usted se enteró de esta noticia (me refiero al futuro heredero), que fué un poco tarde, mandó a su hija de Irak a Egipto, haciendo al mismo tiempo difundir la falsa noticia de que había vuelto a su hogar.

”Raymond estaba furioso. Trató de obtener alguna información por medio de la señorita Kirkton, de cuya compañía también había disfrutado, pero al parecer sin resultados concretos, pues ésta también se había marchado con su hija. Naturalmente, Raymond quiso seguirla a Inglaterra, pero no tenía dinero. Le tomó un largo tiempo el conseguirlo, y realmente no puedo imaginar de qué manera, ya que nunca logró conseguir nada —sonrió pensativamente—, y hace cuatro meses llegó a Inglaterra. ¿Para encontrar qué? Que lo habían traicionado y que ella no se encontraba aquí después de todo. ¡Oh mi Dios!

Jeff permanecía examinándola fijamente, sonriendo un poco. Esto parecía perturbarla, pues su voz se alzó un par de notas.

—Bueno, ¿está usted interesado, querido señor Wade?

—Puedo estarlo. ¡Continúe!

—Raymond sólo supo la verdad gracias a un amigo suyo, pero no pudo escribirle, ya que no sabía la dirección, aunque, por supuesto, insistiría en ver a su hijo y legitimarlo... Entonces supo que su esposa ante Dios —continuó la señora Reilly, levantando las manos devotamente y mirando a Jeff socarronamente—, llegaba realmente a su hogar. Usted no sabía que Penderel estaba en Inglaterra, ¿no es así?

—¿Sabía? —contestó Jeff indiferente—. ¿Quién es este fulano Penderel? ¿Es realmente un cuento el que nos está contando?

—No, usted no sabía, porque no es una persona que corra riesgos.

—¿No?

—No. Primero la mandó donde una pariente por más de dos semanas, de la cual Raymond, el pobre marido, tampoco sabía la dirección, y luego estaría aquí con usted, que podría cuidarla. Y ciertamente que tiene usted un mayordomo fiel para interceptar las cartas y los llamados telefónicos. Aunque realmente no eran necesarios tantos cuidados, pues. Raymond tuvo que abandonar la ciudad por un compromiso, casi al mismo tiempo que ella regresaba. Además, Raymond no era del tipo de hombre que toma unos peniques si sabe que tendrá libras si espera un poco. No volvió hasta anteayer; por lo tanto, usted y Miriam pensaron que no se encontraba en Londres, ¿no es cierto? Ya que si hubiera estado se habría presentado para ejercer sus encantos nuevamente o para...

—¿O para qué? —interrumpió Jeff pacientemente, quedando luego a la espera.

—¡Confiese! ¡Confiese! ¡Confiese! —gritó la señora Reilly como si se tratara de un juego de difícil adivinación. Su aspecto no era muy agradable—. La dejó libre nuevamente, pues usted pensó que ya no tenía nada que temer y ella estaba tan ansiosa de olvidar el sucio Cairo y al hijo que dejó criándose. Todo había sido tan desagradable, pero ello pertenece ya al pasado... Mas usted no puede cuidar de sus enaguas, abuelito —insultó la señora Reilly, venenosamente—. ¿Afectó esta experiencia a su hija, adquiriendo con ella un tierno afecto? ¡Dios mío! No. Se olvida, y por completo, de todo cuando se aleja del Oriente en un gran barco, donde conoce a otro hombre. Olvida completamente.

Jeff se levantó lentamente desde detrás del escritorio.

—¿Qué quería Penderel? ¿Dinero?

—Me temo que sí —declaró la señora Reilly, con una sonrisa confundida—. Es cierto que a veces se ponía un poco extraño. Pero lo más curioso de todo, y parece realmente obra de la Providencia, es que escogieran para aquel juego al único hombre que justamente deseaba encontrar a su esposa ante Dios, para unirlo con ella.

—¿Y usted qué es lo que quiere? ¿Dinero?

Yo había estado esperando ansiosamente este instante, el momento en que se descubriría, para poder confundirla. Pero no dió resultado el actuar tan precipitadamente. Mirándonos con los ojos muy abiertos en una expresión de dignidad herida, dijo:

—¿Dinero? Mi Dios misericordioso y gracioso, ¡no! Eso sería chantaje, ¿no? Oh, no, no, no, ustedes me han comprendido mal. Realmente no pretendo ni un penique, ni tampoco amenaza con decir o hacer nada...

—Muy bien —dijo Jeff—. Ahí hay una puerta. ¡Váyase!

—Con placer, abuelito —contestó sardónica, pero respirando pesadamente otra vez—. Usted sabrá que todo lo que he dicho puedo decirlo igualmente en un banco delante de los jurados, y si no lo sabe, su abogado podrá informarlo. En verdad, todo lo que yo deseaba era tener la seguridad de que usted era la persona (o Miriam) indicada para entregarle su equipaje, ahora que él está muerto; pero si la muchacha no está casada con él, entonces no tiene ningún derecho...

Mientras se arreglaba para partir, continuó:

—Usted comprenderá. El pobre muchacho no me pagó nunca su alojamiento y comida. Tengo a este particular una docena de testigos, ya que no hay ningún recibo. Por lo tanto, su equipaje y todas sus pertenencias pasan a ser de mi propiedad hasta que se me pague la cuenta. Creo, aunque no estoy segura, creo que hay algunas cartas en su maleta, escritas por nuestra Miriam cuando se enteró de que estaba *on-sant*. No lo sé y no me interesan. Sólo sé que me veré obligada a guardar dicho equipaje hasta que se me pague la cuenta.

Jeff se la quedó mirando detalladamente.

—Debe ir más lejos antes de conseguir algo... ¿A cuánto asciende dicha cuenta?

—Bi-e-en —dijo la señora Reilly echando la cabeza hacia un lado—. Me temo que sea un poco alta. Un poco alta. Pero aún no he logrado fijar la suma total. Son tres meses, y Raymond era un gran gastrónomo. Si usted se molesta un día próximo en pasar por mi casa, le tendré la cuenta. Mientras tanto, ni la

policía ni nadie podrá tomar nada de las cosas pertenecientes a Raymond. Esa es la ley. Aun la policía tiene que respetarla algunas veces. Buenos días, caballeros. Ha sido un placer el haberlos conocido.

—Señora Reilly —interpuso Jeff—. ¿Oyó usted alguna vez hablar del Duque de Wellington? ¿Sabe usted lo que dijo en un caso como éste?

—No, ni tampoco sé lo que dijo Gladstone en 1876 —declaró la señora Reilly fríamente—. Pero he oído hablar de Waterloo, y éste es el suyo.

—Dijo —continuó Jeff imperturbable—: “Publíquelo y será maldecido”, y aunque usted se haya permitido hacer un chantaje o no, de todas maneras yo levantaré un cargo contra usted. Este es el asistente-comisario de policía. Hazte cargo de ella, Bert.

Verdaderamente me hice cargo de ella y le metí en el cuerpo un miedo del diablo, pues la atacé en todas las formas de la geometría policial, a lo cual respondió con un ataque de histeria. Pero sabía perfectamente que no había habido chantaje y en ello se mantuvo. Creí que había un camino para nosotros si ella pensaba que se encontraba aún dentro de la ley, por lo que no quise seguir atormentándola.

Nuestra gente no tomaría el equipaje, sino que lo pediría prestado, por tratarse de un caso de asesinato, para examinarlo. En caso de que la mujer escondiera las cartas, un allanamiento las haría aparecer. Sería un examen largo. Por lo demás, y aunque no soy abogado, aquella parte de sus derechos sobre el equipaje me pareció un poco débil. De acuerdo con lo que ella había dicho a todo el mundo, Penderel había sido un huésped con pago y no un alojado. Pero cuando no existía libro de cuentas ni recibos ni acuerdo escrito, el huésped se convertía inmediatamente en un alojado (invitado); por lo tanto, la dueña de casa no tenía ningún derecho a quedarse con sus pertenencias, y menos si las reclamaba algún pariente cercano. Alguien había dicho que Penderel tenía su madre persa viva en Irak, y mientrasuviéramos el equipaje retenido para su examen, Jeff podría impartir instrucciones a su abogado allí para que se pusiera en contacto con ella y hacerla reclamar las pertenencias de su pobre y querido hijo, señalando a Jeff como su representante. Jeff viene hacia nosotros, presenta sus credenciales y nosotros decimos: “Muy bien, aquí tiene”. “Pero él me debía dinero”, reclama la señora Reilly. “Muy bien —contesta Jeff—, aquí tiene 50 libras. Si piensa que él le debía más, vaya a la Corte y demándeme por el valor de un par de maletas”.

Por consiguiente me resigné a tranquilizar a la señora Reilly, la que se marchó llorosa pero esperanzada. Luego cerré la puerta y expliqué mi plan a Jeff, que ahora temblaba y cuyo rostro se había tornado mortalmente pálido.

—Gracias a Dios —exclamó Jeff, sentándose—. A veces puedes ser útil. Sí, Penderel tiene su madre, de la cual he oído hablar en Irak. Me encontraba al final de mis fuerzas, Bert, y estaba blufando. ¿Crees que resultará el plan?

—Haremos que resulte. Recóbrate y escúchame. Esas cartas, si es que hay cartas, no importan ya gran cosa.

—¿Tú piensas así? Pero con lo que ha sucedido yo no pienso lo mismo.

—No empieces a pelear conmigo. Me refiero a que no importan, pues este asunto parece va a salir a luz sin que haya nada que podamos hacer, como no sea un milagro. Enfrentemos los hechos. Considerando esto como un motivo para matar a Penderel, resulta terrorífico. Esto es ...

Creí que Jeff iba a destrozar algo para aliviarse de Ja histeria que le roía el pecho, pero se encontraba en una de aquellas cóleras frías en las cuales los hombres pueden transformar deliberadamente una silla en leña.

—Esto es —añadí—, si todo aquello es verdad.

—Por supuesto que es verdadero. No supe qué hacer, si matar a esa bruja o qué, y todavía no lo sé. No soy un hombre de mente amplia como los de hoy día, pero creo que aun no me habría importado si hubiese sido cualquier otro, menos este Penderel. Tú no lo conociste, Bert. Era de aquellos que llaman a una mujer “querida señora” y hacen una reverencia para besar su mano, mientras mantienen un ojo en el anillo de brillantes. Yo siempre he demostrado la mayor simpatía del mundo por dos seres que no pueden vivir separados uno de otro; pero estas cosas, y especialmente cuando se trata de la propia hija... La señora Reilly acertó plenamente en el hecho de que ni Miriam ni yo pensamos por un segundo que Penderel estuviese en Londres, pues lo hacíamos a miles de leguas de distancia.

—Ahora piensa un momento, ya que es muy importante la próxima pregunta. ¿Cuánta gente sabía de este asunto? Me refiero a los muchachos, naturalmente.

—Eso es precisamente lo que no sé. Desde luego, la muchacha Kirkton, y nadie más que yo sepa, pero por supuesto que no puedo, asegurarlo. He gastado miles de pesos en acallarla, pero estas cosas se deslizan.

—¿Lo sabe Jerry?

—¡Quizás! Puede saberlo, a pesar de que nunca ha sido muy unido con Miriam. Además no estuvo en aquellas tierras. Tampoco lo ha oído por mí ni por Miriam, y aunque dudo de que lo haya oído por otro lado, puede ser que sí. Todos pueden haber sospechado que había algo raro, pero probablemente no conocían el nombre de Penderel.

—¿Y Baxter? ¿Y Mannering?

—Haría una apuesta a que Mannering no sabe nada —gruñó Jeff agriamente—. En cuanto a Baxter, tampoco creo que sepa nada, a pesar de haber estado en El Cairo. Pero el empleo de agentes secretos fue una de las más pequeñas precauciones que tomé. ¡Mi Dios! Bert, es un lío tremendo el haber escogido, de los millones de actores que deambulan en Londres, precisamente al único...

—Bueno, después de todo, no es tan raro, pues los atributos que solicitaban eran también muy curiosos. Por eso insisto en que la cuestión es: ¿cuál de ellos que pudiera haber encontrado a Penderel tratando de extorsionar lo habría matado?

Jeff emitió un cacareo jocoso.

—¿No te das cuenta de que ha sido esto lo que ha dado vueltas en mi cabeza todo el tiempo? Pudo ser Jerry. Pudo ser Baxter. De Mannering no sé. Es una pregunta difícil. La misma Miriam, ¿quién sabe? Es difícil decir algo acerca de ella. Algunas veces tiene un gran coraje y otras es débil como tostada en agua. Es una muchacha curiosa. También puede ser fuerte la lealtad de Dick Buttler, pues está atado con Harriet. ¿Cómo saberlo? —Se rascó la barba un momento—. ¿No crees que pueden haberlo hecho todos juntos? Un plan llevado a cabo entre todos. Una vez leí una historia así. Eran trece personas y todas tenían algo que ver con el muerto.

—Eso no tiene sentido —dije—, pues de ser así, no lo habrían hecho tan tontamente. No, lo hizo una sola persona, y cualquiera que haya sido, resultará un lío.

Jeff caminaba abrumado hacia arriba y abajo, mientras la lluvia continuaba golpeando contra la ventana. Luego dijo:

—Supongo que no podemos acallar todo el asunto, pero en todo lo que tú puedas...

Lo único que se podía hacer, por el momento, era trabajar con los hechos ocurridos entre las 10.45 y las 11.00 y ver si podíamos eliminar a alguno. Empezaríamos por Pruen. Este, según el relato de Illingworth, tuvo todo el tiempo bajo su vista todo el *hall*. Además, llegó antes que ningún otro. Decidí mandarlo llamar, pero que Jeff no estuviese presente, pues esto podía obstaculizar el interrogatorio y hacer mentir a Pruen más de lo que su naturaleza parecía predisponerlo. Además, decidimos no informar a nadie sobre la visita de la señora Reilly, ni siquiera tratar de averiguar si alguien más sabía lo que ella, porque podría ser que la fiebre de mentiras se acrecentara aún más.

Antes de que Pruen entrara, extraje la infernal lista de Popkins de mi bolsillo, y poniéndola encima del escritorio, me senté a estudiarla. ¿Se habían aclarado algunas preguntas? Sí; unas pocas. De once puntos, teníamos ahora respuestas razonables para cuatro: los números 6, 7, 8 y 10. En el 6, el llamado de Miriam a Harriet con voz disfrazada, mi teoría había sido bonitamente verificada. El número 7: significado del libro de recetas de cocina, estaba claro ahora. Así también el N.º 8, el telegrama de Jeff desde Southampton y por qué no había llegado al Museo. La respuesta al N.º 10: si alguien hubiese hecho estudios médicos, era no; no había nadie. Lo cual, como ustedes notarán, nos deja del 1 al 5, el 9 y el 11. ¿Bien?

Me levanté a cerrar la ventana del baño, pues el cuarto estaba helado. Encendidas las luces, brillaba toda la tapicería, particularmente unas cuantas interesantes fotografías de ruinas. Jeff gustó siempre de rodearse de gran colorido, aun adornando las sillas de cuero rojo. No quedaba rastro en aquel cuarto de la reunión de la noche pasada, a excepción de que faltaba un vidrio de la puerta del ascensor y de una Gramática Árabe encima del escritorio, en la cual oculté mi lista de preguntas en el preciso instante en que entró Pruen.

Es un extraño espécimen este Pruen. Hacía mucho tiempo que no lo veía y lo noté más huesudo. Su cara se veía más abigarrada y sus ojos más llorosos detrás de los cristales Woolworth, pero continuaba sacándoselos a cada momento para secarse los ojos. La única diferencia consistía en que era la primera vez que lo veía sin uniforme, descubriendo que era calvo. No se demostró en absoluto hostil, porque se encontraba tan asustado que llegaba a saltar. Lo hice sentarse, destacándose sus angulosas rodillas, mientras su cabeza permaneció inclinada.

Le pregunté:

—¿Vas a mentirme?

—No, señor.

Estaba tan nervioso como Illingworth y pensé que iba a saltar de la silla.

—No digo nada sobre ti, ¿pero será por la familia Wade, a la cual conoces tanto, que mientes?

—Usted es amigo de ellos —dijo Pruen simplemente—. A usted le diré la verdad.

—¿Quién mató a Penderel?

—Que me caiga muerto si lo sé —exclamó con un gesto de gran comediante—. Que me quede tieso aquí sentado en esta silla. No sabía que estaba muerto hasta que... Usted sabe, señor. Cuando llegó ese inspector.

—¿Habías oído hablar de Penderel antes? ¿Sabías quién era?

—No, señor, no conozco al muerto. Ellos tampoco lo conocen. ¿Por qué alguien iba a querer matarlo? Yo le pregunto a usted, señor.

—Tú sabes que ya conozco todo el juego que iban a llevar a cabo anoche. El señor Wade te lo dijo, ¿no? ¿Tú no niegas esa parte?

—De ninguna manera —contestó cándidamente.

—¿Es cierto que estuviste de guardia toda la noche delante de las puertas? Se mostró enfático:

—Toda la noche, señor, desde antes de cerrar el Museo. Después de cerrar me quedé más o menos desde diez para las diez hasta las once. Justamente a las once llegó ese lunático, usted sabe señor, ese que pretendía ser Wallace Beery, y si usted me pregunta a mí, fué él el que lo hizo. Se escapa del ascensor rompiéndolo y luego se fuga por la ventana del lavatorio... ¡Ya! Usted sabe el resto. Después lo empujamos dentro de la carbonera. Entonces el señor Holmes dice: “Tenemos que irnos de aquí antes que llegue la policía”, refiriéndose al lunático por supuesto. Pero antes el señor Baxter tuvo que trepar por la ventana —señaló la del lavatorio— para poder abrir esta pieza donde habíamos dejado los sombreros y los abrigos.

Jadeaba. Le pregunté:

—Deja eso, que no tiene importancia, y empieza a contarme todo lo que sucedió anoche.

—Muy bien, señor, aquí va. —Aspiró una gran bocanada y comenzó—. Anoche mantuve las puertas abiertas desde las siete hasta las diez, haciendo negocio como siempre...

—Espera. ¿Por qué mostrarse tan escrupuloso en mantenerlo abierto, siendo que iban a suceder grandes cosas en la noche? ¿Habría importado?

—¿Si habría importado? —inquirió Pruett con un quejido de ofensa—. ¡Mire, señor! ¿No sabe usted lo popular que es este sitio, especialmente a la hora en que los chicos salen de la escuela y sus mayores pueden traerlos? Yo le pregunto sólo esto: ¿conoce algún muchacho que pueda resistir el encanto de la *Galería de Bazares*? ¿O el de la de los Ocho Paraísos, que es una reconstrucción del palacio del Sultán? (Debo confesar que había pensado mucho al respecto, mas había dado como un hecho que nadie acudía a los museos, pero ahora presentí que había estado equivocado). Este lugar, señor, no es la “National Gallery”, ¿no? Pero le pregunto de nuevo: conociendo usted al señor Wade, ¿cree que habría mantenido este Museo abierto un segundo si no viniera gente? Mire los Bazares o los Ocho Paraísos. Barnum y Bailey no lo habrían hecho mejor. Además, queríamos poner un gran letrero

luminoso, y lo habríamos puesto si nos hubieran dejado; también un Corredor de Espejos, y lo habríamos cargado en la entrada. ¡Popularidad!

—¡Muy bien! ¿Cómo se presentó el negocio anoche?

—¡Maravilloso! Era viernes en la tarde y sin escuela al día siguiente. Por eso tuvimos que mantenerlo abierto. Hubo una sola irregularidad, y es que no vinieron los tres empleados que hacen el aseo, pues se les dijo que no vinieran.

—Continúa.

Otra aspiración profunda.

—Bien, señor; la señorita Miriam, la señorita Kirkton, el señor Jerry y los demás iban a llegar aquí alrededor —echó la cabeza hacia atrás parpadeando; se había excitado tanto, que había olvidado el miedo—, iban a llegar aquí alrededor de las diez. Sí; justamente, alrededor de las diez. Entrarían por la puerta de atrás, ya que la señorita Miriam tenía llave. Los que tenían que vestirse para sus papeles, lo harían en el piso del señor Holmes. El señor Wade, que sólo iba a ponerse bigotes y barbas postizos (aunque yo me oponía a que usara barbas) y sus ropas de costumbre, se iba a colocar las barbas aquí. Cuando llegaron, vinieron directamente a este cuarto a esperar que cerrara el Museo.

—¿A qué hora cerraste?

Reflexionó.

—Diez minutos después de las diez. Es un poco difícil sacar a algunos de aquí, señor, y entonces...

—¿Y entonces qué?

Se revolvió en su asiento mientras se estrujaba la cara y golpeaba suavemente en el brazo de la silla.

—¡Diablos! Me he acordado de algo, y esto es nuevo. Espere un momento, hasta que lo ponga en orden... ¡Ahora! Diez minutos pasados las diez cerré y eché el cerrojo a las puertas y luego vine a este cuarto para informarles que estaba todo listo. El señor Buttler se paseaba enojado y me preguntó: “¿Dónde está el actor de la agencia? El resto de nosotros ya ha ensayado su parte, ¿pero dónde está ese muchacho de la agencia? ¿No ha llegado todavía?”. Eso fué lo que me dijo el señor Buttler.

—¿A qué hora se suponía debía llegar el actor?

—Eso —apuntó Pruen triunfante— fué lo que luego me agregó el señor Buttler. El señor Buttler dijo: “Le indiqué que estuviera aquí lo más cerca de las diez que pudiera”. Entonces el señor Holmes, que se encontraba allí, cerca del escritorio donde está la máquina de escribir, que parecía un poco inquieto,

a pesar de ser el más tranquilo de todos, dijo: “Pasaremos por unos buenos tontos si no llega. ¿Dónde suponen que pueda estar?”. Entonces el señor Jerry, que estaba con los pies encima del escritorio imitando al señor Wade, dijo: “Mantengan las chaquetas puestas, puesto que no son más que las 10 y cuarto. ¿Qué hay del féretro?”. Mire, señor, ¿debo continuar así, con todos los detalles?

—Sí.

—Muy bien —dijo suspirando con evidente placer—. Como usted sabe, de féretro iban a usar una caja de plata, perteneciente al piso de arriba, de las cajas de cristal, y no la habían arreglado todavía, ya que yo no quería que me desordenaran el Museo mientras estuviera abierto. Por supuesto, señor, que tuvieron que probarse el traje en la tarde para ver si le quedaba bien al señor Baxter, porque habríamos quedado muy lucidos si resultara que no, pero el féretro no estaba arreglado. Temprano, yo había llevado para arriba una caja de embalaje y una caja de herramientas que tenía el señor Wade en el sótano, además de cera para sellar, de manera de hacerlo más verosímil. Así es que decidieron que mientras el señor Jerry se ponía las barbas, la señorita Miriam y la señorita Kirkton se quedarían ayudándole, y el señor Buttler y el señor Holmes irían arriba a preparar el féretro. El señor Sam Baxter dijo que no los podía ayudar, pues ya estaba vestido e iba a desarreglarse entero; por lo tanto, él se fué a la *Galería de Bazares* y empezó a pasearse para arriba y abajo recitando las palabras de su papel. No es muy buen actor el señor Baxter. Eran sólo unas pocas líneas. Lo hago mejor yo mismo.

”Antes de separarse, salieron todos juntos al *hall*, y el señor Holmes abrió la vitrina donde estaba el *khanjar*, la daga, y la sacó, pasándosela junto con un bigote negro que tenía en el bolsillo al señor Baxter. “Estos son tuyos —le dijo—; tómalos antes que se te olviden”. Pero el señor Baxter le contestó que no, “todavía no los quiero”, todo esto en voz baja, como si lo fueran a morder. “No voy a andar con esas cosas en mi cinturón —dijo—, ya que se me pueden resbalar. No me las pondré hasta el momento preciso. Guárdalas hasta entonces”.

”Por lo tanto, el señor Holmes toma la daga y el bigote y los coloca en el primer peldaño de la escalera. “Aquí las dejo, donde no puedan perderse”, dijo.

”Después, como ya le dije, se separaron. El señor Buttler y el señor Holmes se fueron para arriba. Las dos señoritas, a ayudar al señor Jerry a ponerse las barbas, y el señor Baxter a la *Galería de Bazares* a murmurar paseándose. ¿Y yo? Yo me dirigí directamente a mi silla cerca de la puerta de

bronce y no me moví de ahí en todo el resto de la noche. En ese momento, señor, debían ser las 10 y cuarto.

—Pruen —dije—, ¿quién robó la daga? ¿Quién la recogió?

Pareció reconcentrarse, aspiró luego una gran bocanada de aire y mirándome con grandes ojos inocentes, exclamó:

—¡Que me caiga muerto si tengo la menor idea!

CAPÍTULO XVI

La primera aparición del actor.

Ahí estaba, delante de mí, ese gusano manchado, con las manos aferradas a los brazos de la silla y la cabeza inclinada sobre un hombro. Si ustedes pueden acordarse de esas figuras de los anuncios que parecen urgirlo a uno a comprar algo, esto es exactamente lo que semejaba, a pesar de sus ojos que me miraban mortalmente serios y asustados.

—¡Mira tú, legñoso gnomo del diablo! —le dije ofuscado, inclinándome sobre el escritorio y apuntándole con el dedo—. Juraste decir la verdad. ¿Quién robó la daga?

—Mire... Ahora... —dijo Pruen con tono ofendido.

—¿Quién robó esa daga?

—No hay necesidad de ponerse apoplético, señor —se quejó. Su voz se había puesto un poco amenazadora, aunque trataba de dominarse—. Se pondrá si continúa en ese tono. Escúcheme, señor; todo lo que quiero es una oportunidad para explicarme. ¡Óigame! —Tragó saliva y empezó su discurso—. Aquí estoy yo sentado, cerca de las puertas, más o menos a noventa o cien pasos de la escalera. Esa daga se encuentra en el primer escalón de ella. Entre la escalera y yo hay además una hilera de vitrinas que me ocultan la vista, ¿no es así? ¿En cuanto a luces? No más que una luz de luna, y por último, no puedo alardear de muy buena vista. Ahora yo le pregunto a usted: la gente estaba pasando y repasando todo el tiempo hasta las once, y si alguno se agacha rápidamente, ¿puedo yo notarlo?

Además no estaba vigilándola. ¿Por qué no me deja contar toda la historia antes de juzgar?

Realmente era razonable lo que decía, pero yo tenía el convencimiento de que estaba mintiendo. De todas maneras, le autoricé para que continuara.

—Empezaré por el momento en que entra el hombre que fué asesinado —continuó, aclarando la garganta.

Pruen comentó que era un completo malgastar tiempo, pero me obedeció.

—No sucedió nada de particular. Me senté unos minutos a llenar mi pipa, ya que no se me permite fumar estando de servicio, cuando se abre la puerta de la sala del guardián y por ella salen la señorita Miriam y la señorita Kirkton. En el momento que ellas salían —el gusano imitaba ahora a un

abogado forense presentando evidencia delante de un juez— aparece el señor Buttler frenético, desde la *Galería Árabe* en los altos, y corre escaleras abajo. “¡Clavos! —grita balanceando el martillo—. He tenido que bajar a buscarlos. ¿Dónde están los clavos, Pruen? —grita a través del *hall*—. Hemos pasado unos terribles apuros para sacar esa caja de la vitrina sin quebrar nada, y ahora no encuentro los clavos”. Estaba muy excitado el señor Buttler. Le dije que lo sentía y que había muchos clavos en el bolsillo de una chaqueta del señor Wade que se encontraba en el sótano, pues usted sabrá que el dueño tiene allí ropas de trabajo y herramientas, todo allá abajo. Por lo tanto, le ofrecí ir allí a buscárselos, pero la señorita Miriam se ofrece muy gentil y rápidamente para ir. Ella siempre ayuda. Así es que mientras la señorita Kirkton sube con el señor Buttler, la señorita Miriam baja a buscar los clavos.

Pruen se recostó hacia atrás. Empleaba ahora un tono apagado y casual, parpadeando, como si estuviera ansioso de pasar pronto este tema.

—¡Oye! —dije.

—¿Señor?

—¿Quieres decirme que ella se precipitó hacia el sótano a buscar clavos?

—Sí; muy gentil de su parte —declaró Pruen desafiante. Sus manos temblaban, y en lugar de transpirar él, lo hacían sus ojos—. Yo siempre he dicho que la señorita Miriam, siempre he dicho...

—¿Cuánto demoró en volver?

Reflexionó.

—Alrededor de cinco u ocho minutos. Algo así.

—Pruen, eres un mentiroso. ¡Maldito seas! ¿No ves que les estás haciendo un mal a todos? He oído el testimonio de Illingworth y el de todos los demás. Illingworth dice que él llegó al Museo alrededor de veinticinco minutos para las once. Tú dices que Miriam bajó al sótano no mucho antes de un cuarto para las diez... ¿Quieres hacerme creer que ella estuvo buscando los clavos durante veinte minutos? Cuando Illingworth caminaba hacia el fondo del *hall*, vió a Miriam salir de la puerta del sótano. Veinte minutos, y eso no es todo. Mientras ella subía, Illingworth oyó martillar clavos arriba. ¿Qué hay de eso? Cuando Illingworth llegó aquí, ¿iba ella recién saliendo?

—Sí, así fué —reiteró Pruen a regañadientes—. Así fué. ¿Y por qué no? Esa fué la segunda vez que bajó.

—¿La segunda vez que bajó al sótano?

—Sí, señor, jurado por la Biblia. No es porque tenga nada que ver con este negocio, no es eso. Pero déjeme continuar.

No quiero caer en la vieja y usual habladuría sobre atmósferas, pero realmente presentí alrededor de él una atmósfera de veracidad. Parecía laxo y tranquilo. Ya no le importaba hablar, pues había pasado el punto peligroso. ¿Qué punto peligroso? ¿El robo de la daga? Un sentimiento insidioso y que no me agradaba comenzó a insinuarse entre mis huesos, casi como una convicción: que la daga había sido robada en ese momento y había sido Miriam la que la había tomado.

—Bajó a buscar los clavos —continuó Pruen con aire confidencial—, volviendo con ellos después de cinco u ocho..., no, no, cinco minutos. El señor Buttler venía bajando nuevamente para ver lo que había pasado, y ella se los entregó.

—¿Esto debe haber sido entre las diez veinticinco y las diez y media? — La pregunta se atascó en mi garganta.

—Sí, señor. Ella le dió los clavos y comenzó a pasearse, como pensando; luego se dirigió rápidamente hacia donde yo estaba. Pero sólo me hizo una seña, me sonrió y entró en la *Galería Persa*...

—¿Esta se encuentra al lado izquierdo del *hall*, mirando desde la parte de atrás?

—Sí, señor. No había luces allí, pues yo las había apagado cuando se fueron los visitantes a las diez. Entonces le dije: “¿Le enciendo las luces?”. Pero ella dijo que no, que no le importaba. Todo estuvo tranquilo durante unos minutos. Muy tranquilo, ya que podía oír pasearse al señor Baxter en la *Galería de Bazares* y murmurar unas cosas raras en árabe. Yo me estaba inquietando un poco porque no arribaba el actor. En ese momento sale la señorita Miriam de la *Galería Persa*, atraviesa el *hall* otra vez, abre la puerta del sótano y baja.

—¿Tenías tú una buena visión de la puerta del sótano?

—Muy buena, señor, muy directa, desde la silla donde me siento; una buena parte de ella, al menos. Eso sí, no tuve mucho tiempo para pensar al respecto, pues inmediatamente empezó a sonar la campanilla de la puerta: tilín, tilín... Ah, eso fué un alivio. “El actor, al fin”, pensé. Estaba seguro de que no habían oído nada arriba, me refiero al señor Buttler, al señor Holmes y a la señorita Kirkton, ya que podía percibir el martilleo mientras clavaban la caja. Pero sentí un gran alivio. Abro la puerta y entra ese lunático. Ahora le pregunto —gritó Pruen—: ¿cómo podía yo adivinar que ése no era el hombre de la agencia? Parecía la encarnación viva del papel, lo único que no tenía barbas.

”Tenía el aire más cómicamente solemne que usted haya visto nunca (y un sombrero de copa); cara larga, la barbilla como escondida, unos anteojos de grandes molduras, y la medida de su cintura era once o yo soy alemán. Pero aun así pensé que tenía algo de sospechoso, porque cuando le hice algunas bromas, he aquí que saca una tarjeta que decía “William Augustus Illingworth, D. D.”, mostrándome también un libro escrito en árabe, para luego entrar con gran dignidad.

”Entonces me digo: “Esto es demasiado real”, y empiezo a preocuparme; pero luego pienso que quizás esté todo bien. Se detuvo un momento delante de la *Galería de los Bazares*, y debe haber visto al señor Baxter, pues lanzó unas palabras en un lenguaje extraño y el señor Baxter le contestó igual. Luego el loco prosigue su camino. La señorita Miriam sale por la puerta del sótano, lo mira y empieza a subir la escalera sin decir nada. Entonces se abre la puerta de este cuarto y aparece el señor Jerry, que, airado, le dice: “Llega usted tarde; entre aquí”, o algo por el estilo.

—¿Qué hora era? —interrumpí.

—Recién veinticinco minutos para las once —replicó Pruen, muy seguro—. Había mirado en ese instante mi reloj para ver lo atrasado que venía el actor. Media hora atrasado. El lunático y el señor Wade entraron en esta habitación juntos, y yo estaba todavía un poco preocupado. Pero tampoco esta vez tuve mucho tiempo para pensar, pues habrían transcurrido unos cinco minutos, cuando ¡bang!...

—No saltes de esa manera —le grité. Había saltado al mismo tiempo que golpeaba las palmas, y yo detesto a la gente nerviosa—. ¿Qué quieres significar con ¡bang!?

Pareció genuinamente perplejo.

—No sé. Fué como un estallido, señor, como si algo se hubiese caído y hecho pedazos. Venía de la *Galería de Bazares*, justamente de allí adentro. Llamé: “¡Señor Baxter!”, pues pensé que él habría roto algo y que luego las pagaría yo delante del señor Wade. Por lo tanto, me dirigí hacia allá corriendo.

—Espera un momento. (Esto parecía acercarse al asunto). Yo creía que no habías abandonado ni un momento las puertas.

Nuevamente pareció genuinamente perplejo.

—¡Mi Dios! No había pensado en esto. Sí; las abandoné, pero no por mucho tiempo. No se puede contar con eso, pues no fué por mucho tiempo que me alejé... —Una idea nueva y agradable pareció paralizarlo—. Eso es. Yo sé lo que usted quiere decir: que alguien puede haberse escurrido en ese

momento y haber tomado la daga del escalón, mientras yo había vuelto la espalda.

No había pensado en ello, pero era una buena sugerencia.

—¿Cuánto tiempo te ausentaste de las puertas?

Reflexionó.

—Dos o tres minutos, señor. Corrí a ver lo que había pasado, y cuando llegué allí no encontré al señor Baxter. Me quedé un momento pensando qué podía haber pasado, ya que no veía nada destrozado. De pronto lo veo: pedazos de carbón en el suelo y una gran mancha en la pared, contra la cual alguien había lanzado una lámpara de carbón.

—¿Quién?

—¡Eso es lo que no sé, señor! Nadie había entrado allí, excepto el señor Baxter; pero él tampoco estaba. Al llamarlo, llegó muy apurado, diciendo que estaba en la *Galería de los Ocho Paraísos*, con la cual hay una puerta de comunicación, y no hay necesidad de salir al *hall* para pasar de una a otra. “¿Qué diablos ha pasado?”, me preguntó. “Dígame, señor Baxter —dije—. ¿Tiró usted ese carbón a la pared?”. “¿Qué cosa? ¿Qué carbón?”. Cuando le señalé la mancha, me dijo que no tenía tiempo de andar jugando, alejándose luego hacia la *Galería Persa*. Sentí un extraño presentimiento de que algo raro pasaba.

—¡Un momento! Mientras estabas en los Bazares y antes que llegara el señor Baxter, ¿sentiste algún ruido proveniente del *hall*? ¿Pasos o algo parecido?

El salto que dió, como asimismo el aire de reminiscencia, pueden haber sido ficticios, como también imaginación; pero a mí me parecieron muy reales.

—Ahora que usted lo menciona, por supuesto que recuerdo. No le di importancia en ese momento, ya que aquí hay siempre mucho eco. ¡Pero que me caiga muerto si no oí ruido de pasos! Entonces tiene que haber sido cuando robaron la daga; le doy mi palabra que fué así. Juro que...

—¿Cuándo oíste esos pasos?

Se estrujó la cara en un esfuerzo por recordar.

—Bien. Inmediatamente después que asomé mi nariz en los Bazares. Sí, justamente entonces. Eran pasos rápidos y furtivos, ahora recuerdo perfectamente. Yo no soy del tipo de gente imaginativa; pero el sólo pensar en aquellos pasos rápidos y furtivos rondando allí fuera me dió escalofríos.

—¿Dónde se encontraban los demás? —pregunté.

—Bueno, lo que yo sé es que el señor Jerry se encontraba en una habitación con ese lunático, quien aún yo creía que era el actor; todos los demás, excepto el señor Baxter, se encontraban arriba. Eso lo sé positivamente, pues se asomaban, desde las diez y cuarto hasta veinticinco para las once, al final de la escalera para preguntarme si había llegado el actor. No le puedo decir la hora de todo eso, pues no la recuerdo, salvo que era uno después del otro: la señorita Kirkton, el señor Holmes o el señor Butler. La última vez que llamaron fué inmediatamente después que llegó el lunático y que la señorita Miriam había regresado del sótano por segunda vez. El señor Holmes salió a la galería y me cantó hacia abajo: “¿No ha llegado todavía, Pruen?” (Parecía preocupado). “Acaba de llegar —le contesté, jubiloso—. Está con el señor Jerry en este momento”. Me acuerdo perfectamente de esto, y que pensé por qué la señorita Miriam, que lo había visto entrar, no les había dicho nada.

—¿Todo esto sucedió antes que oyera el ruido de la *Galería de Bazares*?

—Sí, señor, un par de minutos antes, no mucho, de todas maneras.

Había tomado nota de toda la declaración en la forma que lo habría hecho Popkins, y podía imaginar su espectral aplauso a mi lado. Además, me encontraba casi tan excitado como Pruen.

—¡Espera un momento! —le dije—. Te tenemos todavía en la *Galería de Bazares*. Baxter acaba de cruzar el *hall* en dirección a la *Galería Persa*; Jerry y el... Dr. Illingworth se encuentran aquí en este cuarto; los demás, en los altos. La hora: más o menos un cuarto para las once. Ahora, dime: ¿hay algún otro modo de bajar a este piso, a excepción de la escalera al fondo del *hall*? ¿Ninguna otra escalera, sino esa de mármol? ¿Puede haber bajado alguien sin haber sido visto por ti?

Por unos segundos no obtuve respuesta de Pruen. Mientras me estudiaba detenidamente, sus huesudas manos se aferraban al cuello, como tratando de sacárselo; su respiración semejaba un silbido. Observé en su cara una expresión de curiosidad, mientras sus ojillos azules se dilataban y se achicaban.

—¿Otro modo de bajar? —repitió; luego pareció comprender la pregunta—. Sólo uno, señor.

—¿Cuál es ése?

—Una escalera en un rincón de la *Galería Persa*. Puede ir a verla ahora si quiere. Es una escalera privada, de esas de hierro, de caracol.

—¿Y ésa es la única?

—Sí, señor, a excepción del ascensor; pero ése está tan muerto como San Pablo, y, por lo demás, el señor Jerry y el lunático se encontraban allí mismo.

—¿Me dijiste que la *Galería Persa* estaba a oscuras?

—Así es.

Traté de mantener mi mente clara en esta confusión, pues soy un hombre concreto y no un detective.

—Bueno, toma la historia desde el momento en que entraste en la *Galería de Bazares*, encontrando la mancha de carbón en la pared.

—Inspeccioné alrededor, y me disponía a buscar si había alguien escondido, pues hay muchos lugares donde esconderse, como puede ver por usted mismo, cuando de repente, ¡tilín!, la campanilla de la puerta otra vez.

”¡Por Dios! Por poco me desmayo. Saqué mi reloj, pues pensé que podía ser el señor Mannering, y no había nada preparado todavía; pero era muy temprano, sólo un cuarto para las once. Podría ser que viniera temprano... Después pensé que no; todos le habían dicho y redicho, es decir, la señorita Miriam le había rogado que no llegara antes de las once. Entonces se me ocurrió que a lo mejor el lunático que había dejado entrar no era el hombre que esperábamos. No quedaba otra cosa que ir a averiguar, y avisar a los demás si es que era el señor Mannering. Debo confesarle, señor, que lo más que me preocupaba era el pensar que el señor Wade podía volver inesperadamente...

”Me asomé por una ventanita que hay en la puerta, por la que se puede mirar hacia afuera, y me encuentro cara a cara con el hombre que encontramos muerto después...

El sudor corría por la frente de Pruen. Lo secó con la manga, con pequeños ademanes, como mujer empolvándose. Tragó saliva.

—Pero ¿cómo diablos podía yo saber quién era aquel fulano? Un hombre de tez un poco oscura, con una barba negra, de anteojos con cinta negra también, y que parecía observarme. Era un extraño rostro para encontrarse de repente a través del agujero de una puerta, un rostro que parecía haber salido del mismo bronce de las puertas. Le pregunté: “¿Quién es usted?”, y me respondió con una curiosa...

—¿Entonación?

—Eso, si usted quiere, y los dientes muy cerca de la ventana. ¡Mi Dios! ¡Qué visión! Parecía algo diabólico. No sé si usted me entiende. “¡Soy de la Agencia Brainerd, idiota! ¡Abre la puerta!”. Cosa rara, tuve el presentimiento de que estaba diciendo la verdad y de que había cometido una equivocación con el otro.

”Cuando abrí, me preguntó con ese tono de voz tan raro: “¿Dónde está la señorita Wade?”. Eso fué lo que dijo. “Está arriba con los otros —le contesté —; pero no se preocupe de eso. Hay alguien aquí que creí era de la Agencia Brainerd”.

”Pasó de largo, diciendo: “¿Arriba con los otros? Muy bien. ¡Tú quédate donde estás! —exclamó al ver que iniciaba un movimiento—. Primero tengo que ver a alguien”. No había forma de tratarlo. Después se alejó con paso apresurado, antes de que yo pudiera hacer ningún movimiento ni que escapara ningún sonido de mi garganta. Usaba sombrero alto y llevaba un libro de cuero bajo el brazo.

”Ahora escúcheme atentamente en esta parte, señor. He llegado a soñar con ello, aunque no era un sueño muy agradable. Todo el tiempo me parece estar viendo ese rostro aparecerse súbitamente a través de las puertas de bronce... Como le dije, se alejó caminando, y cuando llegó donde se encuentra ese gran coche negro, se oyó un ruido.

”Alguien hacía: “¡Ssst!”; nada más que así —puntualizó Pruen, emitiendo un silbido a través de sus dientes—: Ssst, como cuando usted quiere atraer la atención de alguien. ¿Comprende? Quizás no fué muy alto; pero, con todos los ecos que hay aquí, resonó de tal manera que hizo saltar al hombre. Se dió vuelta, mirando hacia la izquierda de los coches. El actor se detuvo, mirando un momento, no dijo nada y muy rápidamente se internó en las sombras de los coches por el lado que yo no lo podía ver, donde se encontraba ese alguien a quien tampoco podía ver.

Interrumpí el recital de Pruen, pues tomaba a cada momento un tono más escalofriante.

—¿Quieres decir que, sentado donde te encontrabas, no podías ver ese lado de los coches?

—¡Que me caiga muerto si podía, señor! Siéntese en mi silla y pruebe si usted ve algo. Mi silla se encuentra aquí. Puedo ver la hilera de puertas de ese lado. La hilera de coches se halla a la izquierda, ¿no es así? Una hilera de pilares, y los coches se encuentran entre ellos y la pared del lado izquierdo. Un pequeño espacio entre uno y otro, y la pared al otro lado. La luz no es de lo más brillante, como usted sabe, y los coches arrojan pesadas sombras.

”Caminé hacia allí para averiguar qué era, pero me acordé de que el señor Mannering podía llegar en cualquier momento y que no debía abandonar las puertas... No supe qué hacer; caminé un poco más y exclamé: “¡Aló! ¿Quién hay ahí? ¿Qué está haciendo entre los coches?”. No hubo respuesta. No me encontraba lo que se llama asustado, no, señor. No me asusté sino cuando el

inspector halló el cadáver en el coche. Estaba disgustado, como cuando uno espera algo agradable y todo resulta mal. Pero entonces... —Pruen se reclinó en la silla con aire inspirado, como un globo de gas recientemente inflado—. Entonces vi algo que sólo ahora que puedo juntar todo entiendo. Cuando volvía en dirección a las puertas para cerrar la ventanita, vi cerca de ellas unas huellas. Esas huellas no estaban allí unos minutos antes. Eran como tiznaduras, y se destacaban en el mármol; eran huellas de las botas del fulano.

—¿Las botas de Penderel, el actor?

—Sí, señor, del fulano que acababa de entrar. Las marcas continuaban durante un trecho a través del *hall*, para luego desvanecerse. Pensé: “¿Dónde puede haber estado este hombre para tener tan sucias las botas?”. Y súbitamente recordé, al verlo caminar por el *hall*, que su espalda me era familiar, y así era. Ese hombre llegó aquí, como le dije, un cuarto para las once; pero eso no es todo, pues este mismo hombre había estado ya en el Museo más temprano. Un poco antes de las diez.

Pruen se incorporó triunfante.

CAPÍTULO XVII

Once puntos, once sospechosos.

—Había estado ya en el Museo —repetí después de una pausa— un poco antes de las diez. ¿Quieres decir que entró aquí, dió una vuelta y se fue?

Nuevamente Pruen parecía estar en serios apuros arreglando sus ideas.

—No sé exactamente lo que quiero decir, por eso le ruego que me ayude. Trataré de explicarle todo lo que recuerdo. Está todo tan confuso. Fué de la siguiente manera. En mi profesión, señor, uno se acostumbra a observar a la gente que viene al Museo, sus maneras y cómo reaccionan al entrar. Bueno, como le dije, anoche estuvo muy concurrido: dos grupos de niños con sus maestros, una señora vieja y dos parejas de enamorados. Uno puede conocer a los enamorados, pues se van a la *Galería de Bazaes*. También una familia entera de provincia. No sé exactamente cuánta gente. Había mucha, pero uno sólo con sombrero alto y abrigo negro, que me pareció raro, pues generalmente la gente no viene aquí con sombrero alto. No pude observarlo bien, ya que llegó juntamente con la familia de provincia, alrededor de un cuarto para las diez. Sólo pude verlo de espalda.

”Fuera de eso, le distinguí de los demás por otra razón. De la gente que viene aquí, y esto podría apostarle doble contra sencillo, la mayoría se paran a la entrada, mirando a todos lados sin saber por dónde empezar; después se dan vuelta a mirarme. ¿Por qué? No lo sé. Me imagino que quieren preguntarme algo. Algunas veces lo hacen y otras no. Pero, por regla general, se dan vuelta a mirarme; usted se sorprendería de las preguntas que me hacen: algunos quieren saber dónde se encuentra el cuarto de las torturas; otros, dónde puede estar el baño.

”Cuando este hombre llegó por primera vez a las diez, no me preguntó nada, como tampoco miró alrededor, sino que entró derechamente a lo largo del *hall*, tanto que pensé que estaba buscando el baño y lo vigilé para que no se fuera a equivocar de puerta. Fué en ese momento cuando vi el sombrero alto y el abrigo; pero al llegar junto a los coches se detuvo, para luego internarse entre ellos, como para entrar en la *Galería Egipcia*, esto es, en la segunda puerta a la izquierda.

”Después me olvidé completamente de él, ya que se me acercaron unos chicos y empezaron a hacerme preguntas. Sólo lo recordé cuando llegó la

hora de cerrar y me abrumó la idea de que no lo había visto salir. Por eso fué que inspeccioné todo a ver si había alguien. Nuevamente lo recordé cuando usted me hizo esa pregunta hace unos momentos.

—¿Había salido? —pregunté.

Pruen titubeó.

—Bueno, señor, yo no lo vi salir y tampoco lo encontré adentro; pero ciertamente llegó de nuevo un cuarto para las once, cerca de una hora después. Me atrevería a decir que tiene que haber salido, ya que volvió nuevamente.

Esto era serio. Pruen estaba dubitativo; pero yo no, pues empezaba a ver claro.

—Piensa bien —le dije— lo que te voy a preguntar. ¿Todo esto sucedió antes de que llegaran Miriam, Jerry y todos los demás?

—Sí, señor, unos minutos antes.

—¿Puede ser posible que Penderel (no pretendas que no sabes quién es Penderel) se haya deslizado hacia el sótano cuando vino aquí la primera vez?

La expresión de Pruen era la de alguien que husmea una trampa y tantea dónde pone el pie.

—No antes de que cerrara el Museo, pues sólo dos veces en la tarde aparté la vista de la puerta del sótano. La primera, cuando inspeccioné todo el lugar antes de cerrar a las diez, y la segunda, cuando alguien lanzó la lámpara de carbón contra la pared, en la *Galería de Bazares*. Así es que...

—Pero —dije— puede haberse escondido en alguna parte, ¿no es así?, y cuando te pusiste a recorrer el Museo haberse deslizado hacia el sótano. Contéstame. ¿Pudo pasar eso?

Decidí aferrarme a este punto antes que se desvaneciera, aunque existían varios otros al mismo tiempo. Pero la explicación de las manchas dejadas por los zapatos de Penderel cuando entró en el Museo por segunda vez parecía ahora muy clara.

Este llegó por primera vez adelantado, a las diez; por alguna razón se esconde y luego se desliza hacia el sótano. La razón puede ser que deseaba hablar con Miriam Wade y hablar con ella a solas. Los demás llegan unos minutos después y se reúnen todos en el cuarto de guardia, mientras Pruen cierra el local. Entonces, por una endemoniada razón, Miriam baja al sótano a buscar los clavos.

Apuesto mi cabeza a que ha encontrado a Penderel allí. ¿Fué una reunión premeditada? No; no puede haber sido. Además de estar ella convencida de que Penderel se encontraba a miles de leguas de Londres, era la última

persona con quien hubiera deseado encontrarse; pero le encontró. ¿Qué pasó? No sabemos. Sólo sabemos que ella regresó al sótano sólo cinco minutos después de haber bajado; se pasea luego un momento frente a la escalera, se acerca hacia Pruen, entra en la *Galería Persa*. Permanece allí unos momentos, para luego volver al sótano. En esta ocasión se queda un poco más tiempo. ¿Qué sucede en estas dos entrevistas?

Sólo teníamos evidencia de lo hecho por Penderel. Este llegó al sótano, donde apiló una hilera de cajas para poder trepar al hoyo de la carbonera (las cuales encuentra Carruthers después), para salir por allí a la calle, y a esto se deben las huellas de carbón que dejan sus pisadas en el mármol, carbón que no se alcanza a desvanecer con los pocos pasos que da sobre el pavimento de la calle hasta llegar a las puertas de bronce nuevamente. Cuando vuelve al Museo se encuentra en estado de ánimo airado, y entra preguntando por la señorita Wade. ¿Qué pasó, tenemos que preguntar de nuevo, en estas dos entrevistas? Una cosa es segura, y es que deseaba llegar a representar su papel haciendo creer que era la primera vez que entraba en el Museo.

Y resulta que penetra en una trampa. Alguien le estaba esperando, oculto detrás de la hilera de coches.

Sí, indudablemente es un negocio sucio, no me avergüenzo en admitirlo, y, al igual que al Dr. Illingworth, me causaba horror. Todo esto daba vueltas en mi cabeza como un siniestro *carrousel* en el cual se destacaba el rostro de Pruen parloteando.

—Oíste —dije a Pruen— a alguien silbar “¡Ssst!” detrás de los coches, llamaste y nadie te contestó, y no quisiste abandonar las puertas; pero, ¿no pudiste ver absolutamente nada?

Pareció muy acongojado. Había metido ahora sus manos dentro de las mangas, como un chino, y las movía nervioso.

—Nada, señor, a pesar de que me asomé por el lado de la *Galería Persa*, esto es, en el espacio que queda entre los coches y la pared del lado izquierdo.

—¿Y no viste nada?

—¡Nada! Por Dios que me oye, no vi trazas de ninguno de los dos. En ese momento no tenía ninguna razón para pensar que pudiese ser algo..., ¿cómo decirlo?..., criminal. Creía que se trataba de una broma. Eso es todo.

—¿No pueden haberse metido en el coche antes de que tú miraras?

—Supongo que sí —contestó lúgubrementemente.

—Cuando miraste por ese lado, ¿estaba la puerta del coche abierta o cerrada?

—Cerrada, señor —contestó después de una pausa—. Quiero decir que si hubiera estado abierta, me habría dado cuenta, y no noté nada.

—¿Oíste algo así como pasos o conversación, después de que ambos desaparecieron?

Su terror pareció aumentar.

—¡Cierto! Ahora que usted lo menciona, creo que oí ruido de pasos, rápidos y furtivos, igual a los que oí después del estruendo en la *Galería de Bazares*. Eso es, furtivos y rápidos...

—¿De dónde, de dónde venía el ruido de pasos?

—No sé, señor. Parecía estar en el aire. Con ese eco, uno no puede localizar los sonidos. Además, no fueron muchos, sólo unos pocos, sólo un momento después que el actor se desvaneciera entre las filas de coches. Es un poco difícil precisar tiempo cuando uno no tiene ninguna razón para acordarse.

—¿Eran esos pasos los de alguien que huye?

Pareció estallar.

—Por favor, señor, no me atormente más. Ya es bastante pensar, aun después que el juego se suspendió, que yo bailé alrededor de esa caja, y todo el tiempo el cadáver allí, y yo solo con mi linterna. ¡Dios mío! Y yo solo con mi linterna. —Golpeaba las palmas contra los brazos de la silla—. Ya tengo bastante con eso. Solo con mi linterna y todo el lugar desierto. Tendré pesadillas con ello. Y ahora usted me pregunta si eran pasos de alguien que huía. Y lo eran. Eran pasos que huían, y de eso me doy cuenta recién ahora.

Lo dejé tranquilo hasta que se recobró.

—Tómelo con calma, maldición —tuve que decirle—. Tenemos lo siguiente: Cuando el asesino se apodera de Penderel, actúa como un rayo, luego lo echa dentro del coche fácilmente, cierra la puerta y arranca o lo coloca un momento en el hueco que queda entre los coches, abre la puerta del más cercano y lo echa adentro, donde no podrá ser encontrado, y luego huye. Dices que sólo oíste unos pocos pasos. Unos pocos pasos... Entonces el asesino no puede haber arrancado a través del *hall*, ni haber subido las escaleras ni nada por el estilo, supongo, pues tú lo habrías oído.

—Y lo habría visto.

—¿A dónde se puede haber ido?

—A la *Galería Egipcia*, señor; ése es el único lugar cuya puerta se encuentra en ese lado y entre dos coches. Está en una línea con la *Galería Persa*, comunicada, y al igual que los Bazares y los Ocho Paraísos, al otro lado del *hall*.

—¿Dices que están comunicadas una con otra? (Ustedes podrán darse cuenta de lo que estaba pensando, ¿no es así?). La *Galería Egipcia* y la *Persa* tienen comunicación. Me dijiste que la *Persa* estaba a oscuras, ¿no? ¿Y la otra?

—También a oscuras, señor, pues no íbamos a emplear ninguna de las dos en el juego de esa noche. Además, no queríamos que entrara allí el señor Mannering y descubriera que habíamos sacado el traje del señor Baxter de una de las cajas.

Mis apuntes, a esta altura, estaban todos enrevesados, pero continué batallando y anotando fragmentos de lo que decía, aunque ni yo mismo estaba seguro de nada. Súbitamente algo parecía brillar entre mis confusiones.

—Oye —le dije—, aclaremos a cada personaje. Dijiste que Baxter había atravesado hacia la *Galería Persa* inmediatamente después que tiraron carbón a la pared en la *Galería de Bazares*. ¿Se quedó allí todo este tiempo? ¿Qué estaba haciendo? ¿No salió a decir algo cuando llegó Penderel?

Pruen se sobó la mejilla.

—Bueno, supongo que debe haber subido a donde estaban los otros, por medio de la escalera de hierro de la *Galería Persa*, ya que no salió hasta mucho después. De eso, precisamente, le iba a hablar. Hemos estado casi rozándolo, pero hemos vuelto atrás nuevamente. En realidad, desde el momento en que el actor entró hasta que oí los pasos, transcurrió muy poco tiempo. Entonces, no sabiendo qué hacer, regresé hacia las puertas y desde allí empecé a llamar a gritos a alguien: ¡Señor Buttler, señor Holmes! Quería saber si habían terminado, pues ya era casi la hora.

—¿Y?

—Inmediatamente que se habían apagado los ecos, oí pasos en la *Galería Persa*, y apareció el señor Holmes, agitando los brazos para hacerme callar, aun más pálido de lo que había estado en la tarde. Me dice: “¿A qué se debe este barullo?” (Había bajado por la escalera de hierro). Le hablo de los dos fulanos, primero el lunático y luego este otro que desaparece. Pareció terriblemente alterado. “¿Dónde está? —me preguntó—. ¿Por qué no me habías avisado?”. “Señor —le dije ofendido—, porque usted me ordenó que no abandonara mi puesto. El otro fulano, el delgado de anteojos que llegó primero, se encuentra con el señor Jerry. Además, el señor Jerry pensó que estaba bien; por lo tanto, ¿por qué no iba a hacer yo lo mismo? Por último, si me permite decirlo, ¿por qué tienen ustedes que tomarse treinta minutos para clavar unos clavos en una cajita?”.

”Lo que había pasado (esto lo supe después) es que los bordes de la caja de plata estaban tan corroídos, que les había tomado mucho tiempo el poder abrirla. Pero yo estaba muy enojado de que me dejaran solo tanto tiempo. El señor Holmes apretó los puños contra sus sienes y dijo: “Dios mío, después de todo debe ser el verdadero Dr. Illingworth”.

”Como una exhalación se dirige hacia el cuarto de guardia, donde estamos ahora. En ese mismo momento aparecen al final de la escalera el señor Buttler y el señor Baxter, arrastrando la caja, y empiezan a bajarla. El señor Holmes se pone un dedo sobre los labios en un gesto imperioso, para que no hagan ruido, me señala a mí, y luego, muy sigilosamente, comienza a abrir la puerta del cuarto, para mirar hacia dentro.

”Mientras el señor Holmes tiene ya media cabeza a través de la abertura de la puerta, los otros dos han bajado la caja y la señorita Miriam, la señorita Kirkton y el señor Baxter corren a preguntarme qué ha ocurrido. El señor Buttler mientras tanto hace sonar los dedos y corre escaleras arriba, como si hubiera olvidado algo.

”Y en ese momento, ¡zas!, la puerta del cuarto de guardia se cierra súbitamente con tal ruido, que casi nos corta la respiración a todos. Fué el momento en que el lunático comenzó su trabajo, sólo que entonces no lo sabíamos.

—Con lo cual, muchacho, nos encontramos casi al final de esta declaración. Teniendo ya la de Illingworth, podemos comprobar que ambas encajan perfectamente.

La de Pruen no es tan florida, pero los hechos eran los mismos. Un pequeño grupo, consistente en Pruen, Miriam, Harriet y Sam Baxter, se había reunido a oír la historia de éste. Mientras Holmes abría la puerta del cuarto de guardia para saber lo que estaba pasando, Buttler había subido al piso alto anunciando que había olvidado su cachiporra. Luego Jerry abre la puerta del cuarto de guardia, no sin antes haber enjaulado a Illingworth en el ascensor, y Holmes penetra en la pieza. Después de unos momentos salen ambos discutiendo volublemente; en ese instante Baxter encuentra el mostacho falso en el suelo. Después de argumentar unos minutos, los tres se reúnen con el grupo que se encuentra cerca de la *Galería Persa*. Mientras Jerry les cuenta sus experiencias con Illingworth, oyen a Buttler bajar la escalera. Este se acerca a la hilera de coches, mirando dentro de ellos, y abre la puerta del negro...

Inmediatamente después desciende de él, cerrando la puerta de un golpe. Nadie ha alcanzado a ver en su interior, pues, todos se encontraban muy lejos.

Pero Buttler alcanza a ver a Illingworth, cuya cabeza se destaca por la ventana del ventilador, y aquí empieza la tarea de perseguirlo, para terminar rescatándolo por el agujero de la carbonera.

—Y —concluyó Pruen— ninguno de nosotros sabía nada sobre el hombre asesinado (parecía no conocer aún el descubrimiento prematuro de Buttler). Nos asustaba el regreso del policía con refuerzos a averiguar qué pasaba. Dado esto, decidieron no llevar a cabo la broma, ya que el señor Buttler se había marchado y se había llevado al lunático consigo, pues insistió en ir a dejarlo a su hogar. Yo estaba muy sorprendido de ver al señor Buttler tan asustado. Antes de irse, los hizo jurar que se reunirían con él en el departamento del señor Holmes. Es curioso, ahora pienso que... —Pareció reflexionar un momento, pero luego prosiguió su relato—. La señorita Miriam se fué cuando lo hizo el señor Buttler. Ella..., bueno, no se encontraba del todo bien, usted sabe que su salud es tan delicada. Dijo que quería dar un paseo en auto a ver si se sentía mejor. Su auto se encontraba estacionado en Palmer Yard. La señorita Kirkton se ofreció a acompañarla, pero la señorita Miriam no quiso ni oírla, y contestó que se reuniría con los demás en el piso del señor Holmes, si se sentía mejor, y salió muy apurada...

—¿Sola?

Pruen pareció sobresaltarse con un recuerdo súbito.

—Eso me recuerda algo. Usted se pregunta por qué la señorita Miriam, que también estaba en el juego, habría regresado al Museo cuando el inspector ya estaba aquí. Eso fué lo que ocurrió. Ella había salido a dar una vuelta; después regresó y estacionó su coche nuevamente en Palmer Yard, donde lo deja generalmente, vió luz en esta habitación, por lo que pensó que todavía estarían aquí, y entró a ver.

”Pero se habían ido todos, a pesar de que el señor Holmes había insistido en quedarse, con policías o sin ellos. Quería saber lo que había sucedido con el actor y dónde podía estar. Estaba preocupado. Pero el señor Baxter le dijo: “Maldito sea el actor; ¿no te das cuenta de que el actor nos ha dejado con un palmo de narices? Yo no permanezco aquí por ningún motivo. Se ha formado un lío del diablo en este lugar y tendremos que arreglar todo”. “No se preocupe por eso, señor, pues yo limpiaré todo; tengo toda la noche por delante”, dije yo. “Sí —dice el señor Holmes—, pero tú no podrás sacar esa caja y llevarla para arriba, ¿no es cierto?”. “Eso es de fácil arreglo —dice el señor Jerry—. Nos vamos ahora y esperamos hasta que se pase el barullo, si es que hay algún barullo, lo cual dudo, y entonces regresamos a limpiar todo

esto. Mientras tanto podemos irnos al piso de Ron. De todas maneras tendremos que venir a devolver el traje persa de Sam”.

”La señorita Kirkton agregó que ésa era la mejor idea y los urgía diciendo: “¡Apúrense, apúrense!”. Todo era una confusión, pues habían apagado las luces y estábamos en el *hall* alumbrados sólo por mi linterna. Pero el señor Holmes se puso firme en un punto. “De todas maneras —dijo, poniendo mi linterna en la vitrina donde había estado el *khanjar*—, devolveremos el *khanjar*, que es una pieza valiosa”. Saca sus llaves y abre nuevamente la puertecita. “¿Dónde está el *khanjar*, Sam? ¡Dámelo!”.

”El señor Baxter, que es de un temperamento nervioso, da un alarido. “¡Yo no lo tengo! —grita—. Te he estado preguntando toda la noche qué hiciste con él, pues todo lo que pude hallar fué este bigote negro y todavía en el suelo. La daga y el bigote estaban juntos. ¿Dónde está la daga ahora? Por lo demás, en este momento ni siquiera sé dónde estoy yo mismo. Todo lo que deseo es que nos vayamos de aquí antes que...”.

”La campanilla de la puerta suena dos veces. Usted debería haberlos visto saltar al oírlos. Podía distinguir los rostros de todos a la luz de mi linterna. Los únicos que no estábamos asustados éramos el señor Jerry y yo. Nos quedamos todos mirándonos las caras. Ahora sabemos que el que llamaba era el señor Mannering; pero en ese momento el señor Buttler pensó que era la policía, y se asustó de ser hallado con ese traje y de hacer el tonto, ya que por esto lo despedirían del servicio diplomático o lo que sea. Dió un salto que creí iba a llegar al techo. El señor Holmes no lo hizo mucho peor. “¡Salgamos de aquí!”, grita el señor Baxter. Toma el bigote y lo deposita en el primer lugar a mano, esto es, en el interior de la vitrina, luego le quita las llaves al señor Holmes y apresuradamente vuelve a cerrarla, saliendo todos por la puerta de atrás lo más rápidamente que pueden”.

”La única que se queda atrás un momento es la señorita Kirkton, la que, poniendo las manos en mis hombros, con lágrimas de miedo en sus ojos, me dice, y todavía no puedo comprender por qué: “¡Prométeme esto! ¡Pase lo que pasare, aunque San Pablo se te caiga encima y todos los muertos salgan de sus tumbas, prométeme que nunca admitirás que ninguno de nosotros estuvo aquí esta noche!”.

Pruen se detuvo un momento para respirar largamente y enderezar los hombros. Me miró luego con los ojos brillantes de orgullo.

—Y por Dios, señor, su inspector puede decirlo, que aun cuando el cadáver ese saltó del coche, yo cumplí mi promesa.

Se produjo un largo silencio mientras la lluvia seguía golpeando monótonamente en la ventana y Pruen continuaba sentado muy rígido en su silla de cuero rojo. Lo contemplé largamente de arriba abajo. De esas versiones de dos personajes tan diferentes como eran Pruen e Illingworth podíamos hacer un todo verosímil.

—Sí; realmente eres un tonto —le dije—, pero dejemos eso por el momento. Sólo dos aspectos de esta broma que le iban a jugar a Mannering no están suficientemente claros en mi mente.

—¿Sí, señor?

—Se planeó en muy poco tiempo esta jugarreta que le iban a hacer a Mannering, ¿no es así? Pues ustedes no supieron hasta ayer en la tarde que Jeff Wade no iba a estar aquí esa noche. ¿Cómo se las arreglaron tan rápidamente en lo de los papeles y demás?

—Estaba planeado y arreglado desde hace una semana, señor. Lo único que faltaba era la fecha. Se pensaba hacerlo luego, cuando se presentara una buena oportunidad. Esta oportunidad era magnífica, pues el Dr. Illingworth realmente se encontraba en Londres. Como el *sheik* Mannering podía imponerse de ello por los periódicos, esto lo ayudaría a tragarse todo el asunto. Se habían ideado una cantidad de planes para probar al malabarista. —Se inclinó confidencialmente—. ¿Por qué no iba a creerlo? El primer plan era presentar un verdadero crimen. Este lo tuvimos que descartar, pero era un cadáver verdadero. Por supuesto que me refiero a un cadáver de la Escuela de Medicina. ¿Por qué se sobresalta, señor?

Mi cerebro daba vueltas.

—Mira, ésa era mi próxima pregunta. ¿Dijiste que lo iban a hacer con un cadáver de la Escuela de Medicina? ¿Escribió alguno de la pandilla el miércoles una nota que decía:

Querido G.:

Tiene que haber un cadáver, un verdadero cadáver. No importa la forma de muerte, pero tiene que haber un cadáver. Yo arreglaré el crimen; ese khanjar de empuñadura de marfil servirá, o la estrangulación, si eso es preferible...?

”¿Escribió eso alguno?

Pruen asintió ruborizado.

—Así es, señor. Ninguno se atrevió a confesarlo anoche, por estar las cosas como estaban. ¿Le dijo el patrón que el señor Jerry tiene un amigo llamado Gilbert Randall, que es estudiante de medicina? Se les ocurrió que

con su ayuda podrían obtener un cadáver. Pensaron que él podía sacar uno del pabellón de autopsias. Y eso de los “medios de la muerte” significa que no importaba cómo realmente hubiera muerto, sino sólo el conseguírselo. Con esta idea el señor Jerry se sienta ante esa máquina y comienza a escribir la nota, pero el señor Holmes lo interrumpe diciéndole: “¡Por Dios, santo! No escribas una cosa semejante. Si la carta se extravía, parecerá algo sumamente raro. Anda, si quieres, a hablar con Randall personalmente”. Así el señor Jerry coloca la nota en un bolsillo, del cual se le cae más tarde en el piso del señor Holmes. Por supuesto que cuando habló con el señor Randall, descubrieron que no era posible conseguirse un cadáver y por eso tuvieron que abandonar la idea. —Aquí Pruen lanzó una risa ahogada—. Y anoche, cuando el inspector la mostró como una evidencia criminal, produjo gran impresión. El señor Holmes casi murió de espanto. Tan asustado estaba, que el inspector seguramente lo habrá anotado en los detalles que le dió a usted... El señor Jerry se levantó a explicar, pero el señor Holmes lo detuvo. Desgraciadamente, cayó en malas manos y produjo terrible impresión. ¡Malabarista! ¡Puf!

Me recliné en mi silla, ofuscado. Teníamos ya la historia completa, al juntar las versiones de Illingworth y Pruen. ¿Y qué teníamos en realidad? Sólo lo suficiente para volver loco a cualquier hombre. Con gran trabajo habíamos ido desentrañando este *puzzle*, uno de los más complicados de los presentados en Scotland Yard. Habíamos juntado los pedazos y completado un cuadro perfecto. ¿Y qué era lo que veíamos? Veíamos una figura que nos sacaba la lengua. Después de todos nuestros esfuerzos no estábamos en absoluto más cercanos a averiguar quién mató a Penderel.

Dicha conclusión, consecuentemente, necesitaba una decisión. Pruen me miraba esperanzado, mientras yo pasaba las manos por lo que queda de la que fué una vez magnífica cabellera.

—¿Qué va a hacer ahora, señor? Le he dicho la verdad, como que una vez tendré que responder frente a Gabriel. Además, usted puede verificarlo preguntándole a cualquiera de ellos. El señor Wade me dijo que los interrogaría a todos.

—Pruen, muchacho —le dije firmemente—, no interrogaré a nadie más.

Gorjeó jubiloso. A mi vez me sentí tan contento, que le ofrecí un cigarro.

—Pruen —le dije—, mi propósito al venir aquí fué el averiguar para qué lado soplaba el viento (esto es una metáfora), quiero decir, para averiguar el grado de gravedad de este asunto y prestarle a Jeff Wade toda la ayuda que pudiera. He descubierto lo mal que están las cosas y cómo sucedieron. Aun

estoy dispuesto a ayudar en todo lo posible sin tener necesidad de corromper a mis oficiales, pero hay algo en lo cual nada puedo hacer. En la noche del 14 de enero estaban dentro de este Museo las siguientes personas: Miriam, Harriet, Wade, Baxter, Holmes, Buttler, Illingworth y tú mismo. Si exceptuamos a Illingworth, quedan siete, de los cuales cualquiera de ellos pudo haber asesinado a Penderel, esto sin considerar que al menos dos de afuera, Mannering y Jeff, podrían haberlo hecho igualmente si es que hubiesen tenido la ocasión. Si empujamos adentro también a Illingworth, para que se tuesten todos juntos, tendremos la suma de diez.

—Excúseme, señor —interrumpió Pruen—, ¿pero no está usted olvidando a la señora de rostro duro que estuvo aquí hace unos momentos y armó un gran alboroto? No pude oír lo que ella dijo, pero deduzco, por las palabras que usted le dirigió al salir, que tiene algo que ver con Penderel.

—¡Muy bien! —exclamé—. La señora Anna Reilly. Ella también puede entrar, con lo cual tenemos once sospechosos, posibles o no, probables o improbables; pero te debo repetir mucho que yo soy un organizador y director y no un detective; por lo tanto, el trabajo de ponerle la cola al gato debe ser llevado a cabo por alguien acostumbrado a trabajar con los ojos vendados, cosa que yo no lo estoy. Así es que...

—¡Hum! —respondió Pruen pensativo.

—Así es que ha llegado el momento de entregar el asunto en manos del tan celebrado superintendente Haddley. Según la definición de Popkins soy un recaudador de pistas evidentes, por decir desquiciadas, pero hay que admitir que, aunque con pocos resultados, he manejado perfectamente el asunto. Popkins me hizo una lista con once puntos que lo aclaran. Once puntos, once sospechosos, todo encaja. “Omito —dijo Popkins— los puntos más obvios de las preguntas”, y resultan ser todos obvios. En lo que a esto respecta, indudablemente tenía razón, pero añadió también: “Sugiero que cuando usted tenga la respuesta a estas once preguntas, tendrá también al asesino”. A lo cual sólo puedo responder que Popkins es un ciego embustero.

”Todas las preguntas han sido contestadas, unas en parte y otras completamente, y todo se ha tornado un poco más incomprensible y otro poco más sin sentido de lo que estaba antes. Mi tributo final será el volver contra él sus mismos cañones.

Mientras Pruen trataba de dilucidar a qué diablos podía estar refiriéndome, tomé un lápiz rojo y, trazando una línea roja a lo largo de las once preguntas, escribí la pregunta final:

“¿Quién mató a Penderel?”.

PARTE III

EL ESCOCÉS DE LAS “MIL Y UNA NOCHES”

Declaración del superintendente David Haddley.

CAPÍTULO XVIII

Se arranca el velo de la noche, pero no el del crimen.

¿Quién mató a Raymond Penderel? Yo puedo decirlo. Es una persona de la cual no se sospechó al principio, pero de cuya culpabilidad estoy seguro ahora, como también lo están el juez del crimen, el secretario del juzgado y hasta el señor Herbert. De no ser por la perversión de la justicia, el asesino de Penderel habría sido, no voy a decir ahorcado, pues ni los jurados ni la policía se inclinan a proceder tan duramente tratándose de la muerte de un *gigolo* chantajista, sino al menos habría sido sentenciado.

Este es el dilema. Si todo el asunto hubiese terminado en un fiasco, el D. P. P. lo habría abandonado sin resolver, pero no es el caso. Nos hemos enfrentado con una continua oposición al cumplimiento de la justicia. Pero esto no puede permitirse, y estamos en la obligación de encontrar una salida, aunque ésta sea sólo el condenar a un perjuro. El secretario del juzgado tendrá que ocuparse de esto, y cuando llegue la hora de las reivindicaciones, habrá que reconocer el hecho de que nuestro personal realizó un trabajo de joyería.

Ahora, si todo parece desarrollarse contando historias, me siento en el deber de censurar los defectos de los narradores: la educada frialdad de Carruthers, la fácil locuacidad de Sir Herbert y, por último, las polisilábicas frases de Illingworth, que sólo pueden obscurecer todo el conjunto. Creo necesaria una narración clara, lógica y que vaya derechamente a su objetivo, teniendo al mismo tiempo el acento de nosotros tres. Por ejemplo, la entrevista de Sir Herbert con Pruen me parece una historia un poco embrollada, la cual debemos aclarar, si queremos apreciar su significado. ¡Clarté! ¡Clarté! ¡Clarté! Al único escritor que puedo leer y releer constantemente es a Lord Macaulay, porque no he encontrado nunca una frase que deba leer dos veces para comprender su significado. El doctor Fell podrá decirles que gusto del drama y las frases rimbombantes, siempre que éstas estén subordinadas a claridad lógica.

No ha habido, me parece, otro caso en el que se pueda ejercitar tanto la lógica pura como en éste, y se debe precisamente a sus extrañezas. La lógica, señores, no estará entre las rarezas; pero la verdad es que, entre ellas, es donde mejor se la halla. Para un caso vulgar, como para un *puzzle*, pueden existir una docena de explicaciones; de esta manera, si el detective escoge la

equivocada, el caso empieza sin solución. Pero para una situación extraña puede haber sólo una explicación; mientras más complicada es la situación, más clara será la lista de motivos que la han producido. Por ejemplo, tomemos el caso del libro de recetas de cocina, el cual fué tan fácilmente explicado, y causara tantos dolores de cabeza tratar de buscar la explicación. La lógica nos habría demostrado que sólo podía existir una explicación: la más sencilla. Pero no la hallamos, por una humana tendencia a complicar todo, pues cuando un problema se presenta fuera de lo común, pensamos inmediatamente que la solución tiene que ser igualmente irregular.

Es por esto que les propongo caminar poco a poco hacia la solución de este caso. Como ya les dijo Sir Herbert, fui puesto oficialmente a cargo de este asunto el sábado, pero no inicié ninguna actividad hasta el lunes siguiente. Sin embargo, me dediqué a estudiar concienzudamente todo informe de valor, y sostuve además una conferencia de dos horas con Carruthers, de la cual destaqué hechos muy sugestivos. Por el momento no les diré cuáles fueron, sino sólo que concernían a los zapatos y anteojos del muerto. Me encontraba interesado, violentamente interesado en el caso, y deseé tener a Fell a mi lado para poder discutirlo. En la tarde del sábado recibí un llamado de Sir Herbert, el cual ya había regresado de su visita al Museo, habiendo averiguado lo que han oído de sus labios. Me entregó también la lista de once puntos. El incomparable Popkins la había puesto al día y empezaba a confirmar fuertemente las primeras sugerencias del informe de Carruthers.

Pero aún no les adelanto nada, ya que mi nombre adoptivo es Cautela. Trato de ponerme en contacto con las personas envueltas en el asunto. A pesar de lo proclamado por Jeff Wade, de que estaban todos dispuestos al interrogatorio, me parecieron desorganizados. Miriam Wade se encontraba en la casa de su padre, en Hyde Park Gardens, con un ataque de nervios; de todas maneras, dos médicos me confirmaron que debía guardar reposo durante veinticuatro horas. También me informaron que Harriet Kirkton estaba muy poco mejor. El joven Buttler se encontraba totalmente borracho en su departamento en Duke Street. Los demás parecían haberlo tomado un poco más ligeramente; pero existían novedades. Me las comunicó Jerry Wade cuando llamé a la casa de su padre.

Había habido otra pelea (la cual, crease o no, había terminado amistosamente) entre Buttler y Mannering. Ustedes recordarán lo contado por Carruthers, cómo Mannering esa noche había golpeado a Buttler en el mentón, botándolo al suelo como muerto.

Temprano en la mañana del sábado, Buttler se plantó en el vestíbulo de los aposentos de Mannering, a esperarlo que bajara. Apenas Mannering había salido del ascensor, Buttler le espeta:

—Buenos días. ¿No le ha dicho nadie que no se debe golpear a un hombre cuando tiene las manos en los bolsillos?

Mannering lo contempla un momento y le pregunta:

—¿Están sus manos en los bolsillos ahora?

Y sin más ceremonias lo golpea nuevamente. Esta vez Buttler estaba preparado, contestando a Mannering con un recto a la boca. Se armó entonces la pelea del demonio en el suelo del vestíbulo, estando el portero demasiado interesado para intervenir. Cuando se hizo muy evidente y el portero se vió obligado a pretender intervenir, ya ambos habían recibido su buen castigo. Buttler mira a Mannering y luego a sí mismo y comienza a reír. Luego de un minuto, Mannering esboza una sonrisa y dice:

—Venga arriba conmigo y tomemos un trago.

Buttler contesta:

—Muy bien.

Y suben juntos. Parecen haber parchado las cosas. Pero debí imaginarme que Mannering poseía el suficiente sentido del humor, como lo demuestra esta escena.

El incidente puede como no puede tener importancia. Decidí posponer todo verdadero trabajo hasta el domingo, y el sábado continué dedicado a estudiar toda evidencia. El domingo lo pasé en mi hogar, encerrado en mi estudio, con la pipa encendida, estudiando los hechos desde cada ángulo posible. Presté particular atención a la lista de Popkins, renovada y puesta al día. Contiene casi todas las más valiosas sugerencias que pueden conducir a la verdad, y me permito llamarles nuevamente la atención sobre ellas.

1.—¿Qué hay de las huellas de carbón justamente al interior de las puertas del Museo; esas poco distinguibles marcas que encuentra Carruthers?

Comentario: Desde que fue hallado polvo de carbón en las suelas del asesinado, es de presumir que las huellas fueron dejadas por él. ¿Dónde estuvo entonces antes de entrar en el Museo, para dejar esas marcas en el suelo de mármol?

Respuesta: Había estado en la carbonera del sótano. Habiendo llegado al Museo a las 9.50, se esconde y en algún momento, entre las 10.00 y las 10.10, cuando Pruen no tiene bajo observación las puertas del sótano, Penderel se escabulle hacia abajo. A las 10.15 se separan los componentes del grupo. Buttler y Holmes suben al piso alto, Baxter se dirige a la *Galería de Bazares*

y las dos mujeres con Jerry al cuarto de guardia. Luego, y aunque Pruen es el único que sabe dónde están los clavos y se ofrece para ir a buscarlos, Miriam Wade insiste en ir ella misma al sótano. Así lo hace, mientras Harriet sube al segundo piso con Buttler.

Miriam Wade regresa del sótano alrededor de las 10.25 o después, cuando Buttler bajaba nuevamente las escaleras a averiguar por qué ha demorado. Miriam Wade se pasea unos momentos y entra en la *Galería Persa*, descendiendo después nuevamente al sótano, donde se queda un corto tiempo. Regresa otra vez a las 10.35, hora de llegada al Museo del doctor Illingworth. Sube ella entonces al segundo piso a reunirse con Holmes, Buttler y Harriet.

Durante todo este tiempo Penderel permanece en el sótano. A las 10.45 debe haber penetrado en la carbonera y trepado por el hoyo hacia la calle, presentándose a las puertas del Museo, como si no hubiese estado allí anteriormente.

Lo cual nos da un tiempo documental tan valioso como una respuesta. Siguiendo el método de Popkins, debería añadirse un comentario a la respuesta. Este comentario sería simplemente: ¿Por qué, por qué realiza Penderel esta evasión a través del hoyo de la carbonera, volviendo al Museo? Si ustedes quieren pueden responder que lo hizo porque Miriam lo persuade a manifestar que nunca la había conocido antes; que lo persuadió de no permanecer en el sótano con ella, sino abandonar el Museo secretamente y volver como si fuera su primera visita. Por el momento no contestaré este punto.

El punto N.º 2 de la lista, relacionado con la nota que comienza “Querido G... Tiene que haber un cadáver...” etc., está plenamente explicado y puede dejarse a un lado.

Continuamos:

3.— ¿Qué hay de la gran lámpara de carbón que encontró Carruthers y que habían lanzado contra la pared de la *Galería de Bazares*, sin ninguna razón aparente?

Comentario: Esto no se menciona en la declaración de Illingworth ni en la de ningún otro, y parece no encajar en la historia. Las personas indicadas para interrogarlas a este respecto son Pruen, que mantuvo todo el tiempo una clara visión del *hall*, y Baxter, que se encontraba en la *Galería de Bazares* a las 10.35, cuando el doctor Illingworth llega al Museo.

Respuesta: Pruen lo menciona y parece aún no encajar en la historia. La quebrazón de la lámpara de carbón se produce muy poco tiempo después de la llegada de Illingworth. Pruen dice que él oyó el ruido “tres o cinco minutos

después de la llegada de Illingworth”. Hablemos en números redondos y digamos que el suceso ocurre a las 10.40.

Pruen oye el ruido proveniente de la *Galería de Bazares*, y aunque la puerta de esta *Galería* ha estado todo el tiempo bajo su vigilancia, no ha visto entrar a nadie, a excepción de Baxter, que ha estado allí desde las 10.15.

Pruen va a investigar inmediatamente y no encuentra a nadie en la *Galería*. Casi en el momento de entrar oye ruido de pasos (los cuales describe como furtivos y rápidos) afuera en el *hall*. Descubre luego los trocitos de carbón. Mientras los contempla, por las calles de la *Galería* aparece Baxter, el cual declara haber estado en el cuarto contiguo, llamado la *Galería de los Ocho Paraísos*, y no saber nada sobre el carbón.

Después de esto Baxter abandona a Pruen y, cruzando el *hall*, se dirige hacia la *Galería Persa*.

Pruen continuaba buscando huellas en la *Galería de Bazares*, cuando suena la campanilla a las 10.45, entrando Penderel.

Entre las 10.40 y las 10.45, ¿dónde se encontraban los otros? A Baxter más o menos se le localiza. Holmes, Buttler, Harriet y Miriam estaban en el piso alto, y suponemos que Jerry Wade se encuentra con Illingworth.

¿Quién disparó el carbón y por qué?

Existe un insignificante punto: en la media hora que transcurre entre las 10,15 y las 10,45, el único momento en que Pruen abandona su puesto de observación es al ir a investigar el ruido de la *Galería de Bazares*.

Esto lo anota el incomparable Popkins, que traslada todo al papel, aun lo que no entiende.

Yo les llamo la atención sobre él, sin acortar las anotaciones, porque pienso que contiene la llave de todo el asunto. Popkins, evidentemente, también pensó así, pues con toda lógica se expande hacia el siguiente punto.

4.—¿Cuáles fueron las aventuras del bigote negro?

Comentario: Este bigote negro se suponía tener el destino de ser usado por Baxter. De acuerdo con Holmes, fué depositado, juntamente con la daga, en algún lugar de la escalera, en el *hall* principal, temprano en la tarde. Juntamente con la daga semeja desaparecer. Es encontrado por Baxter, más tarde, en el suelo del Museo, para perderlo luego de vista, hasta que lo encuentra Carruthers dentro de la vitrina cerrada, en el lugar de la daga. ¿Significa esto algo? Preguntar a Pruen, de servicio allí.

Respuesta: Se interrogó a Pruen, y ahora tenemos las huellas de los movimientos del bigote, a excepción de las más importantes. Se confirmó la declaración de Holmes, oída por el Dr. Illingworth. Este colocó la daga,

juntamente con el bigote, en el último peldaño de la escalera, alrededor de las 10.15, cuando Baxter rehusó tomarlos.

Lo cual conduce a las siguientes preguntas:

a) ¿Cuándo desaparecen la daga y los bigotes?

b) ¿Por qué fueron robados ambos?

Baxter pareció notar su ausencia, pero aun no sabemos cuándo lo hace por primera vez. La única mención que tenemos de ello es poco antes de las once, cuando Illingworth es encerrado en el ascensor y todo el lugar se encuentra en confusión. Entonces Illingworth divisa a Baxter recogiendo el bigote del suelo, cerca del carruaje negro, y lo oye preguntar a Holmes qué ha pasado con la daga.

Por último, Baxter, en un momento de pánico, lo coloca dentro de la vitrina, Cerrándola luego con la llave de Holmes. Pero de sus movimientos entre las 10.15 y las 11 no sabemos nada.

De todas maneras, debemos presumir que la daga y el mostacho no fueron robados después de la llegada de Penderel a las 10.45, ya que el crimen se llevó a cabo tan rápidamente. Por lo tanto deben haber sido robados en el intervalo que transcurre entre las 10.15 y las 10.45, intervalo de media hora.

Existen dos alternativas.

Si fueron robados entre las 10.15 y las 10.40, en este caso sucedió bajo la vigilancia de Pruen, y, por lo tanto, éste sabe quién fué y miente deliberadamente; o mientras la atención de Pruen se distrae entre las 10.40 y 10.45, por el ruido de la *Galería de Bazares*, y deja el campo libre al asesino.

Todavía no tenemos ningún indicio que nos diga por cuál debemos inclinarnos.

En cuanto a la pregunta b), pienso que Popkins lleva el asunto demasiado lejos, y una idea acerca de por qué fueron robados ambos se está cristalizando dentro de mí. Pero también, en lo que a mí respecta, no debo ir demasiado lejos, sin haber interrogado antes a ninguno de los sospechosos sobre los quince minutos transcurridos entre un cuarto para las once y las once.

Naturalmente, considero que éstos son los minutos vitales, aunque les advierto que en el transcurso de mi historia ustedes pueden pensar que no es así.

Atengámonos a la historia de Pruen, y veamos, según ésta, dónde se encontraba toda la gente desde el momento en que Penderel entra en el Museo, a las 10.45, hasta que su cadáver fué prematuramente descubierto por Buttler, a las 11.00. Seguimos ateniéndonos a la historia de Pruen, y, según éste, Penderel, al entrar por el *hall*, es llamado por alguien desde las sombras

de los coches, donde luego desaparece. Después de un momento, durante el cual Pruen no entiende lo que pasa, no habiendo obtenido respuesta a su llamado de “quién está ahí”, oye ciertos pasos (furtivos y rápidos) nuevamente, corre al lado de los coches, pero no ve nada.

Cuando llama para que venga alguien, aparece Holmes proveniente de la *Galería Persa*. Después de una rápida entrevista con Pruen, se dirige al cuarto de guardia a observar a Illingworth, recibiendo luego el portazo en las narices cuando Illingworth asume su papel de inspector Wallace Beery. Durante estos sucesos, Baxter y Buttler acarreaban escaleras abajo la caja, seguidos de Miriam y Harriet.

Me persuadí de que, si no encontrábamos otra coartada, cualquiera de los que estaban arriba pudo haber matado a Penderel, ya que existen allí varias galerías y en una de ellas hay una escalera que desciende a la *Galería Persa*. Cualquiera pudo haber bajado por ella, haber pasado por la puerta de comunicación a la *Galería Egipcia* y por la puerta de ésta al *hall* oscuro, haberse escondido detrás de los coches a esperar a Penderel, todo esto sin ser visto por Pruen. ¿Pero cuál de ellos?

Me he sujetado a tres puntos de la lista de Popkins, los cuales, juntamente con el informe de Carruthers, me han conducido a la prueba definitiva en contra del criminal. Pueden ustedes, si así lo desean, observar los otros puntos, pero ellos han sido definitivamente aclarados. Una sola convicción se afianzó en mí, a medida que estudiaba el caso, lo cual también fue abordado por Sir Herbert, y es que, quienquiera que haya asesinado a Penderel, no fue Miriam Wade.

Tomemos los puntos 5 y 6, por ejemplo; las preguntas de: ¿por qué vuelve ella al Museo?, y ¿por qué telefona a Harriet con voz desfigurada? Vuelve al Museo, pues lo ha abandonado antes que los otros, por dar un paseo en auto, y a la vuelta, al estacionar su coche en el lugar habitual, ve luz, y, debido a esto, presume que los otros no se han marchado aún. En cuanto a lo segundo, y como también lo comenta Sir Herbert, su comportamiento al ver al muerto y su acción de llamar a Harriet con voz desfigurada no son los de una mujer culpable de asesinato. Pero un detalle más importante que estos dos factores, y que parece pasar inadvertido por todos, y yo me pregunto, Fell, si usted se ha dado cuenta de ello, es éste: que ella tenía la llave para la puerta de la reja de atrás del Museo.

Trituren eso, mientras yo concluyo mi interludio. Realicé un buen trabajo, quedándome el domingo en mi casa en Croydon, pues los sucesos se precipitaron, y en la mañana del lunes...

Cuando llegué a mi oficina a las nueve, me dijeron que Harriet Kirton me esperaba, pues deseaba hablarme.

CAPÍTULO XIX

La persona que robó la daga.

El tiempo continuaba desapacible y lluvioso y había fuego encendido en la chimenea de mi oficina. Aquellas paredes marrón desteñidas no son nunca muy alegres; pero ese día lo eran menos, con la lluvia llorando en las ventanas. Dejé a la muchacha esperando afuera, mientras leía mi correspondencia. Luego, enciendo la luz de mi escritorio, como también otras luces, y acerco una silla frente a mí. Nunca he creído en aquel sin sentido de mantener un foco en la cara de la gente, pero sí estoy convencido del efecto que produce el colocar a un testigo en una silla más baja que la propia y el que éste tenga que mirar hacia arriba cuando contesta. Después de estos preparativos, ordené que la hicieran entrar.

Mientras ella trataba de iniciar una conversación, realicé una observación minuciosa de su persona. Carruthers había estado muy acertado al definir su cara como la de un ángel de tarjeta o el Despertador del Alma, pero no era en absoluto del tipo que podríamos llamar blandas. Me pareció una de aquellas muchachas que son ligeras de cascos en pequeñas cosas y muy cuidadosas en las grandes. Es delgada, pero de contextura atlética, como las líneas de un perro de fina raza. Posee unas pocas pecas alrededor de la nariz y un par de ojos azules, los más expresivos y grandes que creo haber visto. Llevaba un impermeable y un mojado sombrero de felpa, debajo del cual asomaba su pelo rubio.

Se sentó inclinada hacia adelante, con los puños en el borde de mi escritorio. Cuando una mujer está nerviosa no carraspea ni tartamudea, y ustedes sólo pueden notarlo en su mirada alerta y en su voz, que tiembla un poco cuando la conversación es intrascendente y se suceden las preguntas una tras otra. Esta muchacha estaba en un gran estado de nerviosidad, ya que abordó el tema inmediatamente.

—Tenía que verlo —dijo.

Garabateé con un lápiz en la orilla del papel secante de mi escritorio y le dije:

—¿Sí?

—He precedido a Miriam —continuó, con sus grandes ojos fijos en los míos—, la cual no se encuentra lo suficientemente bien como para venir.

Señor Haddley, he venido a averiguar cuánto es lo que usted sabe. Esper... — Levantó una mano, aunque la verdad es que yo no había dicho nada—. Sé que no se supone que la gente pregunte a la policía; pero éste es un caso diferente y usted debe decirme...

—¿Sí?

—Se trata de lo siguiente. No ha aparecido nada en los periódicos acerca..., acerca de esto. Pero ayer una horrible mujer, apellidada Reilly, llama a la casa diciendo que desea hablar con Miriam de algo referente a R. P. Tomé yo el llamado. Parece que ella tiene algunas pertenencias, maletas o algo así. —Se detuvo. Había hablado en voz baja y rápidamente, mirando todo el tiempo una esquina del escritorio. Pareció ahogarse con la palabra pertenencias, como una persona se ahoga con una espina de pescado—. También declaró haber hablado con el asistente-comisario y que él ya lo sabía todo. ¿Entiende lo que estoy hablando, señor Haddley?

—Sí; sí comprendo.

—Entonces, dígame: ¿tendrá que saberse todo? —gritó bruscamente, aunque continuaba sin mirarme a los ojos—. ¿Tendrá que saberse todo? ¡Por el amor de Dios, no me diga que seremos acosadas nuevamente!

Esta índole de situaciones son las que producen un sentimiento de confortabilidad. En sus mejillas se destacaban unas manchas rojas como fresas, y, fuera de eso, todo su rostro presentaba una palidez de cera. Esta muchacha necesitaba engordar un poco, más sueño y menos tragos, pues parecía que ya se había tomado unos *whiskies* aquella mañana.

—Nadie la va a acosar, señorita Kirkton —repuse—. Escúcheme, le seré completamente franco. Somos seres humanos y nos desagrada tanto como a usted el escándalo; pero, gústenos o no, nuestro deber es buscar al asesino, y el problema es éste: es casi seguro que este crimen se cometió a causa de la señorita Wade... o a causa de usted.

Permaneció durante unos segundos muy quieta, respirando muy lento.

—Así es que también sabe eso —declaró más que preguntó, mirando hacia el rincón del escritorio.

—Un minuto, señorita Kirkton. Usted sabe que no tiene que decir nada que no desee... Ahora debo aclarar que no queremos publicidad hasta que completemos nuestra acusación contra el asesino, pues eso sólo perjudicaría nuestro trabajo. Pero será inevitable si no encontramos las pruebas suficientes para proceder a un arresto. Tampoco debe basar sus esperanzas en esto. Desafortunadamente, tendrá que intervenir un juez. Algunos de ellos actúan junto con nosotros, hacen nuestro mismo juego y mantienen en la obscuridad

lo que nosotros queremos mantener; pero hay otros, oficiosos como asnos, que les gusta sacar a luz todos los detalles, aunque con ello arruinen el caso, y Willerton, el que manejará este asunto, es, desgraciadamente, uno de ellos. Es sólo justo que se lo advierta.

Considero que es absurdo proceder duramente con un testigo en estas condiciones nerviosas. Si usted les habla calmada y suavemente, como si estuviera explicando algo a un niño, generalmente descubre lo que quiere saber. Esta muchacha estaba tan herida, que parecía embotada.

—Pero... —dijo, como si no hubiera comprendido nada—, pero..., en ese caso, ¿qué hará Miriam? Esta señora Reilly...

—No deje que eso la preocupe. Nosotros nos ocuparemos de la señora Reilly. Si usted quiere ponerse enteramente en mis manos, yo veré qué se puede hacer. Pero esto significa una completa franqueza. ¿Comprende eso, señorita Kirkton?

Asintió con la cabeza, temblando.

—Usted tendrá que elegir —continuó—. Toda su gente se ha colocado bajo mala luz ya, habiendo mentido acerca de lo que sucedió en el Museo el viernes en la noche...

Golpeó el escritorio.

—¿Y ello significa un aumento de problemas, supongo? —comentó amargamente.

—¡Oh! Recibirán unos ácidos comentarios de parte del juez. Pero esto no necesita preocuparla, si se comporta con nosotros con completa franqueza.

—Le diré todo lo que desee saber —contestó en un tono calmado, bajo y sin color, casi como un susurro—. Cualquiera cosa y todo, ¡así ayúdame, Dios! —Su voz sonó más temeraria—. Confío en usted; parece íntegro. ¡Sí! ¿Qué quiere saber?

—Muy bien. Por el momento dejaremos a un lado a la señorita Wade, penetrando de lleno en el tema. Usted fué amante de Penderel, ¿no es cierto?

—¡Sí! No. Amante no es la palabra apropiada. Quiero decir que suena como algo de larga duración. ¿Comprende? Sólo pasé una semana con él. No lo pude retener... —Compuso su rostro deliberadamente y con mano nerviosa abrió su cartera, sacando la polvera. Sus manos temblaban—. ¿Me pregunta que por qué me altero tanto? Quiero decir que todas lo hacemos alguna vez, ¿no es así? Supongo que será porque era un cochino. ¿Comprende?

—¿Trató alguna vez de sacarle dinero?

—No. Sabía que no tenía nada.

—¿Cuánta gente supo de este *affair*?

—¿Se refiere a mi *affair*? Miriam lo supo. Él se lo dijo. Yo lo conocí antes que Miriam, y ninguna de nosotras sabía que la otra lo conocía. Creo que esto es un poco confuso; pero usted lo entiende. Luego, cuando Miriam descubrió..., descubrió que estaba encinta, le dijo que se marchara, que no quería volver a verlo; pero él se rió en su cara, diciéndole que lo vería muy a menudo. Y para hacer todo el asunto más odioso, le contó lo mío.

—¿Lo quiere ella todavía?

—¿Miriam? —Emitió un sonido que parecía el comienzo de una carcajada, una especie de ¡Ja!, levantando los hombros como cuando alguien quiere librarse de un insecto—. ¿Miriam? Nada de eso.

—Ahora una pregunta muy personal. ¿Está usted enamorada de Richard Buttler?

—¡Sí!

—¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana. Yo se lo dije. —Me miró curiosa, con los ojos muy abiertos, pareciendo estar al borde de una sonrisa histérica—. ¡Oh Dios! Usted no piensa que Rink lo asesinó, ¿no? Me parece que usted es terriblemente anticipado. Probablemente él piensa que Penderel pertenecía a la excrecencia de la humanidad; pero no habría llegado nunca al extremo de matarlo. Usted no cree eso, ¿no es cierto?

No le dije lo que pensaba, como tampoco se lo diré a ustedes ahora. Continuó mirándome, ahora con aire triunfante.

—Y le diré algo más, señor Haddley. Los que no lo mataron fué porque no pudieron hacerlo. Cuatro de nosotros nos encontrábamos juntos en el segundo piso del Museo. Rink me contó que había descubierto el cadáver, usted ya sabe, a las once... —respiraba fuerte—; pero él no lo hizo y usted lo sabe perfectamente bien. Miriam se nos reunió un buen rato antes de un cuarto para las once, permaneciendo todos juntos hasta las once. Los cuatro juntos. ¿Qué opina de eso?

Nuevamente no le dije lo que opinaba, mientras me miraba a los ojos fijamente, con aire de desafío o sinceridad, no podría decir cuál de los dos.

—¿Puedo confiar en ello o es otra coartada elaborada?

—Puede confiar en ello, señor Haddley. Es la verdad. ¡Juro que es la verdad!

Abrí el cajón de mi escritorio y saqué el plano del Museo, dibujado por Carruthers.

—Tengo aquí un plano del Museo. Muéstreme en cuál de los aposentos de arriba se encontraban, es decir, encima de cuál de los señalados aquí.

¿Comprende?

—Sí; ciertamente. ¡Aquí! Mire, arriba hay cuatro galerías iguales que las de abajo, y alrededor de ellas hay una especie de balcón. Nosotros estábamos en la *Galería Árabe*, y ésa se encuentra directamente encima de esta otra llamada *Galería Egipcia*.

—¿E inmediatamente al lado de la *Galería Árabe* se encuentra cuál?

—La que llaman la *Galería de los Mantos*.

—¿Y ésta se encuentra directamente encima de la *Galería Persa*?

—Sí; por supuesto.

—¿Y sabe usted que en un rincón de la *Galería de los Mantos* existe una escalera de caracol, que desciende a la *Galería Persa*? —Mientras ella asentía, mirándome fijamente aún, proseguí—: Pongamos, entonces, esto en claro. Usted está dispuesta a jurar que desde las 10.35, hora en que se les reunió la señorita Wade, usted, ella, el señor Holmes y el señor Buttlar estuvieron todos juntos, sin perderse de vista. ¿Hasta qué hora?

—Hasta cinco minutos para las once —replicó, muy segura—. En ese momento Rink y Ron terminaron de empacar la caja. Sam Baxter acababa recién de reunírseles, subiendo la escalera de caracol. Entonces Rink y Sam, los más fuertes, empezaron a bajar la caja. En ese momento Ron..., sí, Ron, oye los gritos de Pruen, por lo que se precipita por la escalera de caracol a saber qué pasa. Mientras tanto, Rink y Sam Baxter bajan la caja por la escalera principal. No sé si usted sabe todo lo que pasó después...

Habíase transformado de un testigo reticente en otro demasiado voluble, por lo que la distraje lo más lentamente que pude.

—¿Aclaremos eso nuevamente, señorita Kirkton? ¿Está usted positivamente segura de que desde las 10.35 hasta las 10.55 la señorita Wade, Holmes y Buttlar no se separaron unos de otros?

La sola repetición no hace a veces cambiar una declaración, pero sí sacar a luz cosas enterradas. Harriet Kirkton no era ninguna tonta. Se había asido al borde del escritorio, evidentemente en un esfuerzo para darse cuenta dónde había estado su error. Luego asintió, pero su rostro no se alteró.

—Ya sé lo que quiere decir —anunció suavemente—. Ha estado hablando con Pruen. Quiere decir que cuando llegó ese cómico viejo del Dr. Illingworth, y Miriam subió a juntárseles, alrededor de las 10.35. ¿Es eso? No había pensado en ello. E inmediatamente después Ron Holmes salió al balcón a preguntar a Pruen si había llegado el actor. ¿Era eso lo que quería decir?

—¿Bien?

Juntó los labios.

—Ron sólo se ausentó unos segundos del cuarto y estaba en el lado afuera de la puerta; oímos sus pasos, le oímos preguntar a Pruen y luego le oímos cuando volvía. Para todo propósito práctico, esto significa igualmente que no se ausentó, ¿no es así?

—Para todo propósito práctico, ciertamente —admití—. Falta un pequeño punto, en referencia con eso, señorita Kirkton —proseguí—. Cuando llegó Illingworth, quien fué confundido por todos con el actor de la agencia, se encontró con Miriam en el *hall* cuando ella subía del sótano... —indicé lo del sótano como casualmente, ya que no quería que ella pensara que se le atribuía al sótano alguna importancia— e inmediatamente después se reúne con ustedes. Y, a pesar de esto, Holmes sale muy apurado al corredor a preguntar a Pruen si ha llegado el actor. ¿No dijo Miriam que lo había encontrado en el *hall*?

—No, no lo dijo; ahora que recuerdo, no habló absolutamente nada.

—¿Cómo se comportó cuando llegó arriba? ¿Nerviosa? ¿Preocupada? ¿Alterada?

—Muy nerviosa y muy alterada —replicó Harriet con voz pareja—. Usted me pidió que le dijera la verdad, y lo estoy haciendo.

—¿Sabe por qué se encontraba alterada?

—No, señor Haddley, no lo sé.

Dejé que esta idea se desvaneciera. Me levanté y caminé hacia la ventana, quedándome un momento a contemplar la lluvia, mientras hacía sonar unas monedas en mi bolsillo. Cuando pasé cerca de ella, pude observarla con el rabillo del ojo. Como no me gusta exagerar, no recalco esto demasiado, pero me pareció que cuando no se sintió observada sus facciones se relajaron, para luego ponerse tensas nuevamente; echó la cabeza hacia atrás, mostrando unas arrugas convulsas en la garganta, con un aleteo de los párpados de cera en aquella manchada figura de Burne-Jones, de una belleza rosada y blanca. Pero sólo sacó una cigarrera del bolsillo del impermeable, permaneciendo quieta, mirando el suelo. En ese momento me volví.

—Señorita Kirkton, si se prueba su declaración, quiere decir que ha proporcionado una coartada para cuatro de ustedes. Lógicamente usted se dará cuenta de que esto pone a los otros dos bajo muy mala luz. En estas condiciones, las únicas personas que pueden haber cometido el crimen son Baxter y Jerry Wade.

Esto la dejó atónita.

—¡Pero eso es imposible! ¡No, no! ¡Oh! ¡Es completamente absurdo! ¡Espere! El viejo estaba con Illingworth, ¿no es así? De todas maneras, nunca..., y por lo que respecta a Sam..., ¡Sam! —Su voz se había alzado a un tono que sólo podía completar la frase con un gesto, fallando al tratar de expresar lo claramente inadecuado de Sam como asesino—. ¡Sam! ¡Oh Dios! No tiene más que mirarlo. Hable con él. Quiero decir que, por supuesto, es un gran muchacho; pero pensar en él como un asesino...

—Bueno, no es precisamente un cumplido el ser llamado asesino. No dice nada en contra de él si usted sostiene que no es así.

—¡Oh! Usted sabe lo que quiero decir. —Se violentó tanto que aparecieron lágrimas en sus ojos—. En cualquier otro momento podría hablar más razonablemente, pero ahora no. Además, tampoco quiero jugar. Lo único que deseo es poder arrastrarme a un rincón y llorar. Sam es un muchacho pelirrojo, con un pasado tenebroso, que consiste en tener como regla emborracharse, con una dignidad recientemente adquirida, y su... Hable con él un momento. Como le dije, es muy buen muchacho, pero del tipo que se declara a una mujer terminando cada frase con un “¿si usted sabe a lo que me refiero?”. Además, ahora que recuerdo, se nos reunió en la galería antes de las once...

—¿A qué hora? ¿Se acuerda de eso?

—¡Oh! No lo sé. Le hemos dado mil vueltas con Rink, tratando de acordarnos cuándo sucedió eso. De todas maneras, diría que subió diez minutos para las once, diría que probablemente más temprano. Y si Clarke golpeó en la puerta de la antesala, entrando luego con una nota doblada, que dejó encima de mi escritorio; un método suyo demasiado elaborado, cuando hubiera sido mucho más fácil usar el teléfono. Abrí la nota y decía:

Hay dos hombres abajo, acompañados de una dama que espera en el auto. Nombres: Buttler y Wade. Pensé podría querer verlos.

Le dije a Clarke:

—Sí; yo le diré cuándo.

Me dirigí a la muchacha y proseguí:

—Le propongo, señorita Kirkton, que hagamos un *sketch* desde el principio sobre esa broma que iban a jugarle a Mannering.

—Eso es lo que me hace sentir peor —interrumpió—. Es curioso, pero es así. Greg Mannering, ciertamente, dió vuelta la tortilla contra nosotros. Quisimos hacerlo pasar por tonto, y es él quien nos ha hecho pasar a todos

nosotros por tales. Me lo puedo imaginar riéndose, como toda la demás gente, cuando cuente la historia delante del juez. Fuera de eso, nos hace aparecer tan desagradables, y la verdad es que nunca intentamos hacerle mal a nadie; sólo queríamos verlo deshacerse cuando el malvado intentara cortarle el cuello. Es una persona insufriblemente engreída. Si usted lo conociera nos entendería.

—¿Está enamorado de la señorita Wade?

Se quedó un momento pensativa.

—Sí; creo que lo está, real y verdaderamente.

—¿Y ella de él?

—Es raro que yo pueda estar tan segura de él y no de ella. Es muy difícil decir algo acerca de Miriam, ni aun cuando se la conoce tanto como la conozco yo. No creo que lo esté terriblemente. —Harriet hizo una mueca—. Sí sé que estuvo terriblemente impresionada con ese policía de la otra noche. ¿Cómo es el nombre? ¡Carruthers! Pero ha hablado tanto de Greg Mannering, ha alardeado tanto de Greg Mannering, que tiene que permanecer con él, aunque no sea sino en defensa propia. Sólo sé una cosa: que si hubiera estado entrañablemente encariñada con él, no habría permitido que le hiciéramos esa broma. Quiero decir que, suponiendo que se tratara de Rink Buttler, yo no lo habría permitido nunca, aunque se portase mal.

—¿Y qué piensa de Mannering? En general, quiero decir.

Observó detalladamente un cigarrillo no prendido entre sus dedos.

—He pensado mucho acerca de eso. Creo que es un “posero” que realmente vale por dentro. Esto es, que puede realizar grandes actos de heroísmo en el Himalaya o dondequiera que sea, pero lo haría sólo por vanidad.

Dibujé un momento en el papel secante.

—Muy bien, comience, como le dije, por el principio, y dígame todo lo que ocurrió la noche del viernes, desde las 10, hora en que entiendo llegó todo su grupo al Museo. Hay un solo punto que ninguno parece mencionar...

Estaba en guardia nuevamente, pero asintió inquiriendo.

—En la noche del viernes —proseguí—, o mejor dicho un poco pasada la una del sábado en la mañana, Carruthers se dirigió al piso de Holmes, siguiendo su rastro, después de haber descubierto el cadáver. El telefonista de abajo dijo que todos ustedes habían estado allí desde la nueve de la noche. ¿Eso era un arreglo, supongo?

—Sí; lo arreglamos cuando regresamos del Museo, después del fiasco; cuando verdadera y realmente no sabíamos nada de que se hubiese cometido un asesinato; pero pensamos que podría haber lío si se descubría nuestra

broma. Jerry le dió al muchacho una propina, ordenándole que dijera eso. Al muchacho no lo pondrán en apuros, ¿no es así?

—No; no por ahora.

—Y su inspector Carruthers no habría podido subir si no hubiera sido por una equivocación. Estábamos esperando a Rinkey. Rinkey había llevado al Dr. Illingworth a su hotel, y había jurado juntárenos en el piso de Holmes. Por lo tanto, Rinkey podía subir, pero ningún otro. Ron le había explicado al muchacho: “Vendrá un hombre disfrazado de policía; déjelo subir directamente”. Y sucede que llega un inspector de verdad, ríe y dice al muchacho: “No me anuncie; voy a golpearles la puerta y decirles que soy un inspector de policía”. Y el muchacho, naturalmente, pensó...

—Ya veo. ¿Pero este muchacho no había recibido ninguna otra instrucción temprano en la tarde, antes que ustedes volvieran del Museo, referente a que había una fiesta arriba?

—¡Ciertamente que no! ¿Qué está usted pensando? ¿Por qué se sienta allí como una esfinge, sin decir nunca nada? —Empezó a golpear con el puño el borde de mi escritorio—. ¿Qué piensa? ¿Qué pasa?

—¡Tranquila, señorita Kirkton! Empecemos por las 10 de la noche, hora en que ustedes llegan al Museo. Tómelo desde allí.

—Usted parece saberlo todo ya —comentó amargamente—. Creímos que íbamos a divertirnos de lo lindo; pero no fué así. Después que Pruen hubo cerrado, Rink y Ron Holmes subieron al segundo piso a arreglar el ataúd. Sam se fué no sé dónde a recitar su papel. Miriam y yo nos quedamos ayudando a Jerry a ponerse las barbas...

—Un minuto. Hay algo entre medio que no entiendo. ¿Es efectivo que un momento antes Holmes sacó la daga de la vitrina, poniéndola luego, junto con los bigotes negros, en el último peldaño de la escalera?

—Sí; es efectivo.

—Señorita Kirkton, quiero advertirle que si no me dice la verdad al contestar la próxima pregunta, yo lo sabré después, y entonces las cosas serán muy duras para usted... ¿Quién tomó esa daga del escalón de la escalera?

Pareció forzarse.

—¡Miriam! —replicó apagadamente.

CAPÍTULO XX

La llave con cabeza de flecha.

—No me entienda mal —exclamó, levantando nuevamente una mano, aunque esta vez tampoco yo había dicho nada—. Quiero decir que no fué nada..., nada furtivo, que no la robó. Rinkey y yo la vimos tomarla, como también el viejo Pruen; después la puso allí nuevamente. Le digo que no se quedó con ella. Me gustaría saber lo que está pensando. —Me estudió—. De todas maneras, tengo idea de que eso lo dejó atónito. Sucedió así. Luego que nos separamos, como ya le dije, Miriam y yo nos quedamos ayudando a Jerry a ponerse las barbas, y entonces Miriam dijo: “Viejo, debes ponerte unas ropas apropiadas...”.

—¿Ropas?

—Sí; el viejo llevaba la ropa que usa ordinariamente. Pero Miriam dijo: “Hay un par de chaquetas viejas de papá colgadas en el sótano; tienes que colocarte una de ellas. Voy a bajar a traerte una, ¿quieres?”. El viejo estaba muy ocupado poniéndose las barbas, las cuales eran bastante difíciles de colocar en su lugar adecuado, y no le prestó mayor atención. Miriam se entusiasmó mucho con la idea y salimos juntas al *hall*, dirigiéndose ella al sótano a buscar la chaqueta.

—¿No dejó que usted la acompañara?

—Sí, por supuesto, e iba a acompañarla, cuando justo en ese momento aparece Rinkey bajando las escaleras como un huracán, en busca de clavos. Entonces Miriam dice: “¡Yo los traeré! ¡Yo los traeré!”. ¡Ah! Ahora que recuerdo, Rinkey casi tropieza con la daga, y me dice: “Tú ven conmigo, mi bruja. Puedes ayudarme a sellar, si no tienes otra cosa que hacer”. Subimos juntos, y al llegar arriba y dar vuelta por el corredor, miramos hacia abajo. Miriam estaba agachada recogiendo la daga; mientras la mirábamos, tomó también el bigote. ¡Ahora óigame! —ordenó la joven, imperiosamente—, porque ésta es la absoluta verdad, lo juro. Miriam nos miró sonriente y dijo: “Alguien se va a tropezar con esta daga. Se la daré a Sam para que la guarde”.

—¿La oyó y vió Buttler decir eso?

—Creo que sí; pero no estoy segura, pues iba muy apurado hacia la *Galería Árabe* y se me había adelantado; por lo tanto, no puedo jurarlo, pero me parece que sí.

—¿Y con respecto al viejo Pruen? Debe haberla oído y visto también.

—No estoy cierta en cuanto a haberla oído; pero seguramente que la vió, a no ser que las vitrinas se hubieran interpuesto. ¿Usted no cree, no es cierto?

—Tranquilícese, señorita Kirkton. Tome, aquí tiene fuego. —Arrugaba el cigarrillo entre sus manos. Raspé un fósforo y se lo acerqué. Las marcas rojas de sus mejillas aparecieron nuevamente y sus ojos brillaban—. ¿Sabe lo que hizo ella con la daga?

—Supongo... que la pondría en alguna parte.

—¿No lo sabe con seguridad? ¿La vió?

—No; pero después le pregunté, después que supimos lo otro. Se lo pregunté ayer, ya que estaba terriblemente asustada; pero me dijo que no importaba nada que se lo dijera a la policía si me llegaban a preguntar.

—¿Cómo se comportó cuando la tomaba?

La muchacha exhibió una descolorida sonrisa.

—¿Todavía buscando las horribles manos culpables, señor Haddley? — Parecía perfectamente normal, un poco excitada, pero perfectamente normal.

—¿Sorprendida? ¿Sorprendida de qué?

—No sé.

—¡Continúe!

—¿Pero no ve que eso es todo? Subí con Rinkey y nos quedamos arriba con Ron Holmes. Todo se atrasó. Primero, les costó un mundo sacar esa caja de la vitrina, sin quebrar nada de los alrededores; luego se rompió la sierra; después descubrimos que los bordes estaban tan corroídos que no podíamos abrirla sin usar un martillo y un cincel. Miriam se nos reunió, como le dije, o más bien, como me dijo usted, alrededor de 25 minutos para las once.

—¿Cuándo observó que sus modales parecían nerviosos y alterados?

—A causa de eso estábamos todos alterados. Toda esa demora y la hora que se acercaba. Perdimos mucho tiempo tratando de abrir la caja, antes de descubrir que no se abriría de ningún modo. Todo sale mal cuando se está apurado. Estábamos todos un tanto iguales. Por lo mismo, no significa nada. Y esto es todo lo que puedo decirle, y que nos encontrábamos juntos en la *Galería Árabe* hasta cinco minutos para las once.

Tomé el teléfono y dije a Clarke, que se encontraba en la otra habitación:

—Hágalos entrar.

Harriet no se movió ni dijo nada, a excepción de un mecánico gesto de llevar el cigarrillo hacia sus labios. Creo poder asegurar que estaba exhausta y sin ninguna curiosidad, y aun cuando entraron Richard Buttler y Jerry Wade, un tanto mansamente guiados por Pierce, sólo dijo en un tono singular:

—¿Así es que los atraparon a ustedes también? Entren y disfruten de la fiesta.

—Pensamos que mejor nos asomábamos —observó Buttler—. Tus zalamerías pueden hacer efecto; pero también puedes necesitar un respaldo. ¿Qué tal, superintendente?

De Carruthers e Illingworth obtuvimos dos versiones diferentes de Richard Buttler; de Carruthers, la de un brillante charlatán; de Illingworth, no sin razón, la de una larga figura de demonio en traje de policía. Después de estudiarlo unos segundos, pensé que estaba más cerca de la primera que de la segunda, sin tener en realidad demasiado de ninguna de las dos, ya que se encontraba bajo una gran tensión emocional. Era alto, de rostro agradable, sin mayor distinción, a excepción de sus inteligentes ojos grises y un cabello negro muy bien cepillado que raleaba hacia la parte posterior de la cabeza. Probablemente llegaría a ser de esas personas que engordan con los años y pasan charlando en la silla de algún club. Cuando sonrió, un poco nervioso, distinguí que le habían botado un diente, como asimismo una cortadura cerca de un ojo. A su lado, Wade, más astuto y perspicaz, aunque menos plácido, una figura parecida al mono de un organillero, con un cómico sombrero. Ambos llevaban impermeables chorreando agua, y ambos estaban muy nerviosos. Jerry Wade más que el otro, pues se dejó caer pesadamente sobre la silla, lo cual es un proceso sumamente doloroso.

—No sé si usted me conoce, superintendente —declaró afirmando la voz—. Soy el disoluto y terrible Dr. Gable del relato del viejo Illingworth. Illingworth fue ayer a ver a mi padre, y escuché la historia de mis villanías a través de la puerta de la biblioteca. Este es el señor Buttler.

Lo miré detenidamente.

—El señor Buttler —dije—, que puede ser acusado de cómplice en el asesinato de Penderel. El que encontró el cadáver y se reservó la información.

—Yo le pregunto: ¿qué habría hecho usted en mi lugar? —inquirió Buttler sencillamente—. ¿Publicarlo a los cuatro vientos e introducir el pánico en el interior del Museo? Por supuesto que se lo iba a decir después, cuando me hubiera librado de Illingworth. Pero su oficial se me adelantó; ¿y cómo iba yo a traicionarlos, cuando ya todos habían jurado no haber estado en el Museo? Si hay que tragar alguna medicina amarga, estoy dispuesto a hacerlo; pero no haga aparecer mi acción peor de lo que fué... Pero es el caso que Illingworth vió también el cadáver en el coche y que no aumentaría los hechos.

Sonrió con el aire de quien se ha criado placenteramente, dejando caer su sombrero.

—¡Siéntense! ¡Ambos! —dijo—. Pueden fumar, si quieren. ¿Usted se dará cuenta, señor Buttler, de que se ha colocado en una odiosa situación?

—Perfectamente. ¡Gracias!

Me di vuelta alrededor.

—¿Y usted, señor Wade, usted sabrá que, a menos de que se crea enteramente el relato del Dr. Illingworth, el cual es por lo demás un caballero bastante excéntrico, puede ser arrestado por asesinato?

—¡Ay! ¡Jesús! —exclamó el Gaffer, al quemarse los dedos con un fósforo—. ¡Espere un momento! ¡Yo! ¿Por qué?

—Porque todos los demás, con la posible excepción del señor Baxter, tienen coartadas que no dependen del excéntrico clérigo, al cual no puede creérsele mucho.

—Bueno, créanlo o no, yo no lo hice —dijo—. Pero en eso no había pensado. Es bastante cierto, puedo jurarlo por mis pecados, que ese viejo Metro-Goldwyn-Mayer sufre de alucinaciones. Realmente no me doy cuenta de qué le pasa. A no ser que la constante lectura de sucesos escalofriantes le haya trastornado el cerebro. Cuando llegué a mi casa ayer a ver al viejo, iba armado no sólo de “La Daga de la Muerte”, sino también de algo que parecía ser su continuación: “El Regreso del Dr. Chianti”, que algún desprevenido pareció prestarle. Pero aunque el viejo pueda sufrir alucinaciones, es verdad que estuvimos allí...

Interrumpí sus protestas prontamente.

—A propósito, señor Buttler, ¿es realmente cierto que cuatro de ustedes tienen coartadas seguras? ¿La señorita Wade, la señorita Kirkton, el señor Holmes y usted mismo?

Ustedes se darán perfecta cuenta de que no había razón para colocar trampas en este terreno. Ya estuviesen mintiendo o no, era un punto sobre el cual estarían completamente decididos y de acuerdo. Adopté una franqueza policial directa. Los ojos de Buttler, bajo sus pesados párpados, parecieron estudiarme; se dobló los pulgares, mirando luego a Harriet inquisitivamente (la cual fumaba en forma plácida), para terminar adoptando también un aire de franqueza sin reservas.

—Supongo que usted lo llamará así —reconoció—. Ciertamente, nos encontrábamos arriba cuando el... el fulano llegó. ¿Un cuarto para las once, no? Pero hay una cosa: ¿por qué dejar fuera al pobre Sam?

—¿Estaba el señor Baxter arriba con usted?

—Por supuesto que estaba. Quiero decir que llegó allí un cuarto para las once.

—Usted estaba pendiente del reloj, de tal manera que pudo notarlo.

Rió estrepitosamente.

—No; pero hay un reloj arriba, en la *Galería Árabe*, donde nos encontrábamos; es una de las piezas del Museo, pero anda y da buena hora, y por supuesto que estaba pendiente de él, todos lo estábamos, viendo que se acercaba a la hora. Sam llegó un segundo o dos antes de un cuarto para las once.

—¿Está dispuesto a jurar sobre eso?

Mi tono casual pareció desconcertar a Buttler, al mencionar la declaración como un asunto sin mayor importancia. A pesar de sí mismo, se quedó mirándome. (Yo me contemplaba las manos). Echó una mirada a Harriet y luego a Jerry, haciendo sonar los zapatos al moverlos en el piso. Parecía presentir una trampa.

—Jurar —repitió—. ¡Ah! Claro, por supuesto. El hecho es Pensé que me iba a llamar mentiroso.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Bueno, la policía lo hace así. ¿No? Es parte de su procedimiento. ¿Dónde estarían ustedes si nadie mintiera nunca?

—Eso —dije— tiene mucho de verdad. Ahora concretémonos a su papel en este asunto, señor Buttler. Hablemos de Raymond Penderel.

Un escalofrío pareció recorrer el grupo. La muchacha tiró su cigarrillo a la chimenea, permaneciendo luego con la espalda contra el respaldo de la silla. Jerry Wade extrajo una armónica de su bolsillo.

—¿Oyó antes del viernes el nombre de Raymond Penderel?

—¡No! —declaró Buttler firmemente—. Lo que es más, no lo había oído nunca, hasta que el inspector Carruthers lo mencionó, luego del descubrimiento del cadáver.

—¿Usted llamó a la Agencia Brainerd pidiendo un actor?

—Sí.

—Se reunió con Penderel, el viernes en la tarde, en un bar en Piccadilly, para darle instrucciones sobre el papel que tendría que representar, ¿no es así?

—Sí —asintió Buttler, y rió nuevamente—. Lo que sucedió, y que usted parece no entender, es lo siguiente: Llamé por teléfono explicándoles lo que quería, y me dijeron: “Sucede que tenemos justamente el hombre indicado, el señor Umph-Umph”. No presté atención al nombre, ni siquiera sé si lo oí. Ahora yo le pregunto una cosa: ¿Cuántas personas le han presentado, me refiero a su vida social y no profesional, e inmediatamente después usted no puede repetir el nombre? No solemos recordar los nombres, a menos de que

tengamos razones para ello. Menos aun podía yo recordar un nombre que me fué murmurado a través de un aparato telefónico, de una persona tan abstracta como lo es X en un problema, si es que llegué a oír ese nombre. Esta es una verdad absoluta, superintendente. No conocía ese nombre. Les contesté: “Muy bien, díganle que se encuentre conmigo en el bar Calibán y pregunte por mí allí, a las 2 de la tarde”. Nos encontramos, y ni aun entonces me gustó su mirada de cerdo, pero me pareció capacitado. Cuando le pregunté su nombre, me contestó: “Eso no importa. Mi nombre será Illingworth por esta noche”. Pensé que actuaba extrañamente, como un villano de melodrama...

—Un momento. Si usted no sabía nada acerca de él, ¿por qué dice que ni aun entonces le gustó su mirada de cerdo? ¿Sabe ahora algo?

Buttler se detuvo; luego, dirigiéndose a Jerry, le dijo:

—Si hubiéramos sabido esto, habríamos traído a ese condenado abogado.

—No hay nada que hacer —dijo Harriet, cuyas mejillas llameaban—. Él lo sabe todo. Quiero decir que sabe lo mío y el *affair* de Miriam.

Recalcó ligeramente la palabra *affair*. Al final estábamos caminando por un sendero inevitable desde el principio. Además, hacía largo rato que yo había decidido cómo enfocarlo. Un *affair* lo bastante serio como para establecerlo de motivo del crimen. A no ser que pareciera de imprescindible necesidad, no había razón para sacar a relucir lo del niño.

—Sí —dije espaciando las palabras, para que no hubiese ninguna confusión—; hubo un *affair*, durante el cual la señorita Wade llegó a ser la amante de Penderel. Esto es todo lo que sé y todo lo que se necesita saber, si ustedes mantienen la cabeza en su sitio.

Se estableció un silencio. Eran todos unos amigos muy leales. Los ojos de Harriet Kirkton estaban llenos de lágrimas. Jerry Wade bajó la cabeza, mientras sus labios apretaban fuertemente la armónica.

—Eso... Eso está muy bien —musitó Harriet, con débil voz—. ¿Pero qué me dice de ese terrible juez suyo?

—Consíganse un buen abogado, que no deje que los apuren. No pierdan la cabeza, no se dejen embaucar y podrán salir a flote. Pero recuerden: no mientan. Vuelvo a preguntarles: ¿ha mentado alguno de ustedes acerca de algo?

—No —dijo Jerry suavemente, mientras una oleada de sangre inundaba su rostro, que aún no había adquirido la máscara de cinismo habitual—. Gracias... Nadie ha mentado.

—¿Sabía usted lo de su hermana con Penderel, señor Wade?

—No; no lo sabía. No lo supe hasta anoche, cuando ella me lo dijo; pero se me había mencionado el nombre de Penderel en cartas. Hace algún tiempo Miriam me escribió. Había conocido a una persona “terriblemente encantadora” con ese nombre; pero ella siempre escribe cosas por el estilo. Recuerdo el nombre porque me pareció un personaje de Michael Arlen. —Se interrumpió para tocar unas cuantas notas en la armónica—. “¿Cuál supone que sea mi actuación?”. “Señor, le cruzaré la cara con mi látigo en la escalera de este club”. Ojalá lo hubiese conocido, pues habría podido probar que sirvo para algo, pero por supuesto que no mucho. ¡Oh demonio! ¡Mi ojo!

Había espirado una larga bocanada de humo, cerrando luego los ojos.

Me volví hacia Buttler.

—Bueno, oigamos ahora su relato sobre la noche del viernes. ¿Por qué estaba usted tan ansioso de jugarle esa broma al señor Mannering?

Buttler pareció desconcertado.

—Francamente, no lo sé. Fué a causa de los rumores que me llegaron de él, supongo; o tal vez mi acostumbrado deseo de armar una representación teatral. Actualmente lo he conocido y sé que no es el personaje que imaginábamos —declaró, apuntando al hueco de su boca—. Creo que nunca llegaremos a ser amigos íntimos; pero mi filosofía consiste en dejar pasar los acontecimientos, para así tener una vida fácil. No sé si usted se enteró de ello, pero tuvimos un encontrón. Mientras estábamos en lo mejor de la pelea, se me ocurrió que nos estábamos golpeando para la diversión de la gente que se encontraba allí, y esto me resultó tan gracioso, que no pude evitar una carcajada. Se me ocurre que en ese momento adquirí otro poco de filosofía. Fué como caminar entre gas venenoso para descubrir que era gas hilarante. Me pregunto si habría guerras si esta idea se tornara universal.

El relato de Buttler, igual a los otros, no se lo transmitiré a ustedes, pues no aportó nada nuevo. Lo interrumpí en un solo punto. Estaba contándome la ida de Miriam Wade a buscar clavos al sótano, mientras él y Harriet subían las escaleras la *Galería Árabe*.

—Subió las escaleras —le interrumpí—. Ahora, dígame: ¿qué fué lo que dijo Miriam al recoger la daga del escalón?

Buttler se detuvo como si hubiera tropezado con algo. Luego me miró.

—¡Buen dar! —gritó, como a alguien que se le golpea bajo el cinturón—. ¡Eso sí que está malo!

Harriet intervino brevemente:

—Siento haber tenido que decirlo. No es que establezca la más mínima diferencia, como se lo he dicho una docena de veces al señor Haddley; pero

creo que debemos jugar limpio con él, como le hemos prometido. No supe si tú la viste, pero me pareció que ciertamente debes de haberla oído. Miriam tomó la daga de la escalera, pero por supuesto la devolvió, y eso no puede hacerle ningún daño, pues ella estuvo con nosotros arriba todo el tiempo. ¡No me mires de esa manera!

—Yo no te estoy mirando de ninguna manera —protestó Buttler con tono agrio. Sacó un pañuelo y se secó la frente—. Ahora que me acuerdo, ciertamente que la oí decir algo como de dársela a Sam para que la guardara. ¡Eso es, por San Jorge! Eso fue lo que dijo; pero es ésta la primera vez que alguien lo menciona...

—Miriam y yo lo hemos discutido —apuntó la muchacha—, y como hemos llegado a la resolución de ser absolutamente francos..., por eso lo dije.

—Bueno, ¿pero qué diablos hizo con ella? —preguntó Buttler—. ¿Se la entregó a Sam? Yo no se la vi en ningún momento colgando del cinturón. No recuerdo perfectamente la última vez que vi ese maldito objeto; pero sí recuerdo que no estaba en la escalera cuando Sam y yo bajamos el féretro a las once, puesto que yo pasé buscándola. ¡Por el amor de Dios! ¿Dónde la puso?

Lo interrumpí:

—De acuerdo con la declaración de la señorita Kirkton, no tenemos más información al respecto, a excepción de “que la dejó en alguna parte”. Pero eso puede esperar; dado que su coartada es buena, no la perjudicará. Trasladémonos al último acto, al descubrimiento del cadáver por usted.

Permanecieron callados. Por primera vez Buttler me pareció genuinamente inquieto, en lugar de nervioso.

—¡Oh! ¡Eso! —dijo—. Como usted ya ha oído, Sam y yo bajamos el “féretro” un poquito antes de las once. No pude oír lo que cuchicheaba el grupo cerca de las puertas. Todo lo que se me ocurría era que todavía no eran las once. Mannering no había llegado y todavía podíamos representar nuestra broma. En ese momento me acordé de que había dejado arriba mi garrote...

—¿Por qué el garrote? ¿Iba a representar un policía en servicio?

—¿Ah, sí? —preguntó ofuscado—. No sé; vine con el uniforme, y, por lo demás era de gran utilidad, porque, como usted sabe, yo iba a representar al policía, una figura muy importante. Usted comprenderá que debía existir un final para nuestra pequeña farsa. Cuando Sam se inclinase sobre Mannering amenazándolo con el cuchillo, debía haber una interrupción. Sí se asustaba, bien, y si no, le haríamos saber que todo había sido una broma. Por lo tanto, mientras Sam se inclinase sobre él, cuchillo en mano, el actor en el papel de

Illingworth amenazaría a los demás con una pistola, pero Harriet debía escaparse gritando. En este momento entraba yo. Entonces “Illingworth” (el diabólico Mohamed disfrazado...) me dispara a quemarropa. Caigo al suelo; al mismo tiempo debía derramar un frasco de tinta roja sobre mi camisa; pero aún estoy lleno de energía y sólo pretendo, astutamente, estar inconsciente. Cuando se acerca a dispararme nuevamente, golpeo su muñeca con mi garrote, arrojando lejos la pistola. En ese momento, ya tengo al príncipe Abú Obiad de Táif y al falso Illingworth donde quería tenerlos. Luego, a la pieza del guardián, donde los encierro. Debía urgir a Mannering para que tomara la pistola, pues yo me encontraba herido, y a permanecer vigilando a estos temerarios personajes. Tenía que aceptar o ponerse en ridículo. Si aceptaba, le diría: “¿Posee usted el suficiente valor para llevarlos a Scotland Yard?”. “Sí, sí —contestaría el osado Mannering—. Lléveme donde se encuentran”. Mientras él sostiene la pistola con gran determinación, yo diría: “¡Prepárese!”... Abro la puerta y entra él apretando los dientes.

”Uno a cada lado del escritorio, peluca y barbas a un lado, los pies encima del escritorio, fumando puros con placer, los prisioneros, Sam y el actor, se encontrarían confortablemente sentados, con una botella de *whisky* entre ellos. “Permítame —diría yo con gran reverencia—, permítame presentarles al Dr. Illingworth y al mismo tiempo al príncipe Abú Obiad de Táif”.

—He tenido mucho agrado en escuchar el capítulo final de la serie —le dije—. Pero...

Buttler hizo un gesto violento.

—Ya sé —dijo— que suena ridículo dicho aquí en este momento. Cualquier cosa sonaría igual en este lugar. Pero entonces todos pensábamos que era una gran idea, como también muy interesante el estudio de sus reacciones. Ahora usted se dará cuenta de que aquel garrote era de extrema importancia. Por lo tanto, cuando me di cuenta de que era casi la hora y no tenía mi garrote, corrí a buscarlo, y súbitamente recordé que lo había tirado dentro de uno de los coches, para que no me estorbara.

”Mientras los otros se encontraban todos juntos al comienzo del *hall*, abrí la puerta del coche de viaje negro. Realmente no sé por qué escogí precisamente ése, tal vez por ser el más importante... Y allí estaba esa cosa infernal, con la cara contra el suelo, justo a la altura de mis ojos.

”Lo primero que pensé era que se trataba de una lunática broma que me jugaban, y por lo tanto no lancé ninguna exclamación, ni dije nada, sino que trepé al coche, levantando aquella cosa para poder verla bien.

—¿Lo reconoció?

Nuevamente se secó la frente con el pañuelo.

—Sí, por supuesto; las barbas estaban casi despegadas. Lo reconocí inmediatamente, lo levanté un poco, bajándome del coche apresuradamente, dando un portazo.

”Los próximos minutos han sido los peores que puedo recordar en mi vida. Todos parecían gritarme; pero yo no lograba ver las cosas claramente; las cosas a mi alrededor me parecían brumosas. Cuando vuelvo en mí, y al mirar a través del *hall*, distingo la cabeza observándome desde el ventilador del ascensor. Aquella cabeza no tenía nada intrínsecamente horrible, pero a mí me lo pareció.

Aspiró largamente.

—Ahora, hay una cosa que Illingworth, al parecer, no vió, si es que oí bien el relato que le hizo al viejo Wade. No me vió acercarme al coche, sino sólo cuando abría la puerta desde el interior para tener luz.

”Cuando abrí la puerta por primera vez, cayó algo, algo que debió haber estado encima, o a su lado, rodando contra la puerta; no pude evitar el cogerlo, poniéndolo luego dentro de mi bolsillo, aunque no recuerdo haberlo hecho. No me acordé más de ello, hasta esta mañana, cuando me encontraba revisando el uniforme antes de devolverlo a la gente que me lo había arrendado. No se lo he dicho a nadie aún y no sé lo que pueda significar, pero vine aquí a entregárselo. Aquí está.

Los demás habían saltado y me costó gran trabajo mantener la impassibilidad de mi rostro. Buttler había depositado encima de mi escritorio una llave de acero de curiosa forma, un mango largo y angosto con un agujero también pequeño, para terminar en forma de flecha.

—Que me cuelguen —exclamó Jerry, y se detuvo.

—¿Sí?

—Yo sé lo que es eso. Es uno de los diseños especiales que le gustan al jefe, y ésa parece ser una de las llaves de la reja posterior del Museo.

Lo detuve abruptamente.

—Eso es todo. ¡Ahora pueden irse todos!

CAPÍTULO XXI

Las huellas del espejo.

Sin embargo, se aclararon otras cosas antes de que se fueran. Pude averiguar que sólo tres personas poseían llaves de la puerta de atrás: Ronald Holmes, el viejo Geoffrey Wade y Miriam. Jerry no sabía que Miriam tenía una, pero Harriet lo recordaba. La misma Miriam le había contado que se había procurado una con Holmes. Asimismo aseguró que ésa no podía ser la llave de su amiga, pues ésta se encontraba aún en su poder y se la había visto la noche anterior. La llave encontrada por Buttler era nueva y brillante, parecía recientemente hecha y, lo que era mejor aún, la firma del que la había fabricado se encontraba grabada en el mango: “Bolton, Arundel Street, Strand”.

Finalmente les pregunté si alguno se oponía a que le tomaran las huellas digitales. Como ustedes saben, hay gente a la que no le gusta eso; pero estos tres parecían muy interesados en ello. Buttler inclusive insistió.

—Quiero aclarar esto —dijo—, pues yo toqué esa daga. No la tomé ni la así, sólo la toqué, tal vez con el secreto pensamiento de cerciorarme de que todo aquello era real.

Cuando se hubieron marchado, me senté a estudiar y a hacer una tabla de los informes antes de ir a echar una mirada en el Museo Wade. Examiné las fotografías de las huellas digitales encontradas en la daga. Eran éstas tan confusas y enredadas, que no se podía sacar nada en limpio de ellas. No lograríamos nunca acusar a nadie con una prueba como ésa. Pero existían otras pistas que me satisfacían bastante. Envié al sargento Betts a Bolton con la llave. Llamé por teléfono a Carruthers pidiéndole que hiciera un trabajo extra y fuera a Prince Regent Court, en Pall Mall, a investigar cierto asunto, y después se encontrara conmigo en el Museo.

La niebla había empezado a aclarar, pero el tiempo continuaba desapacible y borrascoso. Aunque en un principio la descripción hecha por Carruthers del Museo me había parecido un poco exagerada, tuve que admitir que tenía un aspecto bastante desolado. No había haraganes rondando el lugar, pues estaba cerrado al público. Me abrió la puerta el guardián de día, que dijo llamarse Warburton. Sólo una cornisa de luz se encontraba encendida en el *hall* principal; por lo tanto estaba casi a oscuras. El *hall* me pareció

muy corriente, similar al de cualquier otro museo. Los valores poéticos están muy bien en un poema; pero no considero deban inmiscuirse cuando se trata de obtener una visión clara y precisa de algo.

Alguien se acercaba hacia donde me encontraba, proveniente de la famosa *Galería de Bazares*, la cual era mi primer punto en el plan de reconocimiento (ustedes supondrán por qué). La persona que se encaminó hacia mí y me habló, gracias a la descripción que tenemos, pude darme cuenta de que era Ronald Holmes. Me impresionó muy favorablemente; me pareció un muchacho reposado, capaz y enérgico, que miraba a los ojos y que no se dejaba engañar con tonterías. A pesar de que me pareció que estaba bajo una gran tensión nerviosa, sus modales eran reposados y habló muy claramente.

—Sí, señor —me dijo—. Sir Herbert nos informó que usted vendría y que lo esperaríamos. El señor Wade se encuentra ahora en la sala del guardián, con el Dr. Illingworth, revisando unas recientes adquisiciones. ¿Si usted quiere ir allí?

—Dejemos a un lado la sala del guardián —dije—. Me gustaría examinar el sótano. Pero hágame un servicio primeramente. Encienda todas las luces del *hall*.

Me miró con curiosidad, pero sin hacer comentario alguno se dirigió a dar instrucciones a Warburton. Mientras tanto yo fui a observar la pared de la *Galería de Bazares*, a la cual habían arrojado el carbón. La mancha permanecía muy visible en la pared rojiza, por encima de mi cabeza. Se encontraba, como ustedes ya han oído, encima de una tienda de objetos de bronce. Me puse de espaldas a la entrada de la tienda, observando la línea de visión que se tenía desde allí, a través del gran arco que separaba esta habitación del *hall* principal. Habían encendido las luces. Desde esta posición podía dificultosamente ver un segmento del arco que pertenecía a la *Galería Persa*, justo al frente; pero podía ver muy bien en línea oblicua la hilera de los cinco coches y una parte del arco que daba a la *Galería Egipcia*, como también de la puerta del sótano, al final del *hall*. No podía haberme equivocado, pues la *Galería de Bazares* se encontraba a oscuras y el *hall* relucía, iluminado como un escenario.

Cuando estuve seguro de ello, me sorprendí silbando alegremente (¿saben ustedes por qué?). Luego le hice una seña a Holmes y me dirigí hacia el sótano. Holmes me estudiaba con tal intensidad, que me pregunté si tendría alguna idea sobre lo que estaba pensando. Pero no dijo nada.

Carruthers ya les dió una descripción parcial del sótano. Detrás de las puertas había unos peldaños de concreto. A la derecha, un muro de tablas

cortaba en dos segmentos el resto. A la izquierda, una bodega de carbón y la pared del fondo se encontraban frente a los peldaños de la escalera, más o menos a diez pies de distancia, y en ésta había tres ventanas a media altura del terreno de afuera. El suelo era de piedra, y las paredes blanqueadas, relativamente limpias. ¿Está claro?

Todo esto fué lo que vi cuando Holmes dió vuelta el conmutador de la luz. Quizás ustedes recuerden que Carruthers, al mencionar el hoyo de la carbonera, la noche del crimen, habló de una corriente de aire, lo cual, añadido a mis propias deducciones, me dió una pista más. Cerca de la carbonera encontré una decrepita silla de cocina, y, trepando sobre ella, examiné cada una de las ventanas, encontrando exactamente lo que había esperado: la del medio estaba sin cerrojo.

Me di vuelta hacia Holmes, que estaba de pie bajo la ampolleta eléctrica. Esto daba opacidad a sus anteojos y dejaba grandes sombras en su rostro. Permanecía con las manos en los bolsillos, silbando una melodía entre dientes.

—Bueno —dije—, creo que es tiempo de oír su relato acerca de la noche del viernes. He oído ya los de los otros y parecen concordar. Quiero preguntarle si la puerta de la reja del fondo se mantiene siempre con llave.

Pareció muy sorprendido.

—Siempre, señor. Tenemos órdenes del señor Wade a ese respecto. Es cierto que tenemos la suficiente protección contra robos; pero el señor Wade no quiere vagabundos durmiendo en el patio. Inclusive se encuentran vagabundos en el barrio de St. James. —Titubeó—. ¿Por qué lo pregunta?

—Se me ha informado que hay sólo tres llaves para esa puerta. Usted tiene una; el señor Wade, otra, y la última, la señorita Wade. ¿Es así?

—No, señor; sólo hay dos llaves.

—¿Dos?

—Sí. La señorita Wade me pidió prestada la mía; por lo tanto, cuando el señor Wade me dijo que se ausentaba, tuve que pedirle la de él. Además, era un buen pretexto. —Sonrió—. Creo que usted ya sabe todo lo que respecta a esa estúpida broma, en la que fui lo suficientemente tonto como para dar mi consentimiento. En vista de que ya lo había dado, pensé que lo más conveniente era prever todos los riesgos y evitar que el señor Wade pudiera sorprendernos al tener la llave de la puerta de atrás.

—Por lo tanto, el señor Wade no tiene llave para esa puerta desde el viernes.

—Sí; así es. De paso, aquí tiene la llave, por si quiere verla.

Estaba ansioso de cooperar. Sacó de su bolsillo un duplicado exacto de la llave encontrada por Buttler en el carruaje negro, con la sola excepción de que ésta estaba vieja y descolorida.

—Por supuesto que tendré que devolverla. Ya ha armado bastante alboroto, sin necesidad de que esto lo aumente —dijo Holmes—. Al parecer, cuando Miriam vino al sótano, la noche del viernes, revolvió y desordenó su mesa de trabajo. —Holmes señaló hacia el pequeño segmento de la derecha—. Miriam dejó tirados sus guantes de trabajo, sus destornilladores y su estuche, como generalmente lo hace él también. De no tener la seguridad de que no podía ser él, habría jurado que el anciano había estado trabajando allí.

Consideré durante unos segundos lo que me había dicho, y luego examiné la llave.

—¿La otra llave —dije—, la que tiene la señorita Wade ahora, es vieja?

—¿Vieja?

—¿Que no se ha mandado a hacer recientemente?

—¡Dios mío, no! —Su perplejidad iba en aumento, pero permaneció atento y respetuoso—. Las tenemos lo menos desde hace dos años.

—¿Tiene usted idea para qué quería la llave?

—No tengo la menor idea. Eso fue precisamente lo que le pregunté a ella. Pero Miriam es una muchacha extraña, superintendente. —Su sonrisa se transformó en mueca que lo hizo aparecer de más edad—. “Caprichos, ¿sabes?”, dice. Y ésa es la respuesta que da de costumbre. “¡Oh, vamos, sé indulgente con mis caprichos!”. Yo no le niego nada. Por favor, no es que sea demasiado curioso, pero ¿a qué se debe todo esto?

—Gracias. Me hace ahora el favor de subir un instante al *hall*. Tengo que hacer algo aquí..., solo.

Levantó los hombros.

—Como usted guste, señor. ¿Le aviso al señor Wade que...?

—No, no quiero hablar con el señor Wade hasta que no haya visto a la señorita Miriam. Alláneme el camino para que pueda salir de aquí sin meter ruido. Si llega el inspector Carruthers, mándelo para aca. Queda un solo punto que deseo aclarar: el viernes en la noche, después que el doctor Illingworth se les escapó y tuvieron que entrarlo por el hoyo de la carbonera, ¿estaba usted entre las personas que lo tiraron aquí?

Pareció totalmente desconcertado y me hizo la impresión de que pensaba que mis locuras eran tan terribles como el crimen mismo.

—Estaba aquí abajo, pero fue el señor Buttler, con la ayuda de Baxter, quien lo empujó hacia adentro. Estoy dispuesto a admitir que el asunto en

general no tiene defensa...

—Claro, por supuesto. Cuando usted bajó, ¿estaban esas cajas apiladas allí, de manera que era fácil trepar por ellas y salir a la calle? ¿Una especie de puente natural?

Asintió, arrugando el entrecejo, y yo proseguí:

—Por lo tanto, ninguno de su grupo pudo mancharse las suelas con carbón, ¿no es así?

—Supongo que sí. Realmente no noté nada, pues difícilmente podía estar interesado en algo así.

—Y, a excepción de esa bodega de carbón, ¿hay alguna otra parte donde se guarde carbón?

—No, ése es el único lugar.

—Finalmente, señor Holmes, ¿hay aquí en el sótano, en algún lado, un espejo?

Estaba tan sorprendido que su inteligente rostro tenía una expresión atontada. Arrugó el entrecejo, se acomodó el cuello de la camisa, para terminar explotando en una carcajada.

—Excúseme, superintendente, pero me parece risible esta historia de *vendetta* que han inventado. Y el oírlo me recuerda las anécdotas de su amigo el doctor Fell. Es su método, ¿no?

—No se preocupe de eso —le dije en tono cortante—; conteste mi pregunta. (Este fué el primer descaró que tuve que oír aquel día).

—¡Espejo! —repitió haciendo una mueca—. Es tal vez la última cosa que se podría encontrar en un sótano. Pero es el caso que aquí hay un par de ellos. Al señor Wade se le antojó una vez tener un “corredor de espejos” como Madame Tussaud, pero conseguimos disuadirlo de ello. Entonces compró un par de aquellos espejos deformadores. Los dejó aquí abajo y a veces venía a pararse al frente y estallaba en carcajadas. Pero no se usaron nunca y quedaron arrumbados allí, detrás de la carbonera.

—Eso es todo —dije.

Holmes disimuló una sonrisa que había aparecido en su rostro y empezó a caminar hacia atrás, mirándome atentamente, hasta que sus tacos toparon con la escalera; luego empezó a subir, sonriendo todavía. Si no hubiera sido porque ya tenía una idea al respecto, habría pensado que no le gustaba el hecho de que se hubieran hallado esos espejos.

Fui hacia la carbonera, y allí estaban, recostados contra el muro del fondo, casi a oscuras. Eran de cornucopia, el más grande adelante, tan sucios de polvo, que sólo se podía distinguir una imagen brumosa. Era de aquellos

combados, que distorsionan la figura que Dios nos dió y hacen reír a aquella gente que le gusta hacerlo, aunque sea a costa de sí mismos. Encendí mi linterna y alumbré el espejo, apareciendo una visión demoníaca. En aquella superficie cubierta de polvo apareció un rostro ancho, aplanado, de aquellos que sólo vemos en pesadillas, que me miraba, con un gran mostacho y una hilera de dientes como los de un lobo. Por supuesto que era sólo mi rostro, pero nunca nada me había parecido más monstruoso que esa pesadilla que tenía frente a mí en la quietud oscura del sótano.

Pero eso no era lo que buscaba. Sólo podía ver mi rostro, pues el espejo había sido limpiado en una parte. Me incliné a examinarlo. Justamente donde terminaba el trozo limpio había una huella digital claramente distinguible.

Ya tenía al asesino. Sólo faltaba dar unas pocas órdenes, un examen de esa carbonera con una luz más potente que la de mi linterna, luego una entrevista con Miriam Wade y tendría al asesino. No me hallaba especialmente complacido con ello; más aún, me sentía desalentado. Pero debía llevarlo a cabo, lo cual es el resultado de tener una conciencia.

Sentí abrirse la puerta, y apagué mi linterna rápidamente.

—... pero si algún malandrín ha hurtado los guantes de su escritorio —decía una voz que se alzaba en tono argumentativo—, le sugiero una inmediata inspección al respecto...

—Y además un destornillador —apuntó otra voz—. ¡Malditos sean mis botones! Tomaron mi destornillador para abrir esa maldita caja árabe. ¡Cuide sus pasos! La imitación de Bab-el-Tilim no se desempeñaba todavía, pero está allí en mi mesa de trabajo y trataremos de hacerlo... ¡Aló!

Los pasos del hombre alto y delgado, a quien pude ubicar como el doctor Illingworth, hacían gran ruido, aun en los escalones de concreto. El viejo Geoffrey Wade se adelantó y sus mostachos aparecieron antes que él. Detrás, levantando los hombros ante cada peldaño, venía la achacosa figura de ojos saltones y la barba metida dentro del cuello. Había luz suficiente para que el viejo Wade pudiera verme de pie en un rincón. Al llegar al final de la escalera se detuvo tan abruptamente que Illingworth tropezó con él.

—¡Aló! —gritó—. ¿Quién está ahí?

Encendí mi linterna y expliqué. Se plantó delante de mí. Era personaje bastante rudo, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, y brillando sus ojos en forma tan extraña que parecían de vidrio. Miró a su alrededor. Husmeaba algo raro en el aire, y se preparaba para ello.

—¡Oh! —dijo, haciendo sonar unas monedas en sus bolsillos, mientras ensanchaba el pecho—. ¿De manera que usted es Haddley? Bert Armstrong

me habló de usted. Bueno, de todas maneras usted no tiene derecho para venir a meter la nariz en todas partes. —Eché luego la cabeza hacia atrás, riendo alegremente—. ¡Intruseando! Veo que le interesan mis espejos hilarantes. ¡A ver! Mirémoslos.

Dió un salto tan rápido, que no tuve tiempo de moverme, y, antes que yo pudiera impedirlo, ya había pasado la manga por el espejo y no quedaba nada por hacer. Las huellas digitales habían desaparecido.

Se produjo un gran silencio. Luego rió entre dientes, en un tono entre enojado y risueño.

—¡Oiga! Dígame, ¿qué diablos estaba haciendo? ¿Cuál es la gran idea?...

Como Fell, ustedes también opinan que soy un hombre violento, pero les digo que siempre trato de dominarme y pienso que es signo de debilidad el amenazar; pero debe haber sido su insultante tono jocoso, pues sentí como si me hubiesen tirado agua y agua sucia al rostro, lo que me hizo proceder como lo hice. Y ésta no fué la última vez que me sucedió algo por el estilo, durante el transcurso de esta investigación.

—¿Sabe lo que ha hecho? —le pregunté con un tono que a mí mismo me pareció extraño.

—¿Hecho?, ¿hecho? ¿Qué quiere decir con hecho? Quite esa expresión de su rostro...

—¡Suba! —le ordené, en un tono más suave esta vez.

—¡Oh! —exclamó inclinando la cabeza hacia un lado y colocando los brazos en jarras—. De manera que ésas tenemos. ¿Tendrá usted la maldita audacia de tratar de darme órdenes en mi propia...?

—Salga de aquí —le dije—, y salga inmediatamente. He tratado de buscar la mejor evidencia para su familia en este asunto, y no me importa si usted es Geoffrey Wade o el rey de Persia, pero por Dios le digo que subirá inmediatamente, o irá a la cárcel. A usted le toca decidir cuál de las dos cosas será.

Por supuesto que después trató de molestarme, pero en ese momento obedeció. Illingworth no alivió en nada la situación, pues preguntaba con amable solicitud si había ocurrido algo malo. Cuando se hubieron ido di unas cuantas vueltas alrededor del sótano, tratando de ordenar mis ideas. Estoy seguro de que en el interior de cada cual existe un regulador que permite hablar con voz tranquila cuando uno está ardiendo por dentro, y retener palabras que traerían luego funestas consecuencias. El tirano de los grandes bigotes se detuvo un momento al final de la escalera, amenazándome con usar su influencia en mi contra.

Mi mejor alivio fué el buscar cuidadosamente otras pruebas que no hubieran sido destruidas. Encontré otra huella en la pared, que bien podía ser como no ser una huella digital. Pero era dudoso. Cuando Carruthers, aquí presente, se me reunió, aun me encontró buscando evidencias.

—Estaba usted en lo cierto, señor. Vengo de Prince Regent Court, de preguntar lo que usted me dijo. Estaba usted en lo cierto.

Le di ciertas instrucciones, entre las cuales estaba la de permanecer allí hasta que yo telefonease a Betts y Presión para que vinieran a excavar el carbón, como asimismo por el asunto de la huella digital. Mientras salía cruzando el *hall*, vi a Holmes afirmado contra la balaustrada de mármol, no lejos del coche negro. Parecía abstraído, recordándome vagamente a un Illingworth más joven bajo aquella luz azulada. Y aunque se inclinó respetuosamente al verme pasar, dudé de si la bajada al sótano del viejo Wade había sido un accidente o él le había avisado.

Quedaban muchas cosas por investigar aún en aquel museo, pero primero debía entrevistar a Miriam Wade.

Después de respirar unas bocanadas del aire de la calle me sentí más calmado. Desde un teléfono en St. James dejé un recado en Scotland y, tomando mi coche policial, me dirigí, a través del tránsito de la tarde, hacia Hyde Park Gardens. Desde el exterior, la casa de Geoffrey Wade no tenía más pretensiones que sus vecinas de piedra y ninguna diferencia, sino el ser un poco más grande.

Pero su interior era presuntuoso. Yo no soy juez en esta materia, pues me siento indebidamente orgulloso de mi casa del Este de Croydon, con su jardín y todo lo demás; pero sí sé distinguir, aunque sea sólo gracias a mi oficio, cuándo un mayordomo actúa como tal o cuándo actúa en comedia. Pero éste era realmente soberbio. Me condujo a través de un *hall* tan grande que parecía una caballeriza afelpada, luego me introdujo en un cuarto adornado en lo que llaman estilo Renacimiento. Tomando luego mi tarjeta delicadamente, fué a averiguar si la señorita Wade podía recibirme.

No tuve una espera larga. Sentí unos pasos precipitados y unos cuchicheos. Luego se alzó una voz proclamando: “Yo me las entenderé con él”. Se hicieron a un lado los cortinajes en un gesto como los de Cyrano de Bergerac, y me enfrenté con la sonriente calma de Gregorio Mannering.

—¿Qué desea, mi buen hombre? —dijo—. ¿Qué desea?

CAPÍTULO XXII

Por qué Miriam Wade visitó el sótano.

Supuse que era Mannering, pues no podía ser ningún otro. Entró en el cuarto con un aire displicente, sosteniendo entre sus dedos mi tarjeta, aunque más que displicencia, presentí un sentimiento de odio. ¿Por qué? No podría decirlo. Lo estudié de cerca. Muy buen porte, ancho de hombros y angosto de caderas, su traje gris mostraba estas cualidades, sin acentuarlas. Toda su ropa demostraba lo que Fell llamaría franco buen gusto. Mantenía la cabeza derecha, pero no demasiado; en su rostro varonil, quemado por el sol, había una sonrisa desdeñosa. Su negro pelo estaba cuidadosamente cepillado, y me miró bajo sus enmarañadas cejas, de las cuales habló Carruthers. Pero de aquel conato de excitabilidad reprimida, también mencionada por Carruthers, no observé nada. No se le podía llamar fanfarrón, pues sentía fuerzas a su alrededor. Avanzó moviendo los hombros, alumbrado por los rayos que entraban por los largos ventanales, y me pareció que aquel escenario Renacimiento lo encuadraba perfectamente.

Sonrió.

—Mi buen señor —dijo con pesada educación—, ¿sabe algo sobre el método de un policía?

Esta no era sólo una impertinencia, sino que ya parecía cosa de locos. Pero a su modo estaba totalmente serio. Por primera vez en aquel día me sentí inclinado a soltar una carcajada y casi lo hago en su cara. Me sorprendió tratando de contenerla, y su curiosa expresión de odio creció.

—Bueno —le contesté—. Soy el superintendente del Departamento de Investigación Criminal, pero supongo que todo eso depende del lado que se mire. ¿Es usted el joven que resuelve crímenes de *thugs* en la India?

Se acercó a la mesa.

—¿Conoce usted el territorio al norte de Haiderabad? —inquirió atentamente.

—No.

—¿O el alto de Jumna?

—Nunca lo he oído nombrar.

—Y en su ignorancia —continuó—, ¿piensa estar completamente calificado para hablar de la manera que lo hace?

El tratar de disculparme declarando que el muchacho no me tenía acorralado sería una mentira. De todas maneras, yo sólo deseaba olvidar personalidades y entrar de lleno en el asunto, pero él continuó:

—Le pregunté, señor... —Hizo un desmayado ademán de mirar mi tarjeta, pero al parecer encontraba demasiado esfuerzo hacerlo, y cambió de parecer—. Le pregunté si sabía algo sobre los métodos de un policía, y la razón era ésta: usted desea ver a la señorita Wade y debería saber que ella no tiene obligación de contestar sus preguntas, y aun si lo hiciera, podría pedir la presencia de un abogado.

—Eso lo sé. Sólo quería averiguar si me concedería una entrevista.

—Hago hincapié en este punto, pues se sobrepasó usted esta mañana cuando encerró a tres personas en su oficina, abrumándolas con preguntas que no tenía derecho a hacer y ellos fueron lo suficientemente débiles como para contestarlas. ¡Buen Dios! —Abrió la boca lanzando una carcajada que se asemejaba más a un bufido—. Fueron contra mi consejo. Les dije que si querían ir llevaran un abogado... No veo qué pueda haber sacado en limpio con sus estúpidas pequeñas trampas..., pero...

Se abrieron los cortinajes y entró corriendo Harriet. La seguía un muchacho corpulento y de cabello de un violento rojo que me sirvió para ubicarlo al momento. Sam Baxter llevaba una chaqueta de *sport* que le sentaba mal y un vaso con *whisky* y soda en la mano. Sus ojos eran de un color habano oscuro bajo párpados rojizos; su expresión al mirar a Mannering era de tal desagrado que alteraba sus facciones de natural apacibilidad y no se podía creer en su intensidad.

—Greg, no seas estúpido —exclamó Harriet en tono pleno de sentido común—. Él es nuestro amigo y sabe la verdad...

—La verdad —repitió Mannering sonriendo y exhalando el aire por las narices fuertemente—. Sí, yo también sé la verdad, por eso trato de encubrirla.

Baxter hizo un gesto con el vaso, hablando en un tono de protesta:

—¡Dejen todo eso, ella quiere verlo! Va a verlo de todas maneras. Escuche, superintendente. Yo habría ido esta mañana a su oficina si no hubiera sido porque me estaba recobrando de una jaqueca. Pregúnteme lo que quiera. Yo debía ser el Príncipe Abú, como usted ya debe saberlo... —la mueca en el rostro de Mannering se agrandó—, y a lo mejor puedo serle de alguna ayuda.

—Por supuesto —dije—. La cuestión es saber si el señor Mannering está dispuesto a contestar algunas preguntas.

—Indudable que no —replicó Mannering.

—¿Por qué no?

—Porque no tengo por qué hacerlo y porque no deseo hacerlo —me informó con fría sonrisa.

—¿Prefiere contestarle al juez a contestarme a mí? Rió.

—La vieja pregunta y la vieja historia: la Policía amenaza. Mi buen señor Haddley, ¿cree usted que puede emplazarme a este interrogatorio?

—Mi buen señor Mannering —le repuse en el mismo tono, pues este asunto me había empezado a incomodar—, se podría emplazar al arzobispo de Canterbury si se lo considerase necesario. Sobre todo, si se pudiese probar que Su Gracia había mentido.

Pensé que esto lo iba a hacer saltar, pero produjo un efecto ligero. Me tocó por primera vez contemplarlo juntar las cejas de tal modo que parecía ligeramente turno. Pero su desprecio era tan grande que sólo apareció en su boca, al igual que en una máscara griega, una pálida sonrisa.

—¿Eso he hecho, en verdad? —dijo con indulgencia—. La vieja historia, el viejo bluff. Debo aclararle que yo no miento, no me molesto en mentir, eso es todo.

—Debo aclararle que no me molesto en blufear. No es de absoluta necesidad el interrogarle, pues usted ya hizo ciertas declaraciones al inspector Carruthers, las cuales están ya registradas. Lo que yo me preguntaba era si usted se atendería a estas declaraciones.

—¿Qué declaraciones?

—Ya veo. Después de todo, está dispuesto a contestar preguntas.

—Ese es un subterfugio bastante pobre. Las contestaré si me da la gana; pero si no me da la gana, desde luego que no las contestaré.

—Bastante justo. Ni un culpable podría haberlo hecho mejor, ¿no es así? Muy bien, usted declaró al inspector Carruthers, la noche del viernes, que había estado en el piso de Prince Regent Court, en Pall Mall, más o menos veinte para las once; que el muchacho telefonista le había informado que tenían fiesta arriba; pero usted, dándole una propina, subió igualmente.

No apliqué ninguna inflexión de pregunta en esto, sino que me limité a leerlo en mi libreta de notas. Levantó un hombro mientras me contemplaba fijamente, pero no dijo nada.

—He citado esto, no con el propósito de llamarlo embustero, sino para decidir si usted dijo la verdad o la dijeron todos los demás. La señorita Kirkton declaró esta mañana en mi oficina que no habían dado ninguna instrucción al muchacho del teléfono hasta que no regresaron del Museo,

bastante después de las once. Hasta entonces, el muchacho no tenía orden ninguna de decir nada en especial; sabía que no había nadie arriba y eso era todo lo que sabía. De manera que ha desafinado todo el coro, exceptuándolo a usted... A propósito, ¿eso fué lo que usted dijo? ¿No, señorita Kirkton?

Los ojos de la muchacha, sentada en una silla de respaldo alto, se movieron inquietos.

—No sé exactamente lo que ella pudo decir, pero lo que usted dijo es la verdad —declaró Baxter violentamente—. Quiero decir que recuerdo aquello perfectamente. “Se le dió un par de monedas para que dijera que habíamos estado allí toda la tarde”.

La risa de Mannering se había tornado monótona y parecía preocupar a Harriet.

—¿Es eso todo, mi amigo? —inquirió divertido.

—No, no es todo. Por ejemplo: ¿a qué hora fue a aquel lugar? ¿A qué hora llegó realmente allí?

Pareció herido.

—¡Oh! ¿De manera que usted duda de que fui? ¡Es una desgracia, pues verdaderamente fui!

Estaba ahora sobre terreno seguro, y él lo sabía. Pero también era evidente que tomaba a todo el mundo por tonto.

—No dudo de que fuera; sólo le preguntaba a qué hora. De todas maneras, no fué veinte para las once. El muchacho dijo que no había estado nadie. El inspector Carruthers fué a hablar con él no hace más de media hora.

Mannering se encogió de hombros, dió una vuelta alrededor de la mesa y, poniéndose luego de espaldas a la luz, pareció considerarlo. Su seguridad en sí mismo era tan grande, que me estrelló con el codo al pasar.

—Ha sido muy listo, *monsieur l'inspecteur* —dijo—, pero me veo en la obligación de confesarle que de ningún modo pudo el muchacho haberme visto, pues subí por la escalera de atrás, entrando también por detrás. ¿Quiere saber por qué lo hice así y por qué quería visitar el piso de Holmes de esta manera? Mi buen señor, lo sabrá usted a su debido tiempo, pero no por mí, pues me gusta mantenerlo en la duda: es por esto que no deseo contestar. Bien, ¡*lahm el-khanzeer yuhfaz muddah iza mullih!* Permítame traducirle, excelente parlanchín enredoso, para que pueda anotarlo en su libreta; quiere decir: “el chancho se conserva mejor y más tiempo en sal”. Le recomiendo ese tratamiento. Por el momento usted no verá a la señorita Wade.

Se oyó una voz de mujer que decía:

—¿Por qué no?

No la había visto entrar. Permaneció de pie, con las manos en el respaldo de una silla. Por último lograba ver a Miriam Wade.

¿Cuál era la manera lógica y natural de mirar a aquella muchacha? Indudablemente era bien parecida, y a excepción de cierto cansancio en la mirada, parecía en la flor de la salud. Sé lo que la señora Haddley habría opinado de ella, pero esto no tiene lugar en mi testimonio. Dije en la flor de la salud, pues esto fue lo que me pareció evidente en el primer instante. Llevaba un *negligée* rosado, y aunque siempre he considerado el rosado un color poco favorecedor, a ella le sentaba perfectamente. Se manejaba de manera que uno debía estar consciente de sus encantos. Si ustedes no entienden lo que quiero decir, Carruthers sí. Hasta cierto punto, puedo entender a qué se debía su encanto, ya que no era realmente hermosa ni bien proporcionada, ni por cierto muy inteligente. Su llegada pareció cambiar toda la atmósfera de la habitación. No, no, Fell; no soy un viejo sátiro ni me valgo de giros poéticos; soy un hombre práctico comprobando hechos. Allí estaba de pie, con las manos apoyadas en una silla, pelo negro, ojos negros. Estoy convencido de que el ver a cualquiera mujer de Londres entrar en una sala, a la una de la tarde, en *negligée*, habría producido la misma confusión. No era precisamente que uno se diera cuenta de cosas como ésta, sino de un sentimiento de culpabilidad al notar lo que se notaba. ¿Hablo claro?

—¿Por qué no me va a ver? —preguntó Miriam con tono huraño.

—Porque quiere mandarte a la horca, por eso —replicó Mannering fríamente—. Si eso no significa nada para ti...

—¡Leseras! —gritó Miriam levantando una mano—. ¿Dónde está el otro policía, el simpático? ¡Leseras! ¡Horca? ¡Qué palabra tan desagradable!

Mannering se dió vuelta.

—No hago más que prevenirte, querida —le dijo en el mismo tono helado—, pero si haces lo que te he dicho que no hagas, me parece que hemos concluido. ¿Y dónde conseguirás otro marido cuando este asunto salga a luz?

Se puso blanca, pero no habló. Nunca he visto, ni aun en el teatro, la maldad y sangre fría con que Mannering dijo aquellas palabras. Era un maniático insensible, pero dijo aquello de tal manera que nadie habló ni le preguntó nada. Esas mismas palabras, dichas por otro hombre a cualquier mujer delante de otra gente, habrían desatado una tempestad. Me hizo una seña guiñándome un ojo y sin decir nada más abandonó la habitación.

Los ojos de Miriam denotaban miedo. Se deslizó en una silla y súbitamente comenzó a llorar.

Me parece que al tratar de detallar esta escena me he alargado un poco, pero lo he hecho así para que Fell pueda entenderla plenamente. Luego convencí a los demás de que me dejaran a solas con Miriam para interrogarla. Cerré las cortinas, y al mismo tiempo presentí que si no me movía muy cautelosamente, estaba desde ya vencido.

Ella se había sentado cerca de los ventanales en una especie de canapé de cuero con clavos de cabeza dorada. Estaba reclinada en él; una luz difusa alumbraba sólo un lado de su rostro y garganta, mientras el *negligée* la circundaba. Reclinada, con sus grandes ojos fijos en mí, me miraba de tal manera, aunque sin conciencia de ello, que, estoy dispuesto a jurarlo, un jurado de mujeres la habría condenado inmediatamente, sólo por su apariencia. Tomé una silla, colocándola a prudente distancia, me senté y me dispuse a explicarle quién era yo.

—Y —terminé en tono decidido— usted no debe permitir que la asuste.

Se produjo un silencio, durante el cual me fué imposible descubrir la expresión de su rostro. Estudiaba la alfombra.

—No, si no me asusta. Quiero decir... Realmente no sé lo que quiero decir. No logro entenderlo. Esta mañana me llamó “sucia gorróna”.

—¿Sabe él lo que sabemos los demás?

—No sé —replicó con candor, mirándome fijamente—. Yo no se lo dije, y me imagino que nadie más puede haberlo hecho. Quizás sea para mejor. Algunas veces me agrada y otras me da escalofríos. Yo... —Se detuvo.

—La señorita Kirkton estaba muy preocupada, cuando fué esta mañana a mi oficina, de lo que usted sabe a qué me refiero saliese a luz. ¿Qué opina usted?

Nuevamente me miró con una expresión indescifrable, una de aquellas miradas que por ser tan simples nos hacen sentirnos mal, y en la cual podía haber también tanto cansancio como humos. Incluyó la cabeza a un lado, como para considerar mi pregunta, hablando después con el mismo candor.

—Bi-e-en, para decirle la verdad, sin sacar a relucir lo del bebé, que sería horrible, lo demás no me importaría. Comprendo perfectamente que Harriet esté preocupada. Si mi padre no lo supiera, yo estaría muy asustada, pero como ya lo sabe, no me preocupa. No veo por qué me han de preocupar la publicidad y todo eso. ¿Lo ve usted? —Abrió mucho los ojos, con expresión traviesa, y sonrió—: Seamos francos, ¿quiere?

Este fué un gran golpe para mí, pero no lo demostré.

—No hay ninguna razón —le dije— por la cual no deba decirme toda la verdad, ¿no es así?

—¡No sé! —gritó ella enlazando las manos.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nada más que lo dicho. ¿Qué es lo que quiere preguntarme?

—Primero que nada, en la noche del viernes, usted y la señorita Kirkton salieron de la pieza del guardián más o menos a las 10 y 8 minutos, y usted bajó al sótano aparentemente en busca de clavos, ¿no es así?

—Sí.

—Y en el sótano se encontró con Raymond Penderel. ¿Eso también es así?

Se puso blanca. Yo había hablado en tono normal y casual, como si fuese algo ya sabido, pero pareció asustarse mucho.

—¡Sí! No hay en eso nada en mi contra, ¿no? ¿Cómo lo supo?

—Un momento. ¿Tenía usted una cita con él?

—¡Por Dios! ¡No! —Se levantó y volvió a sentarse, con una naturalidad tan despampanante como su candor—. No, créame que no sabía que estaba en Londres. Ni mi padre ni yo lo sabíamos. Ha sido el más terrible *shock* de mi vida. Bajé y he aquí que súbitamente lo veo, de pie bajo la luz y haciéndome una genuflexión. En el primer momento no supe quién era, pues llevaba una barba negra y anteojos oscuros, y parecía más viejo. Pero se me acercó y, quitándose los anteojos, dijo: “Buenas noches, querida; ¿no me reconoces?”. —Tembló—. Y ahora está muerto.

—Continúe. ¿Qué pasó entonces?

—“¿Cómo llegaste aquí?”, le pregunté, refiriéndome a Londres, pero él contestó: “Llegué antes que cerraran el museo, querida, escurriéndome hacia acá como una pequeña laucha, cuando el guardián no miraba”. Luego me dijo: “¿Cómo está nuestro...?”. —Se detuvo y continuó rápidamente—. Eso era lo que quería preguntarle, señor Haddley. Cuando me hablen de ello, ¿tengo qué decirles lo del bebé? Harriet dijo que usted le había informado que no era necesario. ¿Puedo contar que quería dinero por lo otro, y nada más?

—Si usted quiere. ¿Dijo él que era el actor enviado por la agencia?

—¡No! Continuó hablando cosas terribles. Quería dinero, diez mil libras. Yo estaba desesperada. “Sal de aquí”, le dije, “o si no...”. —Nuevamente se contuvo en la mitad de la frase.

—¿O si no?

—“O si no —era obvio que había cambiado lo que iba a decir— llamaré a los demás para que te saquen...”. Se rió y dijo que no creía que lo hiciera. Lo que me preocupaba era que si no llevaba los clavos, bajarían a buscarlos. Los busqué afanosamente en la mesa de trabajo y corrí arriba nuevamente. Todo

el tiempo él estaba detrás de mí hablando. Nunca olvidaré esa barba negra, el sombrero de copa y su cabeza apareciendo por sobre mi hombro como en una pesadilla. Nuevamente le grité que se fuera. “Andate de aquí”, grité, “y si quieres verme, búscame cuando esté sola y no aquí. Ahí hay una ventana, ¡vete!”, y subí las escaleras rápidamente. Pensé que iba a seguirme, pero no lo hizo. Cuando llegué arriba le entregué los clavos a Rinkey, que ya venía a buscarlos. Después me paseé unos momentos por delante de la escalera principal, por si aparecía. Pero tampoco. Mi único pensamiento fué ir a algún sitio tranquilo para poder reflexionar. Usted comprenderá cómo me sentía. Por lo tanto, me dirigí hacia la *Galería Persa*, que estaba a oscuras, donde nadie podría verme. En mi cabeza continuaba dando vuelta la idea de que él podía subir. ¡Oh mi Dios! Sí, pero aparté esto, y decidí ir a ver si se había ido. Bajé nuevamente. El sótano estaba vacío, la luz continuaba encendida y una corriente se filtraba por una ventana; por lo tanto pensé: “Por lo menos me he librado de él por unos minutos. Se ha dejado crecer la barba”. Pero todavía estaba terriblemente inquieta, como usted podrá imaginárselo. Cuando llegué al *hall* me encontré con un hombre, que pensé sería el actor de la agencia, y subí a juntarme con los demás, como ya le diría Harriet...

El caso se iba desenmarañando lenta pero inevitablemente, para formar un solo molde, como supuse desde el principio. Me sentía excitado, como ocurre cuando se van relacionando puntos que parecían no tener importancia.

—Cuando después lo vi muerto en aquel coche, o al lado en el suelo, yo..., bueno, traté de llamar a Harriet para preguntarle qué debía decir o hacer, pues Harriet es muy inteligente; pero...

—Espere un minuto, señorita Wade. Hemos olvidado un pequeño detalle que lo aclarará todo... Cuando usted bajó al sótano la primera vez, ¿llevó consigo la daga y el bigote postizo, no es así? Por favor, no lo niegue. La señorita Kirkton dijo que usted no tenía inconveniente en que se supiera. ¿Por qué llevó esas cosas para abajo?

Permaneció mirándome con los ojos aun más abiertos.

—Yo... —una idea pareció paralizarla—, yo no lo maté. Por Dios digo que yo no lo hice. Era eso lo que estaba pensando, ¿no es así?

—No, de ninguna manera. Tranquilícese. Quizás yo pueda ayudarla a contestar. Pero si por el momento no quiere hacerlo, déjeme preguntarle otra cosa. ¿Qué hizo con esas cosas después?

—Eso es lo que no sé. No puedo recordarlo. Se me borró de la mente. No me acuerdo absolutamente nada qué hice con ellas después de bajar al sótano.

El *shock* que tuve al verlo allí... sólo lo recordé mucho tiempo después; por más que pensé y pensé, no pude...

—El hecho es que las dejó en el sótano, ¿no es así?

—Así debe haber sido —dijo cansadamente—, puesto que no recuerdo haber subido con ellas.

Me recliné en la silla. ¡Por fin!

—¿No es verdad que el señor Mannering conocía ya la broma que iban a jugarle esa noche?

—No.

—Piénselo otra vez. ¿No es verdad que usted se lo advirtió anteriormente, para que estuviese preparado y no lo hicieran pasar por tonto? ¿No es verdad también que usted quería que quedara bien, ya que había hablado tanto sobre él? ¿No es verdad que usted no conocía todos los detalles e iba a saberlos el viernes en la noche, y por si acaso introducían algo nuevo, usted le dijo que la encontrara en el sótano, un poco antes de la hora señalada para la representación, y ponerse de acuerdo? ¿No es verdad que fué éste el propósito que la hizo pedir prestada la llave en Bolton, Arundel Street? ¿No es verdad que usted le indicó que entrara por dicha puerta y hablara con usted por la ventana del sótano que da hacia atrás? ¿No fué por eso que usted estaba ansiosa de bajar al sótano a buscar los clavos, no dejando que nadie lo hiciera por usted? ¿No es verdad que al encaminarse hacia el sótano vió la daga en la escalera y pensó llevársela para reír un poco? ¿No es verdad que fué por esto que tomó la daga, y cuando se dió cuenta de que la señorita Kirkton la estaba observando, dijo algo sobre “entregársela a Sam”, y para hacer las cosas más verídicas, tomó también el bigote postizo? ¿No es verdad que llevó consigo ambos para ir a encontrarse con Mannering, y en su lugar encontró a Penderel? ¿No es verdad que dejó ambas cosas allí y se olvidó de ello? Y al final e inevitablemente, ¿no es verdad que, gracias a su propio plan, Mannering tiene que haber oído toda su conversación con Penderel? ¿No es así?

Luego de un largo silencio, durante el cual se podían oír todos los sonidos de la casa, puso el rostro entre las manos, como una niña, y comenzó a llorar.

—Sí —dijo.

Dos días después del sensacional pero infructuoso interrogatorio, después del registro de cierto departamento donde se encontró cierta evidencia y todos los cabos de la próxima trama, solicité, apoyado por mi minucioso análisis del

crimen, el cual inmediatamente paso a exponerles, una autorización para una orden de arresto en contra de Gregorio Mannering, bajo el cargo de asesinato.

CAPÍTULO XXIII

Un caso para el tribunal.

En la tarde del miércoles acordamos una cita con el comisario-jefe, el Director de Juicios Públicos y con Sir Herbert, aquí presente, en la oficina de este último. Lo primero que hice entonces, en la oficina, fue delinear paso a paso mi análisis, al igual que intento hacerlo ahora, la más lógica y concisamente que pueda.

Voy a ir más lejos, para obtener completa claridad, y pedirles que olviden el testimonio de Miriam Wade, que olviden todo lo que sea una evidencia y revivan conmigo los hechos en el mismo orden en que se nos han presentado. No les pido que se concentren en algún hecho o en una persona, sino que escuchen con atención una narración clara de los acontecimientos.

El primer actor que aparece en escena es Gregorio Mannering y se anotan sus primeras respuestas. No debemos saber nada todavía del aparentemente lunático personaje que salta desde una pared y ataca al sargento Hoskins. Pero ya tenemos algo sobre Mannering.

A las 11.10 minutos de la noche del viernes, luego que ha desaparecido el lunático y el sargento también se ha retirado de allí, Mannering se presenta a las puertas del Museo, a la vista del policía Jameson, haciendo un gran barullo acerca de un asunto trivial. No adelantamos aún que era un barullo innecesario; sólo anotamos el hecho, cuando Jameson le pide que lo acompañe al cuartel, para contestar algunas preguntas sobre un “desaparecimiento”; se describe entonces que no opone ninguna resistencia, sino que parece sorprendido, y hace numerosas preguntas acerca de ello.

Carruthers nos da entonces una descripción de él. De una estatura alrededor de seis pies, ancho de hombros y caderas angostas, rostro tostado por el sol, cabello negro y ojos azules, vestido de etiqueta, abrigo negro, sombrero de copa y bastón. Cuando le relata su historia parece estar bajo tensión nerviosa. Dice que Miriam Wade le ha telefoneado invitándole a asistir esa tarde a una reunión privada en el Museo, en la cual “violarán una tumba”, pero que el Museo está cerrado, sin poder imaginarse el porqué. De cualquier modo, no ocurre nada de importancia, hasta que Carruthers le dice lo siguiente: “¿Usan barbas postizas los fantasmas? Este fantasma en cuestión

estaba muy quieto en el suelo, cuando súbitamente desapareció bajo los ojos del sargento; alguien lo movió”.

Súbitamente, sin razón aparente, Mannering se desmaya. De todas maneras, sólo recordamos el hecho como algo curioso, puesto que Carruthers se refería al lunático de barbas blancas. Luego Carruthers va al Museo, donde primero descubre unas huellas de carbón. Estas huellas empiezan cerca de las puertas de bronce, se encaminan a través del *hall*, para luego desvanecerse; pero como no se ha llevado a efecto un examen de dichas huellas, son inútiles para propósitos de identificación.

Después Carruthers encuentra un cadáver en el coche de viaje, el cual tiene la puerta convenientemente cerrada, y al abrirla, cae. Al examinar el cuerpo anota un hecho, al que parece no prestar mayor atención, pero que es de una importancia tan vital, que no puede dejarse de lado. Es éste: no sólo hay carbón (polvo) en los zapatos del muerto, sino que están profusamente impregnados de carbón.

Les pido que consideren esto cuidadosamente. Alguien con polvo en las suelas entra en el Museo, dejando huellas en el mármol, hasta que dicho polvo se extingue y las huellas también. Pero en el carruaje yace un cadáver cuyas suelas están impregnadas de carbón. Por lo tanto, debemos sacar en conclusión que, quienquiera que fuese el que entró en el Museo dejando aquellas huellas, no pudo haber sido el asesinado. Este es el primer punto de evidencia sobre el cual debemos reflexionar: un hombre con las suelas impregnadas de carbón que yace dentro de un carruaje. ¿Cómo llegó aquel hombre allí: vivo o muerto? No puede haber llegado caminando, ya que a los lados del coche hay grandes espacios de mármol que tendría que haber atravesado y habrían quedado allí las huellas. No hay más huellas en el Museo que las de cerca de las puertas. Muy bien; de alguna manera el muerto fue acarreado al coche, donde se le encuentra después.

¿Acarreado desde dónde? Dado el hecho de que el Museo posee calefacción central y no hay carbón en ninguna parte, tiene que haber sido acarreado desde el sótano.

Ahora examinemos el cadáver. El hombre tiene un bigote negro verdadero y lleva barbas postizas. Digo lleva, pero esto no es literalmente la verdad. Aunque su barba y mejillas aparecen untadas con goma (un indicio que demuestra que tienen que haber estado estas barbas completamente pegadas), a pesar de esto cuelgan sólo de un espacio del porte de una moneda. No pueden haberlas tironeado en una pelea, pues no hay signos de destrozos ni rozaduras que tendrían que haber dejado al arrancárselas en una lucha. Se las

habían desprendido cuidadosamente, dejándolas suspendidas por sólo un trecho del tamaño de una moneda.

¿Quién las desprende casi por completo tan cuidadosamente? Aparece evidente que no pudo haber sido el muerto. Eran unas barbas de tamaño más que regular, y aunque el hombre hubiera decidido pasearse con ellas colgando de un sólo parche, es sumamente improbable que antes se hubieran sujetado de un tan pequeño espacio. Esto, añadido a nuestra creencia que fué acarreado al coche, nos aclara lo siguiente: el asesino debe haber hecho este trabajo después de la muerte de su víctima.

¿Por qué?

En cuanto a esta pregunta tenemos dos alternativas:

1.º— El asesino despegó cuidadosamente las barbas, dejándolas colgar sólo de ese pequeño espacio.

2.º— Se las despegó enteramente, poniéndoselas después con tal apuro, que sólo se adhirieron en aquel pequeño trecho.

Dejemos ambas alternativas para seguir a una próxima pista. Alrededor del cuello del muerto hallamos unos anteojos oscuros colgando de una cinta negra. Pero esta cinta se encuentra por “fuera del abrigo”. Debo pedirles nuevamente que consideren esto con cuidado. La gente que usa anteojos no los lleva con la cinta colgando por fuera del sobretodo; aun si una persona olvida ponérselos, y en el último momento se los coloca por encima del abrigo, no andará con ellos así, como la estola de un clérigo, sino que los pondrá luego por dentro del abrigo, y aun más, por dentro de la chaqueta, donde deben estar. Por lo tanto es evidente también que se los colocó alguien después de muerto, con tal apuro que sólo pasó la cinta alrededor de su cuello.

Pero esto último resulta sin sentido, si aceptamos la primera alternativa expuesta anteriormente, o sea, que las barbas fueron cuidadosamente desprendidas, dejándolas adheridas sólo en un pequeño trecho, pues tendríamos un asesino de conducta inexplicable, que agrega y subtrae. Cuelga un par de anteojos alrededor del cuello del muerto, pero desprende las barbas, aunque las deja colgando de un pequeño espacio. En cambio, si aceptamos la segunda teoría: que las barbas fueron primeramente desprendidas y colocadas luego con tal apuro, que quedaron pegadas sólo de un pequeño trecho, tendremos una explicación racional y completa. También vemos ahora que ha sucedido lo mismo con los anteojos: se los quitaron y le fueron colocados luego, con gran apuro, por sobre el abrigo.

Llegamos a las siguientes conclusiones:

Un hombre es asesinado en el sótano, acarreándose luego su cadáver al coche de viaje. El hombre, mientras está vivo, lleva un par de anteojos oscuros y unas barbas negras postizas, objetos que se le sacan para luego volvérselos a colocar con gran apuro. Por último, “otra persona” penetra esa noche en el Museo con polvo de carbón en sus suelas.

En este punto de mi análisis, sería un paso demasiado inseguro el que habría dado para señalar a este hombre como el asesino. Por otra parte, y considerando que sólo estas dos personas pudieran tener las suelas manchadas con carbón, es posible suponer que este segundo personaje sabe algo acerca del crimen. De todas estas conclusiones hay sólo una que presenta una dificultad y ésta es: ¿Por qué razón quitaría el asesino los anteojos y las barbas del muerto, para luego ponérselos nuevamente? Podemos esbozar varias respuestas, pero sólo hay una lógica: que quería usarlos él, quería disfrazarse con ellos. ¿Por qué necesitaba ponerlos nuevamente en la persona del muerto? Igualmente tenemos una respuesta simple: porque debía parecer como que nunca habían salido de allí. Juntando estos dos puntos: 1.º Que necesitaba estos accesorios para disfrazarse, y 2.º Que nadie debía pensar que éstos habían dejado de estar con el muerto ni un solo momento, llegamos a esta sencilla conclusión: quería disfrazarse y hacerse pasar por el muerto.

Abandonemos esta situación y continuemos con el informe de Carruthers.

Unos días después, tenemos el relato de Illingworth y el de Pruen. Esto nos ayuda a completar nuestro cuadro en línea de lógica y en lo que se refiere a circunstancias externas. Inmediatamente obtendremos otros datos significativos sobre “este hombre”, el segundo, el que deja las huellas en el suelo... Este hombre, simulando ser Penderel, aparece en el Museo y es admitido en él un cuarto para las once. Aquí tenemos una confirmación de nuestro razonamiento: hay un impostor usando los anteojos oscuros y las barbas de Penderel. Desde que este hombre lleva los adminículos de él, debemos presumir que se encuentra ya muerto; por lo tanto, lo mataron antes de un cuarto para las once.

Antes de llegar a discutir quién puede ser este impostor, tratemos de precisar la hora en que Penderel es realmente asesinado. Pruen declara que éste llegó “por primera vez” al Museo alrededor de diez para las 10. Tenemos razones y fundamentos para creer que se escondió en el sótano.

Ahora, para creer que fue asesinado también en el sótano, no puede haberlo sido antes de las 10.15, pues a esa hora la daga estaba aún en el peldaño de la escalera a la vista de todo el mundo. No puede tampoco haber sido asesinado después de las 10.45, pues a esa hora llega el impostor a las

puertas del Museo, usando sus adminículos. ¿Podemos definir en qué momento durante esa media hora se llevó a cabo el crimen? ¡Tratemos! Si el asesinato se cometió en el sótano entre las 10.15 y las 10.45, ¿a qué hora es trasladado el cadáver al carruaje? Buttler lo descubre allí un minuto o dos antes de las once. Ahora veremos que es imposible que el asesino disfrazado de Penderel haya podido trasladar el cuerpo entre las 10.45 y las 11.00. Para poder hacerlo debía haber atravesado todo el Museo, descender las escaleras del sótano bajo la vista de Pruen, tomar allí el cadáver y acarrear aquel enorme peso (Penderel era un hombre macizo y alto) escaleras arriba y salir al *hall* y depositarlo en el coche, todo esto a vista y paciencia de Pruen, para emprender, por último, la fuga. La tabla de improbabilidades es tan grande, que debemos dejar a un lado esta tesis. En consecuencia, hemos eliminado ya 15 minutos; admitamos, por lo tanto, que el crimen y traslado del cadáver tienen que haber sucedido entre las 10.15 y las 10.45.

Tenemos, además, que un hombre cargando aquel inmenso bulto entre las 10.45 y las 11.00 debía haber sido visto inmediatamente. También lo habría visto Pruen, que mantenía vigilancia completa del *hall* en cualquier momento anterior a esta hora..., a excepción de los minutos que Pruen va a investigar el ruido de la *Galería de Bazares*, entre las 10.40 y las 10.45. Este fué el único momento en que Pruen no vigiló el *hall*, y el único instante en que puede haber sido el cuerpo trasladado y depositado en el coche.

Pues sucedió lo siguiente. Pruen oye el ruido en la *Galería de Bazares*; corre hacia allá a investigar, descubriendo que han lanzado una lámpara de carbón contra la pared. Pruen demora unos minutos en investigar esto, y no se da cuenta de algo que otros tampoco advierten, aunque aparece bastante claro. La creencia general es que la lámpara es arrojada contra la pared por alguien que se encuentra en ese momento en la *Galería de Bazares*. Pero Pruen declara que no ha entrado nadie allí, a excepción de Baxter, y si fué Baxter, ¿dónde encontró una lámpara de carbón, ya que no ha bajado al sótano en toda la tarde? Es el caso que la elección de este objeto arrojado a la pared nos lleva a la conclusión de que aquel carbón tiene que haber sido arrojado desde lejos, de un lugar cercano a la puerta del sótano. Ahora, si ustedes visitan el Museo o sólo miran este plano, observarán algo que nos convence de ello. Existe una línea directa desde allí hasta la pared donde aparece la mancha, y si ustedes se colocan de espaldas contra dicha pared descubrirán que hay sólo una línea directa oblicua desde la pared a la puerta del sótano. Si hubiese sido disparada desde cualquier otra puerta, tenía que haber descrito un semicírculo, como un *boomerang*.

Además les hago notar que la puerta del sótano está parcialmente escondida a los ojos de Pruen por la hilera de coches. Hay un gran espacio entre esta puerta y el primer coche. Dicha puerta se abre hacia el *hall* y hacia la pared izquierda. Por lo tanto, alguien la abrió, deslizándose hacia afuera, ligeramente agachado, e incorporándose lanzó el proyectil a una distancia de no más de veinte pies, que la cubre ordinariamente un *cricket-pitch*. Cuando Pruen se dirigió a investigar, el asesino carga su bulto escaleras arriba, elige el coche de viaje, ya que es el único completamente cerrado, esconde el cadáver y regresa al sótano para..., ¿para qué? ¡Veamos!

Tenemos, por lo tanto, que el cadáver es depositado en el coche a las 10.40. Hemos asimismo eliminado otros cinco minutos en la búsqueda de la hora precisa en que se lleva a cabo el crimen. Podemos ir aun más lejos. Si la daga se encuentra clavada en el pecho de Penderel a las 10.45, ¿cuándo y cómo es llevada al sótano? La única persona del Museo que baja al sótano es Miriam; por lo tanto, culpable o inocente, tiene que haber sido ella la que lleva la daga allí. Además, saquemos las consecuencias de cuando Sir Herbert interroga a Pruen, en que éste sólo se evade y vacila en un solo punto: la primera visita de Miriam al sótano. Por lo tanto, debe haber sido en esta primera visita cuando se roba la daga, alrededor de las 10.18. Llegamos a la evidencia de que Penderel debió haber sido asesinado entre las 10.20 y las 10.40, quedando reducidos nuestros tres cuartos de hora a veinte minutos.

Ahora bien. ¿Sería ésta una acusación muy seria en contra de Miriam, va que incuestionablemente fue ella la que robó la daga? Supongamos que ella asesinara a Penderel. Tendría necesariamente que haber tenido un cómplice: el impostor que, haciéndose pasar por Penderel, entra en el Museo a las 10.45, y lo que es más aún, este cómplice tiene que haber sido un extraño, pues puede comprobarse la presencia de todos los demás durante estos minutos críticos. Pero olvidemos eso y les pido que se hagan esta pregunta: ¿Por qué al bajar al sótano toma Miriam la daga? ¿Sabía que Penderel se encontraba en Londres? Existen contra esta teoría serias objeciones. Si baja al sótano esperando encontrar a Penderel o pensando hacer uso de la daga, debemos creer que estaba total y absolutamente loca, pues llama la atención sobre el hecho de que se dirige hacia el sótano, y, más aún, insiste en ir ella a buscar los clavos, y a la vista de Pruen y de los demás, como hemos sabido después, recoge la daga del peldaño de la escalera. No se planea un crimen y antes se llama la atención sobre el arma con un humor tan jovial. Sólo podemos pensar que llevó la daga al sótano en completa inocencia, al menos respecto del crimen.

¿Pero por qué lleva la daga y se demuestra tan ansiosa de bajar al sótano? ¿Para encontrarse con alguien? Recordemos que la persona que se hace pasar por Penderel tiene que ser un extraño. Veamos si podemos esbozar una descripción de este extraño.

Penderel, el verdadero, nos ha sido descrito por Carruthers. De más o menos 6 pies de altura, ancho de espaldas y angosto de caderas, pelo negro, tez un poco obscura, ojos castaños y bigote negro. Lleva ropa de etiqueta, un abrigo negro y sombrero de copa. ¿Hay alguno que, detrás de unas barbas postizas y unos anteojos oscuros que esconden el color de sus ojos, puede pasar por Penderel ante el cegatón de Pruen? Este, por supuesto, no ha visto a Penderel antes, y hay que convencerlo de que el hombre que llega a esa hora es el mismo cuyo cadáver se descubrirá después. De todos los sospechosos, hay sólo uno que puede llenar estos requisitos: Gregorio Mannering. El mismo traje, la misma altura, el mismo color para pasar por tez obscura, el mismo cabello; sus ojos se esconden detrás de los anteojos, como asimismo la mitad de su rostro tras las barbas. Existe sólo una dificultad. Penderel posee un bigote negro verdadero; el impostor toma las barbas, pero ¿de dónde saca un bigote negro? Y he aquí que tenemos por fin el rastro de los movimientos de aquel huidizo bigote negro que *pareciera* no encajar en el asunto.

Apartemos un momento nuestra atención del bigote y tratemos de completar físicamente nuestro cuadro: Miriam baja al sótano a encontrarse con alguien. ¿Tenemos razones para suponer que sea Mannering? Es casi seguro. ¿Por qué? Se le iba a jugar una broma, y Miriam, que había alardeado mucho de él, tenía que cuidar que no quedara en ridículo. Lo pone en antecedentes; más aún, ha arreglado con él una cita en el sótano para conocer los detalles finales. ¿Está de acuerdo esta deducción con la evidencia física? Lo está, ya que el sótano es el único lugar donde puede reunirse con él en secreto, y al cual puede entrar por la ventana. Para reforzar este razonamiento tenemos el informe de Carruthers, que nos dice que mientras él contaba a Miriam Wade la historia del encuentro del cadáver, ella musitó las palabras “ventana del sótano”. ¿Puede haber entrado Mannering por la puerta de atrás del Museo, y así haber tenido acceso a la ventana del sótano? Ciertamente, sabemos que Miriam Wade tenía una llave para la puerta de atrás. Sacamos en conclusión que ella toma la daga para ir a mostrársela a Mannering como el arma con que pensaban “matarlo”. Una idea acude a su mente cuando ve la daga en el suelo y toma al mismo tiempo los mostachos.

La próxima pregunta vendría a ser: ¿Están de acuerdo estas dos personas para reunirse en el sótano con el propósito de matar juntos a Penderel? Esto

debe ser desechado por las mismas razones que ya aplicamos a Miriam: no habría llamado la atención sobre su conducta. Todo parece indicar que no se trata de un crimen premeditado, sino que Penderel aparece en el sótano, donde menos se le esperaba.

Arreglando hechos y deducciones en un solo molde, tenemos lo siguiente:

Miriam, sin ningún pensamiento criminal, ha concertado una cita con Mannering en el sótano. Penderel llega al Museo, sin que nadie lo sepa, y se va al sótano. Entre las 10.18 y las 10.20 Miriam baja allí, llevando consigo la daga y el mostacho. Después de 5 o 7 minutos vuelve a subir. Cinco minutos más tarde baja al sótano nuevamente, reapareciendo en el *hall*, casi inmediatamente, a las 10.35, y subiendo al 2.º piso. A las 10.40 alguien, seguramente Mannering, lanza contra la pared una lámpara de carbón, para distraer la atención de Pruen. En este momento el cadáver es colocado dentro del coche, vuelve Mannering al sótano, sale por el hoyo de la carbonera a la calle, toca el timbre en la puerta principal y desarrolla su representación, pero debe devolver las barbas y los anteojos al muerto. Camina por el *hall* y, dando la espalda a Pruen, él mismo hace el ruido de ¡Ssst!, después de lo cual se detiene, mira hacia los coches, dando a Pruen así la impresión de que el ruido ha sido hecho por alguien que se encuentra allí. Se escabulle luego por detrás del coche, donde se encuentra el muerto, abre la puerta del otro lado, pero como se halla apurado, sólo coloca flojamente las barbas en el cadáver, los anteojos alrededor de su cuello y el libro de cocina entre sus manos; por último se deshace del bigote botándolo al suelo, donde es encontrado más tarde. Esto pudo demorar sólo unos segundos. Después Pruen oye aquellos pasos “rápidos y furtivos” de Mannering nuevamente. En la confusión que sigue puede fácilmente llegar al sótano y escapar por la ventana de atrás.

¿Por qué creyó necesaria esta representación?

Este es el punto crucial del problema. Para decidir la personalidad del asesino tenemos dos alternativas, las cuales serían:

1.º— Que aunque el crimen no fue premeditado, lo cometieron Miriam y Mannering en colaboración cuando encuentran a Penderel en el sótano. Uno de los dos, Miriam o Mannering, hiere a Penderel con la daga, y para que Miriam tuviese una coartada perfecta, Mannering realiza su caracterización, mientras ella sube a reunirse con los demás y tiene esto asegurado.

2.º— Que ambos, crimen y caracterización, fueron llevados a cabo por Mannering solo.

A primera vista, todas las posibilidades parecen inclinarse hacia la primera alternativa, pues existen poderosas razones para creer en ella; parece

mostrarnos el único motivo ostensible y la única razón para dicha caracterización. Miriam sabía que había sido vista bajando al sótano, lo que demostraría muy fuertemente su culpabilidad. Para arriesgar una personificación tan peligrosa, tenía que haber un incentivo poderoso, pues de otra manera Mannering arriesgaba su cabeza por nada.

Pero estudiemos el asunto nuevamente. He destacado la importancia de buscar la solución más simple, y aunque ésta parece al principio la más natural, no continúa de la misma manera; es método que habrían seguido muy pocos conspiradores. Aunque hasta este momento aparece muy cuerdo, se torna luego completamente descabellado, de esta manera:

Si Miriam hiere a Penderel, o Miriam y Mannering juntos, sólo puede haber sido entre los seis o siete minutos que Miriam permanece en el sótano la primera vez. Si ella tuvo alguna participación en el crimen, tiene que haber sido en esta visita, puesto que no es razonable pensar que Miriam baja al sótano con la daga, sostiene una conversación con Penderel, vuelve arriba a reflexionar portando la daga nuevamente, o habiéndola dejado abajo, vuelve luego allá, observada por Pruen, y hiere a Penderel en los pocos minutos que permanece esta vez. Le pide a Mannering, que la ha estado esperando, que termine con él y corre nuevamente escalera arriba.

Por lo tanto, si ella tuvo alguna participación en el crimen, tiene que haber sido entre las 10.18 y las 10.25. Penderel fue muerto entonces durante una pelea. Luego ella le dice a Mannering, que ha permanecido y visto todo o llega después: “Tienes que ayudarme”. Entonces uno de los dos (probablemente Mannering) piensa en la caracterización del muerto, pero primero que nada el cadáver debe ser trasladado arriba sin ser visto.

Esta es, por supuesto, la parte más peligrosa del plan, más aún que la caracterización. Debe desviarse la atención de Pruen. Si están actuando en connivencia, hay una sola manera de hacerlo, a no ser que estuvieran locos, y es que Miriam distraiga la atención de Pruen mientras Mannering realiza el trabajo. Esto no sólo le habría resultado muy fácil, ya que Pruen la adora, sino que también le habría proporcionado la coartada que parece buscar; podría haberlo llevado a la *Galería Persa* o a la *Galería de Bazares* o a cualquier otra parte para dejar libre el *hall* durante un minuto o dos...

Finalmente tenemos el segundo aspecto peligroso del plan: la llegada del impostor, la devolución de la barba y anteojos y su desaparecimiento. Supónganse que Pruen hubiese insistido en seguirle, o que hubiera armado algún alboroto y llamado a los demás. Mannering habría estado perdido. No es desatino pensar que si hay un complot, el segundo conspirador debe

encargarse de vigilar que las cosas marchen bien, distraer a Pruen y mantenerlo entretenido mientras el impostor camina por el *hall* y desaparece. Tampoco habría existido en ello para Miriam ni el más mínimo peligro; al contrario, le habría proporcionado una excelente coartada.

A este punto llegué, caballeros, el domingo por medio de la comparación de declaraciones. Por cualquier lado que aquello se mirase, no se encontraba ni el menor asomo de culpabilidad en Miriam. Me parece a mí que el asesinato es obra de una sola persona; de un hombre fuerte, osado, teatral y de una vanidad desmedida. Según mis razonamientos, el curso de los acontecimientos debe haberse desarrollado de la siguiente manera:

Miriam baja al sótano e inesperadamente se encuentra allí con Penderel. Mannering, que se encuentra afuera de la ventana, oye la conversación, pero no da a conocer su presencia. Muy pocos hombres se habrían presentado al oír lo que él oyó. Luego Miriam ordena a Penderel que se vaya, asustada de que puedan venir los demás; busca los clavos y sube escaleras arriba, dejando abandonados la daga y el mostacho. Entonces Mannering penetra por la ventana y actúa. Ha vivido mucho tiempo en el Oriente y sabe cómo manejar el arma para que llegue derechamente al corazón. ¿Por qué lo hizo? Creo estar en lo cierto al pensar que se debió a un verdadero amor, a vanidad, o a un deseo de arriesgar el futuro, o a las tres cosas juntas. Además es inevitable que un hombre del tipo de Mannering, al oír esa reveladora historia, estalle en una de sus furias habituales y enfrente a Penderel. Si por medio de un esfuerzo tratamos de imaginar su pensamiento, éste seguramente sería “matar al perro oriental con su propio acero oriental”. Como escondite del cuerpo utiliza luego el único posible: la alta pared de la carbonera que está al lado. Se sentirá embriagado de heroísmo y en ese momento oye que alguien baja. Es Miriam, quien da una mirada alrededor del sótano, cree que Penderel se ha marchado, y vuelve a subir.

Pero seamos justos con este hombre. A mí personalmente no me agrada, y puedo decir que detesto sus osadías; pero no se puede negar que en este asunto demostró verdadero valor. Al ver a Miriam se dió cuenta de que, inevitablemente, ella sería la culpada de asesinato. Ella había llevado la daga abajo; se sabía que había estado allí y que Penderel había sido su amante. Estuviera o no enamorado de ella, pensó que su *fiancée*, acusada de asesinato, lo colocaría en situación difícil, y se decidió a representar uno de aquellos golpes teatrales que son parte de su vida. Sólo Mannering pudo haber concebido un plan tan arriesgado y a la vez feliz; sólo Mannering posee la fuerza necesaria para transportar el cadáver arriba, y sólo Mannering podía

haberse hecho pasar por el muerto. Para colocarse los adminículos necesarios le hacía falta una sola cosa: un espejo. Por lo tanto debemos preguntarnos: ¿Conocía él lo suficiente el Museo como para saber dónde encontrarlo? Sí, pues poseemos el testimonio de que Holmes se lo mostró enteramente, “hasta el sótano”. En el suelo encuentra su liberación: un bigote negro que imita el verdadero de Penderel.

¿Qué explicación podría tener su desmayo en el cuartel de Policía? Me parece que tenemos datos de un desmayo ocurrido en circunstancias parecidas, unos días antes, “después de media hora de haber transportado arriba un pesado baúl”, y la reacción del viernes en la noche proviene de acarrear un cuerpo muy pesado.

Como les dije, el domingo llegué a estas conclusiones, y el lunes me dispuse a ponerlas a prueba. Como mi segundo nombre es Cautela, no había descartado definitivamente la posibilidad de que Miriam fuese cómplice; pero si contestaba mis preguntas con franqueza, sin hacer secreto el hecho de haber llevado la daga al sótano, o de haber visto a Penderel allí, podía excluirla totalmente, como me lo pedían mis razonamientos. Ya ustedes conocen el resultado de esa pesquisa.

Sólo me resta exhibir ante ustedes las pruebas físicas de la culpabilidad de Mannering, las cuales hemos coleccionado para presentarlas ante el jurado; también las presenté al comisario y Director de Juicios Públicos el miércoles. Se dió vuelta y se examinó el carbón de la carbonera, encontrándose allí bastantes manchas de sangre, probando con ello no sólo que el crimen fué cometido en el sótano, sino también que el cuerpo fué afirmado contra la pared en una posición de Buda semisentado. Esto explica también que hubiese bastante carbón en las suelas, pero muy poco en las ropas. Se obtuvo un permiso de registro del piso de Mannering en Bury Street. Allí encontramos un par de guantes blancos, los que debió usar con sus ropas de etiqueta la noche del crimen, y estaban manchados en la punta de los dedos con gotas de sangre. Encontramos también una fotografía de Mannering en Persia con el traje nativo, colgándole del cinturón una daga similar al arma con que se cometió el crimen.

Se comprobó que la llave que Buttler encontró en el coche había sido una copia de la de Miriam, hecha por orden de Mannering en Arundel Street.

En cuanto a nuestra única huella digital, como ya les he dicho, fue borrada totalmente por Geoffrey Wade de la superficie del espejo del sótano, pero encontramos otra un poco dudosa, que podría abrir debate en una reunión de expertos, pero lo suficientemente fuerte como para presentarla en el juicio.

Por último debemos admitir que la coartada de Mannering está deshecha completamente, pues tenemos el testimonio de dos telefonistas de Prince Regent Court, no sólo de que no llegó allí el viernes a las 10.40, sino que no estuvo en toda la tarde. Mannering aseguró después que había subido por la escalera de atrás, pero esto, lógicamente, no puede probarse. Si puede probarse algo, es en ventaja nuestra, pues el portero piensa que la puerta de atrás estuvo con llave toda la tarde y la noche. Y aun si insiste mucho, podemos concederle que estuvo allí, ya que es imposible que haya ido durante nuestro tiempo crucial, desde las 10.30 hasta las 11.00.

Después de depositar estas pruebas en el escritorio de Sir Herbert me senté, dejando al Director de Juicios Públicos y al comisario-jefe que decidieran. No podré olvidar fácilmente aquella tarde a causa de la asombrosa interrupción que sufrimos.

El primero en hablar después de mi historia fué el D. J. P.

—¡Creo que resultará! —declaró con su mal modo habitual—. Claro que podrá necesitar más pruebas, más cosas para dispararles certeramente, pero creo que con éstas también resultará.

—Maldito sea ese Jeff Wade que borró la huella digital —gruñó el comisario-jefe—. Deberíamos tener derecho a hacer algo acerca de eso, por supuesto, pero no lo tenemos. En cuanto a mí, no me cabe ninguna duda de la culpabilidad de Mannering. ¿Y a ti, Armstrong?

Sir Herbert, aquí presente, no dijo nada. No voy a hacer ningún barullo, ni recordar viejas sugerencias, pues sería un condenado tonto, estando presente mi jefe de departamento. Pero en el instante que el D. J. P. recogía sus papeles y nosotros apagábamos nuestros cigarros, entró muy apurado el inapreciable Popkins. Parecía preocupado.

—Excúsenme, señores, pero hay... —Cambió la frase—. El señor Geoffrey Wade está aquí con el señor Mannering. Dice que trae pruebas absolutas de la inocencia del señor Mannering.

CAPÍTULO XXIV

Coartada.

De nuevo debo declarar que no olvidaré fácilmente aquella escena o los rostros que me rodeaban alrededor de la mesa de consejo. Era una brillante tarde de junio. El sol se mostraba con la exuberancia que se les permite a los comisarios-jefes y había una ligera humareda de nuestros cigarros a pesar de la abierta ventana. El D. J. P. se amargó con la visita, pues iba saliendo a jugar golf.

Pero no hubo tiempo de conceder entrevista, pues irrumpió en el cuarto (e irrumpió es la palabra precisa) el viejo con una flor en el ojal. Parecía de un salvaje buen humor, sus blancos bigotes erizados, gruñendo, pero absolutamente seguro de sí mismo. Tras él entró Mannering, tan afable como un actor de cine. Geoffrey Wade caminó dentro de la habitación, puso los papeles en una esquina del escritorio y se sentó en el borde.

—Lindo día, ¿no? —dijo amable—. Por si acaso no lo saben, yo soy Jeff Wade, el Jeff Wade, y deseo hablar unas palabritas con todos ustedes.

—¿En verdad? —inquirió el comisario-jefe con toda la acidez que se puede poner en una frase—. ¿Bien?

Los demás emitieron sonidos regocijados. Luego Jeff Wade enderezó el cuello, miró a través de la mesa y preguntó: *

—Ustedes creen poseer una evidencia en contra del joven Mannering, ¿no es así?

—¿Bien?

Ese viejo demonio parecía gozar con la situación. Metió una mano en el bolsillo del pecho de su chaqueta y extrajo una billetera y sacando de ella algo que nunca antes había visto y creo no volveré a ver, un billete de cinco mil libras, lo tiró encima de la mesa.

—¡Pongan una moneda de seis peniques! —dijo.

—Gran Dios Todopoderoso —tartamudeó el D. J. P., como si no pudiera creer a sus ojos—. ¿Está usted tratando de...?

—No, caballeros —interrumpió Mannering muy cortésmente, con voz suave—. No es un soborno, pues mi futuro suegro no iría tan lejos; me atrevo a decir que sería posible comprar a cualquiera de ustedes por menos de esa cantidad. ¡Pongan una moneda de seis peniques!

Nadie argumentó nada, pues la osadía había pasado más allá de la ofensa. El viejo Wade se inclinó sobre la mesa y, golpeando el billete de cinco mil libras, dijo:

—¿Nadie quiere arriesgar seis peniques? Seguramente que no son tan avaros como todo eso. Quiero apostarles este pequeño pedacito de papel a que no tienen evidencias contra Mannering, y que si tratan de acusarlo, ni siquiera pasarán del Gran Jurado. ¿Qué dicen de esto?

—¡Jeff! —dijo Sir Herbert, luego de una pausa—, esto va demasiado lejos. He tratado de ayudarte desde cierta distancia, pero esto que has hecho ahora es el descaro más completo y absoluto que has realizado o realizarás en tu vida. ¡Fuera, fuera inmediatamente!

—¡Un momento! —dijo el comisario-jefe—. ¿Por qué tiene usted tal seguridad? En ningún momento se puede inventar nada. ¿Es por eso que armó tanto ruido?

Se sentía un gran ruido al lado afuera de la puerta. Popkins intervino.

—Creo que se trata de la gente del señor Wade —nos informó suavemente—. Parece ser una fuerza considerable.

—Son testigos —anunció Wade fríamente—. Treinta de ellos. Son testigos que probarán que la noche del viernes 14 de junio, desde las nueve hasta un cuarto para las once, Mannering se encontraba conmigo en el Restaurante Greco-Persa, en Dean Street (el cual ahora se llama Shattu Soho). Están aquí sus dos propietarios, los señores Shattu y Aguinopopolos. También, 5 camareros, el guardián de los baños y el portero. Además, cuatro testigos independientes que se encontraban comiendo allí, y finalmente...

—Sólo —dijo el comisario calmadamente— saco la cuenta de doce.

—¡Oh! Son trece o algo así —replicó el viejo, haciendo una curiosa mueca—. ¡Espere! Son todos buenos súbditos británicos y aceptables por un jurado británico. Con testigos puedo probar que un pez no ha tomado nunca una gota de agua. Eso es lo que ustedes llaman una coartada, ¿no? ¿Pueden destruirla? ¡Prueben! Los testigos se encuentran todos aquí, vean si pueden. Lleven ese juicio a la Corte, y yo me moveré de manera de obtener una suspensión del proceso en el instante que el juez se mueva en su silla. ¡Pero nunca podrán llevarlo tan lejos! Yo les hago una pequeña apuesta: que el Gran Jurado los echa fuera. Y es por esto que les advierto que abandonen el caso inmediatamente, o se meterán en un caldero de agua hirviente.

—¡Maldito seas! —exclamó Sir Herbert—, tú compraste ese restaurante...

—¡Pruébalo! —dijo el viejo haciéndole una mueca—. Tú, Bert, mantente aparte de esto. Tú me has ayudado y no quiero hacerte daño.

—¿Supongo que se me permitirá preguntar si compró algo más juntamente con el restaurante? —preguntó el D. J. P., sin mover un músculo.

—Trate de hacerlo —declaró Wade—, y le pondrán el más hermoso traje de calumniador. De todas maneras, no es a usted al que quiero —prosiguió, señalándome luego con el dedo—. Creo que descubrirá usted, señor superintendente, ¿cuál es su nombre?, que no es muy saludable tratar de amenazarme.

—¿Sí? —dije—. Veamos ahora qué tiene que decirnos el señor Mannering. Señor Mannering, ¿declara usted que estuvo en ese restaurante desde las 9 hasta las 10.45, la noche del viernes?

Mannering asintió con expresión de grave cortesía, combinada con relamida complacencia. Sonrió satisfecho.

—Sí.

—¿A pesar de su declaración al inspector Carruthers y después a mí, de que había visitado Prince Regent Court veinticinco minutos para las once?

—¡Permítame! —insinuó Mannering con gravedad—. Creo que usted no me entendió correctamente. En cuanto a mi declaración hecha a Carruthers, y debido a mi estado de ánimo de aquella noche, no puedo hacerme responsable, como usted bien comprenderá. No tengo, además, ninguna seguridad de lo que pude decir entonces, como tampoco la puede tener el inspector, ya que no firmé ningún testimonio. Estoy casi seguro de haberle dicho a él lo mismo que le dije a usted el lunes, esto es: cómo ciertamente había visitado Prince Regent Court el viernes en la tarde. No me proponía decirle cuándo lo había hecho. Sólo declararé entonces haber entrado por la puerta de atrás, rehusando darle cualquier otra información. ¿Puede usted... negar eso?

—No, eso fué lo que me dijo.

Hizo un ligero gesto magnánimo.

—De todas maneras —continuó triunfante—, estoy ahora dispuesto a decirle lo que verdaderamente pasó el viernes en la noche, aunque sólo sea para evitar 'que usted cometa una de sus tantas equivocaciones. No había dicho nada hasta ahora, pues no deseaba poner en aprietos al señor Wade.

”Usted verá. Me encontré casualmente con el señor Wade a las 9 de la noche, cuando él venía de la Estación de Waterloo con sus dos amigos dueños del restaurante, y acepté su invitación a cenar. Después nos encaminaríamos al Museo, como estaba arreglado. El señor Wade me informó entonces que

había mandado un telegrama a Illingworth, pidiéndole que nos encontrara allí a las 10.30. Desafortunadamente, el señor Wade, en una conversación sobre Persia con el señor Shattu, decidió, digámoslo rudamente, dejar a Illingworth esperando. Pero no deseaba herir los sentimientos del buen doctor, y fué por esto que me solicitó que fuera al Museo y diera al Dr. Illingworth alguna excusa plausible. Era un cuarto para las once cuando abandoné el restaurante. Uno de los propietarios, que guarda su coche en un garage cerca de Pall Mall, e iba a su casa, se ofreció para irme a dejar. En el camino pensé que había una equivocación, pues la hora fijada para la reunión en el Museo eran las once.

”No sólo el señor Wade había mandado un telegrama al Dr. Illingworth alterando la hora, sino que, además, no les había avisado a los otros que, después de todo, iba a haber una reunión en el Museo, ya que ésta había sido cancelada en la mañana. Ellos no habían recibido ningún telegrama y, por lo tanto, el Museo estaría desierto. Yo no podría entrar, y tampoco el Dr. Illingworth, que debería estar esperando afuera en las gradas. Recordé que Holmes vivía en un piso en Pall Mall. Le dije al señor Aguinopopolos que guiara hacia donde él generalmente guarda su coche, pues iría a buscar a Holmes. Entré por detrás de Prince Regent Court, encontrando al señor George Dennison, mayordomo del edificio, que parecía estar dando instrucciones a alguien.

En este punto Sir Herbert dió un golpe en la mesa.

—¡Vivan los perjuros! —rugió—. Jeff, tú compraste ese bloque de edificios, al igual que el restaurante. Pruén se lo dijo a Carruthers...

—¡Pruébalo! —dijo Wade fríamente—. Te advierto nuevamente, Bert, que te mantengas fuera de esto. Continúa, muchacho.

Retornó la suavidad ausente de Mannering.

—Sí, ése es el decimotercer testigo mencionado por el señor Wade, quien me dejó entrar y subió conmigo por la escalera de atrás hasta el departamento del señor Holmes. Aunque allí no había nadie, ciertas evidencias me mostraron que debían estar en el Museo, después de todo. Esto debe haber sido alrededor de las once. Bajé, hablé nuevamente con el señor Dennison y luego me dirigí a pie al Museo. Estaba oscuro. A pesar de todo presentí que estarían adentro; por lo tanto llamé. Mientras hacía esto, un policía me interrumpió. Este interpretó mal mis esfuerzos, y yo, naturalmente, no podía explicarle el mal comportamiento, excúseme, señor Wade, el mal comportamiento del señor Wade con un distinguido huésped, el Dr. Illingworth, y con esto explicar el mío.

Mannering sonrió nuevamente, y el juntar las cejas le daba a su rostro una expresión de burla, a pesar de su cortesía.

—Creo que eso es todo. ¿Siempre desean arrestarme?

—Es una formalidad —declaró el comisario-jefe— que me ocasionaría un gran placer.

El viejo se echó hacia adelante con expresión maliciosa.

—¿Va a hacerlo? —preguntó—. Bien, ¿nadie quiere aceptar mi apuesta, caballeros?

Nuevamente aquella burla, como si nos echara agua sucia en el rostro. Se permitió una carcajada.

Y esto, Fell, me trae ya cerca del final de mi relato. Ahora comprenderá usted las declaraciones que hice al comenzar. Nadie puede aceptar que el asesino de Penderel quede en la impunidad, aunque algunos de nosotros puedan considerar el crimen como un castigo contra el que se aprovechó de los devaneos de Miriam Wade. Aun así, todo este asunto ha sido un golpe en un ojo y no podemos pasarlo por alto. ¿Se da usted cuenta de nuestra posición?

No podemos acusar a Mannering por asesinato, ni a Wade por perjurio. Estamos convencidos de que toda la historia de la estada de Mannering en el restaurante es una mentira manufacturada. Estamos convencidos de ello, y veo por su asentimiento que usted también lo está. Pero ni nuestros más arduos esfuerzos pudieron vencer la resistencia de ninguno de los testigos (a causa de ello Jeff nos acusó de haber usado métodos de tercer grado, incluso el de la manguera de goma, lo que no es verdad, pero es la única vez en mi vida que he deseado terriblemente usar esa manguera), teniendo que soportar un regimiento de abogados que pasaban pegados a sus talones, vigilando que no cometiesen ninguna falta. El viejo es amigo de los periodistas y los convenció de que era sólo un esfuerzo de culpar a alguien para ocultar nuestra incompetencia.

¿Pero qué podíamos hacer? Habiéndose librado Mannering, no era cosa de acusar a la muchacha, ni aun en el caso que hubiésemos creído en su culpabilidad. El verdadero puntal de ello, a pesar de ser culpable, era Mannering; nos había derrotado completamente, y el viejo sabía aquello.

Aquel charlatán de feria, que nunca en su vida había tenido una verdadera experiencia, nos había, simplemente, manejado y dado vuelta a su antojo. Y aun a Sir Herbert, que es su amigo, no le ha parecido nada bien.

A esto se debe que hayamos tenido esta noche la conversación. No es que demos gran importancia al hecho de hacer justicia al asesino de Penderel, aunque a pesar de todo Penderel era un ser humano. Pero que el viejo se vanaglorie abiertamente de haber tomado a la ley por los cabellos cortos, eso es lo que nos causa molestia. Como último resorte, y sin mucha esperanza de éxito, se lo hemos expuesto a usted, que, al igual que nosotros, debe encontrarse convencido de que Mannering cometió el asesinato y Wade cometió el perjurio. Pero ¿hay alguna manera de hacerlos caer?

Todo esto sucedió hace ya más de tres meses, y desde entonces hasta ahora hay muy poco más que añadir a manera de conclusión. Los hemos mantenido estrechamente vigilados y sabemos todo lo que ha ocurrido. Esto puede interesarle a usted. Un mes después del fallo favorable del Gran Jurado, cuando ya había terminado el clamor, Miriam y Mannering rompieron, aparentemente por acuerdo mutuo. Mannering partió a China con la ayuda de un chequecito por veinte mil libras que el viejo Wade depositó en su cuenta. Esto lo supimos por investigadores privados. ¿Le dice esto algo?

En cuanto a los demás, se encuentran más o menos en la misma situación. Acallamos a la señora Reilly, aunque no nos ocasionó placer ayudar al viejo. El Museo Wade es ahora más concurrido que el de Madame Tussaud. Pruen permanece como guardián nocturno y Holmes como ayudante de Wade. Baxter hubo de retirarse de la legación a causa de la publicidad dada al juicio; pero a pesar de todo esto, el grupo parece más unido que nunca.

En cuanto a Miriam, sólo puedo decirles que la vi hace un mes, y que si ha sufrido algún ostracismo social, ya no resta nada de él. En resumen, parece estar pasando mejores ratos que antes. La encontré en un bar donde había ido a buscar a un falsificador. Estaba sentada en un piso alto y tenía un aspecto magnífico; parecía más hermosa que nunca. Al hacerle una discreta pregunta sobre Mannering, me contestó que hacía algún tiempo no sabía nada de él; mientras me levantaba, le dije:

—Dígame, aquí entre nosotros, francamente, ¿qué es lo que piensa de Mannering?

Se miró al espejo por encima del mesón del bar, y sonriendo soñadoramente, contestó:

—Pienso que es como el personaje de esa comedia de Shaw: “¡Qué espléndido, qué magnífico, y, oh, qué escapada!”. A propósito, dígame a ese simpático oficial que está muy bien para el jueves en la noche.

Y terminamos donde mismo hemos empezado: con Carruthers.

EPÍLOGO

Los grandes ventanales de la biblioteca, reflejados sobre la mesa, daban un aspecto irreal y desagradable. A pesar de las sucesivas cargas de la gran chimenea de piedra, el fuego se había reducido a un montón de brasas. Un humo denso molestaba los ojos de los trasnochados rostros alrededor de la mesa, que se revolviéron sorprendidos con el descubrimiento del amanecer. El cuarto estaba helado. El comisario- ayudante abrió los ojos.

—Un tonto asunto —gruñó Sir Herbert Armstrong, que a esa hora siempre estaba quisquilloso—. Quédense sentados toda la noche. ¡Bah! —Rebuscó en su bolsillo, sacando una libreta—. Décimoséptimo domingo después de Trinidad. El sol sale a las 6.20 A. M. Hemos escuchado tantos datos sobre horas esta noche, que muy bien pueden oír éste. Asimismo, puedo informarles que su póliza de seguro de la Compañía Michaelmas, si es que tienen alguna, termina esta mañana. ¿Ninguno de ustedes, ateos, va a misa? Carruthers, usted debería estar avergonzado. “Si usted ve a ese simpático oficial”...

—Lo siento, señor —declaró Carruthers con sospechosa humildad—. Yo no dije nada. El superintendente...

El único que parecía fresco y entero, sosteniendo aún su pipa apagada, era Haddley.

—Sólo añadí aquello para poner punto final a nuestra historia —explicó con aire de picara gravedad—. Debemos aceptar que hemos malgastado una noche examinando los hechos nuevamente. ¿Qué dice nuestro oráculo? ¿Qué piensa finalmente Fell de todo?... Buen Dios, si se ha quedado dormido. ¡Fell!

El Dr. Fell, confortablemente acomodado en la más decrepita silla de cuero, parecía embutido en ella, sus anteojos colgando y las manos tapando los ojos. Ahora apareció entre sus dedos un ojo irritado.

—¡No estoy durmiendo! —exclamó con dignidad—. Vuestro lenguaje me duele y sorprende. ¡Caramba!

Por un momento permaneció sobándose las manos hasta las muñecas. Ya no parecía el magnífico personaje de la noche de Navidad, sino que se veía cansado y viejo.

—Sólo me hacía —continuó el doctor, aclarando su garganta—, por no sé qué vez, la misma pregunta que me hago al finalizar cada caso: ¿qué es la justicia? Y el burlón Pilatos no nos dejó ninguna respuesta. ¡Caramba! No importa. Lo que ustedes necesitan a esta hora de la mañana es una taza de té bien cargado y bien reforzado con coñac. Esperen un minuto.

Se levantó, respirando con dificultad, y comenzó a moverse alrededor de la chimenea con la ayuda de sus dos bastones. Detrás de una pila de folios, en una mesita, encontró un anafe a gas, luego sacó una tetera, asegurándose de que contenía agua. Al encender el gas se asomó una crepitante llama amarillo azulada. Era la única luz en aquel oscuro cuarto. El Dr. Fell permaneció inclinado unos minutos sobre el anafe, como alquimista de cuento medioeval. El resplandor sacó a luz su gran mechón de cabellos grises, sus mostachos de bandolero y sus anteojos de lechuza colgando de la cinta.

Luego volvió la cabeza.

—Primero que todo, Haddley —rumió meditativo—, deseo felicitarlo por su brillante labor. Usted ha ido relacionando punto por punto, tan inevitablemente como esos rompecabezas en que al conectar ciertas líneas aparece la figura.

—Eso no interesa —dijo Haddley—. La cuestión es: ¿está usted de acuerdo?

El Dr. Fell asintió:

—Sí —dijo—, creo que está correcto hasta donde han llegado.

Sir Herbert Armstrong dejó caer la libreta, enderezándose atónito.

—¿Hasta donde han llegado? —gruñó—. No me querrán decir que hay otra madeja. No podría soportarlo. Encontramos una caja de *puzzle* adornada de misteriosos personajes, la abrimos y hallamos otra dentro. Abrimos la otra... Por favor, por último el mago descubre el misterio. ¿No me dirán qué hay más?

—Espere un minuto —declaró Haddley, puntilloso como siempre—. Oigamos a Fell. Nada de bromas a esta hora. ¿Qué quiere decir?

El doctor se encogió de hombros, como bajo el efecto de un temblor. Se sentó en una gran silla de cuero cerca del anafe y sacó su pipa. Permaneció mirando la luz parpadeando, todo en silencio, a excepción del ruido del agua en la tetera. Luego habló abruptamente.

—A mi humilde parecer, ustedes no acusarán nunca a Mannering de asesinato, como tampoco a Jerry Wade por perjurio. Para vuestro consuelo, puedo decirles que conozco la manera de introducir el miedo en el corazón del viejo, y así ganarían la causa, que parece ser lo que desean. Pero por

supuesto que no es un hecho de gran sabiduría. —Nuevamente se sobó las manos—. Sí, Haddley, usted ha realizado un magnífico trabajo. En cuanto a mí, me parece que hay una palabra para describirme, y es “sabi-hondo”. Estas viejas sabidurías generalmente me atolondran. Soy como el cazador turno, que dispara por todas partes, no dejando caza para nadie. Soy como el fatigado anciano que buscaba diligentemente en Piccadilly un chelín perdido en Regent Street, porque había más luz en ese lugar. Pero existe una gran ventaja en aquello de buscar una pista donde se sabe que no está: se ven cosas que, de otra manera, no se habrían visto nunca.

”Ustedes tenían un problema, y lo han definido certeramente; han realizado un brillante trabajo, han obtenido una solución, pero no saben a qué parte del problema pertenece. A mi parecer, ustedes no vieron una parte del problema, una parte que me permitiré llamar el *puzzle* de la coartada innecesaria. Me parece que no tienen ninguna duda en cuanto a que aquella coartada era falsa. Jeff Wade, con su cuantiosa fortuna, como la del conde de Montecristo, compró trece testigos para proporcionarle a Mannering una coartada sin mancha. Doce de aquellos testigos eran realmente necesarios; quiero decir que la historia contada por éstos era esencial, aunque no se necesitaban tantos. Pero el decimotercero era superfluo. El decimotercero no sólo era un perjuro en gran escala, sino que además era un extraño, y para obtener su declaración, Jeff debe haberse dado muchísimo trabajo, sin ninguna razón aparente, si nos atenemos al análisis de Haddley.

”Déjenme decirles ahora lo que yo creo. Pienso que la reconstrucción del crimen realizada por Haddley es correcta, a excepción de un detalle pequeño e insignificante, y es que en verdad Mannering no mató a Penderel.

”A mi parecer, es evidente que el verdadero asesino es Jerry Wade; aunque no me cabe duda de que nunca poseerán las suficientes pruebas para agarrarlo.

—Me temo que los he asombrado —continuó el Dr. Fell, después de un largo silencio, durante el cual sólo se oyó una espeluznante blasfemia de Haddley. El rostro del doctor se encontraba nuevamente en la penumbra, tocado sólo a intervalos por los resplandores de la llama. Meditaba—. Para afianzar lo que les digo, déjenme enfocar la historia con mi propio y enrevesado método. Comenzaré con el final, para dar énfasis a algo. También debo pedirles que me dejen comenzar con una analogía.

”Supongamos que Carruthers, aquí presente, es acusado de asesinar a su abuela, que vive en Islington, entre las once y la medianoche. Haddley y Sir Herbert se unen para buscarle una coartada para esa hora. Sobornan al mayordomo del Hotel Dorchester y a su socio, a siete mozos y tres extraños, a los que llamaremos D. Lloyd-George, S. Baldwin y N. Chamberlain, que deben decir haberle conocido allí. Todos ellos deben jurar que Carruthers se encontraba allí a las once y no se fué hasta las doce.

”Esto lo justificaría plenamente a Carruthers. A nadie le preocupa dónde estuvo después de las doce, ya que no es concebible que haya podido asesinar a su abuela después; de todas maneras, se encuentra tan lejos de Islington, que le llevaría mucho tiempo el llegar allá. Resulta así que no existe la necesidad de proporcionar otro testigo que pueda decir que a las 12 y cuarto se detuvo en el Hotel Savoy a charlar con el mayordomo. Esto está fuera de la coartada más escrupulosa. Si necesitamos hacerlo, es porque tenemos una razón poderosa para ello.

”En el caso de Mannering, Jeff prueba que no dejó el Restaurante Greco-Persa hasta un cuarto para las once, hora precisa en que el impostor entra en el Museo. Esto era más que suficiente. ¿Por qué entonces se elabora el plan de manera que Mannering deba andar con Aguinopopolos por Prince Regent Court, que deba encontrarse con el mayordomo del edificio y entrar por la escalera de atrás? Respuesta: porque era de vital importancia el demostrar que Mannering había hecho una visita al departamento aquella noche.

”¿Pero por qué era tan necesario? Ninguno de ustedes hizo hincapié cuando Haddley dijo que no tenía importancia que Mannering hubiese visitado el piso, mientras no pudiera probar que lo había hecho a la hora crucial, esto es, veinte para las once, cuando se supone que se encuentra en las puertas del Museo. Ni siquiera iban a insistirle en este punto. Lo mismo le dijo a Mannering cuando le habló en la casa de Wade. Nos parece claro ahora que dicha aseveración tenía para Mannering una quemante importancia, y por ello trató de convencerlos sobre este punto.

”Ahora veamos qué diablos hizo en Prince Regent Court. De acuerdo con su testimonio, sube al piso de Holmes, encuentra la puerta abierta y recoge de las cenizas de la chimenea una carta doblada y no terminada, escrita por Jerry Wade...

”Aquí, señores, se encuentra el secreto. Encuentra, dice, en la chimenea una nota que ha caído del bolsillo de alguien. Dice esto cuando cae de su propio bolsillo en el cuartel de policía, y debe buscar una explicación.

”Sabemos ahora que Mannering miente, sabemos que no fué a Prince Regent Court. ¿Dónde, entonces, encontró realmente aquella nota, y por qué era tan necesario gritar que la había hallado en el piso de Holmes? Al ver que dicha nota tiene los bordes manchados de carbón, sabemos que tiene que haberla encontrado en la escena del crimen. Mannering incurrió en el error de decir que la había encontrado en la chimenea de Holmes. Carruthers visitó el lugar, no viendo ni chimenea, ni carbón, ni leña. Ustedes, muchachos, deben saber que esos departamentos tienen calefacción eléctrica, que es una vergüenza de nuestra civilización actual.

”Me temo que no han prestado la debida atención a esa pequeña nota:

Querido G.:

Tiene que haber un cadáver, un verdadero cadáver...

”Simplemente porque se trataba de una broma, y como broma ya tuvo su explicación y se olvidó. Pero ésta no era su verdadera importancia. Su importancia estaba, no en su contenido, sino en su paradero. No tenía importancia a quién fué escrita, sino si fué dejada caer en una chimenea que no existe en el piso de Holmes o al lado de un cadáver en el sótano del Museo. Esto explica gran parte de lo que ha permanecido obscuro. Explica el esfuerzo de Jeff Wade por exonerar de culpa a Mannering, como si se tratara de exonerar a su propio hijo. Creo que explica también ese chequecito por veinte mil libras, que ayuda a Mannering a ir al Oriente en busca de aventuras más osadas.

”Y con lo que Haddley llama mi cerebro malicioso, he empezado por el fin. De todas maneras, me parece obvio considerar, según el desarrollo de esta historia, que fué Jerry Wade el que mató a Penderel.

”Ustedes han hablado sólo de sospechosos evidentes, ya que dicen que Miriam Wade fué la única en bajar al sótano y aseguran que no había otro acceso que el de la puerta; por lo tanto, debió haber sido Miriam o alguien que entró por la ventana. El problema es que había otro acceso. Había un ascensor fuera de servicio. Seguramente el haber llegado a esta deducción se debe a mi congénita aversión a usar las escaleras: en mi mente dicho ascensor se presenta en colores muy vivos. Para donde se mire en este caso, se cae o llega al ascensor. Este canta y murmura en mi cerebro. Y las primeras noticias que de él tenemos es que está fuera de servicio.

”Carruthers lo oye de labios de Pruen la noche del crimen, cuando descubre la hilarante escapada realizada por Illingworth. Pruen entonces hace un comentario que, al igual que otros, debió llamar vuestra atención. Pruen

dice que el viejo jura que alguien lo puso fuera de servicio, porque él tenía el hábito de usarlo y un par de veces casi se degüella. Me pregunto: ¿quién pudo haberlo hecho? Bien, de acuerdo con lo declarado por su padre, Jerry Wade es un ingeniero eléctrico...

”Quiero que todos ustedes concentren su atención en el ascensor durante los acontecimientos de la noche del viernes. Illingworth nos arroja mucha luz al respecto. Me parece que comienzo a vigilar a Jerry cuando Illingworth entra en el Museo. Esto sucedió a las 10.35. Miriam venía del sótano. Illingworth se encuentra con ella, en su camino hacia el cuarto de guardia. En ese mismo momento se abre la puerta, apareciendo en ella Jerry Wade, todo barbas y nerviosismo. Le dice a Illingworth que no deben malgastar el tiempo ahí fuera charlando; ¿por qué tiene que charlar ahí fuera? Esto es lo que Jerry Wade dice.

”Aquí hay un pequeño detalle que no pareció llamar mucho vuestra atención. Illingworth declara que las puertas del ascensor son tan gruesas, que estando cerradas él no puede oír la conversación que sostiene Jerry con Holmes y que sólo se puede oír si las puertas están abiertas. ¿De acuerdo? Él pudo oír a través del ventilador; de otra manera, no es audible ni una sílaba.

”Cuando Illingworth llega al Museo, habla con Pruen en el extremo del *hall* y luego con Baxter, no mucho más allá. ¿Cómo entonces lo oyó Jerry Wade? ¿Cómo pudo saber que había llegado, si estaba encerrado dentro del cuarto donde no llegaba ningún ruido? Llegamos entonces a la conclusión de que debe haber estado en el ascensor. No hay otra explicación. Debe haber estado dentro del ascensor y parado encima de la caja, mirando.

”Esto es muy extraño al principio. Cuando Illingworth entra en la pieza del guardián, declara que observa el cuarto tratando de encontrar un escape, que las puertas del ascensor están completamente cerradas y cuelga de ellas un letrero que dice; “Fuera de servicio”. Si Jerry estaba en el ascensor, ¿por qué ocultarlo? Pero, mi buen Dios, lo oculta con grandes precauciones, y cuando al día siguiente los expertos en huellas digitales van a tomar las del ascensor para comprobar si Illingworth ha estado realmente allí, encuentran efectivamente huellas de éste. La circunstancia curiosa es que no encontraron ninguna otra huella fuera de las de Illingworth.

”Ninguna otra huella. Jerry tiene que haber estado dentro del ascensor y haber tocado algo en su interior, pero no hay ninguna huella digital en todo el ascensor. Esto sólo puede suceder si todo el lugar se limpia cuidadosamente. ¿Por qué se da un hombre el trabajo de limpiar sus huellas digitales? ¿Por qué oculta el hecho de haber estado en el ascensor? La nota que comienza

“Querido G.” y que sí le cae en el sótano al matar a Penderel les da la respuesta.

”Realmente a mí no me convenció ninguno de sus comportamientos de aquella noche. No me satisfizo la mansedumbre con que acepta a Illingworth como el actor enviado por la agencia. Probablemente no hay ser humano en esta tierra que, después de hablar media hora con Illingworth, pueda creer verdaderamente que es un actor enviado por una agencia. Jerry Wade no es, precisamente, el bobo que se tragaría aquello. Sólo pretendió creer a Illingworth, realizó un gran *show* en su beneficio para salvar su pellejo. No podía dejar entrever ni por un instante que sabía que el verdadero actor se encontraba muerto en el sótano. Y debemos admitir que el actor aficionado realizó una gran representación en beneficio de Illingworth, después de haber herido al profesional.

”¡Haddley! Ponga ahora encima de la mía su concepción del crimen y verá que se ajusta como una copia a otra. En mi propio método enrevesado trataré de ajustarlas, recordándole un trozo de conversación oído por usted mismo, el lunes en la tarde, entre Jeff Wade e Illingworth, cuando bajaron al sótano la vez que Jeff borró la huella del espejo...

Haddley se enderezó en su silla y, mirando a Fell, le preguntó:

—¿Usted se refiere a lo que decía Illingworth al viejo? Illingworth decía algo así: “Si algún malandrín ha hurtado los guantes de su escritorio”, a lo cual Jeff contestó: “Sí, y un destornillador”.

El doctor Fell asintió, diciendo:

—Exactamente, muchacho. Alguien había robado los guantes y el destornillador del escritorio de Jeff Wade. ¿Qué les sugiere eso? Nuestros errantes pensamientos se dirigen de inmediato a ese ascensor en mal estado que alguien debe haber compuesto.

”Jerry Wade permaneció solo en el cuarto de guardia desde dieciocho minutos pasadas las diez, cuando lo dejaron Miriam y Harriet, hasta veinticinco minutos para las once. Estuvo solo más de un cuarto de hora. El ponerse las barbas no es un trabajo muy largo, y Harriet declara que estaba, terminándolo cuando ellas abandonaron el cuarto. Miriam sale al *hall* declarando que iba a buscar... qué al sótano. Una chaqueta del viejo, para completar la personificación de Jerry, y ahora puedo decirles casi exactamente lo que piensa Jerry cuando lo dejan solo:

“El viejo no se encuentra ahora aquí; muy bien, no hay ocasión de que pueda degollarse con el ascensor. Los muchachos que están arriba querrán bajar ese féretro para acá rápidamente. Hagámosles las cosas más fáciles y

reparemos el ascensor, para poder bajarlo en él. No me demoraré más de cinco minutos, ya que he sido yo mismo el que lo descompuso”.

”Saca un destornillador del escritorio del viejo, como también un par de guantes por si acaso hay aceite. Se introduce en el ascensor. ¡Listo! Muy simple. “¿Dónde lo llevo para probarlo? ¡Buena idea! Al sótano, y traeré yo mismo una de las chaquetas del viejo”. Dicho y hecho, desciende de él en la parte correspondiente, al taller del viejo y oye voces. Miriam, portando la daga y el mostacho, ha bajado a encontrarse con Mannering, pero se encuentra con Penderel. Y Jerry, de pie en la oscuridad, oye toda la historia.

”Ustedes han visto a ese muchacho quitarse su máscara de cinismo, lo han visto en varias ocasiones. Lo hemos oído lamentarse de su ineficacia; y se oye una voz que lo golpea y lo hierde: “Cállate, pequeño gnomo crecido”. Lo hemos oído lamentarse y torturarse por permanecer en la retaguardia, porque es sólo el “bueno de Jerry”, que no es capaz de nada. Pero usted también, Haddley, vió aquel rostro en su oficina, cuando anunció que no haría público el asunto del niño de Miriam. Ese pasivo y pequeño gnomo podía transformarse en el más perverso gnomo que brincara desde la oscuridad sobre Penderel.

”Miriam ha subido corriendo y gritando a Penderel que se vaya. Penderel, más o menos satisfecho, permanece pensando lo que debe hacer. Y he aquí que aparece Jerry por el otro lado del sótano. Puedo imaginarme aquella escena bajo la cimbreada lámpara eléctrica. Allí está la daga en el suelo, y el ineficaz hermano brinca con la misma rapidez con que brinca más tarde ante Illingworth para hacer ruido sobre su coartada. Al herirlo con la daga puede haber encontrado el corazón por accidente o puede haber aprendido a hacerlo gracias a su amigo Randall, pero sospecho que fué por accidente, y Penderel cae, tan muerto como Harún-al-Raschid. Hay que sacar el cadáver fuera de la vista por si alguien baja. Lo arrastra hasta la carbonera. ¿Piensan ustedes que no tiene las fuerzas suficientes? Pero sí tuvo las fuerzas necesarias para enjaular a Illingworth, un hombre grande y tan pesado como aquél. ¿Qué hora es? Las diez y media. Hay que salir de aquí...

”Vuelve al taller y esconde los guantes y el destornillador. Hay que subir de nuevo y pretender que el ascensor no ha sido reparado. Sube rápidamente y luego se asegura de no haber dejado huellas digitales, y descompone nuevamente el ascensor. Un gran trabajo. Mientras lo realiza, oye voces en el *hall*. Se sube en la caja y mira para afuera. ¿Quién diablos será? No puede ocurrírsele, pero lo mejor es pretender creer que es el actor de la Agencia. Sale del ascensor, lo cierra y tiene la suficiente sangre fría para salir al

encuentro de Illingworth, sólo uno o dos minutos después de... —El Dr. Fell dió unas chupadas a su apagada pipa—. ¿Pero qué ocurre abajo? Mannering por la ventana ha presenciado todo lo ocurrido, ve bajar a Miriam por segunda vez, inmediatamente que Jerry se ha ido, y la contempla irse... ¿Qué piensa Mannering? He aquí que el hermano cometió el crimen y seguramente la culparán a ella. Ustedes pueden interpretar esto a su modo, pero la interpretación mía es la siguiente: Con un acto heroico como éste, desarrollando un papel tan peligroso, borrará de sus mentes toda burla y, además, colocará a Jerry en la posición que, de no haber sido por su intervención, él y su hermana serían acusados de asesinato. Esta es la única reacción que corresponde a la insaciable vanidad de Mannering. ¡Que se coman sus palabras! Hará que todos se traguen sus palabras y que sus gargantas dependan de él. Después le dirá a Miriam: “¡Gracias! Te he demostrado que valgo, y ahora, ¡buenos días!”. Recuerden la historia del muchacho que baja a recoger el guante de la dama enfrentando a un león, para después arrojárselo al rostro. Mannering se pintó él mismo en esta escena, adornado de brillantes colores y con música de fondo. Se entusiasmó con ello e hizo lo que... ustedes dicen que hizo. Además recogió del suelo, entre el carbón, esa condenada nota que había caído del bolsillo de Jerry, la única evidencia que podía existir contra el muchacho.

”Por supuesto que obtuvo su recompensa: el cheque por veinte mil libras que le donó el agradecido padre. Y para el final queda aún este *puzzle*: ¿fué el acto de Mannering motivado, inspirado y llevado a cabo por pura vanidad o fué una forma de chantaje como la de Penderel? No lo sé. Creo que ni él mismo lo sabe y no lo sabremos hasta el último día que escale el pico más alto del Himalaya o atraviese a nado el Helesponto. Con un hombre como Mannering nunca se podrá saber.

La claridad gris de las ventanas había aumentado. El Dr. Fell se levantó en medio de la niebla de un absoluto silencio y abrió una de las ventanas, aspirando el helado aire matinal.

—Pero no hay ninguna prueba de ello —dijo Haddley repentinamente.

—Por supuesto que no hay ninguna prueba —asintió gozoso el Dr. Fell—. De otra manera, no les habría dicho todo esto, pues no quiero que arresten al muchacho. Ha habido ya bastante pelea y confusión... Denle si quieren un susto a Jeff Wade, pero, para citar una metáfora, dejen que la paloma que vuela desde la última caja del prestidigitador lleve en su pico una rama de olivo y la deje caer en vuestras conciencias.

Todos se miraron unos a otros y Haddley comenzó a reír.

—Yo estoy de acuerdo —declaró Sir Herbert—. En lo que a mí se refiere, guardaré silencio.

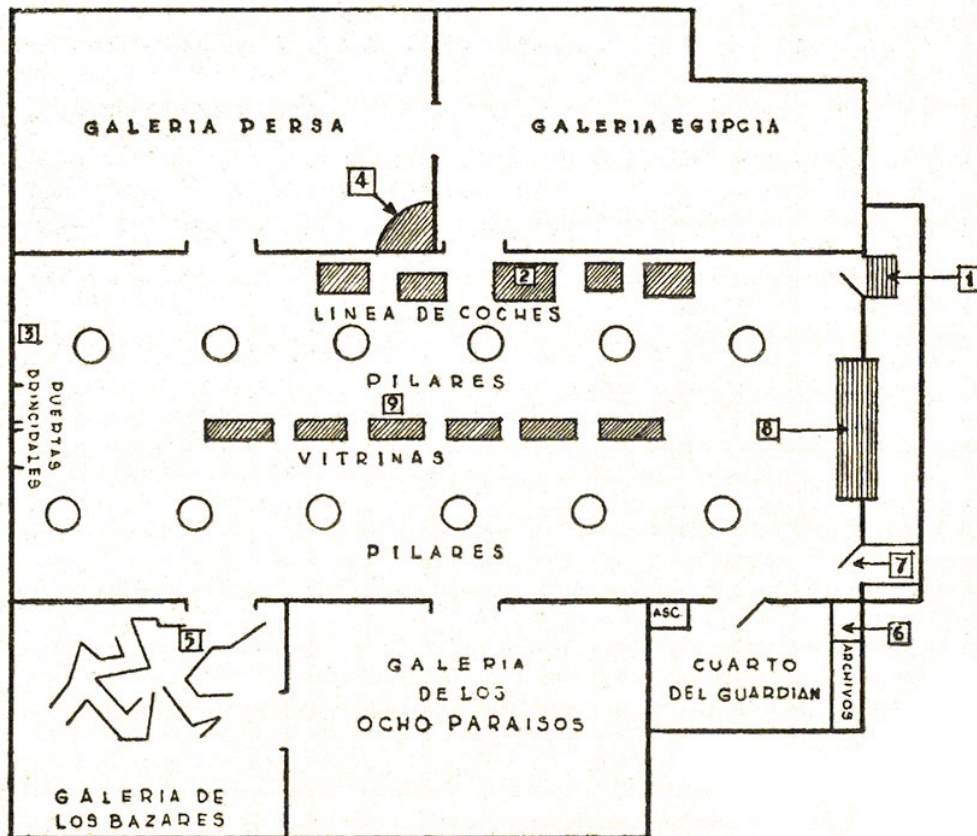
—Y Dios sabe que yo también —agregó Carruthers.

El doctor Fell, con un amplio ademán, se dió vuelta, afirmándose de espaldas en la chimenea.

—Ustedes siempre se preguntarán si yo estaba en lo cierto, y debo confesarles, entre nosotros, que yo también. En cuanto a esta tetera, ya ha hervido bastante —dijo apagando el gas.

Se produjo un ruido y la tetera dejó de silbar. Entonces, con el apetito del que no tiene preocupaciones, todos se aprestaron para el desayuno.

PLANO DEL PRIMER PISO DEL MUSEO WADE



- 1.—Escalera del sótano al Museo.
- 2.—Coche en el cual fué descubierto el cadáver.
- 3.—Lugar donde se sentaba Pruen.
- 4.—Escalera de caracol que conducía al piso de arriba.
- 5.—Pared con buellas de carbón.
- 6.—Lavabo con ventana hacia el patio.
- 7.—Puerta al pasaje que conducía a la parte posterior del Museo.
- 8.—Escalera principal que conducía al piso de arriba.
- 9.—Vitrina de donde fué extraída la daga.

[01] Retorno a libro <<



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Firmó también muchos de sus libros, con los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

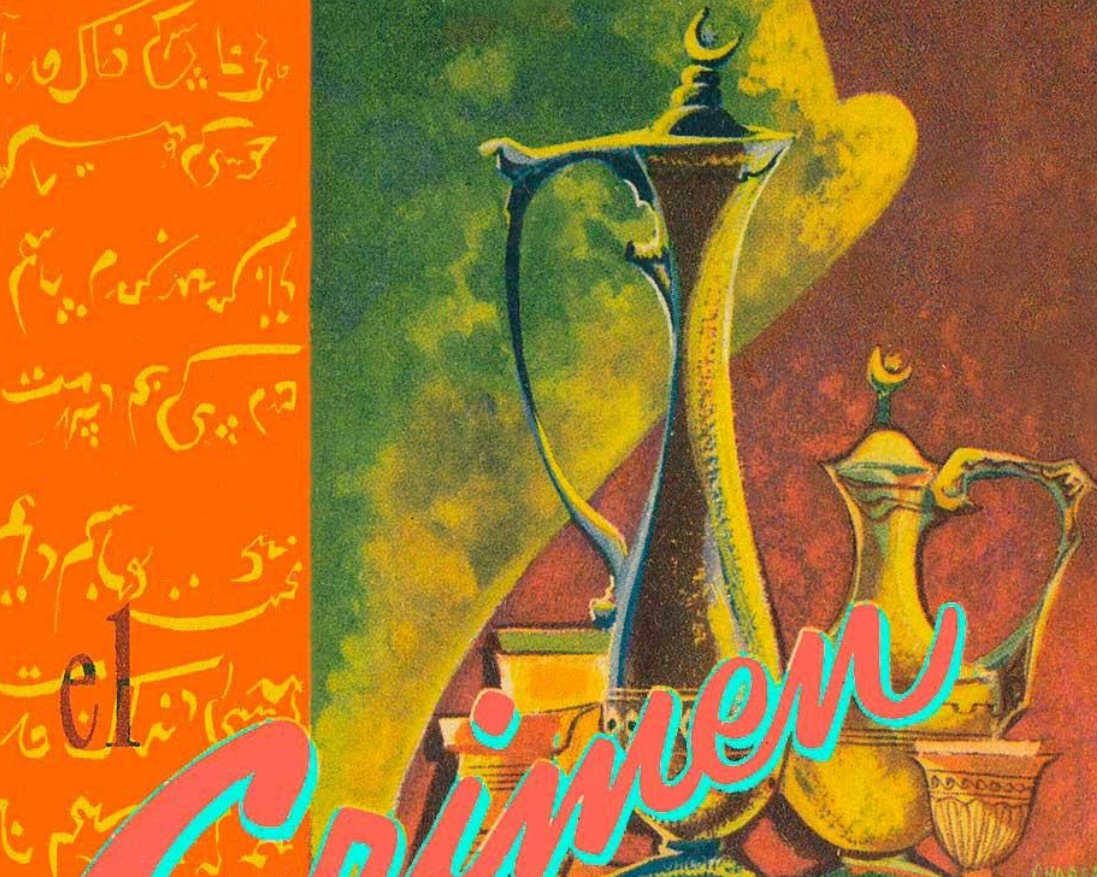
Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

JOHN DICKSON CARR

el
Crimen
de las mil y una
noches



Lectulandia